BRYAN WASHINGTON

Memorial

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

MEMORIAL

BRYAN WASHINGTON

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición
Memorial

Edición en formato digital: mayo de 2022

© imagen de cubierta, Maurice Ettlin, a partir de la cubierta de Klein&Aber

© de la traducción, Lucía Barahona, 2022

© Bryan Washington, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4573-0

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para A, D y *L*

Creo que todo el mundo en todas
partes está hablando siempre de la
misma mierda.

RACHEL KHONG

El mundo es maravilloso, terrible.

ANDRÉS NEUMAN

¿Necesita una razón el amor?

MASAO WADA, *Terrace House*

BENSON

1

Mike se va a Osaka, pero su madre vuela hacia Houston.

Dice que solo serán unas semanas.

O tal vez un par de meses. Pero necesito ir.

Lo primero que pienso es: Joder.

Lo segundo que pienso es que no nos lo podemos permitir.

Entonces caigo en que nosotros no tenemos ahorros de ningún tipo. A Mike, sin embargo, las finanzas siempre se le han dado bien, siempre se ha mostrado a favor de mantener las cuentas separadas. Esto es algo que con él siempre había dado por sentado.

Ahora dice que quiere encontrar a su padre. El hombre se ha puesto enfermo. Mike quiere llegar a tiempo antes de que se vaya. Y yo estoy en el sofá, medio escuchando y medio cargando el teléfono.

Hace años que no ves a tu madre, digo. Viene a verte a ti. Yo no la conozco.

Y añado: Joder, tu padre ni siquiera te cae bien.

Es cierto, dice Mike. Pero ya he comprado el billete.

Y Ma estará aquí cuando vuelva. Tu eres una buena compañía. Lo superará.

Está cascando huevos en la cocina, vertiendo las yemas en un par de sartenes. Luego les echa sal y la mayonesa salpicada de orégano. Mike antes era muy tiquismiquis con la salsa *sriracha* y ponía el grito en el cielo cada vez que la tocaba, pero ahora exprime una botella descolorida sobre mi tortilla y la extiende con la espátula.

No pregunto dónde piensa hospedarse en Japón. No pregunto con quién va a quedarse. No pregunto dónde va a dormir su madre cuando esté aquí, en nuestro apartamento de una sola habitación, ni cómo nos organizaremos. Cuando un tren está en marcha, a veces puedes pillarlo. Así es como consiguieron entrar en este país las familias de algunos de los chavales con los que trabajo. Si te caes, estás muerto. Si eres demasiado lento, estás muerto. Pero si empiezas a correr, nunca llegas a perderlo.

Así que no agarro la mesa y la estampo contra el suelo. Ni tampoco

las sillas. No le rayo el coche ni lo embisto contra el salón. Después del ojo morado dejamos de ponernos las manos encima; ambos llegamos a la conclusión, internamente, de que era lo mínimo que podíamos hacer.

Hoy me limito a sonreír.

Le agradezco a Mike que me haya puesto al corriente.

Le pregunto cuándo se marcha, y sé que es un error por mi parte. He alargado el brazo para desenchufar el cargador antes de que responda: Mañana.

*

Hemos estado bien. Gracias por preguntar.

*

Llevamos, de relación, ¿cuánto? ¿Cuatro años? Depende de cuándo se empiece a contar. Hace meses que no vamos a una fiesta y, cuando íbamos, al principio nadie sabía que follábamos. Mike se quedaba a un lado mientras cualquier chica caucásica iba abriéndose paso en mi espacio personal, entonces él me pasaba el brazo por encima del hombro para meter un dedo en mi cerveza.

O estornudaba, se estiraba y se limpiaba la nariz en mi manga.

O acariciaba mi cartera, despacio, y volvía a dejarla en su sitio dándome una palmaditas.

Una vez, en una cena, fue el centro de atención con una mano apoyada en mi regazo y acariciándome la entrepierna con el pulgar por debajo de la mesa. Cada tanto, alguien miraba y se notaba cuando al fin se daban cuenta. Enderezaban la espalda. Esbozaban una sonrisa demasiado forzada. Entonces Mike les preguntaba si ocurría algo y ellos aseguraban que no era nada, y él volvía a las andadas, sin mirar ni una sola vez en mi dirección.

Éramos conscientes de la imagen que dábamos. Y de la que no. Pero una noche, hace unas semanas, durante una ruta de bares organizada por el trabajo de Mike, un simple vistazo fue suficiente. Trabaja en una cafetería en Montrose. Es una de esas fusiones en las que preparan cuencos de arroz y rollitos de huevo (aunque en realidad es comida mexicana, porque, a menos que te llames Mike, son ellos quienes cocinan).

Abrieron hace un año. Celebraban su aniversario. Mike nos ofreció como voluntarios para echar una mano durante una hora dando vueltas a las tortillas en un hornillo junto al DJ.

Yo me sentía miserable. Mike se sentía miserable. Todo los que se cruzaban con nosotros nos miraban en plan: Hum. Nos saludaban. Nos preguntaban cuánto tiempo llevábamos juntos. Querían saber dónde nos habíamos conocido, cómo nos las habíamos apañado durante Harvey, pero la puta música estaba demasiado alta, así Mike y yo simplemente nos encogíamos de hombros.

*

No abro la boca de camino al aeropuerto cuando vamos a recoger a su madre y tampoco suelto prenda cuando Mike aparca. El Aeropuerto Intercontinental George Bush se encuentra fuera de la circunvalación de Houston, pero siempre hay tráfico en la autopista. Una vez se detiene en Llegadas, Mike coge las llaves y una fila de coches centellea detrás de nosotros, una pequeña constelación de viajeros.

Mike se ha dejado bigote. Se agita en su rostro. Normalmente se lo recorta entero, y de pronto pienso que parece una especie de caricatura de sí mismo. Nos quedamos sentados junto a la terminal; nuestra situación no puede ser la más jodida de todas las que hay aquí, pero aun así, te lo preguntas.

Yo me lo pregunto.

Me pregunto si él se lo pregunta.

Últimamente no se nos ha dado muy bien eso de disculparnos. Ahora sería un buen momento.

El aeropuerto recibe unos ciento quince mil visitantes diarios, y aquí estamos, dos de los más ridículos.

Oye, dice Mike. Suspira. Me da las llaves. Dice que volverá enseguida con su madre.

Si nos dejas tirados en el aparcamiento, dice Mike, es probable que te encontremos.

*

Tardó apenas dos citas en sacar del tema de la Raza. Habíamos ido a un bar irlandés escondido detrás de Hyde Park. El resto de personas que había en el patio eran blancas. Me había emborrachado un poco y cuando le dije a Mike que era ligeramente más bajo que la media, chasqueó la lengua en plan: Anda que has tardado.

¿Y si te dijera que eres demasiado educado?, dijo Mike.

Vale.

O lo bien hablado que eres.

Ya lo he pillado. Lo siento.

No lo sientas, dijo Mike, y me pegó en el hombro.

Era la primera vez que nos tocábamos esa noche. El camarero, pestañeando, nos miró.

Solo espero que me veas como a un ser humano totalmente realizado, dijo Mike. Más allá del evidente atractivo.

Cállate.

Lo digo en serio, dijo Mike, sin tonterías.

Yo, Mifune, dijo; tú, Yasuke.

Para.

O puede que solo seamos los putos Bonnie and Clyde.

*

En el tiempo que Mike tarda en volver de la Recogida de Equipajes, tres polis diferentes lanzan miradas furtivas al coche. Sonrío a los dos primeros. Frunzo el ceño al tercero. Este último da un golpecito en la ventanilla, como diciendo: ¿A qué cojones esperas? Y cuando señalo la entrada del aeropuerto, se limita a mirarme con cara de pocos amigos.

Entonces los veo salir. Lo primero que pienso es que parecen de la familia. La madre de Mike tiene la espalda ligeramente encorvada, y él arrastra la maleta de ruedas tras ella. Hubo una época en que sea veían una vez al año -ella volaba hasta aquí solo para visitarlo-, pero los últimos tiempos han sido un tanto accidentados. Las visitas cesaron cuando yo me mudé con Mike.

Lo menos que puedo hacer es abrir el maletero. Me gustaría ser el tipo de tío que no lo hace, pero no lo soy.

Mike ayuda a su madre a ajustar el asiento trasero mientras ella se mete en el coche, y ni siquiera me mira. Lleva el pelo recogido en un moño. Cazadora azul brillante, mascarilla quirúrgica y un débil rastro de maquillaje.

Ma, dice Mike, ¿tienes hambre?

Farfulla algo en japonés. Se encoge de hombros.

Ma.

Me mira. Vuelve a preguntarle. Entonces él también cambia de idioma.

Ella dice algo, y luego él dice algo, y entonces otro tipo que se dedica a dirigir el tráfico se acerca a mi ventanilla. Es latino, con un pecho fornido embutido en el chaleco. La cabeza rapada como si estuviera en el ejército. Mueve los labios para decirnos algo a través del cristal y bajo la ventanilla. Pregunta si ocurre algo.

Le digo que ya nos vamos.

Pues a qué esperas, dice este hombre.

Las siguientes palabras salen de mi boca antes de tener tiempo de saborearlas. Un poco como la gravedad. Le digo: Vale, hijoputa, ya nos vamos.

Y el latino frunce el ceño. Antes de que reaccione se oyen varios bocinazos detrás de nosotros. Vuelve a mirarme y después se aparta, rascándose el pecho, dando un respingo.

Cuando subo la ventanilla, Mike me está mirando. También su madre. Ella dice algo mientras sacude la cabeza, y me incorporo al tráfico.

Enciendo la radio y suena Meek Mill.

Cambio de emisora y suena Migos.

Apago la maldita radio. Por fin estamos en la autopista.

De repente, somos una telenovela más entre tantas otras, pero en ese momento la madre de Mike empieza a reírse, moviendo la cabeza.

Dice algo en japonés.

Mike golpea la guantera y dice: ¡Ma!

*

Mis padres fingen que no soy gay. Para ellos es más fácil de lo que parece. Mi padre vive en Katy, en la zona oeste de Houston, y mi madre se quedó en Bellaire, incluso después de volver a casarse. Antes de eso, la mayoría de las cenas familiares las hacíamos en el centro. Mi padre era meteorólogo. Era una cuestión de estatus. Nos recogía a mi hermana, a mi madre y a mí en casa y nos llevaba por la I-45 para comer donde estaban sus compañeros de trabajo, y siempre pedía para nuestra mesa el plato más grande del menú -bandejas rebosantes de cerdo rebozado, kilos de cangrejo al vapor crepitando sobre una cama de *bok choy* y llamaba a eso Trabajo, porque siempre estaba Trabajando.

Solía preguntar: ¿A cuántos negratas veis por ahí informando del tiempo?

Mi madre nunca discutía con él ni le soltaba palabrotas ni nada por el estilo. Repetía exactamente lo que él decía. Imitaba la voz de mi padre. Ese era su rollo. Hacía que sonara importante, como una especie de jefe, pero mi padre es poca cosa, y sus tácticas conseguían exactamente lo que estáis pensando.

Un gran trabajo el de hoy, decía mi madre en el coche, atascados en la 10.

Esta previsión es impresionante, decía momentos después de que mi padre estampara una copa de vino contra la pared de la cocina.

Juro que es la última, decía ella mirándole fijamente a los ojos, mientras él se trastabillaba, borracho, agarrado a sus rodillas, jurándole que jamás volvería a tocar una sola cerveza.

Al final se marchó. Lydia se fue con nuestra madre, cambió de instituto. Yo me quedé en las afueras, en mi vieja escuela de secundaria, y mi padre siguió bebiendo. Cuando lo despidieron de la cadena por aparecer borracho en antena, tuvo que echar mano de sus ahorros. A veces hacía de profesor sustituto en clase de Ciencias en el instituto, pero se pasaba la mayor parte del tiempo tirado en el sofá, abucheando los pronósticos que emitían cada hora por la cadena KHOU.

A veces, durante alguno de sus arrebatos de sobriedad, cuando yo volvía a casa, lo encontraba calificando trabajos de clase. Algún chaval había llamado anticipación a la precipitación. Otro, en lugar de definir los cúmulos había dibujado algodoncitos por toda la página. Una vez mi padre colocó tres exámenes en el extremo de una mesa ya de por sí excesivamente abarrotada, todos con la misma letra, solo cambiaban los nombres.

Los señaló con la mano, preguntó por qué todo tenía que ser tan jodidamente difícil.

*

A los pocos meses, Mike dijo que podíamos ser lo que quisiéramos. Independientemente de lo que pudiera parecer.

Soy una persona muy fácil, dijo.

Yo no, repuse.

Lo serás. Dame un poco de tiempo.

*

Es pasada medianoche cuando llegamos a nuestra calle. La mayoría de las luces están apagadas. Hay unos chavales acurrucados en la acera, fumando hierba. Jodiendo con sus petardos.

Después de que uno explote detrás de nosotros, los chavales se piran. Ahora les ha dado por hacer eso. La madre de Mike ni siquiera se inmuta.

Ma, dice Mike, hemos llegado.

Vivimos en Third Ward, una zona de Houston que históricamente ha sido negra. Nuestro apartamento es demasiado grande. No tiene ningún sentido. En otro tiempo fue un vecindario pudiente, pero entonces llegó el crac y el dinero se largó a otra parte y de vez en

cuando se oyen disparos o peleas o cabrones conduciendo a toda pastilla. Pero recientemente la manzana se ha visto invadida por fraternidades procedentes de la universidad que hay al final de la calle. Y por una serie de tipos con pinta de profesores universitarios. Niños ricos que juegan a ser pobres. Los negros que viven aquí desde hace décadas les dejan hacerlo, felices porque saben a ciencia cierta que la peña blanca mantiene alejada a la poli.

Nuestros vecinos de un lado son venezolanos. Tienen como nueve hijos. Los del otro lado son unos abuelos negros que viven en el inmueble desde hace años. Cada pocas semanas, Mike prepara para ambas familias *sopa de pescado,*[1] boniatos, macarrones y arroz. Mike nunca le ha dado importancia: coge y lo hace, y al principio le pregunté si no le parecía condescendiente.

Sin embargo, al cabo de un tiempo advertí que la gente le dejaba estar en sus porches. Daba palmaditas a sus hijos inclinado sobre la barandilla de madera. A veces los negros le invitaban a pasar, le enseñaban fotografías de las hijas de sus hijas.

Hace años que vive aquí. Yo dejé la casa de mi padre para mudarme con él. La primera noche que pasé en su apartamento no pude pegar ojo por el ruido. Mike dijo que me acostumbraría, pero, a decir verdad, yo no quería.

La madre de Mike deja los zapatos junto a la puerta. Pasa la mano por la pared. Golpea la repisa, toca el parqué con la punta del pie. Cuando entra en el vestíbulo, Mike me sonríe, la primera sonrisa en lo que me parecen meses, y en ese momento lo oímos: primero flojito, después un poco de hipo, y entonces la madre de Mike rompe a llorar.

*

Varios años después de que se separaran, mis padres me llevaron a comer a Montrose. Hacía mucho que no nos sentábamos todos juntos a la misma mesa. Lydia se había distanciado bastante de ellos: se había mudado y había seguido con su vida. Me recomendó que hiciera lo mismo, pero en vez de eso lo que hice fue pedir un sándwich Reuben.

La semana anterior, mi padre me había sorprendido mientras un tío me masturbaba. Era una persona sin importancia. Nos habíamos conocido en alguna app de follar. Mi padre abrió la puerta, tosió y lo cierto es que mientras salía de la habitación dijo: Lo siento. El chico que estaba conmigo me miró en plan: ¿Terminamos o qué?

Esa noche, después de que el chico se marchara, esperé a que mi padre sacara el tema. Pero todo cuanto hizo fue quedarse sentado en el sofá y beberse enteros dos packs de latas de cerveza. El incidente se

disolvió. Antes de meterse en el coche para irse, el tipo me pidió volver a vernos y le dije que mejor que no, porque lo más probable era que aquello no fuese a ninguna parte. Todavía no había aprendido que el número de personas que llegarán a interesarse por ti es finito.

Cuando nuestro camarero, un chico flaco y moreno, nos preguntó si nos faltaba algo, yo me aturullé un poco. Él sonrió. Y tras él, sonrió mi madre.

Sabes que puedes hablar con nosotros, dijo.

Con los dos, añadió.

Mi madre olía a chocolate. Mi padre se había puesto su camisa bonita. Difícilmente se podría pensar que ese hombre había estampado a su mujer contra una pared. O que, inmediatamente después, esta señora le había clavado un tenedor en el codo.

Genial, dije. Gracias.

De cualquier cosa, dijo mi madre acariciándome la mano.

Me encogí y la retiró. Mi padre no dijo nada.

Esa noche, mi padre me dejó en casa. Dijo que estaría de vuelta por la mañana.

Menos de una hora después había escrito al chico del otro día. Cuando le abrí la puerta, parecía un poco inseguro, pero entonces le rocé la muñeca y su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

Dejé que me follara en el sofá. Y luego otra vez en la cocina. Y luego en la habitación de mi padre. No usamos protección.

Se marchó a la mañana siguiente, pero antes desayunamos unas tostadas. Era filipino, tenía mucho acento. Me dijo que quería ser abogado.

*

Un día, a los dos años de estar saliendo, se lo conté a Mike. Estábamos haciendo la compra. Mike lo toqueteaba todo, el jengibre, el repollo, el beicon.

A mitad de la historia, me interrumpió para preguntar por el *kombu*.

Dijo que mis viejos tienen pinta de ser unos verdaderos ángeles.

Y que yo era como un bebé. Un chico muy afortunado.

Entonces, una mañana, Mike ya había salido hacia el restaurante, pero se había olvidado el teléfono encima del lavabo. No tenía ninguna intención de tocarlo, pero se iluminó, así que lo hice.

No conocía ni conozco al tipo cuya polla parpadeó en la pantalla.

Fue solo un segundo.

Luego desapareció.

En las películas ves este tipo de situaciones y, joder, piensas que nunca podrían pasarte a ti. Y si te ocurrieran, te mostrarías proactivo, faltaría más. Lo mandarías todo a la mierda.

Cuando Mike llamó a la puerta en busca del móvil, señalé en silencio el lavabo.

Espera, dijo, ¿qué pasa?

Nada.

Dímelo.

No pasa nada. Solo estoy cansado.

No bebes suficiente agua, dijo Mike, e incluso se molestó en servirme un poco.

Nunca dije nada sobre la foto. Pero supongo que podría decirse que me molestó.

*

Mike da por hecho que vamos a prepararle la cama a su madre en el sofá-cama.

Le dice que mañana tendrá la habitación, y me mira.

Su madre no abre la boca, pero ha dejado de llorar. Deja su bolsa sobre la repisa, se cruza de brazos. Levantamos el colchón del sofá, lo cubrimos con mantas que nos regaló Lydia y, cuando voy al dormitorio a por unas almohadas, decido no volver a salir.

El tema con nuestra casa es que no hay mucho que limpiar. Casi todo lo que yo gano es para pagar la mitad del alquiler, y Mike se gasta todo su sueldo en comida. La verdad es que, pensándolo bien, aún tiene bastante margen para comprar un billete de avión. Dinero suficiente para volar al otro lado del mundo.

Todavía se oyen gritos en el salón cuando me meto en la cama. Fuera, algo pesado cae al suelo. No me levanto de un salto para ver lo que es. Y cuando finalmente Mike entra en nuestro cuarto y cierra la puerta, me llegan los sollozos de su madre desde la otra habitación.

Parece que se lo está tomando bien, anuncia.

Casi no la has avisado. Se monta en un puto avión para venir a verte y, en cuanto llega, vas y te piras en otro.

Eso es injusto. Sabes perfectamente el motivo por el que lo hago.

Tampoco es justo para ella.

No pasa nada. Estará bien.

Qué fácil es quererte.

Ma no necesita mucho, dice. No tendrás que hacer nada, si eso es lo que te preocupa. Dentro de unos días ni siquiera notarás su presencia.

Empiezo a decir: ¿Acaso habla inglés?

Y entonces me lo trago.

Y entonces lo suelto.

No lo dices en serio, dice Mike quitándose la camiseta.

No.

No voy a decir que sea racista, pero es un comentario de mierda. Por un momento he pensado que realmente te importaba algo.

Se quita los pantalones de una patada, los mete en la mochila con los pies. Ha vuelto a engordar, pero eso no es nada nuevo. Nunca ha supuesto un problema, nunca me ha afectado, pero por primera vez me da un poco de asco.

Mike se da cuenta.

No dice nada.

Puedes enseñarle tú, dice. Si tanto te preocupa. Palabra por palabra.

Estás de broma.

Estoy haciendo la maleta.

*

Mi hermana lo conoció por casualidad. Fue en una fiesta de Halloween, en un bar que daba a una bocacalle de Westheimer. Yo había ido a mear y, cuando volví a la mesa, Lydia estaba a su lado dando vueltas a su coca-cola. Llevaba una especie de traje de bruja, un disfraz con demasiadas correas. Mike llevaba puesta una toga. Yo había ido de mí mismo.

Estaba hablando con Mark, dijo Lydia.

No me habías dicho que tuvieras una hermana pequeña, dijo Mike.

Y así siguieron un buen rato, con el toma y daca. Lydia pidió otra ronda. Cuando le pregunté si no tenía una cita a la que volver, sonrió y me dijo que tendría que posponerla. Dijo que esto era especial. Nunca iba a volver a conocer por primera vez al novio de su hermanito.

Lydia era de la edad de Mike. Unos cuantos años mayor que yo. Redactaba textos en el Buffalo Soldier, un museo del centro de la ciudad, y si alguien le decía que no sabía que en Houston hubiera uno de esos, les decía que era porque era para negratas.

Pero esa noche estuvo comedida. Se rió de nuestras bromas. Nos

invitó a cervezas.

Justo antes de pedir la última, Lydia le dio su número a Mike.

Guau, dijo Mike, es la primera vez que me pasa.

La vida es larga, dijo Lydia.

Salud, dijo Mike.

Más tarde, esa misma noche, Lydia me envió un mensaje.

Es dijo.

Demasiado gracioso para añadió.

*

De nosotros cuatro, mi padre y Lydia son los mas oscuros. Siempre que de niños comíamos fuera, ella y yo teníamos que sentarnos en el mismo extremo de la mesa. Si no, corríamos el riesgo de que los camareros separaran la cuenta, lo típico por lo que nuestro padre después se tiraba meses quejándose. Nunca volvíamos a comer en esos restaurantes.

*

Es tarde cuando Mike me toca, y no soy consciente hasta que nos hemos puesto a ello. Para entonces, nuestros pechos se aprietan, somos un revoltijo de piernas y codos.

Su lengua busca la mía. Mi nariz ataca su ombligo. Llega un momento cuando estás con alguien en que todo es reacción. Ya se ha hecho todo lo que puede hacerse.

Muy de vez en cuando te resulta un extraño, como si tuvieras delante a alguien que está de visita.

Es la primera vez que nos besamos desde hace semanas, y se la estoy chupando cuando Mike levanta las rodillas.

Señalo el salón.

Madura un poco, dice Mike.

Y antes de que diga nada más, le he metido un dedo, y luego cuatro. Los muevo como si estuviera amasando. Se ríe. Deja de hacerlo cuando estoy dentro de él.

Está tenso, pero encajo.

Desearía aguantar más.

Después, Mike va al baño con andares de pato y yo me quedo mirando su mochila preparada. Cuando despierto, está otra vez en la cama, dormido, abrazándose los hombros.

Ahora sería el momento de despertarlo y pedirle que se quede,

pero no lo hago.

Miro su pecho subiendo y bajando, subiendo y bajando.

*

Al cabo de varias citas, Mike me contó un chiste. Acababa de dejar que me follara en su casa. No habíamos pasado del sofá. En líneas generales, había estado bien, exceptuando algunas cosas, como cuando me metió el pulgar en la boca y yo lo escupí fuera o cuando yo me restregué con demasiada urgencia y él me dijo que fuera más despacio o cuando me reí o cuando él se corrió inmediatamente o cuando yo tardé una eternidad en hacerlo.

Pero al final pasó todo lo que tenía que pasar.

Después le froté los muslos con la palma de la mano. Él sostuvo mi cabeza en su regazo.

A ver, dijo Mike, un japo y un negrata entran en un bar.

Eh, dije.

Ya está. Ese es el chiste.

2

Me despierta el ruido de armarios cerrándose de golpe. Alargo el brazo para coger mis pastillas. Luego busco a Mike, y no está.

Su bolsa de lona tampoco. Ha dejado la luz del cuarto de baño encendida. Una nota habría sido demasiado pedir, pero eso no quita para que eche un vistazo en busca de una.

Lo que sí que hay es un mensaje en el móvil: MITSUKO HARA

Y después: ASEGÚRATE DE QUE TOME SU MEDICACIÓN, PORQUE SE OLVIDA

Y luego: ES MI PADRE, BEN. NO TIENE NADA QUE VER CONTIGO

*

Mitsuko está en la cocina. Abre cosas, las observa y vuelve a cerrarlas. Ha puesto agua a hervir en uno de los fuegos. Hay una taza en la encimera. Cuando pongo un pie en el suelo de azulejos, ella ya ha cocido el arroz, ha cortado un pepino en láminas y ha pochado un huevo. No levanta la cabeza, ni siquiera parece haber advertido mi presencia.

Entonces me hace un gesto.

¿Trabaja s?

¿Qué?

No trabajas, dice Mitsuko sacudiendo la cabeza.

Sí que trabajo. Casi siempre por la tarde.

¿Y qué tipo de trabajo es?

En una guardería.

Así que eres maestro.

Más bien un canguro.

Mitsuko no dice nada. Y yo tampoco le doy pie.

La madre de Mike es compacta, como él, pero ágil. Robusta. Termina su cuenco y se gira para fregar los platos. Le digo que no se preocupe por eso, y ni siquiera se da la vuelta.

Después pasa un paño por el fregadero y vuelve a colocarlo todo en el armario correspondiente; no sabría decir dónde ha encontrado el

trapo. Cuando se pone de puntillas junto a la puerta para coger su chaqueta, le pregunto si ha tomado sus pastillas, y Mitsuko al fin me mira.

Estás de broma.

Mike acaba de mencionarlo.

Es increíble, dice. Eso es lo que te cuenta.

Lo siento.

Y ahora te disculpas.

Pues bien, añade, es demasiado tarde.

Y eres un escandaloso.

Ambos lo sois, dice Mitsuko antes de cerrar la puerta. Toda la noche. Como perros.

*

El nuevo marido de mi madre es nigeriano. Es reverendo. Tienen un pomerania y dos niños. Mi madre vive en un vecindario vallado donde celebran comidas a las que casi todo el mundo acude con un plato debajo del brazo, y fiestas de la manzana, pero la primera vez que le enseñé a Lydia su postal navideña, la que le habían enviado a mi padre por correo, pegó un grito.

El perro, dijo.

Qué puto espanto.

*

Normalmente voy al trabajo en bici. El coche es de Mike. Está a su nombre, pero ahora que se ha ido lo cojo para ver qué se siente. El volante está gastado y resulta cálido al tacto, la tela está rajada a la altura del pulgar y el asiento se hunde bajo mi peso, probablemente por la acción del culo de Mike. Intento acomodarme, pero algo sigue fallando. Después de hacer el gilipollas con el retrovisor, me rindo y conduzco a ciegas todo el trayecto.

La mayoría de los días van los mismos ocho niños a la guardería. Está Hannah, que lleva el pelo alisado. Thomas, que no para quieto. Xu y Ethan son gemelos y Marcos tiene una hermana que se llama Silvia. Luego están Margaret, que es un año mayor que el resto, y Ahmad, el chiquillo negro solitario, que debe de tener dos años menos.

Trabajo con otro tío llamado Barry, que es grande, blanco y desaliñado. Y luego está Ximena, que no es ninguna de esas cosas. Somos una especie de equipo. Nuestra jefa viene a última hora de la tarde, pero prácticamente se limita a gestionar la pasta y nuestros

horarios y, a menos que nos esté entregando nuestros cheques, suele estar DEC.[2]

Atravieso la puerta a trompicones y Ximena me saluda. Está pendiente de Ethan y Xu en los columpios. Ahmad sale disparado del arenero señalando a nada en particular a su espalda y le levanto por los codos. Se ríe. Es lo que hacemos siempre.

Le cuento a Ximena lo de Mike.

Te estás quedando conmigo.

Qué va.

Bueno, dice Ximena, ¿has hablado ya con su madre?

Ella me ha hablado a mí.

Ah, dice Ximena.

Cerca de mí.

¿Y?

No sé.

Es la madre de Mike.

No, dice Ximena. Hay madres, y luego hay mamás. Y luego están las *mammas*.

Ximena vive con su madre y crían juntas a su hijo. Le gusta decir eso: que está criando a su hijo de seis años con su madre. Antes iba a la facultad de Medicina, pero lo dejó, y siempre que aparecen los padres por la guardería se quedan charlando con ella en el mostrador.

Hace tiempo le pregunté que por qué les daba conversación. Ella me preguntó si había visto alguna vez un cadáver.

Es igual que tenga cincuenta años o veinte, dijo, un cuerpo es un cuerpo es un cuerpo.

Pero Ximena va a casarse, otra vez, dentro de unas semanas. Con un joven caucásico que se gana la vida limpiando dientes. Lo he visto un total de una sola vez.

Antes de ir a comer, Ximena me toca en el codo.

Por lo menos mira el lado positivo, dice. Podría haber sido el padre de Mike.

Mike podría haberte dejado con algún hombre.

*

En la séptima, octava o novena cita pregunté a Mike por sus padres. Había empezado a pasar algunas noches en su casa. Pedíamos pizzas de un solo ingrediente y bebíamos vino comprado en una gasolinera.

Se me quedó mirando un buen rato antes de responder.

Ma creció en Tokio. Se quedó preñada en la ciudad. Me tuvo allí, se mudó aquí y al cabo de un tiempo volvió a casa.

¿A Japón?

Claro.

Pero tú no quisiste volver con ella, dije, y Mike puso una cara rara.

No. Aquí es donde vivo.

Pero Ma se adapta, dijo Mike. Es algo que he heredado de ella.

Y tu padre.

¿Qué pasa con él?

Que lo has pasado por alto.

Efectivamente, lo he pasado por alto.

*

Una noche, Mike me contó que su padre había pegado a Mitsuko. Estábamos en el Warehouse viendo a unos amigos suyos que tocaban la guitarra en un grupo. Se tiraban por el escenario, un poco desorientados, y se dedicaban a ajustar una y otra vez unos amplificadores que ya tenían demasiada reverberación. Un chaval vestido de mariachi tocaba la trompeta. Detrás de nosotros, un público adormilado asentía con la cabeza y daba botes de manera sincopada.

No estaba seguro de que me gustara aquel ambiente. Mike me había dicho que uno de los que tocaba era su ex. Traté de imaginármelo, me preguntaba cuál de todos los que estaban en el escenario podía ser, pero al final Mike bostezó y me preguntó si estaba listo para irnos.

¿Ya?

Nos ha visto, dijo Mike. O eso creo. Oportunidades no le han faltado.

Estábamos vapeando fuera, en la entrada, cuando me habló de su padre. Una pareja que paseaba a su pitbull llegó hasta el cruce que teníamos detrás. El perro nos gruñó. Mike le enseñó los dientes y el perro se calló y miró a sus dueños, que miraron a Mike, que me miró a mí.

Ma le metió un sartenazo, dijo Mike. Por entonces ya vivíamos en Estados Unidos.

Joder, dije.

Lo tiró al suelo y todo. Creí que lo había matado. Entonces me gritó por no haberla ayudado. Pero chillaba demasiado rápido, en japonés, y no podía entenderla.

Aquello parecía sacado de una película, dijo Mike, vapeando. Creo que todavía no me ha perdonado.

Cuando el semáforo se puso en verde, la pareja reanudó la marcha. El pitbull mordió a un motorista, que casi se cae de culo.

Las películas se basan en la vida, dije.

No siempre, respondió Mike.

*

Mitsuko está hojeando una revista cuando vuelvo del trabajo. Se queda mirando mis zapatos al entrar, así que doy media vuelta y me los quito en la puerta.

Supongo que tengo que intentarlo.

De modo que digo: ¿Qué tal tu día?

Qué tal mi día, repite Mitsuko.

Mi hijo se va del país la mañana siguiente a mi llegada.

Me deja con no sé quién durante no sé cuánto tiempo.

Llevo años sin verlo y se marcha en busca de mi exmarido, que se está pudriendo de cáncer en estos momentos.

Mi puto día ha sido fantástico, concluye Mistuko.

Me estremezco y sonrío. Le digo que voy al dormitorio y que ahora salgo. Pero entonces me acuesto, me tapo con una manta y no me levanto hasta horas más tarde.

A eso de la medianoche me despierto. Las luces del salón están apagadas.

Empiezo a redactar un mensaje para Mike.

Escribo: Hemos terminado.

Escribo: Que te jodan.

Escribo: Se acabó, gilipollas.

Escribo: ¿Cm y esto es lo que le envío.

*

Mi madre me contó a mí primero lo de su nuevo marido. Confiaba en mí, o por lo menos eso es lo que me dijo. Así que no se lo conté a Lydia. No se lo conté a mi padre. Lo veía entrar y salir de casa, a veces con una mujer con la que estaba saliendo y otras no.

Se llamaba Carlotta. Había días en los que se quedaba a dormir. Cuando eso ocurría, a la mañana siguiente cascaba huevos y cortaba lonchas de *queso fresco.*[3] Era de San Antonio, vivía con sus hermanos cerca del instituto, siempre decía que ojalá yo fuera heterosexual porque sería perfecto para su hija.

Solo le interesan los malotes, dijo Carlotta.

Yo tampoco soy bueno.

Y Carlotta se me quedó mirando un instante antes de volver a ponerse a cortar cilantro.

Es diferente, dijo sonriendo.

Desconozco el momento exacto en que mi padre se enteró de lo de mi madre, pero con el tiempo Carlotta dejó de venir. Y entonces mi padre estuvo una temporada sin salir de casa.

Se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el porche.

Empezó a decir por favor.

Una mañana, por esa época, me despertó el timbre. No podrían ser más de las cuatro. Había dos tipos sujetando a mi padre, que iba en camiseta de tirantes y calzoncillos. Estaba desplomado sobre sus hombros y parecía vacilar.

¿Es tu papá?, preguntó uno de los tipos.

Si, dije, *lo siento.*

Lo encontramos por allá, dijo el hombre señalando al otro lado de la calle y por encima de unos árboles.

No es un lugar seguro, añadió el otro tipo.

Lo siento, volví a decir, y me lo entregaron.

Necesitas cuidarlo,[4] dijo el primero de ellos rascándose un hombro.

Después, mi padre estuvo riéndose y con hipo toda la mañana, soltando toda clase de sinsentidos hasta que, por la tarde y de repente quedó totalmente fuera de combate.

Al día siguiente me llamó para que bajara antes del desayuno. Dijo que tenía que contarme algo. Algo sobre mi madre.

Intenté hacerme el sorprendido.

3

Cuando me levanto al día siguiente aún es oscuro, pero Mitsuko está picando gambas inclinada sobre la tabla de cortar. A su lado hay huevos, harina y miel.

¿Comes?

Le digo que sí.

No hablamos mientras ella cocina. Lo tritura todo en un robot de cocina. Vierte la mezcla en una sartén, la unta con salsa de soja, va removiendo poco a poco la masa. Me tomo mis pastillas mientras la veo hacer todo eso y ella me ignora en todo momento, trabajando a su propio ritmo.

Cuando me siento en el sofá, Mitsuko deja de remover. Me levanto para poner la mesa y retoma lo que estaba haciendo.

Una vez ha terminado, llena un cuenco con pepinos encurtidos, acompañado de un plato para la tortilla, y saca otro para mí. Comemos inclinados sobre la encimera. Nuestras caderas se tocan.

Entonces, dice Mitsuko, ¿hace cuánto que te acuestas con mi hijo?

¿O es algo informal?

En realidad, no.

No sé cómo funciona, dice Mitsuko.

Creo que es igual para todos.

No lo es, dice Mitsuko.

Estoy segura de que sabes lo unidos que estamos Michael y yo.

Llevamos cuatro años juntos, digo. Más o menos.

Mitsuko me pregunta si más o si menos.

Un poco más.

Pero solo un poco.

A Mike se le dan mejor los números, digo.

De pronto caigo, sin venir a cuento, en que mi postura deja bastante que desear. La de Mitsuko es impecable, incluso estando apoyada. Así que enderezo el cuerpo y acto seguido me encorvo, y Mitsuko enarca una ceja.

Resopla y dice: A mi hijo no se le podrían dar peor los números.

Después de eso, comemos en silencio. Por la ventana se cuelan

frases sueltas en español. Los niños de la casa de al lado dan patadas a un pelota de fútbol contra la pared hasta que su padre sale fuera gritando y pregunta cuál de ellos ha perdido la cabeza.

Mientras Mitsuko está concentrada en su comida, le echo un buen vistazo. Sin duda, en algún momento, fue una mujer de una belleza extraordinaria.

Sus ojos entonces se encuentran con los míos. Parpadeo como si se me hubiera metido algo.

Soy consciente de que para ti también debe de ser extraño.

No, respondo. Está bien.

Entonces eres un mentiroso.

Estoy siendo sincero. De verdad.

Sé lo que quiere decir estar bien, dice Mitsuko. Significa estar jodido.

¿Te ha dicho mi hijo cuánto tiempo va a estar fuera?

Un mes, digo. Tal vez dos. No lo sé. No hemos hablado mucho de eso.

Por supuesto que no.

¿Te lo ha dicho a ti?

¿Decirme qué?

Cuánto tiempo estaría fuera. ¿O que se iba?

Mitsuko me mira a los ojos. Hace crujir los nudillos en la encimera.

No, dice. Mi hijo no me ha proporcionado esa información. Pero tal vez me venga bien. Necesitaba salir de Japón un tiempo. No tiene ningún sentido volver corriendo a Tokio para ver a un hombre moribundo.

Entonces, ¿vas a quedarte aquí hasta que vuelva Mike?

Mi voz se quiebra, solo un poco, pero lo suficiente como para que a Mitsuko no le pase desapercibido. Sonríe.

¿Eso sería un problema?

No, digo. No quería decir eso.

Entonces, ¿qué querías decir?

Lo siento. En realidad no era más que una pregunta.

Es suficiente para que Mitsuko se cruce de brazos. Entonces se apoya en la encimera y el pelo le cae sobre los hombros. Procuro ralentizar mi respiración para no encorvarme demasiado.

En ese caso creo que eso es exactamente lo que voy a hacer, dice Mitsuko. Quedarme aquí. Me vendrá bien disponer de tiempo libre. Vuestra casa está sucia, pero servirá hasta la vuelta de Mike.

No hay ningún problema, digo. Me parece absolutamente perfecto.

Recuerda, dice Mitsuko, que eres tú el que ha dejado que se vaya.

Tienes razón, digo. Soy yo el que ha dejado que se vaya.

Qué generoso por tu parte, dice Mitsuko, pero no dice nada más.

Cuando termina el cuenco, Mitsuko lo deja en el fregadero. Abre el grifo. Alarga el brazo para coger el mío. La tortilla estaba deliciosa, es lo típico que prepararía Mike, porque él se encargaba de todo lo relacionado con la cocina, y tal vez ese podría haber sido el problema para empezar.

Una conversación agradable, dice Mitsuko, y me disculpo, aunque no sé muy bien por qué.

*

En algún momento, Lydia y yo empezamos a hablar sobre la nueva familia de nuestra madre. Nunca le pregunté a mi hermana cuándo se enteró, ni por quién. Pero tampoco ella me lo preguntó a mí.

4

Al día siguiente, Mitsuko está cocinando patatas con *okayu* y una rodaja de pescado. Me ofrece un cuenco de copos de avena con un poco de cebolleta salpicada por encima. Luego sorbe su té junto a la encimera y yo bebo agua como si me estuviera ahogando. Ni una sola vez la he visto tomarse una pastilla ni la tensión ni nada.

Cuando termina, Mitsuko se pone una chaqueta y unos zapatos. No le preguntó adónde va. No pienso cometer el mismo error dos veces.

*

En el trabajo, Ximena me pregunta dónde creo que va Mitsuko durante el día. Estamos mirando fotos del lugar donde se celebrará el banquete. Se está planteando la posibilidad de saltarse su propia boda. Hace un tiempo, Ximena me contó que ya había caminado al altar y que la primera vez no le había servido de mucho, así que ¿para qué coño iba a volver a intentarlo?

La madre de Mike va adonde sea que van todas las madres que tienen el corazón roto, digo.

La lavandería, dice Ximena.

El centro comercial, digo yo.

El parque para perros.

El *spa*.

El mercado.

El gimnasio.

El bar.

Imposible.

¿Qué pasa?, dice Ximena, ¿piensas que eres el único que necesita follar?

Intento no pensar en Mitsuko de esa manera.

Y por eso estás estancado, dice Ximena. Para ti no es un ser humano. ¡Quién lo hubiera dicho!

No soy un ángel, digo.

No eres muchas otras cosas.

¿De verdad me estás llamando misógino?

Te estoy llamando hombre, Benson.

Antes de poder abrir la boca, Barry dobla la esquina corriendo con Ahmad. Tiene al chaval agarrado por los hombros y Ahmad se aprieta con fuerza al estómago de Barry.

Barry está casado con la mujer con la que empezó a salir estando en el instituto. Es cirujana. Y él está aquí, limpiando parques infantiles con nosotros. Siempre que su mujer aparece por el edificio, sonríe a casi todo el mundo, pero un día Ximena me dijo que nunca tocaba nada. Que me fijara para ver si lo hacía.

Y Ximena tenía razón.

Nunca tocaba nada.

Cuando Ahmad da un tirón al cuello de Barry, este por muy poco no deja caer al niño al suelo.

Tu hijo está teniendo un mal día, dice Barry.

No es mi hijo.

El hijo de Benson necesita un corte de pelo, añade Ximena.

Parad, dice Ahmad. No soy suyo.

Es la broma de siempre: como el empleado que menos responsabilidad tiene sobre los niños en todo el edificio, el que había creído que solo se dedicaría al papeleo, resulta que no les molesto en absoluto. Que a la mayoría de niños a los que cuidamos en realidad les caigo bien. Y soy el único que de verdad se preocupa por Ahmad. Por eso, cada vez que Ximena y Barry tenían un problema que no podían gestionar de acuerdo con nuestros cargos, yo era el último recurso. Y por lo general funcionaba. Todavía no sé cómo me siento al respecto. Pero un día se lo comenté a Mike y dijo que tenía sentido pero que yo simplemente no podía verlo y que ahí radicaba parte del atractivo.

Al cabo de un rato le pregunto a Ahmad qué ha ocurrido, cuál es el problema, y me dice que Marcos le ha dado una bofetada.

Dirás que Marcos te ha devuelto una bofetada, dice Barry. Has empezado tú.

Ha empezado él, dice Ahmad.

Tú les has pegado primero, puntualiza Barry.

Sí, dice Ahmad, pero ha empezado él.

Podría decirle a Ahmad que, a su manera, tiene razón. No hace falta ser el primero para empezar algo. Y me gustaría decirle que, a pesar de lo joven que es, las cosas se van a ir complicando cada vez más.

Pero en lugar de eso lo aúpo y me lo coloco sobre los hombros. Él se gira para mirarme, con algo de desconfianza. Suelta una carcajada

de adulto.

*

En un momento dado, Mike empezó a pasar la noche fuera. A saber dónde iba después de acabar el turno. O quizá se quedara en el trabajo. O sentado en su coche, aparcado, dejando pasar el tiempo, mordiéndose las uñas. Pero, en cualquier caso, yo empecé a dormir en el sofá, que es algo que debí de sacar de alguna telenovela.

Una noche, Mike entró por la puerta tropezándose, borracho. Dejó el móvil sobre la repisa. Yo salté de entre las mantas y lancé esa mierda contra la pared.

El teléfono se rompió limpiamente por la mitad. Lo vimos reventar en silencio. Entonces empezó a sonar y, antes de que parara, Mike me miró y preguntó si debía contestar o qué.

Cuando después se lo conté a Ximena, ella no dejaba de sacudir la cabeza. Estábamos en su casa. Su madre había salido. Mirábamos a Juan, su hijo, correteando de una pared a otra, riéndose solo, mientras esperábamos al repartidor. Su prometido estaba fuera de la ciudad en un congreso sobre incisivos y habíamos pedido *pad thai* con el dinero que había dejado.

Es como si estuviéramos en una maldita comedia romántica, dije. Como si los dos fuésemos los malditos villanos en una comedia romántica.

Juan chocó con la mesita del salón, rebotó y se estrelló contra una estantería. Pensé que Ximena iría a comprobar si su hijo estaba bien, pero se quedó ahí sentada hasta que él se levantó de un brinco.

Hace mucho, cuando aún estaba con el padre de Juan, Ximena vino en coche con su hijo a nuestra casa. Estaba llorando, hecha un desastre, con una mochila a medio llenar para Juan. Mike le preparó un té mientras yo me sentaba con ella en el sofá. Ximena me dijo que no iba a volver nunca más, que aquello había sido el colmo, pero todavía pasó un mes antes de que finalmente dejara a ese tío.

Ahora mirábamos a su hijo caminar como un cangrejo por la moqueta.

Ximena dijo que todo el mundo era un villano para alguien.

5

Mitsuko y yo establecemos algo que se asemeja a una rutina nocturna: ella cocina, yo pongo la mesa.

Los dos comemos apoyados en la encimera. Después yo le paso una bayeta mientras Mitsuko se ocupa de los platos.

Por lo demás, pasamos la mayor del tiempo cada uno por su lado. Probablemente sea mejor así.

Pero he aprendido algunas cosas. Minucias.

Por ejemplo, que en Japón trabaja en una joyería en Shimokitazawa.

O que vuela tres veces al año a Los Ángeles para encontrarse con un hombre, o con un amigo, o con un hombre que es también un amigo.

Y aunque apenas es ostentosa, toda su ropa es bonita. Es evidente que cada calcetín, falda y pendiente forman parte de un todo más grande y variado.

Mike, en cambio, lleva las mismas tres cosas siete días a la semana.

No tiene paciencia para ningún tipo de horario, rutina ni patrón.

Antes de conocerme, veía a quien él quería, cuando él quería, se los follaba como él quería y, luego, cuando se aburría, los dejaba.

Vivir con Mitsuko es, en otras palabras, completamente diferente a vivir con su hijo, con cuya homosexualidad ella se siente cómoda, o al menos no del todo incómoda, o por los menos siente un menor desagrado que mis propios padres, o eso parece.

Cuando Mitsuko pregunta por el detergente para la lavadora, le digo que está en el armario que hay debajo del fregadero.

Cuando pregunta dónde hacemos la colada, señalo la lavandería al otro lado de la calle.

Cuando pregunta dónde compramos la comida, le doy varios nombres, pero ninguno la convence.

¿Tendrá n *natto*?[5]

Le digo que tal vez en el H Mart.

¿Sabes lo que es el *natto*? pregunta frunciendo el ceño.

Semillas de soja, ¿no? Mike lo usa.

Y por primera vez desde que nos conocemos, Mitsuko parece confundida.

¿Aquí en Houston? ¿La ciudad donde hace unos años era casi imposible conseguir *daikon*?

Sí, respondo.

Y tú comes *natto*, dice.

Así es.

No te creo.

¿Porque crees que no podría gustarme?

¿Cómo diablos voy a saber yo lo que te gusta?

Esa noche, oigo la televisión desde la habitación. Mitsuko está pasando de una película a otra. Al final se queda con *La guerra de los mundos*, y oigo a Tom Cruise ir detrás de su hijo. El chaval se ha unido a la resistencia o alguna mierda, aunque el espectador sabe que está acabado. Pero Tom no lo ve. Va tras el chico de todas formas.

Me estoy quedando dormido cuando suena el teléfono. Imagino que será Ximena, pero es Mike.

Me ha enviado una imagen de su cara delante de lo que parece una estación de tren. No sonríe del todo. El fondo está abarrotado de cuerpos.

Y ha escrito: ¿CÓMO VA TODO?

Escribo: Cómo cojones esperas que vaya.

Al cabo de unos minutos, Mike envía otro selfi. En segundo plano se distingue un barrio. Parece tranquilo, enmarcado entre postes de teléfono.

Si ajusto el brillo y entrecierro los ojos lo suficiente, puedo distinguir su nariz.

parece guay, digo.

LO ES
¿lo has encontrado ya?
SÍ
¿y?
ESTÁ BIEN
LA VERDAD ES QUE NO ESTÁ BIEN
EN REALIDAD NO LO SÉ

Mike envía otra foto en la que salen árboles. Y luego otra de otra estación de tren. Hay un montón de cosas de las que deberíamos estar hablando, pero aquí estamos, evitándolas todas.

Así que escribo:

aquí dónde se puede conseguir natto?
X?
Tu madre dice que quiere prepararlo.

Y la respuesta de Mike es inmediata, posiblemente sea la vez que más rápido me ha contestado: ¿QUÉ COÑO?

6

A la mañana siguiente, la madre de Mike llama por primera vez a mi puerta. Está completamente vestida mientras que yo abro en camiseta de tirantes y calzoncillos.

Tómate tu tiempo, me dice.

Santo Cielo, añade.

Salimos cinco minutos después. Nuestros vecinos negros saludan desde el porche. En el rostro del abuelo se dibuja una pregunta, y me pregunto si la hará.

Pero Mitsuko no desvía la mirada. Si acaso, camina más despacio. Lo mira fijamente.

El coche de Mike está sucio y lleno de ropa: nuestras sudaderas, calcetines y un par de zapatos sueltos. Dentro huele a él, y sé que su madre también lo huele. Cuando lanzo unos pantalones cortos a la parte trasera, refunfuña; en el asiento trasero hay un suspensorio y rezo a ningún dios en particular para que Mitsuko no lo vea.

Hemos dejado atrás el vecindario y estamos entrando en la ciudad cuando dice: ¿Estás seguro de que tendrán lo que necesito?

Deberían. Mike y tú preparáis las mismas cosas.

Tal vez se parezcan, dice Mitsuko. Pero no son las mismas.

Avanzamos entre el batiburrillo de lugareños que comienzan su día. Franjas enteras de Houston parecen pedazos de otros países. Hay socavones junto a panaderías *gourmet* junto a taquerías junto a restaurantes de fideos; un corta y pega sobre un paisaje grisáceo.

Parados en un semáforo, vemos a dos tipos sonrientes en la acera de enfrente que pasean de la mano con una niña pequeña, cada uno a un lado. Uno de los hombres es blanco. El otro es moreno. Parecen sacados directamente de *OutSmart*. Miro a Mitsuko y su cara no me dice mucho.

Así que, dice, eres negro.

Te has dado cuenta.

Un poco, dice Mitsuko. ¿Y cómo encontraste a mi hijo?

Accidentalmente.

Déjame adivinar, en Grindr.

No fue ahí.

Encontraste a mi hijo en internet.

No.

Nos conocimos en una fiesta. Un conocido nos presentó.

Seguro, dice Mitsuko.

Cuando la pareja cruza la calle, su hija los mira, radiante. Es la expresión máxima de la felicidad. Si Mike los hubiera visto, habría fingido algún tipo de sofoco o habría tocado el claxon o se habría puesto en plan serio, sin decir gran cosa.

*

Los domingos por la mañana, Mike me arrastraba en coche de mercado en mercado por todo el Northside. Jugueteaba con cebollas y guanábana, con ajos y piñas. Regateaba con los vendedores en su español penoso y por la noche cocinaba tres versiones del mismo puto plato. Yo daba un bocado a uno y luego al segundo. Entonces Mike me hacía un gesto hacia el tercero. Normalmente me quedaba con la segunda opción.

Mike decía que era su forma de practicar, que así podría mejorar. Yo le decía que no todo el mundo hacía eso, y él argumentaba que había una razón para ello.

Yo no he crecido con sus paladares. Ellos pueden tragarse unas mierdas que yo soy incapaz de tragarme.

Así que me las haces tragar a mí, decía yo. A la fuerza.

Cuando ya no esté, lo echarás de menos.

*

Resulta inconcebible pero hoy nuestro H Mart local va a estar cerrado todo el día, y la siguiente tienda de alimentación a la que llevo a Mitsuko está objetivamente sucia, pero tienen *natto*. También hay un detector de metales en la entrada. Un vendedor de pollo frito en uniforme flanquea la puerta. A nuestra izquierda hay mujeres más mayores cuyos hijos tocan las zanahorias con el dedo, y una niña pequeña deambula por los pasillos con un ramillete de perejil a modo de corona.

Voy sin rumbo en busca de un carrito de la compra. Encuentro uno con tres ruedas. Al final lo llenamos hasta arriba, y también la cesta, y también todo lo que Mitsuko puede cargar en los brazos.

En la caja, me palpo para sacar la cartera y confío en que Mitsuko me frene, pero no lo hace. Así que saco mi tarjeta lentamente y es entonces cuando Mitsuko saca un billete del bolso, sacudiendo la cabeza.

La chica que está detrás de la caja se ríe, estirándose una trenza.

Típico de negrata, dice.

¿Verdad?, dice Mitsuko.

Fuera, en el aparcamiento, un par de mujeres con hiyabs gritan. Todo lo que dicen está salpicado de jadeos. Todo es horrible. Las dos están a punto de llorar, pero entonces se abalanzan la una sobre la otra y se ríen hasta que les falta el aire.

7

En la guardería, Ahmad da un empujón a Ethan y lo tira al suelo. Cuando Xu ve a su hermano en apuros, empieza a pelearse con los dos en el arenero. Contemplo la escena desde la ventana, igual que Ximena. Espero a que ella intervenga, pero resulta que no lo hace.

Para cuando he querido salir, Barry ya se ha hecho cargo de la situación. Agarra a Xu por la cintura y a Ahmad por el codo.

Yo siento a Ethan. Le pregunto qué ha pasado. Dice que le han tendido una emboscada y, cuando le pregunto que por qué, inclina la cabeza, como diciendo cómo es posible que no lo sepas.

Cuando vuelvo a entrar para ver cómo está Ahmad, Barry lo ha sentado a la mesa para colorear que hay en nuestra diminuta sala de informática.

No quiere decir por qué lo ha hecho, dice Barry.

Ya sabemos por qué lo ha hecho. Lo hace todos los días.

Fijo, dice Barry, pero siempre hay una razón. Dolor de cabeza. Dolor de tripa. Algo que ha pasado en casa.

Si le preguntaras, te lo diría.

Solo habla contigo, joder.

En la sala de informática, le doy un brik de zumo. Pestañea antes de aceptarlo. Luego me siento en la moqueta a su lado y empiezo a decir algo, y parece apreciar el hecho de que al final no lo haga.

Vemos que Silvia y Margaret nos miran por la ventana. Agachan las cabezas por debajo del alféizar solo para reaparecer segundos después.

Siempre que se produce un altercado, cumplimos con la política de hablar con los padres. El padre de los gemelos se presenta en pantalones cortos de baloncesto y una sudadera de los Texans.[6] Cuando terminamos de explicarle lo ocurrido, frunce el ceño.

Hablaré con ellos. Podría haber sido peor, ¿verdad?

Hum, digo.

Xu le ha tirado tierra a los ojos a otro niño, dice Barry.

Claro, dice su padre, ¿y el otro niño está vivo? ¿No podía simplemente apartarse un poco?

El hermano de Ahmad llega poco después, sudoroso y con la cara roja. Se llama Omar. Creo que es una especie de fisioterapeuta. Le explico lo que ha pasado y se lleva las manos a la cara.

Entonces estás diciendo que ha empezado él, dice Omar.

Todos preguntan lo mismo, dice Barry.

Ahmad ha estado implicado, contesto, pero no le echamos la culpa.

Tal vez deberíais, dice Omar.

Tal vez. Pero no lo hacemos.

¿Y para qué cojones os pagan mis padres, tíos?

No le respondo. Barry se limita a poner cara de pena. Entonces Omar relaja los hombros.

Perdonad, dice.

No pasa nada, digo.

La verdad es que sí que pasa.

Está siendo un momento duro, continúa Omar. Ahmad vive conmigo desde hace un tiempo. Nuestros padres están atravesando una mala racha.

Lo entiendo perfectamente, insisto.

Omar es más ligero que su hermano. Tiene pinta de panadero. De pie uno al lado del otro, no se parecen nada, salvo en las narices, que son indistinguibles.

¿Esto quiere decir que no puedo volver?, pregunta Ahmad.

No, decimos Omar y yo a la vez.

No ha pasado nada, le aseguro.

Nada, repite Omar, mirándome.

Ahmad nos mira primero a uno y luego a otro. Es evidente que no se lo cree, pero acepta lo que le hemos dicho, de momento, y sale corriendo.

Le digo a Omar que lo comprendo, y él me lo agradece tendiéndome la mano, sonriendo de par en par. Los miro marcharse caminando. Casi espero que Omar le dé un coscorrón a su hermano, pero nada más lejos. Le revuelve el pelo, conduciéndolo hacia el coche.

Pasado un rato, pregunto a Ximena que por qué no ha detenido la pelea. Se me queda mirando unos instantes antes de contestar.

Iba a hacerlo, dice, pero ¿cuántas veces puede uno aprender esa

lección? Que hay veces en las que, simplemente, se pierde.

Mejor ahora que más adelante, dice, cuando de verdad importa.

*

Una vez le pregunté a Mike si quería tener hijos. Estábamos en un pub en los Heights mirando a dos jóvenes caucásicos borrachos que se caían uno encima del otro. Uno de ellos intentaba levantarse del taburete y el otro lo agarraba. Entonces el otro se ponía de pie y volvían a repetir el espectáculo.

Mike ya se había acabado la cerveza, pero aun así consiguió lanzar un escupitajo.

Fue más o menos por esa época cuando tuvimos la conversación sobre monogamia. El tema lo sacó Mike.

No es que yo me negara rotundamente, pero tampoco lo defendí en ningún momento.

Solo digo que deberíamos pensar en ser más abiertos, dijo Mike.

No hay nada que pensar.

A mí no me importaría lo que hicieras, dijo Mike, siempre que vuelvas a casa.

No estás en una relación contigo mismo.

Solo piénsatelo, dijo Mike. De verdad. Lo único que estoy diciendo es que ahí fuera el mundo es muy grande.

¿Mundo?, dije, ¿qué cojones? ¿Qué mundo? Vivimos en un solo lugar.

Ya sabes lo que quiero decir.

Y el caso es que sí que lo sabía. Vaya si lo sabía. Y había pensado en ello. Pero en aquel momento me preocupaba menos lo que Mike pudiera hacer que cómo podría llevarlo yo: si abría la puerta, aunque solo fuese una rendija, ¿seguiría teniendo una razón para volver a poner el pie dentro?

En realidad, no llegamos a decidir nada, por lo menos de forma conjunta. Pero una no-decisión es una elección en sí misma.

*

Durante mi adolescencia, mi hermana era la encargada de poner disciplina. Nuestro padre siempre andaba trabajando o pimplándose todo el bebercio en el centro. Nuestra madre lo compensaba quedándose ella también en la ciudad, acaparando crédito a base de

bolsos.

Así que fue Lydia la que me dio mi primer cigarrillo, la que sacudió la cabeza cuando aspiré con demasiada fuerza y me ahogué.

Y fue ella la que me explicó cómo y a quién comprar cerveza en la tienda.

Y me enseñó a conducir y pagó mi primera multa por exceso de velocidad.

Y me pasó mi primer porro, invitándome a sentarme donde ella quedaba para fumar con su grupo de conocidos.

También me enseñó a besar. De hecho, trajo a una chica de su escuela. Estuvieron hablando en su cuarto, bebiéndose una ginebra que habían sacado de la vitrina donde mis padres guardaban las bebidas alcohólicas, hasta que mi hermana me llamó para que subiera al piso de arriba.

La chica tenía el pelo oscuro y pendientes de sirena. Me tocó el antebrazo, despacio, lo que me hizo dar un respingo, y ella frunció el ceño.

Me preguntó si no quería hacerlo. Le dije que sí. Entonces me giré hacia Lydia, que parecía profundamente decepcionada. Preguntó si necesitaba que me hiciera una demostración, y su amiga puso cara rara, pero le dije que no era necesario, no hacía falta, estaba bien.

Años después, Lydia me recordó todo aquello. Ahora vive en el barrio del museo. Su casa está llena de plantas. El suelo es de madera laminada. Nuestra madre solía preguntarle que cuándo iba a conseguir marido, y nuestro padre que cuándo iba a encontrar un trabajo de verdad, pero un día Lydia les dijo que aquello no era asunto suyo. Ellos ya habían vivido su vida. Ahora le tocaba a ella. Y entonces yo salí del armario y durante un tiempo la presión dejó de recaer sobre ella.

*

Mitsuko está tomando unas vitaminas cuando vuelvo al apartamento. Intento entrar en la habitación sin que me vea, pero me llama por mi nombre.

¿Puedes freír un pollo?

¿Te refieres a hervirlo?

Me refiero a lo que he dicho.

En plan, ¿freír alitas?

Por supuesto que no, dice Mitsuko. Ven aquí.

Es la primera vez que la veo así de cómoda en la cocina de Mike. Él tenía las cosas dispuestas a su gusto, pero Mitsuko lo ha

reorganizado todo. El interior de los cajones, los cazos, las espátulas y los palillos. Los boles estaban colocados de una cierta manera y ahora ya no. Lo mismo pasa con las especias de Mike. Y con los utensilios. Nunca había sabido dónde guardaba los palillos, simplemente se materializaban siempre que los necesitábamos, pero ahora el espacio está irreconocible. Lo ha puesto todo patas arriba. Estoy totalmente desorientado, pero por una vez puedo sentirme a gusto.

Mitsuko agarra el pollo por una pata y separa la otra con un cuchillo de carnicero. Con un movimiento ligero, lo corta limpiamente por la mitad.

¡Me cago en Dios!, exclamo.

Silencio, dice Mitsuko.

Entonces procede a despiezarlo, hueso a hueso, y los va metiendo en una olla con agua hirviendo para preparar el caldo. Cuando termina de retirar la grasa, Mitsuko sacude cada trozo con un gesto de muñeca. Los aderezos están todos puestos en fila. Empapa la carne en lo que parece una bandeja de sal, pero no me explica lo que es, y al cabo de un rato se echa a un lado con una pirueta y arroja el pollo a una sartén. Chisporrotea como una ráfaga de lluvia.

Si estuviera en casa, lo habría marinado, dice Mitsuko. Pero no estoy en casa.

Una vez ha terminado y la carne está cocinada, Mitsuko coloca dos boles sobre la mesa, que es nueva. Me siento frente a ella.

Comemos en un silencio casi total.

¿Lo has entendido?

Bueno, en parte.

Me mira con cierta frialdad.

Está bien, dice, pero vas aprendiendo.

Tienes que hacerlo, añade.

*

Mis padres no cocinaban. Ni tampoco Lydia. Todo lo pedían para llevar en un sitio vietnamita que estaba a pocas manzanas de casa o salíamos a comer fuera. Pero después de que las mujeres de mi familia se largaran, empecé a preparar desayunos simples para mi padre y su resaca: huevos revueltos, queso fundido, boles de fruta. Un guacamole hecho puré.

Una vez, en un arrebato de locura, preparé chilaquiles. La noche anterior había visto un programa en internet en el que un hombre freía un montón. Aseguraba que era una receta a prueba de tontos. Que era imposible cagarla.

Pero me pasé con el queso. Me corté picando los tomates. Mi padre

se había quedado petrificado en el salón mientras yo machacaba las patatas y los huevos. Cuando le pasé un plato de papel, refunfuñó algo sin apartar los ojos del programa del tiempo.

Nos sentamos en el sofá, comiendo despacio, pendientes de una tormenta. A medida que lo ingería, mi padre iba poniendo caras, pero no lo escupió.

*

Esa noche, Mike me envía un mensaje. Su padre está peor.

peor?

NO PUEDE DORMIR, NO QUIERE COMER, RESPIRA FUERTE, dice Mike.

lo siento

NO HAS SIDO TÚ EL QUE SE LO HA METIDO DENTRO

Le pregunto cuáles son los siguientes pasos y dice que aún no lo saben. Que su padre es terco. Pero la única certeza que tiene es que se alegra de haber volado hasta allí, o cree que se alegra, o en realidad no se imagina no haber volado.

Es demasiado como para analizar por teléfono, a través de una pantalla. Le explico que he despiezado un pollo con su madre.

Mike escribe:???

lo tecleo. Estoy en shock

LO HAS DISFRUTADO?

He sobrevivido

JA. ¿CREES QUE VOLVERÁS A INTENTARLO?

veremos

Espero a que Mike pregunte por su madre. O qué tal nos va por Texas. Pero no lo hace. Los puntitos aparecen y desaparecen en mi pantalla, una y otra vez, pero no recibo nada.

Así que le pregunto cómo le va a él, cómo está de verdad, y me manda un selfi.

Se ha afeitado y en la foto aparece haciendo una mueca de dolor. Es la primera vez en un año que puedo verle toda la cara.

8

Cuando me levanto a la mañana siguiente, Mitsuko ya se ha marchado. Su chaqueta no está. Sus gafas de sol no están. Busco sus zapatos y no están.

Busco una nota y veo que ha dejado una encima de la mesa.

Está escrita completamente en kanji.

Me cago en mi puta suerte.

Pero entonces caigo en que se ha llevado las cestas de la colada. La suya y la mía, y todo el detergente.

En el trabajo, Ahmad se pasa horas sentado en un rincón sin hablar con nadie.

Ximena trata de camelárselo con Legos. Barry le ofrece una pelota de baloncesto. Cuando me toca a mí, le pregunto que por qué hace eso y me dice que está en huelga.

Muy bien, digo. Pero ¿por qué?

Las reglas.

Fascinante. ¿Cuándo has empezado?

Ayer.

¿Y cuánto tiempo va a durar?

Lo que haga falta.

Podrías tirarte un buen rato ahí sentado.

Vale, dice Ahmad.

Así que inclino la cabeza, me pongo de pie y Amhad resopla.

Te vas, dice.

Estás en huelga. Aquí yo soy la autoridad competente. Estamos en una encrucijada.

Pero no tienes que irte.

Creo que sí.

Nadie tiene que hacer nada, dice Ahmad. Ni siquiera tú.

Y esto, aunque parezca inconcebible, es algo que diría Mike.

Y como no se me ocurre ninguna réplica adecuada, vuelvo a sentarme.

Durante el almuerzo, Ximena me enseña fotos de su vestido para el banquete. Está metida de lleno en la elección de los zapatos. Su madre se ha negado a opinar tanto sobre los zapatos como sobre el vestido. Su padre llegó el fin de semana pasado en coche desde Laredo y, tras conocer a Noah, le dijo a su hija que el joven no estaba mal, pero ¿de verdad tenía que elegir a un *gabacho*?[7]

Imagínate, dice Ximena, qué puta jeta.

Cuando llega Omar, le informo de que su hermanito está en huelga. Le pregunto si conoce el motivo, y Omar sonríe.

Lo suyo sería preguntarnos por qué no lo estamos nosotros, dice.

Me parece justo.

Si tú y yo empezáramos una huelga ahora mismo, dice Omar, ¿cuánto crees que duraría?

Setenta y dos minutos.

Eso es muy específico.

La especificidad es importante.

Me gustaría pensar que podemos hacerlo mejor, dice Omar.

Yo ni siquiera sé lo que haría.

Lo mismo que hacemos siempre, dice Omar dando una palmadita en la cabeza a su hermano.

Pero no dice lo que es.

Esa noche, estoy picando cebollas junto a Mitsuko en la encimera. Ella vuelca el *dashi*,[8] mientras yo hago todo lo posible por no llevarme los dedos por delante.

Al ver mis verduras, Mitsuko deja escapar un suspiro. Me quita el cuchillo de las manos. Pica mis mitades en cuartos, otra vez, y mis cuartos en mitades, otra vez.

*

Incluso después de que empezáramos a lanzarnos los trastos a la cabeza el uno al otro, Mike siempre traía comida del trabajo. Dejaba el Tupperware en la encimera. Los preparaba él mismo. Y siempre, siempre, estaban deliciosos.

Ximena me dijo en cierta ocasión que eso era una señal. Estábamos en su casa viendo cómo Juan montaba un tren de Lego. Envié un mensaje a Mike para decirle que volvería tarde, que incluso podría pasar la noche fuera, y respondió inmediatamente con un firme

A mí Noah nunca me trae comida, dijo ella. Mike piensa en ti.

Noah no se está follando a la mitad de la ciudad.

¿No estaríamos hablando de algo menos de la mitad? No sois tantos.

¿Ta ntos qué?

El mundillo de los gays, dijo Ximena.

Pero incluso en el caso de Mike estuviera pensando en mí, dije, no estoy seguro de que sean buenos pensamientos.

Pero eso no lo puedes controlar, dijo Ximena.

Estás ocupando espacio en el cerebro de otro ser humano, dijo. Eres una entidad extranjera. Un parásito. Y eso ya es mucho.

9

Los fines de semana con Mike me quedaba en la cama hasta las doce. Él comía tortitas en la mesa, tres o cuatro de golpe, y a mediodía, cuando yo me levantaba, preparaba otras tantas.

Pero ahora, al despertar, oigo voces en la cocina. Y entonces las reconozco. Las neuronas se recolocan en su sitio. Cruzo el dormitorio a toda velocidad.

Mitsuko sorbe café. Lydia está sentada en el sofá. A su lado está mi madre con las manos apoyadas en el regazo. Se ríen de algo, y Mitsuko sonríe de verdad, y cuando entro en la cocina la sonrisa no desaparece; es solo un segundo, pero suficiente para que me dé tiempo a verla.

Lydia es la más fácil, así que empiezo con ella.

Joder, digo.

Joder tú también.

Vaya putas pelotas que tienes, le suelto.

Sí, dice Lydia, más que tú.

Parad, dice mi madre, levantándose para abrazarme.

No quiero hacerlo. Preferiría cruzarme de brazos. Pero ni siquiera puedo obligarme a hacer eso.

¿No vas a saludarme?, dice mi madre.

Buenos,[9] digo.

¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo es que estáis aquí?

¿Qué hacéis aquí?, me imita Lydia en un tono dos octavas mayor.

¿Dónde está Mike?, pregunta Lydia.

Basta, dice mi madre.

Cuando me vuelvo hacia Mitsuko, se encoge de hombros. La sonrisa ha vuelto.

Benson, dice mi madre, ¿cuándo es la última vez que has tenido noticias de tu padre?

No me creo que hayáis conducido hasta aquí solo para preguntarme eso.

Puedes, por favor, contestar a la pregunta, insiste Lydia.

Le lanzo un cojín. Lydia me lo devuelve. Mi madre nos pide a los

dos que nos calmemos, joder.

No está bien, me dice. Es la bebida.

Entonces llévalo a un médico.

Benson, dice mi madre.

La gente se desintoxica todos los días. Podéis ir juntos.

Si de verdad piensas que es tan fácil, dice mi madre, no deberíamos haber venido.

Ahí es cuando Mitsuko se aclara la garganta.

Dice que se va a dar un paseo.

Mitsuko me mira, me pide que deje la puerta abierta y, nada más irse, Lydia y mi madre suspiran.

A ver, es un poquito más mayor, dice Lydia. Y además empiezas tarde. Pero tienes mi aprobación.

Para.

Está claro que tienes un gusto definido.

No puedo hablar contigo de esto. Necesito tomar mis putas pastillas.

Entonces probablemente deberías tomarlas, dice Lydia.

Decidme qué le pasa a mi padre, pido, y la expresión de Lydia se relaja.

Sinceramente, dice, creo que lo único que le pasa es que está solo. Vamos, que lo que necesita es un poco de compañía. Pero en esta familia mi opinión no cuenta para nada.

¿De verdad piensas eso?, pregunta mi madre.

No me digas que no te has dado cuenta, dice Lydia. Están los solitarios, y luego está papá.

Si eso es cierto, es gracias a ti, dice mi madre.

Gracias a todos, continúa mi madre, mirándose los tacones, y mi hermana y yo bajamos la cabeza con ella.

Porque, a decir verdad, mi madre tiene mejor aspecto que nunca. Lleva brazaletes, botas y una chaqueta que se da de tortas con todo. Cuando vivía con mi padre, casi siempre iba vestida de marrón. En todos mis recuerdos, solo consigo verla así.

Mirad, digo, lo siento. De verdad. Pero no creo que yo pueda hacer nada. Sobre todo teniendo en cuenta que ya lo he intentado.

Eres su hijo, dice mi madre.

Y tú eres su mujer.

Solo quiero provocarla, pero no sé si lo consigo. Mi madre pestañea. Como si estuviera considerando algo.

Se quedó contigo, dice mi madre. No tenía por qué hacerlo. Pero lo pidió. Quería que tú te quedaras con él.

Y ahora te necesita.

Lo que necesita es medicación, respondo.

Y quién mejor que tú para llevársela, dice mi madre. Es evidente que no estás haciendo nada por él.

Mi madre es la primera en marcharse. No se despide. Se pone las gafas de sol y sale por la puerta, sin dar más explicaciones. Pero Lydia se queda un rato y me da el nuevo teléfono de mi padre. Me pregunta si necesito la dirección y le digo que no he olvidado dónde vivía.

Si tú lo dices. Llámame cuando le veas.

Lo haré.

No, no lo harás.

Por un instante se me ocurre que tal vez debería preguntarle cómo le va, pero lo dejo estar. Y ella hace lo mismo. No sabría decir si está agradecida o decepcionada.

Antes de dar media vuelta para irse, Lydia me toca en el hombro.

Al final no nos has dicho dónde está Mike.

Eres muy observadora.

Eso dicen.

Igual que Jesús. Y mira lo bien que le fueron a él las cosas.

Eres un partidazo, hermanito, dice Lydia. Nivel *premium*.

Cuando Mitsuko vuelve, estoy tumbado en el sofá. Me echa un vistazo, abre la boca y vuelve a cerrarla.

Entonces dice: Ha llamado mi hijo. Sonaba fatal.

*

Una vez, durante un fin de semana largo, Mike y yo pasamos la noche en Galveston. Era nuestro primer viaje juntos, por lo que era una situación totalmente novedosa para nosotros. Por primera vez en meses, Mike se había tomado unas vacaciones en la cafetería. Mi curro estaba cerrado porque era puente. El apartamento era una bomba de relojería con los dos allí tirados. Y luego estaban los vecinos, que la noche anterior habían llamado a nuestra puerta para avisarnos de que iban a celebrar una especie de maratón quinceañero. Se pasaron toda la primera noche fuera, en el patio, gritando y bailando y golpeando una piñata. A eso de las dos de la madrugada se cogieron de las manos para entonar una canción sobre Jesús. Después del sexto estribillo, le dije a Mike que me daba igual dónde fuéramos, siempre y cuando estuviéramos en cualquier otra parte. Él ya roncaba.

La arena era de un color insulso, blanquecino. En nuestro extremo

de la playa apenas había espacios libres. Detrás de nosotros, una pareja con edad de ir al instituto discutía sobre el baile de graduación bajo un toldo improvisado. Delante, unas chicas se revolcaban en el agua mientras su madre estaba enfrascada en una novela de Ferrante. Levantaba la cabeza cada tanto para mirar primero a sus hijas y después a nosotros. Mike al final la saludó, y la mujer agitó los dedos.

Extendimos una toalla, nos quitamos las camisetas y nos pasamos toda la tarde torrándonos al sol. Para comer, subimos al embarcadero a por unos tacos de pescado. A la mujer que los vendía le faltaba una oreja. Estaban deliciosos, y pedimos cuatro más. Miramos a unos niños que daban saltos mortales en la zona del muelle. Algunas parejas más mayores los imitaban y acto seguido tenían que pararse a descansar, maridos y mujeres miraban despreocupados a su alrededor.

Terminamos comprándole más tacos a la mujer con una sola oreja.

Buenos suerte a ambos, nos dijo, y le pregunté a Mike qué quería decir.

Me dijo que éramos amuletos de la suerte, que todo lo que tocábamos se convertía en oro.

Y volvimos con la comida a nuestro pequeño espacio en la arena. Me quedé dormido con los gemelos de Mike apoyados en mi espalda.

Al despertar, la playa se había vaciado. Las ventanas de las casas de playa que bordeaban el embarcadero estaban iluminadas.

Busqué a Mike con la mano. No estaba en la toalla, pero sí su bañador, y sentí una especie de escalofrío.

Entonces oí que me llamaba desde el agua. Estaba de pie lo bastante lejos como para poder irse flotando. Gritó mi nombre, agitando los brazos y sonriendo de par en par, y cuando empecé a acercarme, me gritó que me desnudara.

Miré para ver quién más había en el agua. Mike me pidió a gritos que me dejara de historias.

Dijo que a nadie le importaba.

Y que si les importaba, peor para ellos.

Y, a veces, me ayuda pensar que yo era una persona que podía hacer eso, que podía quedarme en pelotas en la playa y echar a correr por la arena porque sentía algo muy fuerte por alguien.

10

No voy a ver a mi padre al día siguiente. Tampoco le llamo.

11

Ni al día siguiente.

12

Termina el fin de semana y vuelvo al trabajo.

Ximena me acorrala nada más verme para hablar del banquete.

Veo a Barry luchando con los gemelos.

Miro fijamente el móvil. Mike no se ha puesto en contacto conmigo. Y de repente el día ha terminado.

13

Mitsuko compra nueve libros de cocina no sé dónde. Dice que vamos a empezar con los clásicos. Se la ve más alegre desde que tuvo noticias de su hijo, como si de alguna manera Mike le hubiera cargado las pilas, y esa noche prepara lo que según ella es el plato favorito de él: *korokke* de patata con cebolla y salsa y guarnición de tomate en rodajas y lechuga. Hace un puré con patatas y el cerdo usando los dedos, añade sal y pimienta a la mezcla, le da forma de minihamburguesas y las reboza en harina, yemas de huevo y *panko*. Las veo dorarse desde la encimera, y Mitsuko a su vez me mira a mí.

Es lo más personal que ha compartido conmigo hasta la fecha, y así se lo digo.

Se me queda mirando un rato y luego dice: No seas estúpido.

14

Ponemos *WALL-E* a los niños. Se sientan embelesados delante del televisor. No tenemos la costumbre de encenderla -es lo único por lo que nos pagan para que no hagamos-, pero ninguno de ellos la ha visto antes. Silvia y Marcos se sientan en la alfombra. A ellos se suma Ethan, seguido de Xu, y luego Thomas y Margaret y Hannah. El único niño que no se les ha unido es Ahmad, que está sentado a la mesa dibujando pequeños cielos con ceras.

Qué raro, dice Barry.

La pantalla es como el fentanilo, dice. Los apaga enseguida.

Ximena y yo no le preguntamos de dónde ha sacado esa analogía, ni por qué.

Esa tarde, cuando Omar viene a recoger a Ahmad, me pregunta si podemos hablar.

¿Qué tal ha ido el día? ¿Mejor?, dice acariciando la cabeza de su hermano.

La huelga ha terminado, contesto.

Por lo menos de momento, dice Omar.

Cada día es un regalo.

No tienes pinta de ser religioso.

No sabía que uno pudiera parecer o no religioso.

Lo sé, dice Omar sonriendo. ¿No crees que la gente es un misterio?

Enfrente de donde estamos nosotros, Ahmad da vueltas al botón de su chaqueta mientras retuerce los pies.

Oye, dice Omar, tengo una pregunta. Pero no quiero que suene raro.

Entonces supongo que tendrás que hacerla.

Conoces muy bien a mi hermano.

Fijo.

Y yo estoy intentando conocerle mejor. Averiguar qué es lo que le pasa.

Así que ¿crees que te gustaría ir a tomar algo algún día?, pregunta Omar.

No en plan cita, dice. Sino, ya sabes, solo para hablar.

Miro a Omar, y después a Ahmad. Observa las nubes por encima de nuestras cabezas y no sé decir si está comprendiendo o no algo de esta conversación.

Decido que no se parecen nada.

Le digo que me parece bien. Que iré con él a esa nocita.

Le pregunto si hay algún lugar que no recomendaría.

No, dice Omar. Pero puedo no enviarte mensajes.

¿Debería usar tu no-nombre?

Solo si me das el número equivocado, dice Omar.

Ximena, por supuesto, lo ve todo. Se muerde el labio y luego lo suelta.

Le digo que no es nada, y me dice que ella no ha abierto la boca.

En su lugar, me enseña imágenes de los zapatos que ha elegido. De lo que va a llevar su madre, del salón, del traje para su hijo. Termina con fotos de su vestido, una pieza brillante y dorada. Al parecer, ya se lo ha enseñado a su prometido.

Sé que se supone que no debes hacerlo, dice Ximena pasando el pulgar por la pantalla. Pero no pasa nada.

Esa noche, me llama mi madre y no contesto.

Me llama Lydia y no contesto.

Mitsuko me ha puesto a freír chuletas de cerdo, dirige los movimientos de mis manos sobre los fogones. Quemo la primera tanda. La segunda es aún peor. Pero prueba un bocado de ambas, y ninguno de los dos dice nada.

Y entonces, sin venir a cuento, Mitsuko me pregunta por mi madre.

Antes estaba divorciada, digo. Ahora ya no.

Así que nos parecemos a medias, dice Mitsuko. ¿Has conocido a su nuevo marido?

Una vez. Es rico.

¿Eso te sorprende?

Un poco.

Por qué.

No lo sé. No se parece en nada a mi padre.

Te equivocas, dice. Sois todos iguales que vuestros padres.

Y luego, más tarde, mientras fregamos los platos, Mitsuko se aclara la garganta: No es asunto mío, pero mi hijo ha cruzado el océano por el suyo.

*

Un día, Mike me preparó una comida y le dije que no me había gustado nada. Lo dije solo porque sí, para ver qué pasaba. Esa tarde nos peleamos, por nada en particular, por dinero. Me dijo que yo no podía entenderlo porque había crecido con, porque mis padres tenían.

Nosotros vivíamos en una caja, dijo Mike. Dormíamos con putas cucarachas en la puta cara. No íbamos a cenar al puto Elgin. Mis viejos no podían ser unos putos frívolos.

No sabes de lo que estás hablando, repuse, aunque en realidad sí que lo sabía, y aquella conversación terminó de la única forma posible: follando deprisa y corriendo, a medio vestir, sobre la encimera, porque simplemente nos faltaban las palabras.

Había preparado un estofado de cerdo. Se podía oler a una manzana de distancia. Lo probé, arrugué el entrecejo y le dije que no me iba.

Al final, los dos nos quedamos desnudos junto a la encimera de la cocina. Mike sonreía mucho, como si estuviera a punto de llorar.

No pude evitar disculparme.

15

Así que, a la mañana siguiente, estoy delante de su puerta. La de mi padre.

Y entonces llamo. Espero.

Resulta difícil ir a tu casa sin sucumbir a la nostalgia, quedarte ahí de pie, donde una vez hubo otras versiones de ti mismo; es una de las propiedades mágicas de las afueras. Está la panadería en el callejón sin salida, con la mujer coreana que siempre me daba a escondidas agujeros de dónuts. Está la tienda de sándwiches de pollo al lado de la gasolinera. El restaurante de pasta junto al antro Tex-Mex. Y el césped de la gente está como reluciente, porque es mediodía en Katy y cada par de segundos un monovolumen se materializa a mi espalda, y me estoy planteando dar media vuelta y poner fin a todo esto cuando de pronto la puerta se abre, solo una rendija.

Los ojos de mi padre.

¿Tú quién eres?

Déjalo, le pido.

Mi padre entrecierra un poco más los ojos.

Por un instante se me pasa por la cabeza la posibilidad de que la situación sea peor de lo que pensaba.

Era broma, dice, y abre la puerta.

Aprende a encajar una broma, joder.

La casa está hecha una pocilga. Es casi increíble. Hay cartones de comida para llevar en la moqueta y las encimeras desprenden olor a almizcle. Las ventanas están húmedas por dentro, el pantalón de chándal de mi padre está manchado y me veo obligado a preguntarme si las cosas ya estaban así cuando vivíamos juntos o si los estándares de Mike han elevado los míos.

Mi padre está sentado en el sofá. Nos separa una lata de cerveza abierta. Me mira a mí, luego a la cerveza y después al techo.

Adelante, digo. No soy la poli.

Podrías serlo, responde. Apareces de madrugada. Sin avisar. ¿Te has tomado ya la medicación?

No te preocupes por mí. Mamá dice que no estás muy bien.

Aquí me tienes. Tú dirás cómo me va.

Dice que no le coges el teléfono. Está preocupada.

Pues dile que venga ella misma a verme, joder.

Cuando mi padre se pone así, no hay forma de hablar con él. No tiene sentido. Así que recojo los envoltorios de hamburguesas que encuentro por el sofá, lo que me lleva a buscar una bolsa donde meterlos. Al cabo de un rato, he conseguido abrirme paso hasta el recibidor. Después la cocina. No entro en su dormitorio, pero mi antiguo cuarto, contiguo al suyo, está abierto de par en par.

Me asomo y echo un vistazo: es la única habitación que no está destrozada. Los pósteres siguen como yo los dejé, Bowie y Hendrix y Ultraman Tiga. Discos de vinilo desparramados por la mesa. Debajo, en los cajones del escritorio, probablemente siga habiendo porno impreso y descolorido.

Cuando vuelvo a bajar, mi padre dormita. Alargo el brazo para coger la cerveza pero él es más rápido que yo.

Bebe mirándome a los ojos.

*

Puedo contar con los dedos de una sola mano las veces que mis padres se han tocado el uno al otro delante de mí.

Una vez, después de que ascendieran a mi padre en la cadena. Un abrazo.

Otra, después de que muriera su madre, antes de un viaje en coche de dos días a Columbia para asistir al funeral.

Y una tercera, después de que muriera la madre de mi madre, durante un trayecto de cinco horas en coche a Dallas.

La cuarta fue la noche que Lydia les dijo que estaba harta de sus mierdas.

Y la vez antes de almorzar en el deli, después de nuestra última gran discusión. Los miré a través de la ventana desde la entrada de nuestra casa. Yo había volcado una cómoda al salir, tirando al suelo más de una generación de fotografías. Mis padres estaban en el comedor y mi padre pasó un brazo por el hombro de mi madre. Fue muy breve, casi diría que instintivo. Y después mi padre lo retiró y me miró a través del cristal con los ojos medio cerrados, y ni mi padre ni mi madre dijeron nada.

*

Cuando termino, la casa sigue sin estar limpia, pero algo ha

mejorado. Mi padre juguetea con las mangas de la camisa. Frunce el ceño al ver la quinta bolsa de basura.

Nadie te ha pedido que lo hagas.

Pero aquí estoy.

¿Alguna vez has pensado que ese es el problema?, dice mi padre. ¿Negratas haciendo voluntariamente algo que nadie les ha pedido que hagan?

Es mi señal para marcharme. Cojo mis zapatos, que he dejado junto a la puerta.

Adiós, papá. Llama a mamá. Está preocupada.

De nuevo en el exterior.

Y debo de estar a ¿cuántos?, tal vez tres pasos del coche de Mike, cuando oigo que la puerta se abre a mi espalda.

Mi padre está ahí parado, mirándome. Me apoyo en la ventanilla del coche.

¿Cuándo crees que volverás?

¿Quieres que vuelva?

No se puede contestar a una pregunta con otra, dice mi padre, y le miro, y la verdad es que sí que se le ve muy solo.

Hubo una época en la que las carcajadas de aquel hombre dominaban salas de prensa enteras. Y míralo ahora. Ahí está. O estaba. Ni siquiera le he preguntado cuándo fue la última vez que hizo de profesor sustituto. No le he preguntado cómo va de pasta. Aunque tampoco habría podido ayudarlo.

Pronto.

Aproximadamente, dice mi padre.

No lo sé. En unos días. El fin de semana que viene.

Bueno, dice, ¿sigues trabajando con esos chicos malos?

Sigo trabajando con esos chicos malos.

Lo suponía.

Prométemelo, dice mi padre frotándose las manos.

Como quieras. Está bien. Te lo prometo.

Lo creeré cuando te vea.

Pues ya nos veremos, digo metiéndome en el coche, enciendo el contacto, desaparezco.

*

Lydia cree que el motivo por el que me cuesta conectar con la gente es la falta de intimidad que había en nuestra casa. Me lo dijo tal cual, con esas mismas palabras, mientras recogíamos su último piso.

Se mudaba, otra vez, a pocas manzanas de allí. Su casa estaba llena de retratos de amigos, de fotografías de los lugares en los que había estado.

¿Cómo cojones vas a saber lo que me pasa?

Hermanito Benson, dijo Lydia, te he visto dar, literalmente, tus primeros pasos. Pues claro que lo sé.

Estábamos fumando algo demasiado fuerte en las escaleras de su nuevo piso, en un edificio sin ascensor situado detrás de una hilera de bares en Montrose. Le pregunté si le preocupaban sus nuevos vecinos, lo que pudieran pensar de ella, y mi hermana se encogió mínimamente de hombros.

A quién coño le importa lo que piensen. Pago el alquiler todos los meses.

Ellos también.

Exacto. Todos sabemos cuál es nuestro lugar. Así que no tenemos nada que echarnos en cara unos a otros.

¿Cómo está el tío ese con el que te estabas viendo?

Buen intento, responde Lydia.

Nunca me cuentas nada.

Habló el discreto.

Ya sabes lo que quiero decir, dije dando una patada a los escalones, y en ese momento Lydia me puso una mano en el hombro.

Lo sabrás cuando haya algo que contar.

Podríamos estar todos muertos y haber desaparecido antes de que eso pase.

No es imposible. El nivel del mar está subiendo.

Supongo que entre nosotros seré yo el que acumule historias de amor.

No estaría mal, dijo Lydia. Tú tienes una buena.

No lo sé.

No te hace falta saber nada, dijo Lydia. Te lo digo yo. Mike es un buen tío.

Extendió las piernas detrás de mi estirándose hacia el techo. Yo la imité, y ella me pegó en la nuca.

Mike es impredecible.

Él debe de ser el cariñoso, insistió Lydia.

Eso es lo último que diría de él.

Estás demasiado cerca para verlo.

Creo que lo conozco un poquito mejor que tú.

Y aun así, dijo Lydia. Los dos sois blandos.

Porque tú eres muy dura.

Hermanito, dijo Lydia, no tienes ni idea, te lo digo en serio.

*

Estoy en un atasco en la I-10 cuando marco el número de mi madre. A mi lado, los camiones avanzan zigzagueando por los carriles, como patos en un estanque.

Antes de que conteste, me llama un número desconocido. Ni siquiera me paro a pensarlo.

Mike.

¿Cómo? Soy Omar.

Ah.

¿Quién es Mike?

No te preocupes. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

Llamaba por lo de nuestra cita.

Es decir, ya sé que no es una cita. En serio. Pero tengo que cancelarla.

Vale.

Vale, dice Omar.

Delante de mí se despeja un carril y en el mismo instante se obstruye con una camioneta de reparto y un Porsche. Ambos conductores tratan de expulsarse entre sí.

Entonces Omar dice: ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

¿En estos momentos? Estoy atascado en Allen Parkway.

Vaya. Lo siento.

Yo también.

Pero lo creas o no, por allí hay una *happy hour* que me gusta. Donde el Greenway Plaza. Tiene perritos calientes, ¿sabes? Quizás un día pod…

¿Y ahora mismo?, digo sin pensar, antes de ser consciente de las implicaciones que pueda tener.

Ah, dice Omar. Guau. ¿Comes carne?

Como de todo.

Y entonces Omar me da la dirección.

Y entonces Omar me dice dónde aparcar.

Te prometo que sigue sin ser una cita.

Lo sé.

Bien, dice Omar.

La *happy hour* en realidad es en un depósito de hielo. El patio está a rebosar de peña blanca. Seis o siete televisores retransmiten repeticiones atronadoras de algún partido de fútbol americano universitario. Omar está sentado en un banco al fondo.

Parece distraído. Un poco atontado. Y está fumando un cigarrillo. Pero, en cuanto me acerco, lo pisa.

Te prometo que no se lo contaré a nadie.

No, dice Omar, no pasa nada. Estoy intentando dejarlo.

Parece que funciona.

Lo hacía hasta hoy, dice Omar machacando la colilla con la punta del pie.

Pedimos sendos perritos calientes. El suyo tiene un tamaño razonable. El mío es obsceno, una *bratwurst* coronada petada de guarnición. El tipo que viene a traérnoslos, pálido y tatuado, nos pregunta si queremos algo de barril, y luego nos lo repite. Pero no queremos.

Varios bocados después, aún no hemos hablado. Omar me mira y luego deja vagar la mirada por encima de mi hombro.

Ahmad es un chaval raro, dice Omar.

Todos lo son. Son chavales.

Imagínate, dice Omar. Supongo que de eso algo sabrás. Yo era bastante raro.

¿Y ahora?

Soy terapeuta, dice Omar. Ayudo a la gente que no sabe ayudarse a sí misma. Un poco menos raro.

Solo un poco. ¿Tu hermano vive contigo?

Mi hermano vive en su propio mundo, dice Omar. De tanto en tanto se pone en contacto conmigo.

Me uniría a él si pudiera, le digo, y bebo un poco de agua.

Omar termina y parece que quiera chuparse las migas de los dedos, pero no lo hace. En lugar de eso, los acaba retorciendo.

Debería darle las gracias a Ximena, dice Omar. Mis padres no habrían podido permitirse llevarlo allí con vosotros si no fuera por el descuento que ella nos hace.

Xim es la mejor. ¿Has conocido a su prometido?

Sí. Es guay.

No está mal.

Y entonces, de repente, hemos agotado los temas de conversación.

Se me ocurre, de pasada, que si Omar conoce a Ximena lo bastante bien como para obtener un descuento, es probable que esté al tanto de la existencia de Mike.

Detrás de nosotros, la juventud caucásica empieza a alborotarse. Cuando uno de ellos se revienta el culo contra el hormigón, los demás levantan sus cervezas y lo celebran.

Gracias, dice Omar.

¿Por?

Por esto.

Ya he pagado.

No, dice Omar. Por venir aquí. No tenías por qué hacerlo.

Necesitaba sentarme un rato con otra persona, dice. Es que llega a ser demasiado. Es demasiado.

No te preocupes. Cuando quieras.

Miramos a los chicos blancos a nuestra espalda.

¿Mañana?, propone Omar, y por un momento no sé si está bromeando.

En cualquier otro momento, digo.

Un momento indeterminado, dice Omar.

Un tiempo y lugar por determinar.

Salud, dice Omar.

De vuelta en casa, Mitsuko ha cocinado. Hay sopa de miso en la encimera. Está viendo la televisión en el sofá. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, y al verme no dice nada. Y entonces escucho su llanto y miro la televisión.

Está viendo *Sucedió en Manhattan*.

Está berreando con *Sucedió en Manhattan*.

Jennifer Lopez está sentada en las escaleras de la entrada, y Mitsuko llora a moco tendido.

Cuando me pilla mirándola, me pregunta qué demonios hago.

Esa noche envío un mensaje a Lydia sobre nuestro padre. Luego llamo a mi madre. Contesta al tercer tono.

Me pillas un poco ocupada, dice, y su nueva vida estalla en un segundo plano.

Risas infantiles. El pomerania ladra. Me parece oír a un hombre.

He visto a papá.

Algo hace un chasquido al otro lado de la línea. Más risas de mis hermanastros. Solo nos hemos visto unas cuantas veces y nunca logro hacer coincidir sus nombres con las caras.

Te he dicho que estoy ocupada, insiste mi madre.

He visto a papá, repito.

Un momento, dice mi madre. Distingo por el altavoz que se está moviendo, alejándose del ruido.

Vale, dice. Vale. ¿Estaba bebiendo?

No estaba borracho.

Bien, dice mi madre. Es mejor que cuando nos pasamos nosotras. Pero tienes que estar encima de él.

Oigo una puerta de malla metálica cerrándose tras ella, y el clic de

un mechero.

¿Estás fumando?

Lo estoy, confirma mi madre.

Creía que a tu marido no le gustaba eso.

Puedes usar su nombre, Benson.

Podría.

No te mataría, dice mi madre dando una calada.

Desde que volvió a casarse, mi madre ha ido alternando entre sus viejos vicios y su nueva vida: volvió a asistir a la iglesia debido a la profesión de su nuevo marido y a la necesidad de dar una buena imagen. Pero también retomó el tabaco, porque le encantaba, y mi padre no podía soportarlo. Cambió todo su armario. Empezó a decir palabrotas, y a sonreír, una sonrisa amplia y profunda.

Lydia dice que mi madre y yo somos iguales. Que es un ejemplo más de estar demasiado cerca de algo para verlo.

No me explicaste cómo te va, dice mi madre.

No preguntaste.

Sí que lo hice. Pero te lo pregunto otra vez.

Las cosas van bien. Nada ha cambiado.

¿Te estás tomando la medicación?

No tienes que preocuparte por eso.

No puedes evitar que me preocupe por ti, dice mi madre. ¿Y cómo está Mike? No lo vi.

Mike está fuera, respondo, e intuyo que mi madre iba a decir algo pero al final calla.

¿Quieres hablar de eso?

No.

Está bien compartir estas cosas con la gente, Benson.

No hace falta que me gastes el nombre.

Eres mi hijo, dice mi madre. Yo te puse ese nombre. Me encanta pronunciarlo.

Me quedo mirando unas moscas al otro lado de mi ventana. Se juntan y se separan, como si bailaran.

Avísame si necesitas cualquier cosa, dice. Lo que sea. Aquí me tienes. Sea lo que sea por lo que estás pasando, no tienes que hacerlo solo.

Y empiezo a agradecérselo, pero entonces los niños se ponen a gritar y el perro comienza a ladrar y el marido de mi madre la llama y en su extremo del teléfono todo es ruido.

16

Vuelvo a soñar con Mike: esta vez estamos en una discoteca. El tipo de lugar al que nunca iríamos. Solo que él es un desconocido, y yo también, y estamos ligando en la barra.

Ey, forastero, dice Mike.

Hola, desconocido, respondo.

Y entonces nos estamos riendo juntos. Las suelas de nuestros zapatos se tocan.

Y entonces estamos en un cubículo en el cuarto de baño, mordiéndonos la piel, metiéndonos mano, gruñendo como nutrias contra un pared sucia y abollada.

Es pasada medianoche cuando me limpio en el baño, porque hace literalmente años que no tenía un sueño húmedo. Fuera, el televisor emite un suave murmullo. Lydia me ha contestado.

Dice: De verdad fuiste, negrata? MPLC.[10]

17

A la mañana siguiente, antes de ir al trabajo, Mitsuko dice que necesita que la lleve al centro. Se ha enviado a sí misma un paquete con ingredientes de Japón al edificio FedEx del hotel Marriott.

Salimos del barrio y tomamos la I-45, sorteando la construcción interminable a la altura de Elgin. Giro a la derecha en un semáforo debajo del puente, donde un tipo desaliñado con una sudadera de los Rockets bebe a sorbos de una bolsa de papel. Ha visto días mejores, pero la sudadera es nuevecita. Con las etiquetas y todo.

Inclina la cabeza hacia nosotros. Le devuelvo el saludo. Entonces el semáforo cambia de color y cada cual regresa a sus asuntos.

Cuéntame algo sobre mi hijo que no sepa, dice Mitsuko.

A ver…

Pero no se me ocurre nada.

Mike se irrita con facilidad.

Es más bien brusco.

Hace un ruido con la lengua.

Durante los primeros meses, trazaba formas en mi espalda en la cama. Cada vez que las acertaba, me mordisqueaba el hombro.

Mike sabe hablar un poquito de español.

Qué bien, dice Mitsuko.

No tiene más remedio. Es por su trabajo.

También le gusta mucho la comida.

Gracias por contarme todo esto, dice Mitsuko. De verdad. Eres un pozo de sabiduría.

Pero dime, insiste: ¿tú cuándo supiste que eras gay?

Aparto los ojos de la carretera y pego tal volantazo que no nos comemos la acera de milagro. Los vagabundos que estaban en la sombra se apartan del bordillo de un salto. Veo sus cortes de manga por la luneta trasera.

Olvídalo, dice Mitsuko.

Perdona, digo, no has sido tú.

Por supuesto que no he sido yo.

Volvemos a incorporarnos al tráfico.

Si te sirve de algo, dice Mitsuko, yo no tenía ni idea de que Mike fuese así.

Nunca me lo contó. Ni a su padre. Algunos de mis amigos tenían hijos gays. Hijos que dormían con hijos. Chicas que dormían con chicos y con chicas.

Pero el mío no, dice Mitsuko. No me lo esperaba.

Hasta que, un día, simplemente lo supe. Antes de que se fuera de casa, algo hizo clic. Por fin todo cobró sentido.

Después de eso no hizo falta decir nada. Los dos lo comprendimos.

Entramos en el aparcamiento y encontramos una plaza libre justo delante del ascensor. Una vez apago el motor, nos quedamos sentados en la oscuridad.

¿Con qué tipo de tío pensabas que terminaría tu hijo?

¿Es esa la pregunta o es otra?

¿Estás preguntando si pensaba que sería un hombre japonés? ¿O si me importa que seas negro?

Un tío blanco sale del ascensor que hay enfrente. Se le ve extremadamente angustiado. Durante un instante busca a tientas las llaves. En cuanto oye la alarma de su coche, todo su cuerpo se relaja.

Dicho así…

Bueno, dice Mitsuko, no pensaba en ello. No era asunto mío. No lo es. Soy su madre.

¿O en realidad me estás preguntando qué pienso de ti?

Otro tipo blanco trajeado desbloquea el coche que está aparcado junto al nuestro. Se asoma a mi ventana arrugando la frente por encima de la corbata.

Te lo diría, dice Mitsuko, pero no quiero que nos empotres contra la pared.

Sigo a Mitsuko a medida que recorremos los diferentes vestíbulos, subimos por unas escaleras mecánicas y atravesamos un cruce. El personal de FedEx está formado en su mayoría por mujeres, casi todas negras.

Miran a Mitsuko. Me miran a mí.

Sus miradas se cruzan a la velocidad de la luz.

Cuando es nuestro turno, sonrío todo lo que puedo. Mitsuko todavía no se ha quitado las gafas de sol. Entrega una tarjeta a una mujer y recibe un montón de sobres. Cuando le preguntan si necesita una cesta, Mitsuko dice que no.

Para eso le he traído, responde señalándome con la cabeza.

Mi ideal de mujer, ríe una señora detrás del mostrador.

De vuelta en el apartamento, pregunto a Mitsuko cómo es su casa en Tokio. Enarca una ceja.

Tranquila.

18

Ahmad me arrincona en el trabajo saltando en mi espalda. Marcos y Ethan lo ven y siguen su ejemplo, colgándose de mis rodillas. Entonces Barry se tropieza al tratar de echarme una mano, pero le indico con un gesto que no hace falta. Los chicos y yo avanzamos con esfuerzo desde la fotocopiadora al contenedor que hay en el patio y de ahí a la puerta del pasillo que está rota.

Cuando les digo que estoy cansado, se sueltan pero no se mueven del sitio.

Cuando al fin me levanto, vuelven a colgarse.

Parece que Ahmad está mejor, dice Ximena.

Le pregunto qué le hace pensar eso y enarca una ceja.

De camino a casa estoy a punto de atropellar a una paloma en la calle: los frenos se activan justo antes de que choquemos.

Por suerte, no venía nadie detrás. Así que salgo del coche y me acerco al ave. Me mira de arriba abajo y luego al suelo, estudiando detenidamente algo: una moneda de veinticinco centavos tirada en el asfalto.

Examina la moneda. Me mira. Entonces agarra los veinticinco centavos con el pico y echa a volar batiendo las alas.

19

La siguiente vez que veo a mi padre, insiste en que le saque fuera, de modo que salimos. Hay un restaurante de langostas que no queda lejos de su casa. El negocio es una anomalía en esa zona, lo muy viejo y negro mezclándose con lo muy joven y blanco. La propiedad fue adquirida por un tipo pakistaní el año pasado. Se cargaron el suelo y levantaron paredes nuevas. Le dio una vuelta al menú. Llenó la nevera con cerveza artesana, instaló pantallas planas en todas las paredes.

Mi padre bebe una de las cervezas.

¿Te gusta la IPA?

Es básicamente pis, dice mi padre. Eso quiere decir que beberé un poco menos.

Cuando aparece nuestra camarera, mi padre pide otra cerveza. Es una chica caucásica bonita, y me pregunta si he cambiado de opinión sobre el agua. Mi padre dice que nadie quiere solo agua.

Le digo que estoy bien. Sonríe ladeando la cabeza.

Cuando se marcha, mi padre silba.

Tu madre me ha contado que estás viviendo con una mujer.

Por ahora.

Espero que no sea homófobo decir que me parece un avance significativo.

Así que mamá y tú ahora habláis.

Siempre hemos hablado, dice mi padre. Solo que no decimos nada. ¿Eso significa que ya no eres gay?

No.

Nunca es demasiado tarde para cambiar, insiste mi padre.

Esto es típico de él. He dejado de darme de cabezazos para que cambie.

Tenemos las manos llenas de langosta. Las vísceras se escurren hacia el papel de periódico que hay debajo. Cuando la camarera vuelve a detenerse en nuestro banco, mi padre sonríe y pide más agua y ella, a pesar de que mi vaso está hasta arriba, añade un poco más.

A ver si lo adivino, dice mi padre. Ha sido un comentario desconsiderado por mi parte.

Ya lo he superado.

Sabes que no hablo en serio.

Eres un hombre hecho y derecho. Es lo que hay.

Es solo que desconozco las reglas, dice mi padre. Siempre están cambiando.

Si no lo hicieran serían mandatos.

Hay una razón por la que los dictadores hacen lo que hacen.

Somos incapaces de terminar toda la comida. La langosta nos ha superado con creces. Mi padre dice que comerá más después, y sé que no lo hará, pero de todas formas envolvemos las sobras en papeles de anuncios clasificados.

La camarera nos dice adiós con la mano mientras cruzamos el aparcamiento. Cuando le devuelvo el saludo, mi padre mete un porrazo al techo del coche de Mike.

Volvemos a su casa por el camino largo. Mi padre va soltando comentarios cada pocos kilómetros.

Ahí está la casa que tu madre y yo casi compramos.

Ahí está la iglesia a la que fuimos durante años, la del reverendo que era un tramposo.

Ahí el complejo que estuvo a punto de alquilar tu tía.

Ahí el jardín de tu tutor de química.

Ahí está la farmacia.

La piscina.

El parque.

En todos ellos aminoro, sin llegar a detenerme.

Y estamos de nuevo en casa.

¿Sabes qué?, dice mi padre, siempre me ha dado igual a quién te folles.

Sé que crees que me importa. Pero te equivocas.

A tu madre le importa. Y mucho. Pero no tanto como crees.

Y entonces coge su bolsa llena de langosta; las tripas han manchado de sangre las alfombrillas del coche.

20

Esa noche encuentro a Mitsuko compartiendo una taza de algo con nuestra vecina venezolana. Es una de las pocas veces que he visto a la mujer sin sus hijos. Ella y Mitsuko no están riendo ni sonriendo ni nada; solo beben cada una a un lado de la valla, en silencio, juntas.

Cada tanto, alguna de ellas mira hacia arriba, como si acabaran de oír algo. Pero no dicen nada.

21

La raíz del problema, de nuestro problema, es la siguiente: la noche antes de que Mike se marchara, antes de que folláramos, me preguntó si yo creía que lo nuestro funcionaba.

¿Qué puta pregunta es esa?, dije. ¿Funcionar? ¿Estás diciendo que hemos terminado? ¿Justo después de haber traído a tu puta madre a casa?

Solo te estoy haciendo una pregunta, dijo Mike. Eso es todo.

Dilo. No seas una zorra.

Benson, solo te estoy preguntando qué piensas, nada más.

Creo que deberías limitarte a decir lo que intentas decir. Si crees que hemos terminado, solo dilo y mañana recogeré toda mi mierda.

No es tan simple, dijo Mike, y entonces se llevó la cara a las manos.

Sí que lo es.

Eres tú el que ha estado follando por ahí.

Ya estamos otra vez con eso, dijo Mike.

Sí, respondí. Ya estamos otra vez. Y otra y otra y otra. Y a saber adónde coño te vas ahora. Y por cuánto tiempo.

No estás siendo justo, dice Mike. Eso no es justo. Es mi padre.

¡Un hombre que no te importa una mierda!

Eso dará igual cuando esté muerto.

Hablábamos en susurros. Sin mirarnos. Sentí que el cuerpo de Mike se relajaba a mi lado.

Mira, dijo Mike. Solo porque algo no esté funcionando no significa que esté roto. Solo hay que querer arreglarlo. Tiene que haber ganas de hacerlo.

Entonces, dije, ¿quieres arreglar esto?

Supongo que eso es lo que intento averiguar, dijo Mike.

22

Estoy cocinando con Mitsuko cuando me llama Omar.

Es Ahmad, dice. Mierda.

¿Qué ocurre?, pregunto, y Mitsuko me mira de reojo.

No sé qué está haciendo. No sé qué…

Tienes que llamar a una ambulancia.

No, dice Omar. No es eso. Nada loco. Es solo que está comportándose de una forma extraña, ¿sabes? A veces le pasa. Nada que tú no hayas visto ya. No sabía a quién llamar.

Colgamos. Le digo a Mitsuko que creo que tengo que irme.

Mira la olla que tenemos delante y que todavía hierve a fuego lento, un curri de marisco salpicado de vieiras, gambas y zanahorias; solo falta añadir el arroz. Lleva la melena suelta. No va maquillada. Es la primera vez desde que vive aquí que se la empieza a ver cómoda.

Solo con la condición de que te lleves esta comida contigo.

Antes de poder abrir la boca para protestar, Mitsuko hace una mueca.

No vamos a malgastarlo, dice. Nosotros no hacemos eso.

Y así es como termino frente a la casa de Omar con un montón de arroz con curri y *katsu*.

Al ver que soy yo, me abre la puerta para que suba. Lleva pantalones de baloncesto y una camiseta sin mangas que le queda demasiado larga.

Perdona.

No te preocupes.

En realidad no es nada. No debería haberte llamado.

Atravesamos el apartamento -que es de color claro y está bien iluminado- y encontramos a Ahmad tumbado bocabajo en el suelo. Está plantado en el pasillo, con los brazos en los costados y las piernas estiradas, como en una especie de performance.

Cuando pronuncio su nombre, su cabeza se levanta.

Ey, chaval.

Ey, dice Ahmad.

¿Qué está pasando?

Estoy pensando, dice Ahmad.

¿Sobre qué?

Cosas.

Suena serio.

Me siento a su lado y entonces miro hacia arriba, a Omar. Él mira a su hermano, luego me mira a mí, y se sienta torpemente con nosotros dando botes con el culo.

Nos quedamos así. Sin decir nada. Esta situación me permite echar un vistazo a mi alrededor.

No hay cuadros en las paredes, pero sí una estantería con libros. Varios cojines. Una alfombra cowboy se extiende sobre el suelo de madera, y la habitación desprende un ligero olor a canela.

Omar se retuerce tratando de encontrar una postura cómoda.

En realidad todo sigue igual. Ahmad apenas se ha movido. Así que mi siguiente paso es estirar los pies y tumbarme bocabajo a su lado.

Una vez estamos paralelos, Ahmad gira la cabeza para mirarme.

De repente, empieza a llorar.

Después de acostar a su hermano, Omar vuelve al salón.

Es el divorcio, dice. Cada chaval se lo toma a su manera.

Esta no es la peor. Créeme.

No ha hablado sobre ello desde que se vino a vivir conmigo.

Dale un abrazo de vez en cuando. Hazle sentir que existe.

Ese es el tema. No creo que quiera eso.

Por desgracia, no está en su mano. Ignorarlo es lo único en lo que puedes equivocarte.

Y entonces los dos nos sentamos en silencio.

Me pregunto si estamos pensando lo mismo.

Hay unos zapatos de trabajo junto a la puerta, y también unas zapatillas de deporte de niño, y los míos. Además de seis pares de chanclas de tamaño oso, todas ellas gastadas en la punta.

Espera, dice Omar, habías traído comida.

¡Sabes cocinar!, exclama.

Lo ha hecho alguien que conozco.

Alguien, dice Omar.

Alguien, repito.

Si tú lo dices.

Créeme.

Bueno, dice Omar, ¿nos lo deberíamos comer ahora?

Y añade: Tal vez esto podría ser aquella cita, ¿sabes?

Suena pueril, como si no estuviese del todo seguro. Entonces se

cruza de piernas en el sofá. Se apoya en un brazo y queda en una postura sumamente ridícula.

La verdad es que creo que deberías guardarla para Ahmad.

Tendrá hambre, digo, y las palabras me pesan en la boca.

No se lo comerá, dice Omar. Sin ánimo de ofender, es muy difícil sacarlo de las patatas fritas.

Debería irme, anuncio, porque desde luego debería, y entonces empiezo a levantarme, porque es a lo que me lleva la gravedad, y de pronto, inesperadamente, sin ningún motivo, o quizá por todos los motivos que a todas luces ya han aparecido, Omar se inclina hacia mí y me besa.

Dura un instante. Un pico.

Y se oye un ruido suave, como si acabáramos de abrir la cáscara de una ostra.

Y entonces Omar vuelve a sentarse, con las manos en el regazo, como si le hubieran regañado.

Digo: Ja.

Insisto: Aún debería irme.

Y entonces me levanto.

Y entonces cojo mis zapatos.

Y entonces me he ido.

En el preciso instante en que termino de aparcar delante del apartamento suena el móvil.

Ben, dice Mike.

Malditaseajoder.

Ha sido un minuto, dice Mike.

Coincido en que así ha sido.

Una de nuestras vecinas negras está sentada en su porche. Se mece en una silla mirando el parpadeo de las farolas. Por una vez la manzana está tranquila, los mosquitos revolotean y la mujer se golpea en los codos de vez en cuando, limpiándose la boca con el revés del codo.

Y bien.

¿Cómo va todo? ¿Estás en casa de tu padre?

Lo estoy, dice Mike. O lo estábamos. Ahora hemos salido. Hemos hecho un pequeño viaje.

No está bien.

Lo siento, digo.

Y en lugar del consabido Tú no has provocado esto o No tienes que decir eso, solo dice: Gracias.

Es entonces cuando lo comprendo.

¿Cómo está mi madre?, pregunta.

Encantadora, respondo. Aún se está haciendo a la idea de nuestra proximidad compartida.

Eso me ha dicho.

Imagínate.

Pero es un cumplido, me asegura Mike. Podría ser peor. Dice que habéis estado cocinando.

Jugamos a las casitas, sí.

Ni siquiera puedo imaginármelo.

Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Varias casas más allá se celebra una fiesta. Unas caucásicas se tropiezan en el césped, muertas de risa, con sus vasos rojos desechables marca Solo. Vuelven la cabeza hacia la puerta por donde han salido, una de ellas se tapa la boca y su amiga la agarra por los hombros, enderezándola.

Ey, digo, ¿cuándo vas a volver a casa?

Voces desperdigadas se cuelan por el móvil, y también el sonido de algo en movimiento. Para Mike es mediodía.

Esa es la gran pregunta, ¿no?

Sí.

Mike pregunta si quiero que vuelva, y no digo nada.

Los dos nos quedamos en silencio. Ninguno cuelga.

Le debo mucho, dice Mike.

No todo, puntualiza. Pero creo que debería acompañarlo en estos momentos, ¿sabes?

Lo sé.

Así que cuando se haya ido, volveré.

Cuando se haya ido, volverás.

Varias casas más arriba, las caucásicas se tropiezan en el césped, riendo unas con otras. Las farolas continúan parpadeando. Empieza a hacer frío. Y nuestra vecina, como si acabara de salir de una ensoñación, sonríe y me saluda muy efusivamente, moviendo todo el brazo.

Y tú, dice Mike. ¿Cómo estás?

El otro día vi una paloma que volaba con dinero en el pico.

Imagínate. Seguro que era para comprar alcohol.

¿Tú crees?

Obvio, dice Mike. No te rayes.

Cierro la puerta tan silenciosamente como puedo, pero Mitsuko se ha quedado dormida en el sofá.

Hay un bol de arroz en la encimera tapado con papel de cocina. Todavía está un poco caliente.

23

Un día, Mike me preguntó qué quería. Esto pasó hace algunos meses. Antes de la foto. Estábamos de pie junto a una camioneta que vendía tacos en los Heights. Habíamos pasado por delante y Mike, que iba al volante, al ver que me había quedado mirándolo, admirando el letrero, dio media vuelta. Era lo más espontáneo que habíamos hecho desde hacía tiempo.

Un tipo y una señora atendían al otro lado del mostrador. El hombre estaba inclinado sobre los fogones, junto al calentador, y la mujer toqueteaba el lector de tarjetas de crédito. Mike y yo pedimos la comanda en español y ella pestañeó varias veces, pero luego sonrió y esperamos a que nos sirvieran nuestra comida bajo unos árboles. Era invierno. Estaban perdiendo las hojas.

Con esto debería bastarme, dije.

No me refiero a eso.

Entonces, ¿a qué te refieres?

Habló de qué quieres.

Me quedé mirando la camioneta. Por las ventanas se filtraba un poco de vapor, y se movía por la brisa.

A ver, ahora mismo estoy bien.

Vale, dijo Mike.

No necesito hijos, si es eso lo que preguntas.

Soy un gordo asiático gay, así que difícilmente podría ayudarte con eso.

Exactamente, dije. O no exactamente. Ya sabes lo que quiero decir.

No estoy seguro.

No digo que necesite un anillo. Ni siquiera tenemos que ser exclusivos. Estoy bien.

Quiero que estés mejor que bien.

Entonces haz algo diferente, busca una alternativa. Consigue más dinero.

Hablo en serio, dijo Mike, y por su cara supe que era cierto.

Iba de un lado para otro con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera, pisando las hojas. Crujían bajo sus zapatillas, también

bajo las mías, hasta que construimos un cementerio retorcido de sus tallos.

Mira, dije. Estar bien es algo bueno. La mayoría de la gente no consigue más que eso. Es un mito.

No estoy de acuerdo, dijo Mike.

Si tiene que pasar algo, que pase. Ya lo gestionaremos.

Eso es lo que todos piensan hasta que pasa.

Eres lo bastante bueno para mí, dije. Lo que tenemos es lo bastante bueno para mí. Y también todo lo que implica.

Estás diciendo que no sabes lo que quieres.

Creo que estás creando un problema donde no lo hay.

Pero, dijo Mike, y en ese momento nos llamó la señora de la camioneta.

Nos entregó nuestro pedido, sonriendo. Mike le dio cinco dólares de propina. Ella nos deseó que nos fuera bien, y yo le dije que lo intentaríamos, pero Mike ya había echado a andar hacia el coche, atiborrándose.

24

En el trabajo, los niños trepan unos encima de otros como pumas. Consiguen alcanzar hasta tres alturas antes de caer. En el suelo del arenero, se señalan unos a otros, se echan la culpa y se quejan, pero enseguida se sacuden las manos y se preparan para volver a intentarlo.

Ximena me enseña el lugar donde se celebrará el banquete. Noah y ella han elegido una taquería en Airline a la que van a menudo. Su plan es contratar a unos mariachis y una puta tonelada de sombreros; la madre de Ximena desaprobaba la idea hasta que supo que correría a cuenta de la familia del novio.

Ahora es todo sonrisas, dice Ximena. Sugerencias. Críticas amables.

Me pregunta si Mike volverá a tiempo. Le digo que no lo sé.

Mantenme al corriente, dice, para que pueda avisar a los camareros.

Los chavales finalmente han construido una especie de torre inestable. Marcos, el niño que está en lo más alto, levanta las manos en señal de triunfo.

Ximena y yo aplaudimos a rabiar.

Diviso a Omar cuando viene a recoger a Ahmad. Básicamente gira todo su cuerpo para evitar cualquier posible contacto visual conmigo, pero se queda hablando con Ximena.

Después, una vez se ha marchado, Ximena me pregunta qué pasa.

¿Por qué siempre tiene que pasar algo?

No siempre. Por eso pregunto.

25

A los pocos años del divorcio, mi madre me llevó en coche a su nueva casa. Esa mañana todos habían salido. Se ofreció a enseñármela. Le dije que me parecía bien, pero cuando llegamos a la puerta le dije que no podía entrar. Se quedó mirándome un buen rato y luego abrió la puerta del coche y se apoyó en el capó. La vi sacar un cigarrillo tras otro del bolso; se los fumaba hasta el filtro. Al final me senté con ella. Me ofreció uno y lo acepté.

Nos fumamos un paquete entero antes de que ella volviera a meterse en el coche. Yo hice lo mismo y volvimos a mi vecindario. Me dejó allí. Nunca volví a su nueva casa, y nunca volvimos a sacar el tema.

26

Han pasado casi tres semanas y me alucina lo poco que Mitsuko y yo hemos hablado de su hijo. Cuando se lo comento, sacude la cabeza.

¿De qué vamos a hablar? ¿Qué podrías decirme? Ya te pregunté una vez y no aportaste nada.

Salió de mi cuerpo, dice Mitsuko. Es homosexual. Ha dejado a su madre con un extraño. Sé todo lo que necesito saber.

Está sentada a la mesa con su tableta. Yo estoy en la cocina, inclinado sobre los fogones.

No lo sé.

Exactamente, dice Mitsuko. No lo sabes. Así que no te preocupes.

Tal vez podrías contarme alguna historia, propongo, y Mitsuko se ríe.

Una historia es una reliquia. Es algo personal.

De acuerdo.

Las reliquias no se piden. Se dan.

Vale, vale.

Comprueba el arroz.

Intuyo que simplemente está cambiando de tema, pero, al fijarme bien, el arroz está bullendo.

*

He aquí una historia: una vez mi padre nos llevó a toda la familia en coche a Dallas. Se celebraba algún tipo de convención de trabajo. Creyó que debíamos acompañarlo. Nuestra madre se resistió -por aquel entonces ya preparaba su marcha-, pero nuestro padre la convenció, o más bien nos convenció a los demás y nosotros después la incordiamos sin cesar.

En cualquier caso, fue un plan de última hora, porque en realidad nunca íbamos a ninguna parte, y mi madre por supuesto no se fiaba de que mi padre fuera él solo con nosotros, sus hijos. Así que al final terminamos los cuatro metidos en su Corolla durante horas por la 10 y nos fuimos de viaje entre semana.

Pasé la mayor parte de esos días en la piscina del hotel. Hice ojitos a un joven caucásico que nadaba por las mañanas -un chico universitario que me sacaba varios años- y a otro que atendía en la recepción y a un tercero en la cafetería, pero cuando llegué a la conclusión de que ellos también se habían fijado en mí, fue hora de irse.

El congreso no había ido demasiado bien para mi padre. No le habían elogiado lo suficiente. Habíamos recorrido la mitad del camino de regreso, e íbamos cinco kilómetros por encima de la velocidad máxima permitida, que era veinte menos que en el carril contiguo separado por una línea continua, cuando un poli nos hizo detenernos en una gasolinera a la altura de Huntsville.

Era joven y rubio. Leyó la cartilla a mi padre sobre el exceso de velocidad. Dijo que en realidad no había querido pararnos, pero que era su trabajo y que la ley era la ley. Mi padre estaba furioso.

Golpeó la ventana. Se puso a gritar. Nunca le había visto tan enfadado, temblaba, como si necesitara demostrar algo. Lo llamó cabronazo, narco y cerdo, y antes de darse cuenta, el joven caucásico ya le había puesto unas esposas.

Mi padre le dijo que no sabía lo que estaba haciendo. Que lo iba a denunciar. A su familia. A todo el puto departamento. Y este chico lo tenía sujeto por las muñecas, sin apretar, y nos miraba como si no entendiera por qué no nos abalanzábamos sobre él para ayudar a mi padre.

Fue mi madre la que intercedió.

Le dijo al poli que mi padre no hablaba en serio.

Que simplemente estaba asustado, por su familia. Por el seguro. Ya sabe cómo son estas cosas.

El poli la miró como si ella le hubiera dado permiso para soltarlo.

Sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Dejó que nos fuéramos con una amonestación.

De vuelta en el coche, mi padre no abrió la boca. Y solo después de varios kilómetros me di cuenta de que durante todo ese tiempo había estado apretando la mano de Lydia.

Mi padre no volvió a dirigirle la palabra a mi madre en lo que quedaba de viaje, ni en lo que quedaba de semana, ni en lo que quedaba de mes.

*

Mike es la única persona a la que le he contado esta historia. Tardé dos años en hacerlo. Estábamos en un salón recreativo con bar en

Lester. Él estaba inclinado sobre *Tekken*, pulsando una y otra vez los mismos dos botones.

Cuando acabé, no dijo nada. Siguió jugando.

Hasta que soltó: Lo pillo.

¿Qué es lo que pillas?

Solo eso, que lo pillo, dijo, y echó otra moneda en la máquina.

27

Ahora, sentado en el sofá con mi padre, vemos una de las pelis de *Fast and Furious*. Le he preparado un bol de fideos instantáneos cubierto de queso en lonchas. Se los come con una cuchara. Me he tirado diez minutos buscando palillos en la cocina y, cuando estaba a punto de darme por vencido, he encontrado unos desechables de mierda que debieron de regalarle con alguna comida para llevar.

Durante el monólogo en el que The Rock habla sobre desafiar a la gravedad, mi padre va y dice: ¿Te lo ha enseñado él?

Le preguntó que a qué se refiere. Mi padre me imita con los palillos.

En mi casa nunca comías así.

Quiero decirle que sí que lo hacía, pero que él estaba demasiado borracho para darse cuenta.

O que no era solo su casa.

Saboreo las palabras y me las trago.

¿Quién es él?

Ya lo sabes, dice mi padre.

Realmente no lo sé.

Tu novio. El negrata con el que te acuestas.

No sabes de lo que hablas.

Me lo ha contado Lydia, dice mi padre, pero no tenemos que hablar de eso.

En la pantalla, un tío se tira en coche desde un puente. Explota en el aire. Abajo, un grupo de personas contiene el aliento.

¿Has hablado con Lydia?

Mis hijos me han abandonado cuando más los necesito. Os habéis alejado.

¿Y entonces yo qué hago aquí?

Mi padre se encoge de hombros y asiente mirando la tele.

Ponen el anuncio de un peso que te sacude hasta que tienes la impresión de estar haciendo ejercicio. El hombre que aparece en la pantalla no hace gran cosa: lo sujeta y se sienta. Pero luce un aspecto más saludable, más feliz, mejor.

28

Omar viene a traer a su hermano y me pide que hablemos. Ximena lo oye por casualidad y me lanza una mirada, pero no dice nada. Antes de poder pronunciar palabra, Omar me dice que solo quería disculparse.

No tienes que disculparte por nada.

No estoy tan seguro, empieza, y lo freno.

Tienes razón. No lo sabes. Es agua pasada.

Que simplemente está ahí, quieta, dice Omar.

Esperando la corriente.

¿Amigos?, dice Omar.

Nos damos la mano.

29

En la cocina, Mitsuko casca un huevo con una sola mano en la encimera. Creo que ha sido pura chiripa, pero a continuación lo repite con un segundo huevo.

Espera, digo. ¡Espera!

Qué.

¿Cómo has hecho eso?

¿El qué?

Mitsuko me mira como si estuviera totalmente exasperada. Pero entonces lo vuelve a hacer y su ejecución no podría haber sido más limpia.

30

Unos días antes del banquete recibo una llamada de Omar.

¿Cómo demonios se viste la gente para este tipo de celebraciones?

Con traje, aunque en realidad no es una boda.

No hago más que oír eso.

Es la verdad.

Pero si no la tratamos como tal, dice Omar, ¿estarán casados?

Pues claro, respondo, aunque no sé si sueno muy convincente.

Así que lo repito.

Genial, dice Omar. Gracias.

Me voy ya.

Pero se queda al teléfono. Y yo tampoco cuelgo.

Ey, dice, oye, lo siento.

Ya lo hemos hablado.

Pero lo digo en serio, dice Omar. No lo sabía.

O solo a medias. Ximena de alguna manera ya me lo había dicho.

Pero no lo sabías de verdad. No por mí.

Correcto. Y ahora lo sé.

Entonces no pasa nada.

¿No es eso lo que suele decirse?, añado, que hay que intentar averiguarlo para estar seguro.

Eso solo se aplica a los blancos, dice Omar.

No tenemos que contárselo a nadie.

De acuerdo, dice Omar. Será nuestro secreto.

31

Por la noche envío un mensaje a Mike. Para él debía de estar empezando el día. Mitsuko y yo acabamos de concluir una compleja colaboración: *udon* cocinado en una olla caliente con *aburaage, kamaboko*, espinacas y dos muslos de pollo.

Mitsuko casca un huevo en la olla, prueba una cucharada y no hace ninguna mueca.

Se puede comer, anuncia.

¿De verdad?

De verdad.

Después de dejar todo a fuego lento, hago algunas fotos. Todas salen borrosas. Pero se las envío a Mike y él responde inmediatamente.

¡Qué bien!

Mike nunca, ni una sola vez, ha usado un signo de exclamación en nuestros mensajes. Jamás. No es ese tipo de persona.

Le pregunto si está bien.

Su siguiente mensaje tarda un poco más en llegar.

Llamaré

Todo estará

Lo dice, y me voy a dormir quedándome con eso.

*

Mike nunca me ha prometido nada. Solo cumple o no cumple. Siempre dice que las promesas no son más que palabras y que las palabras solo significan lo que uno haga con ellas.

*

Es tarde cuando oigo la cerradura de la entrada. Me pongo unos pantalones cortos de baloncesto, unas chanclas y voy al salón.

Mitsuko se está poniendo una chaqueta y sus zapatillas de color gris. Me lanza una mirada cuando toso en el pasillo.

Puedes venir, dice, pero mantén el pico cerrado.

Caminamos desde el apartamento a la calle de al lado y después recorremos varias manzanas más. El aire es templado para Houston. Algo fresco para estar en febrero. Me arrastro detrás de Mitsuko por la acera y me pregunto qué pensará cualquiera que se asome por la ventana.

Finalmente nos detenemos delante de lo que parece una iglesia. Un edificio o algo metodista. Miro a Mitsuko y después me fijo en los letreros, y me hace una seña para que me acerque a la entrada, que está abierta.

Hay una luz encendida junto al púlpito, pero por lo demás el altar está vacío. Los pasillos están despejados. Los asientos están limpios. Las ventanas de la iglesia están decoradas con momentos estelares del Antiguo Testamento.

Cuando llega a la cabecera del púlpito, Mitsuko se arrodilla.

Me siento ridículo de pie tras ella, así que me pongo a su derecha.

Nos quedamos así un rato. Mitsuko murmura dulcemente, en voz baja, en japonés. Tiene las manos entrelazadas. La cabeza agachada. En cierto momento, oigo el nombre de Mike, y luego otra vez, pero eso es todo lo que saco en claro.

Ha pasado por lo menos una década desde la última vez que estuve en el interior de una iglesia. Me bautizaron cuando era ya adolescente porque mi madre se empeñó. El reverendo me metió en el agua y todo eso. Salí empapado, sintiéndome reluciente, como dinero nuevo. Me comí una oblea, bebí un poco de vino y jamás volví.

Me pregunto cuánto tiempo llevará haciéndolo Mitsuko.

Me pregunto incluso si es legal. Si no estaremos cometiendo algún tipo de allanamiento.

Pero, al terminar, Mitsuko asiente hacia las gradas del coro, a nadie en particular. Luego se coloca a mi lado y se apoya en mi hombro.

Date prisa, dice. Nos vamos.

De vuelta en el apartamento, sirvo un par de vasos de agua. Mitsuko no me da las gracias, pero se lo bebe de todos modos.

En caso de que te lo estés preguntando, dice, ha quedado reducido a eso. Es absurdo.

Yo no creo que sea absurdo.

Es absurdo, dice Mitsuko. La miro beber agua. Eso es todo lo que tiene que decir. Así que me voy con mi vaso a la habitación, apurándolo por el camino.

32

Y entonces llega la mañana del banquete.

Me despierto y veo que tengo dos mensajes.

El primero es una foto de Ximena sonriendo con Juan a la zaga. Ha escrito ¡¡¡¡¡¡es el gran día!!!!!!! acompañado de unos diecinueve emojis diferentes.

El siguiente es de Lydia preguntándome si sé algo de nuestro padre.

Empiezo a contestar a mi hermana cuando, de repente, me envía otro mensaje.

Falsa dice. Ya me encargo

Pásalo bien en el baile de

Cuando Mitsuko me ve todo encorbatado, ahoga un grito y da un respingo en el sofá.

Oh, dice. Eres tú.

El de siempre, río.

Después de mucho protestar, termino dejando mi coche en casa de Ximena. Le digo que resulta imponente ir con los recién casados, pero ella insiste en que rechazar una invitación el día de su boda resultaría profundamente grosero.

Pero si ya estás casada.

Exacto. Te las estás viendo con una esposa en la puta vida real.

Su madre se encuentra junto a la puerta, al teléfono. Responde a mi saludo levantando un dedo. El marido de Ximena está sentado en el sofá del salón con las piernas cruzadas, jugando al aserrín, aserrán con el hijo de ella sentado en el regazo. El chico parece encantado, y el hombre también. Ambos van vestidos de fiesta.

Levantan la cabeza al verme.

Noah sujeta los brazos del chico por encima de su cabeza.

Ben, dice Noah.

Noah, respondo. Ey.

Enhorabuena.

Gracias.

Significa mucho, dice, sobre todo viniendo de ti. Sabes cuánto te aprecia Xim.

Solo los días de paga.

Por lo menos te lo tomas con deportividad.

Noah sigue montando al chico a caballito mientras va poniendo caras ridículas. Ximena me contó que es de Ámsterdam, que ha vivido allí la mayor parte de su vida. Se conocieron a los pocos meses de que Noah llegara a Houston. Él le golpeó por detrás con el coche en una gasolinera. Todavía no tenía seguro y Ximena, a pesar de estar cabreada, le dio su número. Fue cuestión de semanas.

Todavía se está vistiendo, dice Noah. La movida del maquillaje. Yo le digo que todo le sienta bien, pero para ella tiene que ser perfecto, ya sabes.

Y luego va por ahí diciendo que pasa de esas cosas, que no le importa.

A todo el mundo le importa, dice Noah.

¿Tú crees?

Créeme, dice Noah. ¿Mi familia? Son la gente menos sentimental de este planeta. Trabajan todos en el bosque, teniendo bebés con el primero que pase.

Pero acabo de hablar por teléfono con mi hermano. Llegan hoy. Los que quedan. Y se lo agradezco un montón.

Juan suelta un eructo sacudiendo las caderas y Noah abre la boca para cazarlo. El chico se ríe, primero un poco y luego mucho, y entonces vuelve a eructar.

Oye, dice Noah, ¿dónde está tu media naranja? ¿Viene Mike?

Está fuera.

Os manda sus mejores deseos.

Más le vale, dice Noah frotando su nariz contra la de Juan.

El chico no puede dejar de reírse, como si fuera el niño más feliz del mundo.

La madre de Ximena dice que entre todos vamos a conseguir que llegue tarde. Su exmarido, el padre de Ximena, está a su lado fumando un cigarrillo junto a la puerta de entrada con un sombrero de vaquero. Los dos van casi a juego de rojo grana de arriba abajo y me pregunto si es algo planeado o si es simplemente lo que pasa al compartir tu vida con alguien.

Cuando Ximena por fin asoma la cabeza, está realmente preciosa. Lleva un vestido de boda de color púrpura. Con corpiño.

Nos suelta a todos desde el baño una parrafada en español que no consigo entender.

Unos días antes le había preguntado si estaba preocupada. Estábamos fumando a la hora de comer, algo que Ximena nunca hace.

Noah es un buen tío, pero ¿y si la cosa no funciona? ¿Y si te equivocas?

Nadie sabe nunca si va a funcionar, contestó Ximena. Pero para eso sirve esta mierda. Para descubrirlo.

*

Una vez pregunté a Mike por la boda de sus padres. Me dijo que se había celebrado en una sala de estar. El padre de Mike ni siquiera debería haber sido el novio, pero la historia que había detrás era un puto lío.

¿Qué tipo de lío?

A saber. Ahora no puedo preguntarles.

Mis viejos también se casaron en una sala de estar. Pero no lo hicieron por ninguna razón de peso. Eran jóvenes y estaban pelados de pasta y pensaron que era una buena idea. Eso es todo.

Cuando se lo conté a Mike, simplemente sacudió la cabeza.

Ese es el tema, dijo. La mayoría de las ideas parecen buenas en su momento.

No descubrimos que han salido mal hasta que ocurre.

*

El banquete de boda es un banquete de boda.

Ximena y Noah se besan.

Ximena y Noah sonríen.

Ximena y Noah hacen una puta barbaridad de fotos para colgar en Instagram.

Estamos en el patio de la taquería, una plataforma de madera decorada con luces de Navidad, y el personal está de pie con sus móviles grabando hasta el último detalle. Tres viejos y un chaval tocan la guitarra e interpretan «Amor eterno». Nadie habría dado dos duros por que el grupo sonara bien, pero lo hace. Cuando el más joven abre la boca para cantar, es increíblemente bonito. Todos acabamos llorando.

Después de la actuación y de un par de bailes iniciales, el banquete se convierte en una fiesta donde la gente habla con la peña que ya conoce.

Yo conozco a Ximena y a Noah, que por otra parte están ocupados.

Y así es como Omar y yo terminamos uno al lado del otro.

No creo que ninguno de los dos lo haya hecho a propósito. Lleva el abrigo arrugado. Y además le va media talla pequeño. Pero aun así le sienta bien, es decir, no me lo imagino con otra cosa.

¿Por qué dices que estás aquí?, le pregunto.

Soy amigo de un amigo de la familia, dice Omar. Eso es. Amigo de un amigo de la familia, testigo de la novia.

Bueno, digo, por lo menos no ha muerto nadie.

Aún estamos tiempo, dice Omar.

Es verdad. Pero tendrían que hacerlo rápido.

Tal vez podría ser una muerte por amor, dice Omar.

Una muerte dulce.

Sí. Eso podría funcionar.

Antes de que podamos desviar la conversación hacia un terreno más prudente, mi teléfono empieza a vibrar.

Hago un gesto a Omar con la cabeza, le toco en el hombro.

Hola, hijo, dice mi padre.

Vaya, digo. ¿Qué ocurre?

No es nada, responde mi padre. O casi nada. Una cosita. Me cuesta un poco respirar.

Le pregunto dónde está, qué hace. Ya estoy tirando mi plato a la basura.

En casa, dice. Sentado. Leí algo sobre estrujar algún objeto cuando esto pasa, y eso es lo que estoy haciendo.

Estás teniendo un ataque de pánico.

Si tú lo dices.

Le aviso que estoy de camino. Dice que no es necesario. Insisto en que llegaré en veinte minutos como mucho, y cuelgo.

Entonces recuerdo que no tengo gas, ni ruedas.

Ximena está sentada en el regazo de Noah. Ya están borrachos. Sonríen demasiado. La madre de Ximena sujeta al chico y comparte un trago con su exmarido. Parecen una familia, o lo más parecido a una familia que pueda haber para cualquiera de nosotros.

De repente aparece Omar y me pregunta si va todo bien. Le miro. Le explico lo que está pasando. Le digo que no pasa nada, que voy a llamar a un Uber. Pero va hasta su mesa, coge las llaves y me indica que lo siga fuera.

Planeamos por la autopista como los murciélagos. Hay poco tráfico.

De camino, Omar no pone música, cosa que aprecio.

No hace preguntas más allá de pedir indicaciones, cosa que también aprecio.

Una vez hemos atravesado el vecindario de mi padre hasta mi antigua casa, le digo que ya me buscaré la vida para volver a mi apartamento.

¿Estás seguro?

En un ciento noventa y nueve por ciento.

Un ochenta y cinco por ciento habría sido más creíble, dice Omar.

Pero no discute. Sube la ventanilla y me dice adiós con la mano.

Mi padre está sentado en la moqueta. Apura una botella de agua.

Te he dicho que no vinieras.

Cuándo han hecho tus hijos nada de lo que les has pedido.

Figúrate. Si te hubiera dicho que era urgente, aún estaría aquí solo.

Es probable. ¿Me das un sorbo?

Mi padre dice que a saber dónde ha estado mi boca, pero en cualquier caso me pasa la botella.

La casa parece diminuta y tranquila, y eso me resulta infinitamente más aterrador que si estuviera destrozada.

Estoy viendo a un hombre para esto, dice mi padre. Todo este tema.

¿Tú también?

Siempre te has creído muy gracioso, dice mi padre. Me refiero a un psicólogo. En líneas generales es bueno, supongo, y lo cubre el seguro. Dice que me centre en objetos sólidos. En cosas que estén en la habitación y puedan tocarse.

Tiene sentido.

Claro que tiene sentido. Joder. Para eso le pago.

Pero ¿funciona siempre?

Pregúntame dentro de una hora.

Los dos nos quedamos sentados con las piernas estiradas. No hemos hecho nada parecido desde que era niño. Cada pocos segundos mi padre mueve los dedos de los pies, y se agitan como si estuviesen programados, como una fuente.

Al cabo de un rato, alguien llama a la puerta.

Tu turno ha terminado, dice Lydia con una bolsa de comida grasienta en la mano. Ya puedes volver al baile de graduación.

El baile de graduación ya se ha acabado.

Entonces prueba con el *after*. A menos que no te hayan invitado.

La cara de nuestro padre se ilumina al verla. Mi hermana se pone de rodillas frente a él.

Retira el envoltorio de la hamburguesa en la mesa baja y, al hacerlo, se derraman todas las patatas.

En la acera, abro la app para compartir coche. La manzana está sumida en ese silencio tan característico de los vecindarios de las afueras.

Entonces tengo una idea.

En su lugar, hago otra llamada.

No han pasado ni cinco minutos cuando llega Omar. El asiento del pasajero está ocupado por una bolsa de Whataburger.

Me ha entrado hambre, dice con la boca llena.

Vuelve a la ciudad por la ruta larga. En ningún momento llegamos a incorporarnos a Westheimer. Omar se limita a circular en paralelo a la autopista, atravesando callejuelas y barrios periféricos. Cuando salimos al otro lado, ya es medianoche y estamos entre semana, lo que significa que las calles están casi vacías, salvo por la gente que espera al autobús y los tipos que no tienen adónde ir.

Omar es un conductor tranquilo. El coche no se sacude cuando nos detenemos en los semáforos. Se desliza hacia ellos y, después, volvemos a arrancar suavemente.

Finalmente, demasiado pronto, estoy en casa.

Te debo una.

No me debes nada.

Le pregunto por Ahmad y me explica que está con sus padres.

Solo por esta noche. Él no quería ir. Pero no iba a llevarlo a lo de Ximena para que se portara mal.

Podrías haberlo hecho.

De ninguna manera.

De ninguna manera, coincido.

El coche de Omar es pequeño, pero no es incómodo. Cabemos los dos apretados. Dentro no huele mucho a nada.

No soy el hombre más experimentado del mundo, pero hay un momento en que sé que debería pasar algo.

También sé que, si dejo que pase, podré irme y no habrá ocurrido nada.

Y nada habrá salido mal.

Y ambos podríamos seguir con nuestras vidas.

Así que el momento pasa.

Nos quedamos sentados mirando por la ventana.

Un mapache cruza la carretera a toda velocidad.

Vale, digo, y entonces pongo una mano sobre el muslo de Omar.

Su pierna se pone tensa de inmediato, y no se relaja. Sus pantalones no quieren desabrocharse hasta que al fin se libera del cinturón de seguridad. Está duro cuando le agarro la polla, lo masturbo con una mano y le aprieto el pecho con la otra, y entonces nos besamos, y él se corre. Sale a chorros, y se sacude, revolviéndose en el asiento. Parece totalmente desconcertado.

Y entonces me mira. Como si hubiera pasado algo inesperado. Le digo que está bien, que me tengo que ir, pero él me la coge y, evidentemente, la tengo dura.

Omar me desabrocha el cinturón y se medio desploma sobre mi regazo.

Espera, digo, no podemos hacer eso.

¿Qué?

Necesito un condón. Necesitamos condones.

No pasa nada.

No. Soy *poz*.[11]

Omar me mira a los ojos.

Por eso. Así que no podemos. Lo siento. Simplemente no podemos.

De acuerdo, dice Omar.

Y luego añade: Lo pillo.

Lo siento.

No lo sientas, dice Omar. Pero ¿te estás medicando?

Pues claro que me estoy tomando la puta medicación.

Bien. Entonces espera un segundo.

Me desabotona la camisa, deja caer sus pantalones y me la desliza entre los pliegue de su cuerpo. Lo justo para crear algo de fricción. Y entonces nos mecemos, a su ritmo, aunque es imposible que Omar esté cómodo, apenas hay sitio suficiente para nuestra cadencia. Pero le digo que estoy a punto de correrme, que si quiere desplazar su peso para no estropearle el traje. Omar dice que no, que no pasa nada, que sobrevivirá, que siga moviéndome, y eso hago, hasta que paro, y entonces los dos gemimos, y entonces hemos terminado.

Después somos simplemente dos tíos en un coche ejecutando una posición de yoga imposible.

A pesar de todo, sonrío a Omar, porque no puedo hacer otra cosa.

Omar me devuelve la sonrisa.

Nos limpiamos con los envoltorios de su cena.

Le digo que me voy, ahora sí, en serio, y Omar dice adiós, buenas noches, en serio.

Lo veo alejarse.

Y ahora estoy en mi puerta.

Y ahora estoy en mi salón.

No veo a Mitsuko, no está en la cocina y tampoco le doy ninguna importancia. Pero entonces, como si lo hubiera hecho a propósito, oigo resuellos procedentes de mi habitación.

Mitsuko está en mi colchón. Respira de forma entrecortada. Se seca la cara con las sábanas.

Mierda, digo, joder.

¿Qué ocurre?

Nada.

¿Qué ha pasado?

Nada.

Entonces susurra algo en japonés, muy bajito. Y vuelve a llorar. Se da golpes en ambas mejillas.

Alargo el brazo para tocarle el hombro y ella se aparta inmediatamente. Pero entonces me agarra la mano, la aprieta.

Está bien, dice. No importa.

Los dos deberíamos dormir un poco, añade.

Y como más que una sugerencia parece una exigencia, asiento. Le digo que estaré ahí si me necesita.

Mitsuko frunce los labios y se pone de pie para ir a tumbarse al sofá, pero no estoy totalmente seguro de que me haya oído.

Cuando compruebo el móvil, hay un mensaje de Omar que consiste en unos cuantos emojis.

Hay un mensaje de Lydia que solo dice hola, todo está bien.

Y después hay mensajes de texto de Mike.

Pero también un mensaje de voz, algo que Mike nunca hace, y estoy sentado en la cama cuando lo escucho.

Su voz es tranquila. Me lo puedo imaginar hablando.

Dice: Le vamos a incinerar mañana.

A mi padre, quiero decir. Está muerto.

Y después vuelvo a Houston.

Y termina diciendo que agradecería si pudiera ir a recogerlo al aeropuerto. Significaría mucho para él.

MIKE

El último apartamento de mi familia fue también el más grande. Cuando llegamos a Estados Unidos, nos mudamos de Alief al South Side y de ahí al West Loop. Nos instalábamos allí donde Eiju pudiera mantener un empleo, y ese nuevo emplazamiento cerca de Bellaire estaba muy muy muy muy muy por encima de nuestras posibilidades. No pasábamos hambre ni nada parecido, pero mis viejos siempre estaban peladísimos de pasta. Ninguna de sus familias en Japón nos ayudaba. Consideraban que nos habíamos largado. Que teníamos que arreglárnoslas por nuestra puta cuenta.

En el nuevo complejo había que aparcar bajo unas farolas que estaban hechas mierda. Había que apretar un botón para abrir la verja pero esta no se movía, así que los filipinos que fumaban junto a la cancha de baloncesto la abrían a empujón limpio a cambio de la calderilla que uno llevara en el coche. Ma advirtió a Eiju de que algo tenía que cambiar: o él o nuestro entorno. Me estoy dando cuenta de todo esto ahora, mucho tiempo después. De niño no percibes esa mierda; te falta el contexto para darle forma.

Todavía no había empezado a expandirme tragándome todo lo que me pusieran por delante, pero, cuando dejó de servirme la ropa, Ma simplemente me embutió en la de Eiju. Era lo que había traído de Osaka y consistía en sudaderas de baloncesto, camisetas de tirantes y pantalones cortos agujereados. Eiju en ningún momento pensó que pudiera volver a necesitarlos, pero Ma no le dejaba tirar nada y ahí estaban, pasados once años, después de haber cruzado medio mundo, y de vez en cuando me daba por mirarme en el espejo e imaginaba que ese debía de haber sido el aspecto de mi padre cuando era niño.

Aquel verano, en Bellaire, Ma y yo vagábamos por el nuevo espacio. Eiju no quería que ella saliese al mundo. Esta parida tenía menos que ver con la tradición que con su vanidad, que era de lo más

particular, pero, en cualquier caso, Ma satisfacía sus deseos. Por lo menos al principio. No tanto por un tema de lealtad hacia su hombre, creo, sino por otros motivos totalmente distintos.

La casa era grande pero las cañerías apestaban. La moqueta apestaba. El grifo del agua apestaba. Pasado un tiempo, el efectivo se volvió todavía más escaso. Los gritos de Eiju se tornaron físicos, empellones, empujones y apretones, y Ma empezó a planear su huida, pero nos pasamos aquella temporada dando vueltas por el salón.

Yo recogía las cajas de cartón que quedaban de la última mudanza y volvía a dejarlas en el suelo. Ma miraba telenovelas: *Days of Our Lives, The Young and the Restless*. Ma juraba que esa mierda era perjudicial para mí, pero aun así yo me sentaba a su lado en el sofá. Ella pronunciaba frases en japonés -el japonés de Tokio con el que había crecido- y me pedía que se las repitiera. Cuando Eiju nos oía por casualidad, increpaba a Ma, empleando el dialecto de Kansai, preguntándole por qué cojones yo no estaba hablando inglés.

Había días en los que Ma y yo juntábamos los pies descalzos bajo la mesa. Era una costumbre que teníamos. Por entonces solo tenía doce años. Tocaba su talón con el mío y sus dedos con los míos. Nos quedábamos así hasta que alguno de los dos se apartaba, aunque siempre era yo el que terminaba rindiéndose. Ma podía permanecer imperturbable en cualquier situación. Pienso que aquello era un aviso de lo que estaba por venir.

Pero, como siempre: a toro pasado, todo está clarísimo.

Eiju perdió su curro aquel otoño. Había estado trabajando en un restaurante chino en Dashwood, en algún garito en un centro comercial. Culpaba a los mexicanos de su mala suerte, porque ellos cocinaban más horas por menos dinero, y Eiju se unió a la pequeña constelación que Ma y yo habíamos construido. Sin embargo, nuestra órbita no podía soportarlo. Lo desequilibró todo.

Siempre que nos sentábamos a la mesa, él preguntaba por qué perdíamos el tiempo.

Siempre que encendíamos la televisión, inmediatamente la apagaba.

Entonces se bebía lo poquito que hubiéramos ahorrado. Tenía a Ma contando monedas a final de mes. Una noche, me arrodillé junto a ella clasificando montones de monedas de diez centavos, tirados en la moqueta, y cuando encontré una de veinticinco escondida en el sofá, mi madre se derrumbó y rompió a llorar. No dejaba de temblar. Eiju ni se enteró. Seguía roncando la borrachera del día anterior.

Ma finalmente solucionó nuestra situación poniéndose a vender joyas a bajo precio en el centro comercial The Galleria. No era fácil encontrar a alguien que hablara un japonés fluido en Houston. El gerente era un tipo negro algo más mayor al que habían trasladado desde Hawái. Contrató a Ma en el acto, y Eiju terminó encontrando otro trabajo de camarero para blancos en la zona de West U. Los ingresos de ambos eran suficientes para mantenernos con la cabeza fuera del agua. Pero ignorábamos todo lo que estaba a punto de ocurrir.

Sentía que cada mirada, cada empujón y cada grito entre mis padres eran irreparables. Intolerables. La mierda más loca que había ocurrido nunca. Y una noche, después de una pelea que terminó con Eiju saliendo en estampida de casa, pregunté a Ma que por qué no regresábamos a Setagaya, como si todo fuera a estar mejor por el simple hecho de volver a casa.

Se me quedó mirando un buen rato. Llevaba el maquillaje corrido. Las mejillas manchadas.

Entonces dijo: Esa no es tu casa.

Ahora estamos aquí. Esta es tu casa.

Ni siquiera entonces parecía muy segura de ello. Quizá aún no se había convencido del todo a sí misma. Y, por supuesto, diez años más tarde, al poco de que Eiju se pirara definitivamente, mi madre recogió todas sus cosas, se subió en un avión con destino a Tokio y se fue para siempre.

Pero antes de eso, nuestro apartamento con verjas.

Cucarachas en la moqueta.

Nuestros pies por debajo de la mesa, dándonos calor.

Ma colocaba sus labios en mi lóbulo de la oreja y me susurraba mil cosas en japonés, enunciándolas en un tono la mar de ridículo hasta que yo me caía de la silla de tanto reírme, y entendiendo solo la mitad de lo que decía. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que lo que realmente me estaba diciendo, siempre lo mismo, de forma frenética e inagotable, era: ¡Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero!

*

Después de llevar una semana en Osaka, me había sacado de la manga una especie de rutina: salía del apartamento sobre las ocho de la tarde para poner a punto el bar de Eiju. Estaba a pocos minutos de su ruinoso edificio sin ascensor situado en Tennoji, junto a una

panadería, una librería destartalada, otro edificio sin ascensor, dos aparcamientos y como dieciséis hoteles del amor. Las calles siempre estaban tranquilas salvo por la presencia de otros compañeros del tercer turno que ultimaban recados de última hora antes de entrar a trabajar. No quedaba muy lejos desde la estación más cercana, pero nunca abríamos antes de las diez y, en cualquier caso, la mayoría de los clientes se quedaban hasta pasada medianoche.

Pasaba horas fregando, frotando y limpiando. O por lo menos empezaba a hacerlo, hasta que llegaba Eiju. Me tuvo barriendo hasta que se le encendió una luz en la mollera y se dio cuenta de que realmente podía serle de ayuda, de que esa era mi puta área de experiencia, y entonces dejó de aparecer por el bar si no era absolutamente necesario.

Seguro que esa fue la única razón por la que no me mandó de vuelta al puto Houston.

O por lo menos antes de que su salud empeorara.

Luego al cabrón ya no le quedó más remedio que aguantarme.

Cuando me presenté en Osaka, Eiju me preguntó a qué pensaba dedicar mi tiempo. Acababa de dejar mis cosas en el suelo de madera de su apartamento, una fea estancia de una sola habitación. El equipaje hizo un ruido como si crujiera. Le pedí que me repitiera la pregunta.

Ya me has oído, dijo, esa vez en inglés. Todavía no se te han caído las orejas.

Lo que dices no tiene ningún puto sentido.

Puto, dijo Eiju. Así que te has hecho mayor.

He volado hasta aquí por ti. He venido hasta aquí por ti.

Y eso está bien. Pero necesitas un trabajo. Y yo necesito ayuda.

¿Quieres que trabaje para ti?

He venido a pasar tiempo contigo. Antes de que te mueras, joder.

Claro, dijo Eiju, y pasaremos más tiempo juntos si haces algo útil.

Me habló del bar. Del dinero que ganaría y de la sangre que se había dejado en él. Eiju lo llamaba su bebé, era todo cuanto le quedaba -al oírlo se me pusieron los pelos de punta-, y cuando le pregunté el nombre, mi padre lo pronunció y yo pestañeé varias veces.

No, dije. El nombre del bar.

Ya me has oído, dijo Eiju. Mitsuko.

Cerré la mano en un puño y luego la relajé. Vi que Eiju se había dado cuenta. Me froté las cuencas de los ojos con las palmas de las manos.

Pero también llevaba un inventario del alcohol. Picaba el *daikon* y lavaba el arroz. Eiju no servía muchos platos -el producto principal era

la bebida-, pero sus clientes habituales tenían sus caprichos y él, que se comportaba como un maldito calzonazos, los consentía.

Nunca le pregunté a Eiju qué le llevaba a ser tan amable con sus clientes o qué tenían esos hijos de puta que su familia no tuviera.

No protesté.

Al fin y al cabo, él estaba terminal. Cáncer de páncreas. Ese era el diagnóstico. Seguirle la corriente era lo puto mínimo que podía hacer.

Las escaleras del bar estaban destrozadas como la mierda, por lo que normalmente oía a Eiju subir agarrado a la barandilla. Cada vez que abría la puerta, sonreía de par en par. Los sonidos de Osaka se colaban entre las grietas y desaparecían por completo cuando la cerradura repiqueteaba tras él.

Va a ser una buena noche, decía quitándose la chaqueta y dejándola de cualquier manera.

Yo la agarraba de una manga antes de que cayera al suelo y la guardaba debajo de la barra. Eiju se ponía a reorganizar las botellas detrás de mí.

El bar entero era del tamaño de mi salón en Texas. Una de las barras tenía seis taburetes y el local solía estar a rebosar. La clientela de Eiju provenía de todo el vecindario: hombres de negocios de juerga, azafatas en su día de descanso, profesores, taxistas y solteros echando a perder la hora de las brujas.

Todos conocían a Eiju y su bar. Pero ninguno de ellos sabía que se estaba muriendo.

Cuando le preguntaba si había tomado la medicación por la mañana, Eiju decía: ¿Qué medicación? Y yo decía: Joder. Y Eiju hacía un gesto para que lo dejara en paz.

Cierra el pico, decía. ¿No has venido aquí a relajarte? El estrés te hará engordar todavía más.

Pero después encontraba las recetas médicas de mi padre en la chaqueta. Las comprobaba sobre la barra. Siempre iba al día.

Una noche, una de las primeras veces, estábamos limpiando el bar uno al lado del otro. Los lunes eran bastante tranquilos, pero nuestra rutina no cambiaba. Así que barríamos y limpiábamos y quitábamos el polvo y sacábamos brillo y Eiju silbaba todo el tiempo o ponía a D'Angelo o a Sade o a Toni Braxton o a los Isley Brothers o lo que le apeteciera ese día.

En un momento dado me preguntó si había preparado los sándwiches. Le dije que estaban listos.

¿Y las limas? ¿Y las patatas? ¿Y la mezcla?

Se han terminado. No queda aceite ni nada.

Bien. ¿Y qué pasa con el queso?

¿Qué queso?

Esta noche vamos a hacer queso fundido.

Estás de puta coña.

No estoy de puta coña, en absoluto, dijo Eiju. Será el *american special* de la noche. En honor a nuestro invitado americano.

Entonces empezó a reírse, un sonido vibrante que se extendió por todo el bar.

La risa se transformó en tos

La tos dio paso a las flemas.

Eiju empezó a asfixiarse.

Nunca he sido la clase de tío que se planta de un salto al otro lado de la barra de un bar, pero en ese momento lo hice.

Cuando al fin se calmó, me senté a su lado, frotándole la espalda. Eiju hizo un gesto de dolor y le dije que respirara despacio, que cogiera aire.

Pero entonces, igual que había empezado, dejó de toser. Y su mueca dio paso a las lágrimas. Y las lágrimas se transformaron en carcajadas.

Eiju comenzó a reírse de nuevo.

Señaló mi cara.

Deberías haberte visto, dijo todavía riéndose. ¡Joder!

¡Tan preocupado! ¿Dónde demonios está mi verdadero hijo?

Eiju era quince centímetros más bajo que yo. Estaba más delgado que el día de mi llegada. Se tomaba todo a broma, pero el broche de oro era que ya había alcanzado la fase cuatro.

No había ninguna sorpresa entre bastidores aguardando su turno.

Sabía qué podía esperar.

Sabía cómo terminaría aquello.

En mi primera mañana en Japón le pregunté si sabía que se estaba muriendo. ¿Lo sentía? ¿Lo comprendía? ¿Sabía lo que estaba en juego?

Lo tenía delante en pantalones de pijama, bostezando, estirando los cordones del pantalón. El aliento le olía a tabaco.

Desde luego.

Igual que lo sabes tú, dijo. Y que lo saben todos.

Imagina que fuera una carrera. Voy ganando por goleada.

Eso es una gilipollez, dije. Eres gilipollas.

Tal vez.

*

Quise llamar a Ben nada más aterrizar en Itami, pero me quedé sin batería. Y luego perdí el primer tren que salía para la ciudad y tuve que comprar otro billete. Y me entró tal agobio por no perder también ese que me olvidé del cargador, solo tenía ojos para el reloj, y me senté junto a una familia de alemanes que discutía de pie en el andén mientras una pareja coreana permanecía callada a su lado, y una señora blanca lloraba tapándose la cara y de repente una mujer negra muy guapa pasó por delante con una maleta con ruedas, parecía que estuviese esprintando en tacones y un vestido azul, y todavía me estaba preguntado cómo era posible cuando me subí al tren por muy poco y conseguí llegar a la estación de Shin-Osaka, pero entonces, por solo dos minutos, perdí la siguiente conexión a Namba y luego me subí en otro que iba en dirección contraria, hacia Kioto, y después volví al sur, hacia Tennoji, y ahí fue cuando empezó la hora punta y unos treinta minutos después me bajé en la parada equivocada, otra vez, pero estaba a menos de un kilómetro y medio del apartamento de Eiju, el hombre al que no había visto en una década, el moribundo, y llevaba más de veinticuatro horas viajando, por lo que estaba agotado, fuera de mis casillas y en esos momentos ya no regía muy bien, más bien nada, pero aquello era un error, toda la puta situación había sido un error, había dejado a Ben con Ma, y había dejado a Ma en mitad de ninguna parte, y no había llamado a mi chico y solo quería estar en casa, a pesar de que, en teoría, ya estaba ahí, lo había conseguido, por fin había vuelto a casa.

Nos conocimos en una fiesta. Le había visto antes en una app. Fui directo adonde él estaba y le apreté el hombro, porque Ben no había bebido absolutamente nada y yo, por supuesto, había bebido demasiado.

En su foto de perfil salía riéndose. No parecía forzado.

Y ahora estaba ahí. ECYH.[12] Camisa de franela y pantalones caqui.

Cuando le pregunté con quién había ido a la fiesta, Ben señaló con un gesto impreciso hacia la multitud.

¿Te ha traído la turba?

No, repuso. Solo uno de sus integrantes.

Vale, dije, ¿alguien en concreto a quien te estés follando?

Y entonces por fin me miró.

Ben puso una cara rara, una cuya mecánica llegaría a dominar en el futuro. Reconocería qué era lo que la provocaba y cuánto duraba. Descubriría la manera de desactivarla. Cada uno de sus recovecos y

fisuras.

Pero al principio no pillaba nada.

Así que incliné mi cerveza para brindar con él.

Estoy un poco pedo.

No te preocupes, dijo Ben levantando su agua.

Es mi día libre y tal.

Ah, mira.

Nuestra conversación debería haber terminado ahí.

Yo debería haber desviado mi rumbo hacia la cocina y deberíamos haber seguido con nuestras vidas, independientemente de cuál hubiera sido su puto desarrollo.

Entonces, dijo Ben, ¿eso significa que no tienes muchos?

¿Muchos qué?

Días libres.

Digamos que los exprimo al máximo.

Ben me estudió como si estuviera resolviendo algún tipo de ecuación.

Mi amiga es prima del anfitrión, dijo. No iba a hacer nada esta noche, así que me ha arrastrado hasta aquí.

Bueno, dije, incluso arrastrado tienes buen aspecto.

Te sorprenderías, dijo Ben.

O quizá no, añadió, más para sí mismo que para mí, y volvió a mirar a la multitud, pero antes de que pudiera reaccionar a lo que acababa de decir, Ximena saludó desde un rincón.

Me guiñó el ojo, sonriendo. Resplandecía con su falda y una chaqueta letterman.

Ben puso otra cara.

Parece que tenemos amigos en común, dije.

Es amiga de un amigo, puntualicé.

Un ex, puntualicé.

Y en el divorcio te tocó Ximena, dijo Ben.

Creo que se mueve entre dos aguas.

Kanpai, dijo Ben chocando mi botella con su vaso antes de deslizarse alrededor de mi hombro hacia el salón y salir de mi puta vida.

Esa noche me fui a casa con otro tío. No tengo un recuerdo claro de él, pero lo que sí es seguro es que era blanco. Me dijo que yo era su primero, y yo le dije: El primero de qué, y él respondió: Ya sabes; pero en realidad no lo sabía. A veces uno se olvida de cómo es la gente. Y entonces fue él y me lo recordó. Pero antes de que aquel caucásico me jodiera el resto de la noche, puse mi boca en la suya y le apreté el culo

y él embutió sus nudillos en mis caquis y los dos nos pusimos a ello.

Follamos. Fue penoso. Él se corrió una vez, y luego otra, y yo me pajeé en su estómago hasta que decidí que no iba a pasar nada más.

Cuando desperté a la mañana siguiente, él seguía inconsciente en el colchón. Fui a su cocina con la idea de prepararnos unas tortillas. Unos huevos revueltos. Cebolletas. Melocotones. Joder. Nunca se sabe, a veces la peña te sorprende.

Pero este tío no. Era predecible. Lo único que encontré en su nevera fue un tubo de proteínas y media tableta de chocolate Hershey que se había quedado pegada al envoltorio.

De vuelta en West Alabama, los chavales de la casa de al lado jugaban al pillapilla en la entrada. Perseguían a un gato y el gato se dejaba. Lo habían llamado Bruno, pero también Gabriel, Victor Hugo y Señor Gato. Cuando su dueño, un tipo fornido, salió a fumar, llamó al gato, que se quedó sentado con él dejándose acariciar el vientre. Una vez que el gato me miró, lo mismo hicieron todos.

Me di una ducha y me preparé para ir a trabajar: el delantal, la camiseta y los vaqueros. Tenía un curro a media jornada en un restaurante y otro en una cafetería. Los fines de semana hacía de cajero en una tienda de alimentación. Todos eran insoportables. Pero el sueldo no estaba mal. Gracias a esa mierda tenía algo que hacer.

Después, todavía empapado, apoyé el culo en el sofá. Revisé el móvil, abrí la app. Busqué el perfil de Ben.

Pero había desaparecido. Incluso lo había guardado como favorito y todo.

La cerré y volví a abrirla. En su lugar solo quedaba un vacío. Ni siquiera tenía un recuerdo digital.

*

En mi primera mañana en Osaka, Eiju ni se molestó en dirigirme la palabra. Había estado ciento veintidós minutos buscando su pequeño y mierdoso apartamento situado junto a la estación de tren. Cuando pasé por delante del mismo puto callejón por cuarta vez, una señora que fumaba junto a un FamilyMart me hizo un gesto con la mano desde la esquina; más tarde averigüé que era la propietaria de una librería que formaba parte del complejo y que conocía a Eiju desde hacía años. A veces le llevaba huevos del mercado que quedaba detrás del edificio donde vivían ambos.

Pero aquel día era tan solo una señora.

Una con cara de pocos amigos.

Pareces perdido, dijo en japonés.

¿Qué?

Pareces perdido, repitió, un poco más despacio.

Oh, dije. Así es como me siento.

Al sacar la dirección de Eiju, sus facciones se suavizaron. Señaló el piso de arriba.

Bromeas, dije, y la señora se rió.

Lo has conseguido.

Pero sigues estando perdido, añadió.

Y, entonces, como en alguna mierda original de Netflix, mientras aguardaba en los escalones calentándome las manos, a través de la barandilla vi a Eiju cerrando su puerta, rebuscando algo en una bandolera, jugando con el llavero, mirando al cielo por encima de mi cabeza.

Durante mucho tiempo tuve un puto sueño en el que me encontraba con este hombre y él no me reconocía, pero en ningún momento pensé que yo no fuera a reconocerlo a él. Eso no habría ocurrido.

Empezaron cuando mi padre se piró de nuestro apartamento en Bellaire.

Soñaba con él cuando era niño, acurrucado junto a Ma; no pude dormir solo el primer año posterior a su marcha.

Soñaba con mi padre mientras dormía junto a quién sabe cuántos cabrones.

Soñaba con mi padre en mi propia cama, con medio cuerpo fuera del colchón, roncando junto a Ben.

Soñé con él la noche que me fui de Houston.

Soñé con él en el viaje de ida en avión.

Y ahora él estaba aquí.

Aquí.

Aquí aquí.

Aquí aquí aquí.

Justo aquí. Delante de mi puta cara de tonto.

Sólido como el suelo bajo mis pies. Y le reconocí.

Eiju se palpó los bolsillos buscando las llaves.

Se estiró la capucha de la sudadera.

Se quedó como pensando.

Hizo un pequeño gesto de dolor. Pero eso fue todo, nada más.

Me apoyé en las escaleras. Esperé a que tropezara conmigo.

Mi padre me saludó con la cabeza al pasar.

Luego se alejó un poco más, casi doblando la esquina. Y entonces le vi sacudir la cabeza.

Se volvió de golpe.

No parecía enfadado. Tan solo un poco confuso.

Después, el reconocimiento.

Y entonces el cabreo.

Pensé que iba a abrazarme, que me agarraría del brazo o que me daría un puñetazo en la cara, pero nada de eso pasó.

Las primeras palabras de mi padre en dieciséis años, en su fuerte dialecto de Kansai, fueron: ¿Qué coño?

*

Los clientes más madrugadores del bar de Eiju no aparecían aproximadamente hasta las diez. A esa hora las calles estaban en su apogeo. Unas horas antes de que los trenes se detuvieran por la noche. Habían bajado las temperaturas y empezaba a hacer frío y, aunque no salía vaho, yo soplaba en las ventanas y trazaba mi nombre o un avión o figuras de palo follando hasta que Eiju me decía que me dejara de gilipolleces.

Una noche estábamos ejecutando esa misma rutina. Yo fregaba las baldosas. Eiju limpiaba la barra.

No eres un puto crío, dijo.

Soy tu puto hijo, contesté.

Hana y Mieko solían ser las primeras en llegar. Eran compañeras de trabajo en una empresa de publicidad. Se sentaban una al lado de la otra y pedían dos rondas de sake cada una. Acudían directamente de la oficina, donde se quedaban trabajando hasta tarde. Llevaban chaquetas vaqueras desteñidas por encima de la blusa y siempre que cruzaban la puerta corredera del bar, sin excepción, entraban muertas de risa.

En mi primera noche en el Mitsuko, Hana me preguntó enseguida si era hijo de mi padre.

Eiju estaba detrás de mí sacando brillo a unos vasos. Su cara decía: Di que no.

Todos me lo preguntan, respondí. Digamos que soy un sobrino.

Joder, dijo Mieko, Eiju tiene muchos.

Todo sobrinos y ningún hijo, dijo Hana. Como una especie de gigoló. Pero tú no eres de aquí, añadió girándose hacia mí.

¿Es tan obvio?

Sin ofender, dijo Hana.

No pasa nada.

Tu japonés es un poco torpe, dijo Mieko. Como si lo hubieras aprendido en un libro.

Pero está bien para ser extranjero, dijo Hana.

Debería estar mejor que bien, dijo Eiju sirviendo otra ronda a las mujeres.

No hay excusas que valgan.

Hay muchas excusas, dijo Hana. Una vez salí con un estadounidense.

Joder, dijo Mieko. Es verdad.

Era lo peor, dijo Hana.

Joder, dijo Mieko. Lo peor.

Creía que sabía cómo funcionaban aquí las cosas, pero no era así. No tenía ni idea. Y yo quería decirle: ¡No pasa nada! ¡No tienes que fingir! Aprecio el esfuerzo, pero no.

No podías llevarlo a ningún sitio, dijo Mieko.

Montaba numeritos, dijo Hana. Tenía que saberlo todo. Y necesitaba que supieras que lo sabía todo.

Las mujeres agacharon la cabeza un instante, rememorando otros tiempos.

Eché un vistazo a Eiju, que se había cruzado de brazos.

¿Y por qué te quedaste con él si era un hombre tan horrible?

Hana puso una mueca. Mieko le dio un codazo. Eiju les sirvió otro vaso y me indicó con la cabeza que volviera a dejar la botella en su sitio.

Ya sé por qué, dijo Mieko al cabo de un instante.

Era bueno en eso.

¿En qué?, preguntó Eiju.

Ya sabes, dijo Mieko levantando las palmas de las manos a una distancia respetable.

Bueno, dijo Hana, no habría funcionado. Al final tuvo que irse.

Tan solo digo que no deberías dejarte la piel, dijo Hana mirándome. No te agobies. Las amigas de tu tío no muerden.

No sois mis amigas, dijo Eiju.

Y una mierda, dijo Mieko. No sé qué harías sin nosotras.

Se quedaría ahí sentado, él solo, dijo Hana. Limpiando los vasos como una tortuga.

No sobreviviría, dijo Hana.

Se desplomaría y moriría. Las dos representaron la pantomima: desmayo y golpe. Y Eiju solo reía y reía.

*

Era el mismo hombre que, hacía una década, había estampado el teléfono fijo de nuestro apartamento contra la pared después de que Ma recibiera la llamada de otro hombre.

El otro hombre era su jefe. Había llamado para hablar de su horario en la joyería.

Eiju quiso saber por qué tenía el número de nuestro apartamento, por qué mi madre estaba jodiendo la marrana.

Y Ma le dijo que si tan solo pudiera verse a sí mismo, no le haría falta preguntar.

*

Por lo general, a Hana y a Mieko las seguía un trío de jefecillos: Takeshi, Hiro y Sana. Tres putos soplapollas. Todos éramos más o menos de la misma edad. Entraban en el bar a trompazos, porque ya iban borrachos, aunque a veces el único que estaba pedo era Hiro, mientras que otras noches era alguno de los otros. Mantenían algún sistema de turnos para decidir cuál de los tres era el que más se tajaría cada noche, pero nunca llegué a descifrarlo. Por lo demás, eran joviales. Siempre preguntaban si podía prepararles un sándwich. Cuando les decía que en el menú no había pan, me venían con que al final de la calle había un 7-Eleven. Cuando les decía que yo no hacía esa mierda, que no era su maldita sirvienta, Hiro, Takeshi o Sana decían que eso era mentira, aplaudían y luego cambiaban el tono y decían Perdón y Gracias, frunciendo los labios, pestañeando y manoseándome el codo. Un paripé de cojones.

Yo miraba a Eiju y él se encogía de hombros, como diciendo: Tú has querido estar aquí.

Al cabo de un tiempo, Hiro le dijo a Eiju: Deberías haber contratado antes a este hijo de puta.

Está pluriempleado, dijo Eiju. Aprendiendo.

Como un niño, dijo Takeshi.

Un niño prodigio, dijo Hiro.

Los niños dan trabajo, dijo Eiju.

Sana debería saberlo. Sana gruñó escondido tras su botella. Sus dos amigos le dieron una palmada en la espalda.

Gemelos, dijo Takeshi al ver mi cara.

Por fin decide dejar a la chica y de repente va y produce dos hijos, me explicó Hiro.

Lo decidimos juntos, dijo Sana. Nadie produjo nada.

Estás borracho, dijo Eiju,

Dos niños, dijo Sana. Cuando crezcan serán como Mike.

Prepararán sándwiches, dijo Sana. En Texas.

No jodas, dijo Hiro. A la chica de Mike debe de gustarle tener un cocinero cerca.

Los tres me miraron, agarrados a la barra. Habían bebido, pero no estaban lo suficientemente borrachos como para pasar de la respuesta.

Cuando al fin abrí la boca, Eiju empezó a toser.

Se inclinó sobre la barandilla. Se agarró a la encimera.

Cuatro pares de ojos le observaban. Los tipos al otro lado de la barra me miraron preocupados.

Una vez se le pasó, resoplando y limpiándose la boca, le pasé una servilleta a Eiju, pero la despreció con un gesto de la mano.

Hiro y Sana estaban expectantes.

Entonces Takeshi dejó escapar una carcajada.

¡Joder!, exclamó.

¡Creíamos que te ibas!, gritó Sana. He tenido un escalofrío.

Pero Eiju solo sonrió.

No, dijo.

Si eso llegara a ocurrir, dijo Eiju, ¿quién en esta estúpida ciudad cuidaría de vosotros?

Después de que se marcharan, Eiju empezó a cerrar el garito. No me miraba a los ojos. Por una vez parecía el viejo que era en realidad.

No es que Takeshi estuviera mintiendo, dije.

¿Sobre qué?

No tengo novia. Nunca tendré novia.

Soy gay.

Eiju continuó fregando la encimera. Se entregó de lleno a ello. Parecía que se le iban a salir los malditos hombros, pero finalmente se sentó, palpándose por debajo del delantal.

Sacó un paquete de cigarrillos.

Estás de puta coña, le dije.

Cállate. Así que eres maricón.

No pasa nada, dijo Eiju. Es igual.

Y tú simplemente vas a matarte más deprisa, dije. Supongo que esa es tu respuesta.

No es nada que no me hayas hecho antes, dijo. Mi propio hijo.

¿No decías que no tenías hijos? ¿No es eso lo que acabas de decir a tus malditos clientes?

Y, al oír eso, Eiju golpeó el puño en la encimera.

Eres un mierda, dijo en inglés.

Vamos, ahí lo tenemos, dije, en inglés. Ahí está el hombre que recuerdo.

No puedes aparecer aquí de repente y hacer eso, dijo. No ahora. No en esta vida. No puedes hacer eso.

Pero solo el decir aquello lo dejó sin aliento. Eiju fue a sentarse y casi se cae de la silla. Cuando me abalancé para ayudarlo, me hizo un gesto para que no me acercara.

Vete a tomar por culo, dijo.

Pero lo conduje hasta un taburete.

*

A los pocos días encontré un cuaderno hecho polvo en el cuarto de baño de su apartamento. Los hilos se habían descosido. Todo estaba escrito en inglés. Mi padre había garabateado una serie de listas, todas ellas con una letra minúscula. Listas de la compra. Rutas de tren. Mierdas prácticas. Pero también había otras cosas.

Como, por ejemplo, una breve lista de cosas en las que Eiju no creía: los calcetines, el destino, la predeterminación, las promesas. El aceite picante. Las puertas con cerradura. Las tarjetas de Navidad. La Navidad. Las cuentas de ahorro. Las fiestas de cumpleaños, los regalos. Los ultimátum. Las últimas oportunidades. La suerte.

*

La mayoría de los días, Kunihiko se pasaba por el bar a ayudar a Eiju.

Era un poco más joven que yo. Gordo, pero no tanto. Y siempre iba vestido con ropa dos tallas más grande, pero nunca perdía la sonrisa. El día que nos conocimos, yo estaba cortando verduras en el rincón que había detrás de la barra, pelando boniatos y colando el *dashi*, y Kunihiko zascandileaba por la parte de atrás, con aspecto de más perdido que una mierda. Pero aún tardaría un tiempo en darme cuenta de hasta qué punto lo estaba.

Lo primero que dijo fue que era clavado a mi padre.

Si tú lo dices.

De verdad, dijo Kunihiko. ¡Son los ojos!

Había empezado a trabajar para Eiju después de pasar una noche en el bar.

Le habían echado de su trabajo en algún banco de la zona. Al parecer había hecho una cagada astronómica en la cuenta de la persona equivocada. Debía de haber sido lo suficientemente grave

como para que no quisiera compartirlo con nadie, lo suficientemente grave como para que su jefe se lo quitara de encima en el acto, lo suficientemente grave como para que Kunihiko se pasara tres días de farra. En su aturdimiento, el bar de Eiju era el único lugar al que recordaba haber entrado: abrió los ojos babeando sobre la encimera mientras Eiju lo despertaba a tortazo limpio.

Tuve suerte, dijo Kunihiko. Si Eiju no me hubiera contratado, quién sabe qué demonios estaría haciendo.

Estarías haciendo la misma mierda que hacemos todos, repuse.

Otra cosa. Otra cosa, dijo Kunihiko con una risa que le salía del pecho.

Era un bobalicón. Parecía como si estuviera continuamente meciéndose. Llegaba tarde todas las noches, siempre la liaba con las comandas, pero nuestros clientes trataban al chaval como a una mascota, aunque el propio Eiju no le pasara ni una.

Gritaba a Kunihiko por ponerse a jugar con los utensilios.

Gritaba a Kunihiko por no recoger las jarras de cerveza que acababan de vaciarse.

Una vez, Kunihiko rozó el extremo de la barra con el codo y catapultó una pila de platos por los aires, desparramándolos por todo el suelo de madera. Mieko aplaudió el espectáculo desde su rincón junto a la puerta. Hiro, el borracho oficial de aquella noche, soltó un chillido. Y Eiju cogió el trapo que llevaba enrollado en la cintura y lo golpeó con fuerza contra el taburete, lo que hizo que Kunihiko se sobresaltara en el sitio. Le dijo al chico que esos platos saldrían de su sueldo.

No creo que pueda cubrirlo, dijo Kunihiko.

Pues claro que no puedes, joder, dijo Eiju. Así que incluiremos también tus propinas.

Kunihiko se mordió el labio. Le temblaba un poco. Pero al oír eso, Hana dejó con estrépito una moneda de quinientos yenes sobre la barra, al tiempo que Takeshi y Hiro se llevaban la mano al bolsillo y sacaban varios billetes mugrientos.

Dale un puto respiro al chaval, dijo Hana.

Quien bien te quiera te hará llorar, repuso Eiju.

Mentira, dijo Hiro.

Tócate los huevos, dijo Takeshi.

Vete a la mierda con eso, dijo Mieko.

Pero Kunihiko levantó la mano, sonriendo.

No pasa nada, de verdad, dijo rebuscando en sus bolsillos.

Sacó varias monedas de cien yenes propias y las añadió al montón.

Lo entiendo perfectamente, dijo Kunihiko, sonriendo, encogiéndose de hombros. Mientras iba vaciando sus bolsillos, todos sentimos una

especie de pena por él. Pero también envidiábamos su devoción.

El tema es que, si conocías a mi padre, sabías que en realidad no estaba enfadado.

Aquella ira no era auténtica.

Esos no eran los gritos que yo había escuchado en nuestro apartamento con Ma.

No eran las manos que se habían abalanzado sobre mí preguntando por qué era tan blando.

No eran los berridos que le soltaba a mi madre cuando ella empezó a ganar más dinero que él, cuando empezó a subir los peldaños que le permitirían salir de su vida.

Lo que Eiju le demostraba a Kunihiko era cariño.

Se parecía mucho al amor.

*

Unas semanas después de la fiesta, Ben volvió a aparecer en la app.

Pasó de no estar a estar. Tampoco es que lo hubiera estado buscando.

Cuando su rostro parpadeó en la pantalla, me pilló colocando salsa picante en las estanterías de la tienda de alimentación. Era un curro con el que me sacaba un dinero fácil. Me pasaba la mayor parte del tiempo desembalando cajas de tomates, acompañando a la peña blanca por los pasillos del pan artesanal. Nadie sabía pronunciar jamás lo que buscaba y yo los guiaba a través de las sílabas: ga-ram ma-sa-la, ci-lan-tro, pero, ese día, una señora blanca que examinaba los estantes echó un vistazo a mi móvil.

Es mono, dijo.

¿Disculpe?

Tu novio. El de la foto.

Debí de hacer algún tipo de gesto extraño, porque la señora blanca me dedicó una sonrisa demasiado entusiasta. Empezó a alejarse por el pasillo empujando su carrito de la compra. En la cesta iba sentada una niña que jugaba con calabacines y daba patadas. La niña me hizo una mueca que consistía en arrugar la nariz y morderse el labio.

No es mi novio, dije. Solo un chico.

Vale, dijo la señora.

Si te sirve de algo, añadió, así es como empiezan todos.

Y, entonces, dijo abriendo la palma de la mano hacia su hija y agitando los dedos, que la niña atrapó con regocijo.

Al final, le envié un mensaje.

No pude evitarlo.

¿TODAVÍA ESTÁS SOBRIO?

Luego me guardé el teléfono en el bolsillo.

Pasados uno o dos minutos, no había respondido.

Quince minutos después, mi bandeja de entrada seguía vacía.

Al cabo de varias horas, me dije que no tenía importancia. Si ese tío me contestaba, bien. Y si no, también. Así que lo dejé en manos del destino y envié mensajes a otros cinco tíos que estaban conectados.

Dos me respondieron enseguida. Uno me preguntó por el tamaño de mi polla.

Inmediatamente, sin pensar, escribí: MÁS GRANDE QUE LA TUYA, y acto seguido lo bloqueé.

Además de esos, tenía otro trabajo en un deli ubicado junto a la parada de tren de Pease, justo en el límite del centro de la ciudad. A veinticinco minutos en coche desde Third Ward. Esto fue meses antes de que la idea del restaurante *pop-up* estuviese siquiera medio pensada, y Tony aún cortaba verdura en una taquería carísima en Shepherd. Siempre estaba dando el coñazo con que podía preparar comida mejor por mucho menos dinero y, un día, en un arrebato, le dije que deberíamos hacerlo, y al principio él me decía que me dejara de historias. No se cansaba de repetir que los dos habíamos encontrado buenos curros, pero, pasado un tiempo, Tony cambió de parecer.

Mientras tanto, en el deli yo freía aguacate untado en pan sin levadura con aceitunas, Gruyère y albahaca. Y esa tarde acababa de servir el pedido a un chico caucásico cuando volvió con el sándwich y lo estampó sobre la caja registradora.

Son los tomates, dijo. No están cortados en cuartos, que es como debería ser.

¿Lo dices en serio?

Lo suficiente como para querer hablar con tu jefe.

El caso es que daba la casualidad de que ese día el encargado era yo. Más o menos. El cabronazo que me supervisaba apenas se dejaba caer por ahí. Así que me dispuse a sacar el tema cuando, de pronto, sentí una vibración en el bolsillo.

Déjame ir a ver si está detrás, dije sonriendo de par en par y, tal cual, me las piré.

El zumbido había sido un mensaje de Ben.

Ponía: todavía sobrio

Y eso era todo.

No era gran cosa. O puede que no fuera nada.

Pero había contestado.

El chico blanco que esperaba junto a la caja me llamó con un carraspeo y dejé que se impacientara un rato más antes de volver a salir. Cuando le devolví el sándwich, preguntó qué tenía que hacer uno para conseguir un buen servicio en Houston.

Mudarse a Austin.

*

Entre los clientes habituales de Eiju también había una pareja: Hayato y Natsue.

Llegaban al bar en bicicleta y las dejaban apoyadas contra la escalera. Hayato era tan alto como un jugador de baloncesto (una imagen muy extraña para un tipo japonés). Natsue llevaba el pelo recogido en un pequeño moño. Cuando él sujetaba la puerta, ella pasaba por debajo del arco que formaba con el codo. Pedían una cerveza cada uno acompañada de un bol de arroz mientras Natsue bromeaba con Eiju por encima de la barra.

Llevamos viniendo desde que el viejo abrió este agujero, dijo Natsue.

Nosotros le vimos dar sus primeros pasos, dijo Hayato.

Es como nuestro bebé.

Nuestro bebé grande y cabronazo.

A todo el mundo le gusta pensar que ha descubierto algo, dijo Eiju.

Nosotros no te encontramos, Eiju-kun, dijo Hayato. Tan solo te hemos guiado.

Todo cuanto necesitabas era un poco de orientación.

De eso no sé una mierda, dijo Eiju.

Y los tres se rieron.

Una mañana, varias semanas después de haber aterrizado, Kunihiko fregaba los vasos y yo los iba secando. Cuando terminó, Eiju le puso la mano en el hombro. Le dijo al chaval que tratara de aparecer a la hora por una vez y Kunihiko sonrió, inclinándose un poco, golpeándose el hombro contra el marco de la puerta al salir.

Una vez se marchó, Eiju y yo cerramos. El paseo de vuelta a su apartamento era corto. Casi eran las cinco de la mañana. A nuestro alrededor parpadeaban luces desperdigadas, pero todo estaba en calma, salvo los taxis, que circulaban a cámara lenta. Aún no había salido el sol. Nos envolvía un brillo oscuro.

Pregunté a Eiju si Kunihiko sabía lo del cáncer.

¿Sabe realmente que te estás muriendo?

¿Has tenido los cojones de contárselo a alguna de todas esas personas?

Eiju continuó caminando. Ni siquiera se dignó a mirarme.

Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, dijo al cabo de un rato.

Eso no es una respuesta.

Eiju no dijo nada más. Siguió andando.

Una vez en su casa, me dejó en un futón dispuesto en el salón. La luz de su dormitorio estaba encendida. Esperé a que se apagara, pero no pude. Me quedé dormido antes incluso de que él empezara a roncar.

*

Un día después de que Ben se pusiera en contacto conmigo, le contesté por mensaje en la app.

Lo que envié fue: SIENTO OÍR ESO.

Me sentía en plan donde las dan las toman.

Más tarde, esa misma noche, acababa de volver a casa de la tienda de alimentación y estaba a medio subir los escalones cuando la anciana negra que vivía en la casa de al lado me llamó por mi nombre. Señaló mi cigarrillo mientras agitaba una mano delante de la nariz.

Se llamaba Mary. Había vivido toda su vida en Third Ward. Desde el final de su época dorada hasta su gran decadencia. Su marido había asistido al instituto del barrio, que quedaba a varias manzanas de allí. Ella había sido animadora; él, jugador de fútbol americano. Se conocieron en un baile escolar. Fueron juntos a la fiesta de graduación. Se casaron un año después, como en las putas películas de antes.

A las pocas semanas de alquilar el apartamento, Mary me contó su historia durante una cena. Me había invitado a su casa. Preparó macarrones y boniatos. Su marido y ella estaban sentados delante de mí mirando cómo engullía esa mierda, y sé que todos tenemos nuestros problemas, pero sentados uno al lado del otro parecían encajar. Mary y Harold. Simplemente se veía que estaban a gusto, cómodos. Una comodidad que nunca antes había visto en nadie.

Cuando les dije que era raro estar comiendo sin que ellos lo hicieran, Mary me mandó callar con un gesto.

Lleva demasiado queso para nuestra tensión, dijo. Cuando te haces así de viejo, solo puedes mirar.

Eso es lo que decía mi madre, dije.

Una mujer inteligente. ¿Tu familia vive cerca?

Qué va. Está en Japón.

Eso está lejos de Houston.

No tanto.

¿Y tu padre?

Ni puta idea.

Mary pestañeó. Su marido bostezó.

Cuesta mucho mantener a un hombre en el mismo sitio, dijo.

Me quedé mirando a Harold. Él me sostuvo la mirada.

No le hagas caso, dijo Mary atizando a su marido en el hombro.

Harold no es muy hablador. A menos que tenga algo estúpido que decir.

Parece una buena política, dije.

Lo es, dijo Harold. Te deja mucho tiempo para escuchar.

Y ya es hora de que escuches, dijo Mary. Sabe Dios que yo ya te he escuchado suficiente.

Hay que ofrecer a la gente con sentido común la oportunidad de hablar, dijo Mary guiñándome un ojo.

Encontré el apartamento en internet. La agente inmobiliaria era una tía blanca que llevaba un vestido veraniego. Su agencia estaba ubicada en Katy, pero habían empezado a acaparar propiedades situadas en el East End; se dedicaban a hacer un lavado de cara a las casas de mierda y las volvían a poner en el mercado. Era su segunda semana en aquel puesto. No paraba de tocarse el anillo de casada. Me dijo que el lugar podía parecer una pocilga pero que el vecindario estaba cambiando. Que era el alquiler más barato que iba a poder permitirme en la vida en Wheeler.

Las paredes del apartamento estaban destrozadas. El ventilador parecía roto. El suelo era de madera, pero se veía descolorida y astillada en todas las habitaciones.

Dije que por ese precio era espacioso.

No me digas, dijo la agente inmobiliaria.

Preguntó si tenía mujer o hijos, y yo dije a todo que no con la cabeza.

Entonces puedes construir aquí el nido.

Este árbol es infernal.

Le cogerás cariño, dijo ella. Si tuviera este espacio para mí, no sé lo que haría.

Todavía estás a tiempo de pillarlo.

No estaría mal, dijo sonriendo.

Pero mira, dijo, confía en mí. En serio. Es un chollo. Puede que

ahora mismo no lo parezca, pero esta zona va a ponerse de moda enseguida.

De moda o no, necesitaba un sitio. Acababa de poner fin a un asunto largo y complicado con otro tío. Explicarlo me llevaría mucho tiempo, pero se había convertido en algo así como un simple compañero de piso con derecho a roce, e incluso se había buscado un nuevo novio que vivía con él, un hijo de puta que siempre me lanzaba miradas asesinas, y yo necesitaba zanjar aquella situación, así que firmé el contrato de alquiler esa misma tarde y resulta que la agente novata tenía razón: aquel apartamento fue realmente el último chollo que se pudo encontrar en el vecindario.

Después, todos los apartamentos de aquella manzana fueron a parar a estudiantes de fraternidades y profesores. El color del barrio cambió de la noche a la mañana. Third Ward se renovó por completo.

Mi móvil sonó justo después de la medianoche.

Era Ben.

Estaba en línea.

no te decía. No bebo a menudo

BIEN POR contesté. PROBABLEMENTE VIVIRÁS MÁS TIEMPO

si tú lo dices

ESPEREMOS QUE SÍ

eso espero

Y luego se hizo un silencio como de radio. Habíamos entrado en una fase en la que uno de los dos necesitaba dar un impulso a la conversación.

SOY MIKE, escribí.

lo sé, escribió Benson.

?

conoces a Ximena?

LA CONOZCO.

me lo ha dicho. ya hemos hablado de esto

PERDONA, IMAGÍNATE

Y, entonces, más silencio.

Y entonces, porque sí, escribí: QUIERES QUEDAR ALGÚN DÍA A TOMAR UNA CERVEZA?

Pasaron otros tanto minutos.

Conté las grietas que había en el techo.

Al cabo de diez minutos, Ben contestó:

ers muy directo

IBA A ACABAR HACIÉNDOLO DE TODOS MODOS, escribí, POR

QUÉ PERDER EL TIEMPO

A lo que Ben contestó de inmediato: la verdad es que ya no me interesa ligar

SOLO ESTAMOS HABLANDO DE UNA CERVEZA

Y, entonces, como si esas hubieran sido las palabras mágicas, Benson se desconectó.

A la mañana siguiente tenía un mensaje:

suena había escrito, conoces alg1 sitio?

*

Todos los clientes de Eiju tenían una historia y habían acabado en el bar después de alguna movida.

Una noche, Hana había entrado a trompicones tras una ruptura. Estaba desconsolada. Al salir chocó contra un taburete, con una cogorza irreprochable. Y así fue como conoció a Mieko, que también había decidido olvidarse de una relación tirando de alcohol, pero la diferencia era que ella lo celebraba. Volvieron a entrar en el bar y brindaron la una con la otra. A partir de aquel día, se hicieron jodidamente inseparables.

Una noche, a mediados de junio, Sana conoció a Takeshi en el bar. Y luego Takeshi conoció a Hiro. Y después Hiro conoció a Sana. A las pocas semanas descubrieron que los tres trabajaban en el mismo edificio.

Natsue era una amiga de la infancia de Eiju: se conocían desde la escuela primaria. Lo había conocido antes de que se casara con mi madre, antes incluso de que él conociera la existencia de Ma. Después de que él le dijera que iban a casarse, Natsue dijo a Eiju que se alegraba de que fuera feliz, pero le advirtió de que la vida en Tokio no estaba hecha para él, ni tampoco el matrimonio. Pero no quiso escucharla. La llamó celosa. Le dijo que se fuera a la mierda y no volvieron a hablar hasta que Eiju regresó a Japón trece años después. Pero Natsue fue la primera persona a quien buscó nada más aterrizar: pasó esa primera noche en Kansai en el sofá del salón del hermano mayor de ella.

Una noche, estaba colocando cerveza en el estante que quedaba detrás de la caja cuando Natsue me preguntó: ¿Qué pasa contigo?

Hayato estaba sentado a su lado y bebía del vaso de su mujer. Eiju

había salido a la tienda de alimentación. Kunihiko y yo nos habíamos quedado al mando. Takeshi y Hiro se reían de alguna broma demasiado sutil tratando de incluir a Kunihiko en la conversación. Me di cuenta de que, para ellos, esa escena era algo cotidiano. Debían de sentirse como en casa.

Solo estoy de paso.

Todos estamos de paso, dijo Hiro.

En eso consisteeeeeeeee la vidaaaaaaaaaa, dijo Takeshi.

Déjate de historias, dijo Natsue.

Y volvió a dirigirse a mí: Has venido por Eiju-kun, ¿verdad?

Me quedé mirándola.

Me refiero para ayudarlo.

Podría decirse que sí, dije. Se hace mayor.

No es tan mayor, dijo Natsue, pero es bonito ver que tiene a alguien.

Entonces nuestras miradas se cruzaron. No estaba del todo seguro de qué era lo que habíamos intercambiado.

Eh, dijo Hayato, tú tienes a alguien.

Y yo tengo a alguien, dijo Takeshi agarrando a Kunihiko, que se estremeció.

Claro, dije, y regresé a las estanterías.

Pero cuando volví a levantar la vista, Natsue seguía con la mirada fija en mí.

Lo digo en serio, dijo. Es algo que se agradece.

Espera a tener nuestra edad. A ver quién queda por ahí.

*

El médico de Eiju se pasaba cada dos días. La primera vez que lo vi era muy temprano por la mañana. Oí un golpeteo en la puerta y fui a abrir, aturdido, sin camiseta, ni siquiera reparé en ello.

El hombre se quedó verdaderamente atónito.

Oh, dijo. Lo siento.

Espere.

Ya volveré. No pretendía interrumpir.

Quítate de en medio, dijo Eiju dándome un empujón al pasar.

Y vístete, joder. Ya no estás en la maldita Texas.

El doctor, Ryutaro, había sido un habitual en el bar de mi padre. Llevaba años luchando contra una depresión. Su mujer y su hija habían fallecido en un accidente de coche.

Un camión se estrelló contra el lateral del taxi en el que viajaban. Se habían subido a un taxi porque su tren iba con retraso. Unas horas

antes, Ryutaro las había regañado por llegar tarde a una función del hospital.

Mi padre acompañó a Ryutaro los días posteriores al accidente y, con el tiempo, el médico redujo el consumo de alcohol. Volvió a la consulta. Le recibieron con los brazos abiertos. Ryutaro recuperó rápidamente la lista de pacientes que había ido construyendo con los años, y todavía iba de visita al bar de Eiju de vez en cuando, pero ahora solo bebía agua.

Cuando Eiju tomó la decisión de abandonar el tratamiento contra el cáncer, Ryutaro fue la segunda persona a la que se lo contó.

La primera fue mi madre.

Estuvieron hablando fuera y después Eiju condujo a Ryutaro al salón. El médico le tomó la tensión, la temperatura y el pulso. Yo miraba desde el futón en camiseta de tirantes y unos pantalones cortos de Eiju. El calefactor soplaba un aire caliente por encima de nuestras cabezas. Cuando Ryutaro fue a sacar la medicación de Eiju, mi padre eructó.

Sabes que ya no tomo nada de eso.

Lo sé, dijo Ryutaro, pero aun así tengo que preguntar. ¿Has notado alguna diferencia en tu dolor cotidiano?

Solo lo normal. Falta de aliento. Molestias intestinales.

Los pitidos en el pecho, intervine desde el sofá.

Los dos se volvieron hacia mí.

El otro día se derrumbó, dije. En el bar.

Me tropecé.

¿Con nada?

No te metas donde no te llaman, chico, dijo Eiju.

Eiju-san, dijo Ryutaro, y desde que había aterrizado en Japón no había oído a nadie dirigirse con tanta brusquedad a mi padre.

Pero entonces el médico sonrió.

Esa información es relevante.

Mira, dijo Eiju, llegados a este punto, todo da lo mismo.

No tiene por qué, dijo Ryutaro.

Tonterías.

Son datos. Podemos apoyarnos en lo que sabemos y…

¿Y curarme?, preguntó. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Esto te ayudará a hacerlo?

Bueno…

Entonces, se acabó, dijo Eiju sacando el brazo del manguito del tensiómetro.

Y de golpe y porrazo la revisión había terminado.

Eiju dio las gracias a Ryutaro y Ryutaro le dijo que no era nada con la mano. El viejo me empujó de camino al baño. Cuando oí que se cerraba la puerta, bajé las escaleras corriendo para alcanzar al médico. La mujer que vivía debajo de nosotros gritó algo al pasar por su lado.

Ryutaro solo había llegado hasta el final de la calle. Buscaba a tientas un paquete de cigarrillos.

Mike, dijo sonriendo.

Soy su hijo.

De acuerdo, dijo Ryutaro.

Su hijo biológico.

Ah, dijo Ryutaro, fumando.

Nos metimos en un callejón que había junto al edificio para no entorpecer el tráfico. El médico me dijo que le llamara Taro. Dio una calada lenta y me ofreció el paquete.

Tienes las orejas de tu padre.

Casi todos dicen que son de mi madre.

Nunca he tenido el placer, pero estoy seguro de que es una mujer encantadora.

Eso es lo que la gente dice hasta que la conoce.

Pero, Mike, dijo Taro, madre no hay más que una.

Mire, dije. ¿Cómo está realmente Eiju? De verdad.

Taro exhaló el humo hacia la carretera. Vimos a unas niñas que saltaban a la comba frente al escaparate de una tienda. Cuando miraron al hombre que estaba sentado en el alféizar junto a ellas, su rostro esbozó una sonrisa. Desapareció en cuanto volvieron a darse la vuelta.

Si has volado hasta aquí, dijo Taro, debes de tener una idea aproximada de cómo están las cosas.

No me cuenta mucho.

Claro. Tu padre es un hombre fuerte.

Pero solo es un hombre.

Solo es un hombre, repitió Taro. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

Lo que sea necesario, dije, y yo mismo me quedé sorprendido al oírme.

Bien, dijo Taro, asintiendo. Eso va a significar mucho para él.

El tipo junto al escaparate se puso de pie y aplaudió. Frente a él, las niñas protestaron, haciendo un mohín. Pero cada una se cogió de un brazo del hombre y desaparecieron al doblar la esquina.

*

La primera vez que Ben vino a mi apartamento, echó un vistazo al patio, con los árboles inclinados, las aceras medio agrietadas y gente negra yendo y viniendo; con las *screw mixtapes* atronando por las ventanillas de todos los coches que pasaban, y mis otros vecinos con la cumbia a tope saliendo por la ventana, como si fuese una competición o algún tipo de concierto, algún puto conjunto improvisado del sudoeste, y lo primero que hizo Ben al ver todo eso fue reírse.

Observaba mis manos cuando yo hablaba. Su postura imitaba la mía. Se quedaba mirando mi boca, leyéndome los labios, como si buscara el significado que subyacía tras mis palabras. Entonces se sentaba en silencio, asintiendo a lo que yo decía.

Cada vez que estaba en desacuerdo con algo, se limitaba a sonreír. Cuando estaba de acuerdo, asentía una sola vez, con vehemencia.

Era increíblemente tímido.

Era imposible de descifrar.

Pero yo quería hacerlo.

Mary nos miraba desde el porche. La saludé. Ella me devolvió el saludo.

¿La conoces?

Es una amiga, dijo. Es mi vecina.

Había necesitado tres citas para animarle a venir a mi casa. Ben vivía en Katy con su padre. Volvía en coche a su casa en cuanto pagábamos la cuenta. Le había dicho que el trayecto no merecía la pena, que no me importaba que se quedara a dormir. Pero Ben no quería saber nada de eso: aprendí muy pronto que era un tío que se planteaba cualquier mierda cinco veces antes de comprometerse a nada, antes de dar un solo paso. Y, aun entonces, vacilaba.

Nos sentamos en mi sofá. Preparé té sencha para los dos. Al mío le eché un poco de bourbon y, cuando le ofrecí la botella a él, la rechazó con una mueca.

Y bien, dije, ¿quién eres?

Eso te lo debería preguntar yo, dijo Ben. Está claro que no lo sé.

¿Qué quieres decir?

Me refiero a que vives en este barrio. Third Ward.

No te lo esperabas.

No creo que nadie se lo hubiera esperado.

Porque soy asiático, dije, y Ben sonrió.

Porque no eres negro.

¿Así que no se me permite vivir aquí?

No he dicho eso.

Pero, dijo Ben, históricamente esta parte de la ciudad no recibe

muy bien a los forasteros.

La historia cambia, repuse. Se adapta.

En el mejor de los casos, dijo Ben. Y en este país no abundan los mejores casos.

Dábamos sorbos a las tazas. Benson aprovechó el silencio para contemplar el salón. Estaba casi vacío, salvo la cocina: había una tele, una alfombra y una mesa con una foto de Ma. Tenía un tatami en un rincón. Había varias velas, pero todas las mechas estaban consumidas.

¿Qué te trajo aquí?, preguntó Ben.

Dejé de follarme al tío con el que follaba y necesitaba un sitio donde vivir. Este era barato.

Suena minucioso y bien pensado.

Me pareció romántico.

No he dicho que no lo fuera, dijo Ben.

Third Way es un barrio tan agradable como cualquier otro, dije. Pero está cambiando.

Lo dices como si fuera algo malo.

¿Crees que es bueno?

Creo que es complicado.

Los vecinos de al lado subieron un poco más el volumen de la música. El parloteo en español dio paso a una balada. El canturreo romanticón de Selena se impuso sobre la cacofonía del barrio, aplastando toda esa mierda, tragándose por completo cualquier otro sonido.

Entonces, ¿qué crees que va a pasar aquí?, preguntó Ben.

¿Todavía estamos hablando del vecindario?

Eso depende de ti.

Entonces, cualquiera sabe, dije, y apoyé una mano sobre su rodilla.

Ben me miró los dedos. Ambos cogimos aire. Y antes de que pudiera retirar la mano, él puso la suya encima. Cuando miré hacia arriba, empezó a acercarse a mi cara, así que dejé que me besara, y luego me tumbé boca arriba. Metió las manos por debajo de mi camiseta, apretando, mientras yo deslizaba las mías por debajo de la suya. Cuando ambos nos quedamos con el torso al descubierto, él se enderezó para contemplarme.

Me pasaba siempre. Por un lado estaba la persona que yo era con la ropa puesta, y luego estaba el otro tío. Mi peso no era algo que me preocupase hasta que estaba a punto de follarme a alguien, y entonces me golpeaba de lleno, de repente y sin venir a cuento. Una vez había acompañado a un tío a su casa y mientras nos besábamos el hijo de puta me miró y se rió. Otra vez, un tío me agarró la barriga, apretándome la cintura, hasta que yo le puse las manos en los hombros y le pregunté si había algún un maldito problema.

Pero Benson solo me miraba fijamente. Él no era ningún atleta ni nada parecido, pero no éramos iguales.

Si lo prefieres podemos apagar la luz.

¿Por qué diablos iba a querer hacer eso?

Solo te estoy admirando, dijo, y por primera vez, creo, lo vi de otra manera.

Ben se sentó a horcajadas sobre mi cintura, apoyando su cuerpo sobre el mío, y se quedó ahí, frotándose, y yo lo rodeé con los brazos. Lo palpé por debajo de los vaqueros, agarrándole el culo, y Benson metió las manos en mis calzoncillos, apretando. Dejé que él llevara la voz cantante. Finalmente se las apañó para meterme varios dedos dentro, y yo maniobré para dejarle hacer, colocando mis piernas sobre sus hombros, hasta que conseguí mirarlo de frente.

Tardé más de lo que me habría gustado. Me golpeé la cabeza en el brazo del sofá.

Cuando quise buscar la cremallera de sus vaqueros, Ben me bloqueó el acceso con las manos.

¿No quieres?

Estoy bien, dijo Ben.

Seguro. Pero quiero hacerte sentir genial.

Soy *poz*, Mike, dijo Ben.

Volvió el rostro al decirlo. Todo su cuerpo se tensó, aplastado contra mí. Ni siquiera me miraba a los ojos.

Vale.

Debería habértelo contado antes. Lo siento.

No lo sientas.

Debería haber dicho algo.

Puede.

No, debería haberlo hecho.

En fin. Lo capto. Pero, oye. Quiero que te sientas bien.

Al oír eso, Ben levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los míos, tenía la barbilla apoyada en mi estómago.

Su expresión se parecía a una sonrisa, una muestra de satisfacción, y también rezumaba cierta perplejidad.

Y sinceramente su situación me daba igual. No me importaba, pero no porque fuera algo que no me preocupara. Simplemente, era otra de sus cosas.

¿Qué?

Nada, dijo Ben. Eres interesante, solo eso.

Es muy amable por tu parte. Con mi semen en tu mano.

Y de pronto, Ben se miró la mano. Se pasó la lengua por la muñeca y se lamió hasta la punta de los dedos.

Ya está, dijo. Fuera.

Ahora te diré lo que sería muy agradable.

Y, con esas, Ben se tumbó y se acomodó en la esquina del sofá, cogiéndome del codo para que lo abrazara. Estábamos, creo, en un ángulo imposible. Mis rodillas sobresalían del extremo del asiento acolchado. Ben yacía apretujado sobre la hendidura. De ninguna manera creí que fuera a funcionar, que pudiéramos quedarnos dormidos en esa postura, pero me desperté a la mañana siguiente con Ben roncando en mis brazos, y me di cuenta de que hacía meses que no dormía tan bien.

Así que nuestros días adoptaron una rutina: Ben cogía la 10 por la mañana y volvía a casa de su padre. Nos encontrábamos en algún bar por la noche, dondequiera que pudiéramos gastarnos menos de quince pavos. Él pagaba su mierda, yo pagaba la mía y tomábamos el empinado camino por la calle Scott hacia Wheeler.

Ben no decía gran cosa hasta que estábamos dentro. Inmediatamente nos poníamos contra la pared, gritando como locos.

Yo ya tomaba la PPrE,[13] pero lo de los condones se nos daba bien.

Ben siempre se corría el último. Nunca supe por qué.

Después nos tumbábamos en el sofá, en el suelo o en el colchón, hechos un verdadero revoltijo. Unas veces él se quedaba inconsciente primero y otras yo y, cuando me despertaba de repente en plena noche, descubría que él nos había tapado con una manta, remetida por debajo de los dedos de los pies.

Una noche, después de que lo follara, Ben me pidió que le contara una historia.

Jesús, dije. ¿No has tenido suficiente?

Lo digo en serio.

¿Por qué no empiezas tú?

No tengo ninguna.

Todo el mundo tiene una maldita historia.

No tengo ninguna buena, contestó Ben. Y en cualquier caso, no todos quieren contar la suya.

Estábamos desnudos bajo una colcha que había pertenecido a la madre de mi madre. La había tejido en Kanazawa, antes de que su familia se mudara al este, a Tokio. Los pies de Mike estaban enredados con los míos. En un rincón estaba la tele, pero solo emitía ruido blanco. Un montón de anuncios. Solo se oía nuestra respiración.

Venga, dije, eso no es lo que les dices a los chavales con los que trabajas.

Relájate, dijo Ben.

Nací en Katy, dijo. Crecí siendo gay en Katy. Me quedé en casa y estuve follando por ahí y me puse enfermo y me echaron y dejé los estudios y conseguí un trabajo y entonces te conocí en esa fiesta y aquí estamos.

¿Tus viejos te echaron?

Sí.

¿Por ser gay?

Porque una vez fui positivo ya no pudieron ignorarlo, dijo Ben. Mi sexualidad pasó a ser algo con lo que debían lidiar. Y no estaban por la labor de hacerlo. No querían hacerle frente.

Qué fuerte.

Es igual.

No, no es igual.

Sí que lo es. La culpa es mía.

No me creo que de verdad pienses así.

Fui un tonto, dijo Ben. Me follaba a cualquiera que quisiera follar, y eso es lo que pasa. Ni siquiera podría decirte quién me contagió. No podría siquiera avisarles para decirles que ellos también lo tienen.

Todo su cuerpo se relajó después de contarme aquello. Me acerqué un poco más y, al ver que él no se apartaba, lo abracé, solo un poco. Él me devolvió el achuchón.

Lo siento, dijo.

¿Por qué? ¿Qué coño dices?

Probablemente no esperabas escuchar nada de eso. Lo he complicado todo.

Tonterías. Lo has soltado. No tenías que contármelo, pero lo has hecho. ¿No te ha resultado estimulante?

Estás siendo cruel.

Hablo en serio.

Eso no lo convierte en una historia que merezca la pena ser escuchada, dijo Ben.

Pero no puedes guardártelo para ti, dije. No puedes machacarte, joder.

Lo que tú digas.

Se inclinó para morderme el cuello. El mando de la tele se estrelló contra el suelo de madera detrás de nosotros. Se agachó para recogerlo y, al hacerlo, se llevó casi toda la colcha y yo caí encima de él, y él estaba debajo. Los dos nos habíamos vuelto a empalmar. Pero no llegó a pasar nada. Simplemente ocurrió y nos quedamos tumbados uno al lado del otro, respirando, sintiendo, siendo.

*

Algunas de las cosas favoritas de Eiju, garabateadas en tinta azul: las anguilas ahumadas, las sudaderas desgastadas, el clima de finales de enero. El sexo antes del desayuno. Las uvas. Las sobras de arroz. Los primeros pasos después de bajar de un tren. Los primeros pasos tras bajar de un avión.

*

Una noche, Eiju me preguntó si quería tomar un trago.

Antes de que me diera tiempo a contestar, hizo un gesto con la cabeza a Kunihiko. El chaval nos sonrió de oreja a oreja. La noche llegaba a su fin y estábamos limpiando el bar; él ya había llevado casi todos los vasos a la parte de atrás. Había limpiado las encimeras y barrido el suelo y había comenzado a hacer el inventario. Eiju sacó dos latas de Sapporo de la nevera que había debajo de la barra. Me indicó con un gesto que entrara en la cocina, atravesando encorvado la puerta junto a la ventana. Detrás del edificio había una pequeña terraza que daba al callejón contiguo, donde Eiju tenía unas chanclas y unas cuantas plantas, un jardincito, aunque parecía como si llevara meses sin molestarse lo más mínimo en cuidarlo.

El vecindario estaba tranquilo. Solo se alcanzaba a ver la parte de arriba de las casas. Y luego la luna, en el cielo, desnuda, en lo alto, algo que nunca podía verse en Houston. Eiju se apoyó en la barandilla y abrió las cervezas, y yo ya sabía cómo se iba a desarrollar la conversación: me preguntaría cuánto tiempo pensaba quedarme. Yo le diría que no iba a abandonarlo como él había hecho con nosotros, y Eiju lo negaría, me insultaría, juraría que lo había tenido merecido, o que Ma lo había tenido merecido, o que nos merecíamos el uno al otro, y entonces lo dejaría solo en el balcón de su bar y volvería caminando a su apartamento, en esta ciudad que no conocía, en esta puta isla que era al mismo tiempo mía mía mía mía mía mía mía y lo más alejado a nada que hubiera conocido nunca, pero lo que sí sabía era que guardaría mis cosas, volvería a embutir todo de nuevo en la bolsa de lona y pondría punto y final a todo este maldito viaje. Ir hasta allí había sido una equivocación.

Sabía que pasaría eso, porque sabía cómo discutía Eiju.

Porque conocía a Eiju.

Porque seguía siendo el hijo de ese cabrón.

Cuando abrí la boca para empezar a hablar, se llevó un dedo a los labios.

¿Oyes algo que te resulte familiar? ¿Algo que puedas reconocer?

Cerré la boca. A pesar de todo, me esforcé en escuchar.

Pero no se oía nada.

Así que nos quedamos ahí, escuchando la nada.

Como si hubiera podido oír mis pensamientos, Eiju dijo: El silencio es un sonido.

Cuando ya no esté lo echarás de menos, dijo, y dio un sorbo a la cerveza.

Yo lo echaré de menos cuando ya no esté, añadió.

O puede que todo sea silencio. No sé si eso es algo a lo que aspirar. Quizás aún pueda escuchar.

Eiju dio otro trago. Me miró.

Quizá.

Es probable que no, dijo Eiju.

El bar seguirá estando aquí. Sé que no te he dado mucho. Soy consciente. Pero es tuyo si lo quieres.

Ah.

Espera, dijo Eiju. Escúchame.

Si no te lo quedas, se lo daré a Kunihiko. Es joven, pero sabe lo que hace. Sé que lo tratará bien. Estará en buenas manos.

En cambio, no sabes qué demonios haría yo con él.

No, no lo sé, dijo Eiju. Porque no te conozco. Sí, es así. Pero eres mi hijo, y lo que hagas con él tendrías que decidirlo tú. Si le pones empeño, creo que lo harías bien. Y si decides joderme una última vez, conseguirías una buena pasta con el traspaso.

Los dos nos apoyamos en el balcón. Abajo, en la calle, paseaban parejas en silencio. Ciclistas solitarios se incorporaban a la calzada, esquivando a los repartidores que iban en ciclomotor, y algunas jóvenes volvían solas a casa: el sonido de sus tacones se perdía en las escaleras que bajaban a la estación más próxima.

Eiju pronunció mi nombre, y lo ignoré. Entonces me llamó por mi nombre japonés.

No hagas eso, joder.

¿Ya no te llamas así?

No puedes escupirlo como si fuera un maldito crío.

Pero eres mi hijo, dijo Eiju. Y ese es tu nombre.

Ya es un poco tarde para que me vengas con esas.

Y volvimos a quedarnos en silencio. Osaka continuó desperezándose bajo nuestros pies. Mi padre y yo vimos a un oficinista que corría detrás del autobús que acababa de perder, pero entonces el autobús se detuvo y el hombre se subió, riéndose y agitando las manos.

Tendrás algo de tiempo para decidirte. El alquiler estará pagado los primeros seis meses posteriores.

Posteriores.

Posteriores, dijo Eiju. Puedes ir a hacer las gestiones necesarias a Estados Unidos y volver, si eso es lo que tienes que hacer.

Me da igual la decisión que tomes, dijo Eiju.

No te lo crees ni tú. De lo contrario, no estarías diciéndome todo esto.

No seas simple, dijo Eiju. Lo que digo es que sé que es una elección. Yo lo único que quiero es que sepas que existe. Que es una opción. Eso es lo importante.

Cuando terminó, Eiju exhaló, temblaba un poco. Volvió su cuerpo hacia el mío, dando golpecitos a su botella. Sabía que me tocaba decir algo.

No le dije que no se rindiera tan fácilmente, porque su decisión ya estaba tomada.

No le dije que no sabíamos si se iba a morir, porque todo el mundo muere.

No le pregunté por qué se había rendido, porque no necesitaba saberlo.

No le dije que era un poco tarde, que el perdón no es algo que pueda repartirse así como así.

Vale, dije.

La alarma de un coche empezó a sonar a nuestra espalda, rompiendo el silencio. Asentí sin ningún motivo y Eiju hizo lo mismo. Me observaba beber, en silencio, y cuando fue a abrir la boca, yo empecé a abrir la mía, pero entonces Kunihiko pegó un alarido desde el bar.

Eiju me lanzó una mirada como diciendo ¿Qué le vamos a hacer? Después se dio la vuelta gritando el nombre del chico, volvió a entrar en el bar y desapareció.

*

Fue Ma la que me contó que estaba enfermo. Hacía semanas que no hablábamos, ni siquiera nuestras llamadas de control rutinarias, y esas solo duraban unos veinte segundos. Me dijo que había estado ocupada en el trabajo. Yo había estado ocupado con Ben. Habíamos estado demasiado ocupados el uno para el otro.

Pero, esa vez, mi madre me llamó.

Hablamos.

Después de que Ma dijera lo que tenía que decirme, se quedó al teléfono.

Di algo.

Hasta ese instante yo había estado empujando carritos de la compra en el aparcamiento de la tienda de alimentación con un compañero de trabajo llamado Rafa, un tipo grande salvadoreño. Me vio al teléfono, y entonces me vio la cara. Me puso una mano en el hombro y me llevó hasta la acera. Eché a andar hacia las casas que había detrás de la tienda, lejos del ruido, sin fijarme en adónde diablos iba.

Al cabo de un rato, todavía al teléfono, me alejé sin rumbo unas cuantas manzanas más. Era un vecindario rico del carajo, rebosante de dinero, plagado de casas, a cual más fastuosa. Una niñera latina caminaba con un niño caucásico por la acera, y él iba esquivando las juntas de las baldosas sin dejar de reírse. Ella lo llevaba cogido de una mano. El niñito levantó los dos brazos y ella tiró de él por encima de unas malas hierbas. No conseguía leer la sonrisa en el rostro de ella. Me pregunté si el niño lo recordaría. Ben habría dicho algo sobre cómo los niños en realidad nunca olvidan.

¿Tan grave es?

Sí, respondió Ma.

¿Y me lo dices ahora? ¿Precisamente ahora?

Sí. Porque ahora acaba de volverse así de grave.

Un silencio atravesó la línea. Podía oír el tráfico que rodeaba a Ma, el sonido de la vida en Tokio. Me había llamado después de su jornada laboral en la joyería.

¿Cuándo te enteraste?

Michael.

¿Cuándo?

Hace tres semanas.

¿Y no me lo dijiste?

No necesitabas saberlo.

¿Te lo dijo él? ¿Es así como te enteraste?

Sí, dijo Ma. Así es.

De modo que habéis vuelto a hablar.

Para mí era media mañana. Para mi madre ya debía de ser muy tarde. Podía visualizarla saliendo de la tienda, deteniéndose frente a un aparcamiento de bicicletas y haciendo sonar sus tacones en la carretera.

Entonces, dije, ¿has ido a verlo?

¿Tú qué crees?

Creo que deberías.

No es necesario, dijo Ma. Ya hemos hablado. Su médico me mantiene al corriente.

Eso no es suficiente, dije casi gritando al teléfono, y oí que Ma ahogaba unas palabras.

Escúchame, dijo Ma. No he llamado para pedirte consejo.

Nunca te he dicho que lo hagas.

No. Deja de hablar. Tienes que entender que no te estoy preguntando qué hacer, ni te estoy pidiendo ayuda. No te pido nada. Solo te estoy informando de lo que pasa.

Muy bien, dije. Lo siento.

No lo sientes, dijo Ma. Pero lo entiendo. Lo capto.

Ma.

Está bien. Tu padre se está muriendo.

La niñera y el niñito se pararon a la pata coja en el cruce. Él hacía gestos para avanzar y la mujer le tiraba del brazo. A la tercera, él se abrazó a su pierna y ella le puso la mano en la cabeza.

Eiju me ha dicho que ya ha dispuesto lo necesario, continuó Ma.

Así que ni siquiera va a intentar enfrentarse a esto.

Por lo que tengo entendido, ha dejado de luchar. Se acabó. Solo quiere aguantar el tiempo que le quede.

Vale, dije. Entonces deberías venir aquí.

¿Cómo?

Deberías volver, dije. A Houston. Quedarte un tiempo conmigo.

No lo dices en serio.

Había verdadera confusión en su voz. Yo hablaba sin pensar.

Sí que va en serio.

No tienes sitio para mí.

Te haré sitio.

¿Y la persona con la que vives?

No te preocupes por eso.

Sé que no quieres preocuparte por Eiju, dije. Así que ven aquí y preocúpate por mí.

Ma se quedó en silencio. El crío y su niñera miraron a ambos lados antes de que ella lo cogiera en brazos y cruzaran trotando la calzada. Él se reía sin parar y ella también; cuando alcanzaron la acera, el niño se dedicó a pisar todas las juntas que encontraba a su paso.

Mi madre me dijo que se lo pensaría.

Yo le dije que la oferta seguía en pie.

Buenas noches, me despedí. Puedes avisarme cuando quieras.

Lo haré, dijo Ma. Buenos días.

*

Los sonidos favoritos de Eiju en esta vida: el puente de

«Watermelon in Easter Hay», de Frank Zappa. Los grillos matinales. El sonido burbujeante de una jarra de cerveza. El contacto de un coche al intentar arrancar. Las puertas de un tren cerrándose, el murmullo de una tienda de alimentación. El tarareo de Mitsuko después de follar, disfrutando del momento, entre las sábanas.

*

De vez en cuando aparecía algún extraño por el bar de Eiju. Solían ser vecinos que hasta ese momento no se habían percatado de la existencia del local. Veían las luces en el callejón junto a la carretera u oían la risa absurda de Hana o Sana por la ventana. O se trataba de recalcitrantes borrachos en busca de más alcohol para prolongar la cogorza. Algunas veces se dejaban caer turistas que no sabían ni por dónde les daba el aire, y Eiju siempre era el más intransigente con ellos. La mayoría de los parroquianos no podía hacer nada para atemperar su mal genio.

Una vez Natsue le dijo que aquel comportamiento era infantil. Que más le valía abrir los ojos si quería ampliar el negocio.

Eiju le preguntó qué le hacía pensar que quisiera hacer eso.

A eso se le llama ser una persona decente, repuso Natsue. Un buen anfitrión.

Eiju le preguntó quién había dicho que él fuera ninguna de las dos cosas.

Eran mochileros que estaban de viaje por el país que solo recalaban una noche en Osaka. O que habían ido a pasar el día desde algún alojamiento en Kioto. O habían dejado Tokio por una temporada porque habían oído que Osaka estaba en plena ebullición. O se encontraban en la ciudad por negocios. O visitando a los padres de su pareja. Eiju sobre todo era brusco con los estadounidenses: no quería verlos ni en pintura. Una vez llegó un tipo que trabajaba de profesor de inglés en Chiba y había decidido pasar allí las vacaciones de invierno. En otra ocasión, una pandilla de británicos entró a trompicones, atascando la puerta corredera, y todo el bar se quedó en silencio mientras ellos hablaban sin parar. Una vez una tía mestiza de California me contó que había ido a visitar a su padre, que había enfermado una semana antes, y un puto escalofrío me recorrió la espalda hasta que intenté sacarle algo más de información, pero ella no quería hablar de su situación. Quería emborracharse.

Eiju no era nada hospitalario con esta peña. Kunihiko hacía lo que podía, pero su inglés era penoso. Cada vez que alguno entraba por la puerta, su jefe lo mandaba a hacer recados. Mieko le llamaba intolerante, y Takeshi, mamón, pero aunque Eiju decía que su actitud

tenía una razón de ser, no les explicaba por qué actuaba de esa forma, pero yo claro que lo sabía, joder.

Así que me convertí en el responsable de todos los clientes que estaban de paso. En cuanto hablaba una pizca de inglés, los estadounidenses se me pegaban como lapas, dándome palmaditas en el hombro, emocionados, diciéndome lo buenísimo que era mi inglés, preguntándome si era de Los Ángeles, de San Francisco, de Portland, de Brooklyn, y qué hacía en Japón, me chocaban los cinco y me daban las gracias. Eiju desaparecía, decía que necesitaba un cigarrillo. A veces se marchaba enseguida, en silencio. Ninguno de los otros clientes decía nada. Pero no hacía falta. Estaba clarísimo. Entre ellos y yo había un grado de separación, una especie de muro levantado, porque yo era uno de ellos, pero al mismo tiempo no lo era, y nunca lo sería. Simplemente era así.

Pero me ocupaba de ellos, aunque Eiju y yo nunca lo hubiéramos discutido ni decidido ni nada por el estilo. De esta manera, esa mierda de situación resultaba más fácil.

Una tarde, al despertar, Eiju se sintió débil, avanzó inseguro por el salón, se chocó contra mi futón. Le pregunté si tenía algún problema y soltó un gruñido antes de volver dando bandazos a la cama. Se puso de pie para preparar té y cambió de idea después de haberlo dejado en infusión. Cuando se le cayó la taza al suelo de baldosas, le dije que se tomara la noche libre, que se quedara en casa.

Estás agotado, dije. Duerme un poco más.

Tonterías, dijo Eiju. No me hables como si supieras cómo me encuentro.

Y entonces Eiju se agarró el estómago. Yo fui tras él mientras avanzaba cojeando hasta el baño, cosa que logró a duras penas antes de que empezaran las arcadas, doblado en dos sobre los azulejos.

Hacía días que pasaba esto. Con moderación. Lo suficiente como para saber que su enfermedad continuaba avanzando.

La segunda vez llamé a Taro en mitad de la noche. Se presentó al cabo de unos quince minutos. Se quedó de pie vigilando a Eiju, frotándole la espalda. Me preguntó si algo iba mal. ¿Comía Eiju suficiente y bien? ¿Tenía diarrea? ¿Pérdida repentina del control de las extremidades? ¿Había sentido alguna vez como si las piernas tuviesen vida propia? ¿O…?

En ese momento, Eiju se giró para sonreír a su amigo.

Todo lo que acabas de enumerar, dijo, pero no es tan horrible como suena.

Y Eiju volvió a sonreír antes de potar por todo el suelo.

Acostamos a mi padre en su cama y le vimos roncar desde la puerta del dormitorio. Luego Taro me acompañó al salón. Le pregunté si quería comer algo, y me sorprendí al oírlo decir que sí.

Quedaba un poco de *udon* en la nevera. Puse una olla a hervir, salé el agua. Taro se quedó sentado en mi futón hasta que saqué los fideos, los salteé, los cubrí con un poco de tofu bañado en salsa y los coroné con unas cuantas cebolletas.

Lo siento, dije. Es todo lo que tenemos.

No tienes que disculparte por nada, dijo Taro empezando a comer.

Todo esto es normal, dijo. Todo lo que le está pasando a tu padre. Era de esperar.

De esperar a la muerte, querrás decir.

De esperar para un hombre en su estado que se niega a medicarse.

Sentado con las piernas cruzadas en el suelo, con una sudadera y pantalones de vestir, Taro era un tío atractivo. La mayor parte de su pelo se había tornado de un gris brillante, con mechones negros que sobresalían entre las canas. Un trozo de cintura quedaba al descubierto a la altura de la cadera, entre la camisa y los pantalones, y traté de no clavar la mirada allí y de apartar el pensamiento.

Y aun así.

Sin embargo.

Habían pasado varias semanas. Dejé que Taro comiera un poco antes de preguntarle si podía hacer algo. Pinchó las cebolletas con los palillos, se metió unas cuantas en la boca y me miró con algo de lástima, creo, con una sonrisa que decía: ¿Qué podrías hacer? Pero fue lo bastante amable como para no decirlo.

En su lugar cogió más *udon* con la cuchara.

Cíñete a la rutina de siempre. Nada que lo agote demasiado. Tu padre debería escuchar a su cuerpo, ahora más que nunca. Si le dice que se siente, necesita sentarse. Si le dice que se tumbe, debería hacerlo.

Vamos, que debería decirle a un hombre moribundo que pase sus últimos días en la cama.

Deberías decirle a tu padre que se cuide, dijo Taro. Para eso estamos aquí. Llegados a este punto, eso es todo cuanto podemos hacer.

Bien, dije. Gracias por venir.

El placer es mío, dijo Taro sonriendo, y había algo en su sonrisa, y por un instante me sentí acalorado, una sensación que se extendió por todo mi cuerpo, de las mejillas a los dedos de los pies, como si la habitación estuviese cargada de electricidad.

Bueno, dije, y Taro levantó una mano.

Me da apuro preguntar esto, pero ¿queda más

La noche que convencí a Eiju para que se quedara en casa fue la noche que conocí a Tan.

El bar estaba casi vacío. Acababa de empezar la semana laboral y le dije a Eiju que no se iba a perder nada. Yo me quedaría al mando del barco, o lo que fuese, solo por una noche, porque era lo único que tenía sentido -simplemente tenía que ocurrir-, y antes de que Eiju pudiera protestar o provocar una pelea o algo parecido, empezó a toser en su colchón y volvió a recostarse en la almohada.

Nuestra poli va desarmada. Si te roban, entrégales el dinero.

Nadie va a robarme.

Nunca se sabe.

Lo sé.

En caso de incendio, el extintor está roto. Tendrás que apagarlo soplando. Pero para ti eso no debería ser un problema.

Vete a la mierda.

Así que esa noche Kunihiko y yo nos hicimos cargo del bar. Formábamos un equipo bastante decente. Cada vez que yo buscaba algo, no tenía ni que preguntarle, porque él ya me lo había dejado a mano. Le había dado por volver a fregar las tazas que yo había secado. Lo dejé estar porque más de una vez se me había pasado por la cabeza que quizá había sido Eiju quien se lo había enseñado así. Tenía la sensación de que Kunihiko conocía al comemierda de mi padre mucho mejor de lo que yo lo haría nunca.

¿Ocurre algo, Mike-kun?

Qué va. Todo bien.

Hacía horas que no entraba ni un solo cliente. Kunihiko hablaba sin parar. Pero lo hacía para sí mismo, básicamente para ahuyentar el silencio. Cada tanto yo refunfuñaba algo en señal de afirmación y él se lo tomaba con una carcajada y se ponía a hablar de alguna otra puta cosa. Yo intentaba formular preguntas -sobre Kunihiko, sobre su vida-, pero terminaba reculando en todas ellas. Y entonces, antes de poder abrir la boca, Kunihiko me cortaba con alguna otra puta anécdota.

En cierto momento, Kunihiko preguntó: ¿Hace cuánto que conoces a Eiju?

Lo miré de frente, pero él no levantó la cabeza, continuó limpiando la barra.

Es como de la familia.

Para mí también, dijo Kunihiko. Más que cualquier lazo de sangre. Sus intenciones siempre son buenas.

No estoy seguro de que eso sea cierto.

¿Cómo?

Que sus intenciones siempre sean buenas. Eso es mucho pedir para

cualquiera.

Solo tienes que conocerlo.

No si se caga en mí como hace contigo.

Esto último le arrancó una sonrisa. Kunihiko se frotó la cabeza. Hacía poco que se había cortado el pelo y llevaba una especie de decoloración, pero el barbero le había hecho un chapuza que le llegaba más o menos hasta la mitad del cuello.

Dale un tiempo, dijo Kunihiko. Llevabas mucho tiempo sin verlo. ¿Cuánto hace?

Más de una década.

Exacto. Creo que ha estado pasando por un momento difícil.

Eso he oído, y en ese instante se abrió la puerta.

El tipo que estaba en la entrada tenía mucho pelo en la cabeza. Estaba un poco gordito y sabía llevarlo, iba en sudadera y vaqueros. Parecía más o menos de mi edad, y Kunihiko le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Le preguntó qué quería tomar. Cuando el tipo respondió en un japonés entrecortado, le repetí la misma pregunta en inglés.

Eso le pilló desprevenido. Pidió una cerveza y se la serví. Al ir a cogerla, el tipo asintió ligeramente, no tanto por timidez como por automatismo.

No le quitaba los ojos de encima, pero él no levantó la mirada. Estaba claro que no quería que le molestasen.

Y bien, dijo Kunihiko, ¿qué te trae por aquí esta noche?

El tipo se giró hacia Kunihiko con algo de recelo. Me echó un vistazo antes de dedicarle una sonrisa al chico.

Te pido disculpas, dije en inglés.

No hace falta, repuso también en inglés.

Y luego, en japonés, respondió a Kunihiko: Nada de particular. No podía dormir.

Te entiendo, dijo Kunihiko.

El tipo asintió y dio un trago a la cerveza. Nos quedamos de pie en silencio hasta que él pidió otra cerveza con un gesto a Kunihiko, y el chaval empezó una nueva conversación consigo mismo antes de que yo decidiera que lo que realmente necesitaba era una pausa para fumar.

Encendí el cigarrillo en la terraza y me puse a espiar a unos niños que jugaban en el asfalto que había debajo, a través de la franja de barrio que asomaba entre un grupo de árboles. Era muy tarde para que estuvieran fuera solos, y por un segundo pensé que debían de tener la misma edad que los chavales con los que trabajaba Benson.

Ben se habría cabreado si los hubiera visto en la calle a esas horas.

Lo habría llamado abandono. Pero en casi todas partes los chavales eran iguales, en todo el puto mundo. Jugaban a lanzar una pelota de fútbol contra una pared apuntando a la cabeza de los demás. La pelota rebotaba entre sus cuerpos. Solo se oía el chirrido de las zapatillas contra el asfalto.

Al final uno de ellos me vio. Me saludaron entre las ramas. Yo les devolví el saludo. Y al hacer un aro con el humo, algunos de esos pequeños hijos de puta incluso aplaudieron.

Cuando iba por mi tercer cigarrillo, Kunihiko me llamó desde el bar. En cuanto llegué a la parte de delante, ya estaba metiendo de cualquier manera sus cosas en una bandolera.

Dijo que tenía que irse. Sonrió, y su sonrisa era un tanto agitada. Le había surgido algo importante, o se había olvido de algo importante. O iba a ocurrir algo importante, dijo Kunihiko, vacilando ligeramente, y el tipo de la barra nos miró primero a él y luego a mí.

Entonces supongo que hasta mañana.

Kunihiko asintió y salió casi disparado por la puerta.

Nos quedamos solos el tipo de la barra y yo.

Encontré un vaso por fregar.

A pesar de lo que hubiera gritado Ben hacía unas semanas, yo no solía ir detrás de otra gente. No se me daba nada bien iniciar conversaciones.

Menuda pieza, dijo el tipo.

¿Kunihiko? Es buena gente.

Todo el mundo considera que es buena gente, pero tendré que creerte.

En cuanto lo hagas, seguro que terminaré por demostrar que me equivoco.

Me dijo que se llamaba Tan. Era singapurés. A la pregunta de qué le había traído a Osaka dijo que su madre limpiaba apartamentos en la ciudad, y que había venido para cuidar de ella.

Hace décadas que está aquí.

¿Le gusta?

Eso da igual, dijo Tan. Ya es demasiado tarde para que vuelva. Y Singapur no es como aquí. Se moriría de aburrimiento en una semana.

No será para tanto.

Te sorprenderías.

Lo siento, dije pasando un trapo a la barra. Tan pidió otra cerveza y serví dos más.

Creía que los camareros no bebían mientras trabajan.

Seguro que eso te lo ha dicho algún camarero borracho.

Me preguntó si el bar era mío y le dije que no.

Eres joven.

Tampoco es que tú seas un abuelo.

Pero resulta que me sacaba un par de meses.

Muy bien, dije. ¿Mujer?

No hay mujer.

¿Hijos?

Podría hacerte la misma pregunta.

Los dos nos quedamos sentados en silencio. No era especialmente incómodo.

Cuando volví al apartamento, Eiju estaba despierto y fumando. Al verme desde la terraza, me saludó con la mano.

Preguntó cómo había ido la noche. Yo le pregunté cómo se encontraba.

Bah, dijo, ya sabes.

Pero no dijo nada más, así que lo dejé apoyado en la barandilla con sus cigarrillos y el puto apestoso amanecer.

*

Ben se mudó conmigo a los pocos meses de que empezáramos a follar. Me ofrecí a ayudarlo a trasladar sus cosas, pero me dijo que no hacía falta.

En cualquier caso, no hay mucho. Soy solo yo.

No te complicas la vida.

Así es, respondió Ben.

Unas semanas antes habíamos tenido una conversación sobre nuestros pasados sexuales. Fue en la terraza de un bar en Richmond, bebiendo cervezas Modelo. Ben pidió el menú al camarero, pero nos dijo que no tenían y, cuando le preguntó si podía decirnos qué servían, el chico caucásico nos dijo que volvería en un minuto. Acto seguido desapareció. La siguiente vez que lo vimos estaba sirviendo a dos tías blancas junto a la entrada.

¿Eso ha sido racista?, preguntó Ben.

Depende de cómo se mire.

Por un lado, sí. Y por el otro, también.

Pues ahí lo llevas.

Al final sacamos dos botellas de la nevera y dejamos algo de suelto en la barra.

Ni de coña iba a explicarle a Ben lo del primero, así que empecé con el teleoperador que me había estado follando durante casi un año.

Le hablé del dependiente de la tienda de zapatillas de deporte. Del que estudiaba para chef y del tío del móvil. Y del de la tienda Apple. Y del empleado de gasolinera. Y de los chicos caucásicos. Y le conté la orgía accidental en el Numbers y lo del dependiente de supermercado que me había follado en el aparcamiento.

¿Y eso cómo puede pasar?

El tipo me llamaba. Le pregunté a qué hora acababa.

Y entonces literalmente le hiciste acabar.

Tú lo has dicho.

Perpetuando el estereotipo de los gays como adictos al sexo.

Cualquiera que diga eso desearía follar más.

Pero creo es que eso es todo, dije. Creo que ya está.

Los dos cruzamos las piernas por debajo de la mesa, que era de acero. Apuré lo que me quedaba de cerveza y Ben jugueteó con la suya.

No tenemos que hacer esto, dije. En realidad, me la suda.

Si no te importara, no habrías preguntado, dijo Ben.

He preguntado porque quiero conocerte mejor.

No importa. No pasa nada.

Es solo que no quiero que pienses que es un tema que me agobia.

Que no te quite el sueño lo que yo pueda pensar.

Ben dio un trago a su cerveza. Vimos a nuestro no-camarero saliendo del patio y entrando en el edificio.

Lo siento, dijo Ben.

No lo sientas. Todavía no has dicho nada.

No hay nada que decir. Y desde luego nada tan emocionante como lo que tú acabas de explicar.

Pero aun así es tu vida. Para ti sería difícil juzgarlo.

Fijo, dijo Ben, pero ni siquiera podría decirte con cuántos tíos he follado.

Está claro que con demasiados. Y luego paré. Y entonces te conocí.

Pero yo soy el mejor, ¿verdad?

Claro.

Bien. Esa era la respuesta correcta.

Nos quedamos mirando cómo se iba dispersando la multitud en el aparcamiento.

¿Por qué paraste?, pregunté al cabo de un rato.

¿Parar de qué?

De follar por ahí.

Ah. Ya sabes por qué.

Qué va. Pero ¿me lo podría imaginar?

Una vez di positivo, simplemente fue como, bah, dijo Ben. En plan,

¿para qué seguir haciéndolo? Sentía como si hubiera perdido algo.

Creo que eres muy duro contigo mismo.

Sí, dijo Ben. En fin. Tú eres el mejor.

En ese momento salió el camarero. Se detuvo delante de nosotros con cara de tener que decirnos algo. Entonces, de repente, con un golpe seco nos puso delante el efectivo que le habíamos dejado.

Dijo que habíamos pagado demasiado. Cinco dólares más de lo necesario.

Empecé a explicarle que era una propina, pero Ben se metió el dinero en el bolsillo y le dio las gracias por su sinceridad.

La primera noche después de que Ben se mudara fue la primera que realmente durmió en mi cama, la primera que realmente se permitió hacerlo.

Una vez instalados, alargó el brazo para tocarme. Empezamos a besarnos pero la cosa no fluía. Por lo menos no para mí.

No pasa nada si no te apetece.

Sí que me apetece.

No te preocupes, dijo Ben, pero siguió insistiendo, tocándome, primero a mí y luego a él, y entonces soltó un gruñido y terminó.

Cuando se levantó para ir a limpiarse, observé su silueta cruzando el dormitorio.

Era una situación nueva para mí.

Un cuerpo nuevo en mi cama.

De pronto, sin venir a cuento, quise que recogiera su mierda y se marchara. Quería que se esfumara. No lo quería cerca.

Cuando Ben volvió a la cama, yo tenía los ojos cerrados. Me llamó por mi nombre pero no los abrí. Volvió a susurrar mi nombre y me abrazó con todo el cuerpo, apoyando sus piernas sobre las mías. Su torso contra el mío. Y siguió murmurando, con una cadencia suave y lenta, Mike Mike Mike Mike Mike Mike Mike. Incluso después de haberse quedado dormido, hasta que yo también caí rendido.

*

Después de tomarse la noche libre, Eiju era todo energía.

Le dije que se lo tomara con calma. Que tuviera en mente lo que le había dicho Taro.

Taro es un erudito, repuso Eiju, pero yo conozco mi cuerpo.

Es un puto doctor, dije. Conoce el cuerpo de todo el mundo.

Eiju me dio una palmada en el hombro. Era última hora de la tarde. Esa mañana habíamos salido a dar un paseo y Tennoji era un

hervidero de actividad. A la altura de Namba nos fundimos en el tráfico peatonal hasta que regresamos al complejo de apartamentos. La pequeña mujer que vivía debajo sacudió la cabeza mientras subíamos estrepitosamente las escaleras.

Necesitas calmarte, joder, dijo Eiju.

No es nada fácil teniendo en cuenta que te estoy cuidando.

Aquí nadie tiene que hacer nada.

Supongo que en eso eres un experto.

¿Estás bien? ¿Hace tiempo que no follas? Porque esta ciudad está llena de maricones.

Antes incluso de ser consciente de lo que estaba haciendo había vuelto a bajar las escaleras con gran escándalo y pasé corriendo junto a la vecina malhumorada. Crucé la calle, bajé las escaleras de la estación y compré un billete de la línea local. Pero no llegué a subirme a ningún vagón. Los veía detenerse y partir. Por las tardes el tráfico nunca era muy denso en nuestra estación, todo el mundo se dirigía hacia Umeda, hacían un trayecto de última hora a ShinOsaka o volvían de pasar el día por ahí. A mi espalda se formaban y disolvían filas de gente.

Pasado un rato me di cuenta de que había mantenido contacto visual con una señora que estaba en el andén siguiente. La mujer pestañeó. Llevaba el pelo cortado a lo bob, unos vaqueros negros ajustados y una sudadera de los Toronto Raptors que le quedaba demasiado grande. Cuando la saludé, su rostro esbozó una gran sonrisa y me devolvió el saludo, hasta que un tren se interpuso entre nosotros. Pero entonces ella se subió de un salto y sonrió por la ventana. Ninguno de los dos apartó la mirada. El tren se puso en marcha y la mujer desapareció.

*

Solía preguntarme a qué se refería Ma cuando la interrogaba sobre Japón, porque cuando era más joven guardaba muy pocos recuerdos de aquella época, y ella me decía que era diferente a nuestra casa pero que al mismo tiempo era igual. Era su hogar, no el mío. Pero seguía siendo un hogar. Independientemente de lo que significara eso.

Eso fue después de que Eiju se largara por segunda vez. Después de la última gran ruptura. A veces estábamos sentados uno al lado del otro en alguna cafetería junto a la carretera de acceso o cenando en casa o en el coche y, de repente, Ma aspiraba con fuerza. De niño esa mierda me ponía los pelos de punta. Pero me hice mayor y dejó de sorprenderme. Dejó de afectarme.

Imaginaba que era su manera de afrontarlo. Nadie puede elegir

qué es lo que le relaja.

Cuando le preguntaba qué pasaba, todo lo que Ma decía era: Nada.

O: Acabo de recordar algo.

U: Olvídalo.

O: No te preocupes.

Siempre imaginaba que tenía que ver con Eiju. Que Ma lo echaba de menos. Y tenía razón a medias. Pero en algún momento, mucho después, me di cuenta de que la bocanada de aire no tenía que ver con la falta de estabilidad, ni de coherencia, sino de comodidad.

El lugar más próximo donde Ma podía encontrarla era en el hogar. En su hogar.

*

La noche siguiente, Tan volvió a pasar por el bar.

Eiju alzó la vista. Había estado fingiendo interés en lo que fuera que le estaba contado Sana, que por una vez había llegado solo. Hana y Mieko estaban de morros y se sentaban en extremos opuestos de la barra. Se habían enfadado por algo, pero Eiju se burló de ellas diciendo que aun así habían ido juntas al bar.

Hana solo está aquí porque no tiene otro sitio adonde ir, dijo Mieko.

Lo tendría, si te dieras prisa y dejaras a tu novio, dijo Hana.

En ese mismo instante entró Tan. Frunció los labios al ver tanta gente y me hizo una seña. Me dispuse a servirle una cerveza. Todo el mundo se calmó.

Mi padre echó un vistazo a Tan. Después me miró a mí.

¿De dónde sales?, preguntó Eiju.

De mi madre, respondió Tan.

¿Tu madre verdadera?, preguntó Sana.

La que me parió en Bedok, dijo Tan.

Una mamá afortunada, dijo Hana.

La más afortunada, dijo Mieko.

Y de repente, así, sin más, todo quedó perdonado entre las dos mujeres.

¿A qué te dedicas que te permite viajar de esta manera?, preguntó Sana.

Soy fotógrafo. Hago fotos.

¿De qué?

Normalmente de la ciudad. La web para la que trabajo me dice qué y cuándo.

Hoy en día Osaka está lleno de extranjeros, dijo mi padre, y Sana

le siseó.

Eso es bueno, viejo.

En ningún momento he dicho que no lo fuera, repuso Eiju.

Estoy seguro de que a su madre le encanta la estabilidad, dijo Sana.

Cállate, idiota, dijo Hana.

¿Qué pasa?, dijo Sana. ¿Me equivoco?

No pasa nada, dijo Tan. Lo que le encanta es poder pagar a tiempo las facturas.

Y, tras eso, dio un trago a su cerveza.

No tardó en terminársela.

Cuando Tan se levantó para marcharse, le dije a Eiju que necesitaba un cigarrillo.

Mi padre me miró con cara rara, pero no dijo nada. Tan arqueó una ceja. Se quedó esperándome en la puerta.

Una vez fuera, le ofrecí un cigarrillo de mi paquete. Se quedó mirándolo antes de sacar el suyo.

Perdona, dijo en inglés. Si no pido prestado, fumo menos.

Yo lo intenté hace mucho.

¿Y ahora?, preguntó Tan.

Me encogí de hombros y volví a mostrarle el paquete.

Nos quedamos de pie bajo la baranda, frotándonos las manos. El aire era frío. Las calles estaban vacías salvo por unos juerguistas borrachísimos que se reían demasiado fuerte moviendo mucho los brazos. Cuando uno de ellos estuvo a punto de resbalar y de romperse el culo, todo el grupo se puso a gritar.

¿Conoces bien Osaka?, preguntó Tan.

No lo conozco una mierda.

Ja.

¿En qué se diferencia de tu casa?

Tan me miró. Sonrió.

Es más agradable, dijo. O quizá más actual. ¿Se dice así?

Qué va. Pero el inglés es flexible. Como tú dices.

Como yo digo. ¿Hace cuánto que estás aquí?

Casi un mes.

No es mucho.

No.

¿Cuánto tiempo crees que vas a quedarte?

No lo sé. Pero me acabaré marchando.

¿Te importa que te pregunte por qué estás aquí?

Le eché un buen vistazo. Era un centímetro aproximadamente más

bajo que yo. Ese día se había recogido el pelo en una coleta y la barba le cubría también las mejillas.

He venido por mi padre. El camarero mayor. Se está muriendo.

Era la segunda vez que me había permitido decirlo en voz alta.

Ya veo, dijo Tan. Me había parecido que teníais un aire.

Así es. ¿Mañana también te dejarás caer por el bar?

Puede, dijo Tan sonriendo.

Me siento halagado.

No es para tanto. Osaka es una ciudad pequeña.

El bar estaba cerrado cuando volví, así que me fui andando al apartamento.

Al entrar vi que Eiju dormitaba en el sofá. Las noticias proyectaban variaciones de las previsiones metereológicas sobre su rostro. Nos miramos el uno a otro un instante.

¿Una noche tranquila?

Eiju pestañeó. Luego volvió a cerrar los ojos.

Ya me contarás cómo se puede hacer nada cuando tu socio se larga a cazar culos.

¿Así que ahora soy tu socio?

No te hagas el tonto. Ya sabes lo que quiero decir.

Sí, pero no creo que sepas lo que estás diciendo. Creo que apuntas demasiado alto.

Eiju se levantó tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. Era evidente que había encogido.

¿Y ahora qué?, dijo mirándome fijamente. ¿Vas a enseñarme una lección? ¿Vas a patearme el culo?

Estaba a punto de responder cuando lo miré bien, ahí de pie, sin pantalones, con un solo calcetín puesto, absolutamente ridículo.

Supongo que por primera vez me di cuenta de que realmente se había hecho mayor.

Pero aún sabía golpear.

En circunstancias normales no me habría caído, pero ya había perdido el equilibrio. Y a esto había que sumar el suelo irregular, pero Eiju tampoco debió de esperárselo porque se me cayó encima y de repente los dos nos encontramos en el suelo.

Yo caí sobre él. Nos miramos con cierta estupefacción, y entonces me aparté de Eiju, me levanté de un salto, me puse los zapatos y cogí la chaqueta.

¡Vete a tomar por saco! ¡Huye! ¡Igual que ella! ¡Eso es todo lo que sabéis hacer!

No dije nada porque no me fiaba de lo que estaba a punto de salir

por mi boca. En cuanto cerré la puerta de un portazo, me paré en mitad de las escaleras a fumarme un cigarrillo. Un piso por debajo había un tipo con un niño que había salido a ver qué ruidos eran esos. Podrían haber sido hermanos. O primos. O tal vez un padre joven y su sobrino. El apartamento de Eiju estaba en un edificio tranquilo, en un vecindario tranquilo, y prefería no imaginarme cómo habríamos sonado.

La pareja me observaba atentamente. El niño se metió un dedo en la nariz.

Les pregunté qué cojones miraban y el chaval respondió: A ti.

Volví unas horas después de madrugada. Podía sentir el sueño subiéndome desde los pies. Una de las señoras que vivía debajo de nosotros salió a fumar y cuando le sonreí me miró en plan: ¿Qué coño?

Era una buena pregunta. Era hora de enfrentarse a los putos hechos, o por los menos de dormir un par de horas. Sin embargo, cuando intenté abrir la puerta, el pomo no cedió.

Eiju la había cerrado por dentro.

Joder, dije en voz baja.

Y después, más fuerte: ¡JODER!

Por silencioso que fuera, oí el suspiro de la mujer de abajo.

Y entonces, a pesar de todo, pensé en Ben.

Así que empecé a redactar un mensaje.

Lo borré.

En su lugar le envié unas cuantas fotos.

A través de la barandilla empezó soplar un aire frío que se me colaba hasta por los calcetines. En Texas era mediodía, lo que quería decir que estaría en el trabajo, pero cuando fui a guardar el móvil aparecieron unos puntitos que indicaban que Ben estaba escribiendo.

Aparecieron. Desaparecieron. Aparecieron. Desaparecieron. Y final se desvanecieron del todo, pero aun así esperé otros cinco minutos, por si acaso.

Los puntitos no volvieron a aparecer.

Así que eché a andar.

Tennoji un domingo por la noche antes del puto amanecer producía una sensación completamente distinta. Salvo algún que otro rezagado, no quedaba nadie por la calle. Las tiendas de alimentación resplandecían una manzana tras otra. Las únicas personas que circulaban se preparaban para empezar un nuevo día, barrían la

entrada del Lawson's, del McDonald's y del 7-Eleven. En algún momento empezó a chispear. Y entonces arreció la lluvia y me resguardé bajo unos toldos que había cerca. Al hacerlo me topé con un pequeño restaurante chino que abría toda la noche.

Había un grupo de tíos sentados en una mesa corrida fumando cigarrillos con un plato de sopa delante. Los saludé con la cabeza y me devolvieron el saludo. La cajera me entregó un menú sin mediar palabra. En realidad, no tenía hambre, así que me quedé ahí sentado y al cabo de cinco minutos de estar con la mirada perdida me di cuenta de que Tan estaba sentado en la mesa de al lado.

Miró en mi dirección, pero fue más bien como si mirara a través de mí. Fumaba y miraba.

Cuando por fin establecimos contacto visual, sonrió. Se acercó hasta donde yo estaba.

Acosador, dije.

Yo estaba primero. Y tú has hablado antes. Pensaba que no sabías moverte por la ciudad.

Y no sé.

No sabes. Y aun así nos hemos encontrado en el mejor restaurante chino de Osaka.

No jodas.

Lo digo en serio.

¿De verdad este es el mejor?

Debe de serlo si los dos hemos llegado hasta aquí.

La cajera volvió a nuestra mesa, ladeando la cabeza hacia Tan. Dejó un bol de fideos delante de mí y un plato de verduras al vapor delante de él. Tan le sonrió, dijo algo en mandarín, ella le contestó y él se rió.

Cuando la cajera se alejó, dije: Eres como Google. Con todos esos idiomas en la cabeza.

No soy tan barato, dijo Tan. Si es que te referías a eso.

Empezamos a comer. Los tipos que teníamos detrás no dejaban de reírse.

Entonces, ¿qué te trae por aquí?, preguntó Tan.

Un paseo.

Muy bien. No pasa nada si no quieres decírmelo.

¿Me prometes que no me lo tendrás en cuenta?

Haré todo lo posible.

Mientras comíamos cuchicheábamos en inglés. Los tipos a nuestra espalda volvieron a estallar en carcajadas y su mesa se tambaleó. La cajera levantó la vista una sola vez, retirándose el flequillo, pero tan pronto como se calmaron, volvió a enfrascarse en su teléfono.

Oye, dije. ¿Quién eres?

Anda que no te gusta hablar, dijo Tan.

Solo he hecho una pregunta.

No hay mucho que contar. Trabajo para una industria que está de capa caída. Vivo con mi madre y quiero que vuelva a casa, a Singapur, pero ella no quiere y no sé qué hacer al respecto. Te toca.

Soy de Estados Unidos.

¿De dónde?

Texa s.

Donde los caballos.

Sí.

Los Astros. Beyoncé.

Mil puntos. Pero he venido aquí por mi padre.

¿Porque te lo pidió?

Porque no me lo pidió.

Entiendo.

Es un cabezota.

Muchos padres lo son, dijo Tan. El mío lo era.

¿Y ahora?

Ya lo ves.

Lo siento.

No pasa nada. Estoy bien. Mi madre está bien. Mi hogar está donde ella esté.

El hogar no debería construirse a partir de otras personas.

¿Tú crees?

Así es.

¿Lo sabes por experiencia?

Podría decirse que sí.

Tal vez hayas conocido a la gente equivocada, dijo Tan. O a la gente equivocada para ti.

Quizá. Pero la gente cambia. Y entonces te quedas atrapado en la idea de hogar que tuvieras.

Eso no tiene nada de malo, dijo Tan. Todos cambiamos. Todos tendremos muchos hogares en esta vida. El problema es cuando no se tienen. Terminar conformándose.

¿Y cuál es la diferencia entre eso y conformarse con alguien?

No me corresponde a mí decirlo. Cada uno vive su propia vida.

Vale, dije. Gracias por nada.

Es lo único que se me da bien, rió Tan.

Cuando el grupo de tíos que se sentaba detrás se puso de pie, nuestra mesa se zarandeó un poco. La cajera llegó corriendo hasta ellos.

¿No tienes una novia a la que volver?, preguntó Tan.

Ya me lo has preguntado.

Comí un poco de arroz y él asintió.

¿Y tú?

Sus labios empezaron a esbozar una sonrisa y Tan se llevó su bol a la cara y se tragó la mitad del caldo.

Cuando salimos de la cafetería, caminamos veinte o treinta minutos. Sin hablar apenas.

En algún momento me di cuenta de que vagábamos en círculo.

Parece que hemos hecho un circunferencia perfecta.

Solo es perfecta si se termina en el mismo sitio donde se empezó, dijo Tan.

Eso es lo que hemos hecho, dije, y Tan me miró y alargó el brazo para cogerme la mano.

La sostenía mientras paseábamos. Dibujaba formas en mi palma con el pulgar, acariciándola hasta que llegó a la punta del meñique.

He estado pensando en la pregunta de antes, dijo Tan, en lo del hogar.

¿De veras?

De veras.

¿Y a qué conclusión has llegado?

Que querer a alguien significa dejar que cambien cuando lo necesitan. Y dejarlos ir cuando lo necesitan. Y eso no los convierte en menos hogar. Solo que tal vez no lo sea para ti. O solo durante una o dos temporadas. Pero eso no disminuye el amor. Solo cambia las formas.

Me quedo callado. Tan y yo seguimos caminando, una calle da paso a la siguiente. Me roza los nudillos con el pulgar, yo le hago un masaje en la mano y ambos nos dejamos hacer.

Y aquí, dice Tan deslizando el dedo, nos separamos.

Me apretó el hombro y se dio la vuelta. Mi culo se quedó mirándolo cruzar la carretera y meterse en la estación de tren.

El cielo era un poco más brillante. Faltaba menos para que amaneciera. Osaka poco a poco iba despertando y, cuando miré hacia arriba, me di cuenta de que habíamos vuelto al bar de Eiju.

Esa vez, la puerta del apartamento de mi padre no estaba cerrada con llave. Eran casi las cinco de la mañana cuando volví.

Eiju dormitaba fuera, junto al felpudo, con las manos metidas bajo las axilas.

Le presioné la coronilla hasta que abrió los ojos. Empezó a

parpadear y una vez despierto me miró entrecerrando los ojos.

Podría haber sido cualquiera.

¿Dónde cojones estabas?

Podría haber sido un ladrón. Un pirómano.

Bobadas.

Un asesino en serie.

Me voy a la cama, dijo Eiju, renqueando.

No podía aguantarse él solo, así que lo agarré del codo para ayudarlo a entrar. Y no intentó zafarse de mí. Cerré la puerta detrás de nosotros.

*

Los primeros meses de convivencia con Ben fueron jodidamente rutinarios. Jodidamente domésticos.

Yo me iba a trabajar. Él se iba a trabajar.

Volvíamos.

Bebíamos.

Cenábamos

Los platos.

La colada.

Dormíamos la siesta.

Follábamos.

Una noche le pregunté qué quería. Nos hundimos en el colchón como dos bolsas de té. El aire acondicionado zumbaba sobre nuestras cabezas.

Ben se incorporó. Sonrió.

Sinceramente, dijo, no esperaba que esto llegase a nada.

Ah.

Sí. Lo que tenga que pasar, pasará. ¿No era eso lo que querías?

Quiero lo mejor para los dos.

Lo mejor no existe. Las cosas simplemente pasan.

No estoy seguro de que eso sea cierto.

Ben pestañeó y de pronto pareció cansado.

Lo que tenga que pasar, pasará. Era la misma actitud que había arrastrado Eiju. Eso era lo que le había dicho a mi madre, así que sabía exactamente qué te deparaba.

Nadie podía ofrecer garantías permanentes. Hasta ahí llegaba. No era un puto imbécil. Pero por lo menos eran algo.

Lo que tenga que pasar, pasará.

Y entonces advertí algo sobre Ben, una cosa muy pequeña, una minucia: nunca saludaba a los vecinos.

Los chicos latinos que jugaban en las escaleras de la entrada con su puta cacofonía musical, haciendo perrerías a su pobre gato. La pareja negra que vivía delante de nosotros que se pasaba la vida sentada en su porche. Todos se esforzaban por sacar adelante sus vidas, lidiando con su mierda, y siempre que Mary o Harold nos saludaban, Ben no les devolvía el saludo.

Un día le pregunté el motivo. Estábamos sentados en mi coche. Nuestros problemas saltaban a la vista. No nos habíamos enrollado desde hacía semanas, que se habían convertido en meses. Y ahora, cada vez que nos tocábamos, era algo pasajero. Como una idea que sabes que has tenido pero que acaba desapareciendo antes de que la puta cosa cuaje.

No había encendido el motor. Ben me lanzó La Mirada. Contestó que no conocía a Mary.

¿Y por eso no puedes saludarla cuando ella te saluda a ti?

¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Eso te haría feliz?

Me haría muy feliz.

Entonces puedes hacerlo tú por los dos, dijo Ben, y abrió la puerta, se escurrió del asiento del copiloto y volvió a entrar en casa.

Otra historia sobre Mary y Harold: su hija los visitaba en la ciudad de tanto en tanto. Se llamaba Janet. Sus padres siempre hablaban de ella, me enseñaban fotografías del jardín de infancia, del instituto, de cuando la acercaban a College Station. Estudiaba un Máster en Administración de Empresas en Bauer y, cuando terminara, volvería a casa. Mary y Harold tenían más hijos y nietos, fotos de bebés en la repisa de la chimenea, pero nunca hablaban de ellos, no los sacaban a relucir como hacían con Janet.

Un día me invitaron a su casa para que la conociera, y desde el instante en que Janet entró por la puerta era evidente que pensó que se trataba de una encerrona. Una especie de cita sorpresa. Sin embargo, cuando se sentó a la mesa se produjo un cambio en su lenguaje corporal. Y en su tono. Y en un momento dado se relajó por completo. Comimos unos boniatos que había preparado yo, y el jamón asado a fuego lento que había preparado Harold. Cuando Mary llevó un pastel a la mesa -de dos pisos, con caramelo y nueces pecanas- dijo que su hija y yo deberíamos compartirlo.

Y ahí fue cuando Harold se puso de pie y se fue. Sin decir una mierda. Entonces Mary anunció que iba a preparar café y desapareció tras él.

Janet y yo nos quedamos solos en el salón. Después de que se

fueran sus padres, suspiró. Se cruzó de brazos, luego cruzó las piernas y apoyó los codos en la mesa.

¿Haces esto a menudo?

¿El qué?

No te hagas el tonto. Gorronear a ancianos.

Te estás rayando. Soy su vecino.

Así que estás aquí por casualidad, dijo Janet. Solo porque sí.

Solo porque sí. Tus padres son gente guay. Comemos juntos. A veces hablamos.

Estás de broma.

El otro día fuimos a caminar y Harold casi atrapa un sapo.

Nadie hace algo así por nada.

Mira, dije, ¿quieres que me vaya? Porque no es para tanto.

Son tus padres. Si quieres, me acerco a darles las putas gracias y no volveré nunca más.

¿De verdad? ¿Nunca?

Lo que tú digas.

No sé si esperaba que saltara al decir eso o qué, pero el caso es que no lo hizo. En realidad, se rió.

Menudo fantasma.

Sé echar órdagos.

No, no sabes. Pero es una delicadeza por tu parte. Doy por hecho que mi madre no debe de saber que eres gay.

¿Quién ha dicho que yo sea gay?

Por favor.

Tengo una hermana. Por mucho que hables con mis padres, nunca los oirás hablar de ella.

A ver si lo adivino. Es la que está en la repisa de la chimenea.

Justamente. Tiene mujer, hijo, una casa y todo lo demás. Son una familia preciosa. Pero nada de eso importa.

Porque ella es *queer*.

Porque mis padres son viejos y cambiar es difícil.

Eso no es una excusa. Nunca lo es.

Pero aquí estás tú, dijo Janet. Y ahora que lo sabes, ¿no volverás nunca más?

Empecé a decir algo -aunque todavía no sé qué habría sido-, pero en ese momento Mary volvió a entrar en el salón. Nos preguntó si queríamos café.

Miré a Janet. Su rostro no dejaba entrever nada.

Le dije a Mary que sería estupendo.

Ya me lo imaginaba, dijo sonriendo.

Un día se lo conté a Ben. Estábamos en un bar en los Heights, fuera, en el patio, y él había estado mirando las cervezas que yo tenía delante. Cuando terminé la botella, Ben cruzó las manos detrás de la nuca.

¿Cómo querías que reaccionara? Nadie va por ahí haciendo esas cosas, comiéndose la comida de la gente como si nada.

Yo sí.

Porque eres un tío raro.

Pero son sus padres. Son mayores.

Y…, dije, esperando a que terminara la frase.

¿Y qué?

Ya sabes el qué. Has estado a punto de decirlo.

A Ben se le escapó una sonrisa, algo poco habitual en él.

Es algo que nosotros simplemente no hacemos, dijo riéndose.

El perfil de la ciudad brillaba bajo la iluminación del patio, un conjunto de luces navideñas parpadeantes. Una franja de tráfico serpenteaba alrededor de los coches que había aparcados a escasos centímetros de nosotros, amontonados de cualquier manera, como fichas de dominó. Un perro paseaba entre ellos con la lengua fuera, casi tocaba el suelo.

Entonces, dime, ¿qué harías tú?

No me metería donde no me llaman, dijo Ben. Pero tampoco es que nadie nos deje hacerlo.

Nos, repetí.

A los negros, dijo Ben.

De repente se puso serio. Sus dedos tamborileaban en la barra que teníamos delante. Así que le agarré uno y lo rodeé con mi mano, tiré de él para meterlo debajo la mesa, lo estiré y le acaricié toda la mano con el pulgar. Era lo más íntimo que habíamos hecho en semanas. Se ruborizó. Así que lo apreté más y deslicé el dedo por su muñeca, que se relajó, después se tensó y volvió a relajarse.

Qué pesado eres, dijo Ben.

Te estás poniendo rojo.

Cállate, dijo, pero no movió la mano.

Así es como transcurre nuestro segundo año:

Consigo un curro nuevo en otro restaurante.

Ben sigue trabajando con los chavales.

No compramos un somier.

Nos peleamos.

Nos reconciliamos.

Follamos en el sofá, en la cocina, en el suelo.

Yo cocino sin parar.

Una vecina tiene un bebé.

A otro le da una embolia.

La zona se ve invadida por chicos blancos que decoran sus porches con calabazas en Halloween y Budweisers los fines de semana.

Ma me llama desde Tokio, hablando muy despacio.

Me pregunta cómo me va.

Le juro que todo va bien.

*

Una breve lista de los olores favoritos de Eiju: arroz al vapor, bolitas de pulpo crujiente, aceite de sésamo. Ropa lavada. Jengibre rallado. El pelo mojado de mi madre. Mi pelo mojado de crío al sacarme de la bañera después de que él me bañara.

Una mañana, en el salón, Taro estaba terminando de examinar a Eiju, palpándole la zona del abdomen, cuando el hijo de puta pegó un alarido impresionante.

Yo justo estaba meando. Salí del baño corriendo y vi que Taro fruncía los labios y que Eiju levantaba los dos brazos.

No, dijo. ¡Maldita sea! ¡No!

Taro miró a Eiju un instante desde el suelo, como si quisiera decir algo pero no estuviera seguro de cómo se lo iba a tomar. Se volvió hacia mí, que estaba en el pasillo, y luego otra vez hacia Eiju.

Al final se tragó lo que fuera a decirle. Se puso de rodillas y retomó la exploración. Ninguno de los dos hablaba. Eiju levantaba los brazos cuando Taro se lo pedía y los bajaba cuando así se lo indicaba. Cumplieron con todas las formalidades en silencio, presionando y apretando.

Una vez terminaron, Eiju se puso la camisa y Taro recogió sus cosas sin decir ni pío. Hizo una ligera reverencia a su paciente y este lo despidió con un gruñido.

Pero yo salí tras él y lo acorralé. Se había vuelto una costumbre. Los rituales matutinos de la manzana ya estaban en marcha. Taro me esperaba en la calle y le vi enjugarse la frente con el dorso de la mano. Le ofrecí un cigarrillo, me sonrió y lo rechazó con un gesto de la mano.

Le pregunté qué había pasado, qué cojones acababa de presenciar, y Taro esbozó la mayor de las sonrisas.

Oh, dijo, ya sabes cómo son los hombres.

Eiju nunca me preguntaba de qué hablaba con Taro.

Cuando le pregunté por qué, se limitó a sacudir la cabeza.

¿En qué ayudaría?

Pero me daba cuenta de que había empezado a moverse más despacio. A veces, se quedaba dormido en mitad del día y se despertaba con una mueca. Cada vez que le preguntaba qué pasaba, decía que no era de mi puta incumbencia, aunque eso no cambiaba lo que estaba pasando.

Así, poco a poco, sin decir nada, nos fuimos adaptando el uno al otro.

Yo salía solo del apartamento.

Eiju venía más tarde o se marchaba temprano.

O no llegaba a aparecer por el bar.

O, si lo hacía, se sentaba en una silla en el cuarto de atrás y se cubría los ojos con una gorra de béisbol.

Nuestros clientes se daban cuenta, pero no decían nada.

Cuando le dije a Eiju que, como mínimo, necesitaba dormir, se rió en mi cara. Me dijo que los dos sabíamos que se le venía encima una buena.

Oye, dije.

Pero me faltaban las demás palabras.

A medida que fue empeorando, algo en Eiju cambió: la ira. O, más bien, su ausencia.

Dejó de tirar las tazas de las mesas.

Dejó de destrozar los pomos de las puertas al salir del apartamento.

No levantaba la mano a la primera muestra de desacuerdo.

Ahora, sobre todo, suspiraba.

Ponía los ojos en blanco.

Te preguntaba si habías terminado.

Supongo que podía deberse a la enfermedad. O al hecho de que fuera un puto anciano.

O, tal vez, Eiju simplemente estaba cansado.

Una noche, Kunihiko la pifió en la comanda de un grupo de turistas estadounidenses. Eran las primeras personas blancas que veíamos en semanas. Se pasaron todo el puto rato gritando, pidiendo sake y sushi y *karaage*, que ni siquiera estaba en el puto menú, y nunca lo había estado, porque no había ningún puto menú. Pero aun

así Kunihiko salió disparado al Lawson que había al final de la calle.

Eiju estaba fuera, fumando. Había empezado a pasarse por el bar un par de horas cada vez, fundamentalmente para salir de casa. Por lo general, Kunihiko y yo nos encargábamos de las operaciones nocturnas, aunque, cuando Sana quiso mencionarlo, le mandé a la mierda.

Pero es verdad, dijo Hiro.

Para nada.

No estamos ciegos, dijo Sana. Vemos a Eiju. Nos damos cuenta.

Nadie ha dicho que sea nada malo, dijo Hana, y yo les hice un gesto para que me dejaran en paz.

Kunihiko volvió a subir las escaleras a la carrera y entró como una exhalación en el bar con tres cajas de pollo preparado, sonriendo de oreja a oreja.

La peña blanca estaba demasiado confundida para decir nada.

Miraron las cajas de *kaarage* grasiento. Eiju entró justo cuando trataban de empapar la grasa de las alitas con servilletas. Miró a la peña blanca, su comida y, de pronto, como por arte de magia, se quedó inmóvil, totalmente rígido.

Pero lo que ocurrió a continuación sí que no me lo esperaba: Eiju empezó a reírse.

Primero de Kunihiko, y luego de mí.

Y entonces Kunihiko empezó a reírse.

Y yo me uní.

Reíamos los tres juntos. Eiju preguntó a los turistas si les gustaba el pollo. Y un tío blanco y gordo le dijo, en el japonés más torpe que te puedas echar a la cara, que todo era maravilloso, que no podrían estar pasándoselo mejor ni aunque lo intentaran.

*

Cuando tenía diecinueve años, antes de que Ma dejara Estados Unidos para volver a Japón, me citó para hablar de ello.

En esa época vivíamos juntos la mayor parte de la semana. El resto del tiempo yo andaba por ahí. Me follaba a tíos y me instalaba con ellos un tiempo, siempre y cuando la cosa funcionase. Cuando al final me aburría de ellos o ellos de mí o me dejaban por algún caucásico flaco y radiante, volvía a casa. Casi nunca era complicado. Me gastaba todo lo que ganaba, le daba un poco a Ma por el apartamento, pero para entonces ella ya no lo necesitaba. Había ascendido en la joyería y había alcanzado el mismo nivel que el supervisor que la había contratado. La mayoría de los meses traía a casa más dinero del que Eiju y ella habían ganado cuando todavía estaban juntos.

Y se notaba: ahora Ma vivía en Greenway Plaza. Siempre parecía vivir muy holgada. Mi madre solo se ponía los vestidos y los zapatos más bonitos, adornaba su cuello con joyas, le colgaban de ambas muñecas. De un tobillo. Cada tanto me llegaban rumores sobre ella y algún hombre, pero nunca llegaba a verlos; en todo acaso, para cuando oía hablar de esos cabrones, ya habían desaparecido del mapa.

Ma me sacaba por ahí cada pocas semanas, casi siempre a restaurantes demasiado bonitos. Yo trabajaba en una gasolinera. La puta universidad y todo eso me la sudaba. Esos almuerzos costaban más de lo que yo me había fijado para gastar en comida la mayoría de los meses. Pero mi madre no era frívola con el dinero, y fue por esa época cuando, siempre que quedábamos, a comer, a beber o a lo que fuera, me di cuenta de que había algo totalmente diferente en ella. No lograba descifrarlo, hasta que finalmente caí en la cuenta.

Ma, literalmente, había tirado la toalla.

Esa noche me dijo que volvía a casa. A su verdadera casa. A Japón. Había concertado una serie de entrevistas de trabajo y durante los primeros meses se quedaría en Setagaya con su hermano, un tipo al que yo solo había visto una vez cuando nos había hecho una visita en Houston; era bajito y gordo, como yo. Después buscaría un techo propio más cerca de la ciudad. Y yo podría ir a visitarla de vez en cuando. Incluso estaba dispuesta a adelantarme el dinero para el billete.

O también podrías ir a vivir conmigo.

¿A Tok io?

¿Dónde si no?

No creo que sea una buena idea.

Cada uno estaba comiendo su ensalada. Nuestro camarero, un tipo blanco algo mayor, colocó un plato de pasta delante de mi madre. Yo pedí otra cerveza y él miró de reojo a Ma, que asintió.

Y bien, dijo mi madre.

¿Qué?

¿Hay algo que te retenga en Houston?

¿O alguien?, preguntó, y mi piel se heló por un instante.

No es que no supiera que fuera gay. Lo sabía. Pero no era algo de lo que habláramos. No con palabras que pudiéramos sentir y visualizar entre nosotros. Era más una sensación que flotaba en el ambiente siempre que conversábamos, como un bache en la carretera. Algo en lo que no teníamos que hacer hincapié cada vez. Porque esa mierda estaba implícita.

En realidad no.

¿En realidad?, dijo Ma. ¿O no?

Nadie que merezca la pena mencionar.

Ma y yo nos miramos un momento. Ninguno de los dos sonreía, pero tampoco había malicia. Se creó una especie de burbuja a nuestro alrededor, al margen de los comensales que nos rodeaban, que chocaban sus copas al brindar y hablaban de lo que fuera que hubiera pasado en sus putas vidas

No tengo ninguna razón para volver a Japón.

Claro que no, dijo Ma. Solo eres japonés.

Para.

Me refiero a qué vas a hacer aquí. Y no me vengas con que alguno de los trabajillos a los que te dedicas, Michael.

Eso ha sido un golpe bajo.

Solo he constatado un hecho. Nada más.

Lo que tú digas. De todas formas, estoy pensando en cambiar de trabajo. Un amigo está en una tienda.

¿Una tienda?

Una especie de delicatesen.

Así que cocinarías. Como tu padre.

¿Cómo?

Eiju cocinaba. Cocina. Y parece ser que tú también quieres dedicarte a eso.

Esto no tiene nada que ver con él, joder.

Pues no lo parece.

Vale, vale. Probablemente ni siquiera lo haga.

Relájate, dijo Ma jugando con su servilleta.

¿Y si te digo que quiero que vengas conmigo? ¿Y si quiero que vengas a casa? ¿Influiría en algo?

Si para ti eso fuese lo más importante, habríamos vuelto hace tiempo.

Supongo que no soy una razón de peso, dijo mi madre sonriendo.

Y yo no soy suficientemente importante para que te quedes.

Nos quedamos sentados rumiando aquello. Antes de poder volver a abrir la boca, mi madre pidió la cuenta al camarero con un gesto. Este asintió y, al entregársela, le dedicó una sonrisa aún más amplia. Ma deslizó su tarjeta. Ni siquiera le hizo falta mirar los números.

En ese caso, no hay mucho más que hablar, dijo poniéndose de pie y yendo a por su abrigo.

Cuando Eiju nos abandonó del todo, lo hizo de forma totalmente abrupta.

El cielo no se nos cayó encima.

El sol siguió saliendo.

Estábamos acostumbrados a que se esfumara uno o dos días y volviera a aparecer al cabo de varias noches, con la misma ropa y oliendo a pis.

No supimos nada de él durante un par de días. Luego pasó una semana. Y después nos llamaron desde donde trabajaba de camarero preguntando por él.

No sé desde cuándo sabía Ma que había vuelto a Osaka o si simplemente necesitaba una confirmación o qué, pero lo siguiente que hizo fue llamar a la hermana de mi padre.

Yo nunca la había visto, pero había oído historias y conocía el pasado entre sus familias o la falta total de este pasado.

Ma la llamó una vez por la mañana, hora japonesa, y no contestó nadie.

Ma volvió a llamarla por la tarde, hora japonesa, y no contestó nadie.

Ma volvió a llamarla a la mañana siguiente, hora japonesa. No contestó nadie hasta el último timbrazo.

La hermana de Eiju le dijo a Ma que llevaba un par de días en su casa. Estaba durmiendo.

¿No lo sabías?, preguntó mi tía.

No lo sabía, dijo mi madre. Pero ahora sí.

Y entonces Ma colgó.

*

Una noche, en la cama, se lo conté a Ben. Fue la semana después de que me pusiera la mano encima. Yo reaccioné apartándolo de un empujón y ninguno de los dos supo cómo había ocurrido aquello. Pero lo único que pudimos hacer después de eso, para calmar las aguas, fue follar. Esa se convirtió en nuestra rutina cada vez que nos peleábamos. Cada vez que las cosas se ponían feas. Como si a base de follar nos deshiciéramos de lo que nos oprimía el pecho.

¡Joder!, exclamó Ben.

Sí.

Y te quedaste.

Me tienes delante.

Vaya.

Los dos estábamos sentados con las piernas cruzadas en el suelo. Ben se había metido el pulgar por dentro de los calzoncillos y estiraba la goma.

¿Y tus padres?, pregunté.

¿Qué les pasa?

Ya me entiendes. ¿Cómo se separaron?

Fue totalmente diferente. Se hartaron el uno de otro, sin más. No hay historia que valga.

A mí sí que me huele a historia.

Si tú lo dices. Pero mis padres no se sorprendieron. Sabían que iba a ocurrir. Hacía tiempo que se veía venir.

Y teníais dinero.

¿Y eso que coño tiene que ver con nada?

Todo tiene que ver con todo.

Ben se apoyó en uno de sus codos y me miró fijamente. Se estaba dejando crecer el pelo.

Bueno. Tenían dinero. Crecí siendo de clase media. Pero somos negros, así que eso lo anula.

Si tú lo dices.

Lo digo.

No te estaba atacando. Esto no es ninguna competición. No pasa nada por crecer así de bien.

Vale. Perdona.

No te preocupes.

Solo digo que mis viejos sabían quiénes eran cuando se juntaron. Los únicos a los que nos pilló desprevenidos fue a mi hermana y mí. Y tal vez esa sea la gracia. La sorpresa. Al final nos tocó a nosotros descubrir el pastel.

No creo, dije. Nadie tiene ni idea de qué cojones pasa. Tal vez todos los padres sean así.

No todos, dijo Benson. Solo la mayoría. Muchos. Y luego terminan teniéndonos a nosotros.

Y no dijimos mucho más. Oímos los ladridos del perro de al lado y, desde la siguiente ventana, a alguien tarareando en el pasillo. Y a los vecinos fuera, charlando y fumando, y a los chavales blancos con el trap a todo volumen y a Harold, que salió al porche para decirles que cerraran la puta boca.

Independientemente de cómo nos sintiéramos en ese momento, solo éramos una parte del vecindario. Un engranaje más en el conjunto. Pero, pese a todo, en sintonía.

*

Una mañana, al despertarme, vi a Eiju sentado a mi lado. Ojos cerrados, brazos caídos, roncando. El culo apoyado en el suelo. No sabía cómo había llegado hasta ahí, pero de ninguna manera iba a

sacudirlo para que se despertara y preguntárselo.

Hasta ese momento no le había mirado bien la cara, por lo menos no desde que yo había llegado a Osaka.

Pero ahora lo tenía delante.

Vi las arrugas en la frente. La curva de la nariz. Las orejotas.

Regalos todos ellos para mí. Los únicos que me había dado.

Con algo de retraso, es cierto. Pero, en cualquier caso, estaban presentes.

Unas horas después, se despertó al tirarse un pedo.

Mientras hacía el gilipollas con mi teléfono, observé cómo Eiju volvía lentamente en sí. Los parpadeos. La tensión gradual y ligera de sus músculos. Los movimientos de su cuerpo al registrar su retorno a la conciencia.

Y entonces, respirando con suavidad, Eiju mantuvo la mirada perdida.

Cuando se dio cuenta de que yo estaba a su lado, no se estremeció ni nada parecido.

Creí que te habías ido.

No me he ido.

Creí que ya no estabas.

Aquí sigo. No me he ido a ninguna parte.

Esa noche, Eiju volvió a ser el de siempre. Preguntó si podía pasarse por el bar.

Sigue siendo tu puto garito.

Así que caminamos juntos por el vecindario y subimos las escaleras. Limpiaba los taburetes. Gruñía a los clientes. Mezclaba sus bebidas demasiado rápido. Atizaba con un paño a Kunihiko, que había quemado el arroz, preguntándole qué narices le pasaba, qué demonios creía que estaba haciendo. Y Kunihiko hizo un gesto de dolor, pero bajo esa mueca había afecto, como si agradeciera la presencia de Eiju aquella noche, así como la atención que le prestaba, y, sinceramente, como para no estarlo.

Sentados frente a nosotros, Hiro, Takeshi y Sana aplaudían y lanzaban hurras. Hacía horas que iban borrachos. Los tres estaban de vacaciones. Una espesa cogorza sobrevolaba el local, y yo mismo estaba un poco pedo de sake. La noche era cálida como ocurre a veces en Osaka.

¡Has vuelto!, exclamó Sana.

Estoy de visita, dijo Eiju.

¡Ha vuelto!, dijo Takeshi proponiendo un brindis a todo el bar.

Cállate. Deja de hacer eso.

¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

Esa noche, cerré temprano. La clientela había menguado. Eiju había vuelto caminando a su apartamento hacía un par de horas. Cuando le pregunté si necesitaba que le llamara un taxi, me espetó que por quién coño le tomaba.

Abrí la boca y la cerré. Le dije que hiciera lo que quisiera.

Así que Kunihiko empezó a limpiar por un extremo del bar. Yo empecé por el otro. Era inevitable que termináramos encontrándonos en el medio, pero siempre nos hacíamos los sorprendidos.

Cuando nuestros dedos se rozaron, Kunihiko me preguntó si sabía lo afortunado que era.

De tenerlo, dijo.

Fruncí el ceño.

Tú también lo tienes.

No es lo mismo.

No, no lo es, pero deberías estar agradecido. Has visto cosas de él que yo nunca conoceré.

Y entonces Kunihiko me miró. De vez en cuando, en su expresión se intuían destellos del tipo que podría haber sido.

Pero enseguida, tan rápido como surgían, volvían a desaparecer.

No lo sé. Eiju me trata como a un hijo.

Es cierto.

Y no sé cómo pagárselo.

No sé si puedes.

Entonces le tocó a él mirarme con algo de desconcierto.

Solo tienes que mantenerte entero, dije. Eso es suficiente. Tiene que serlo.

Los dos tenemos que mantenernos enteros, dijo Kunihiko sonriendo de oreja a oreja, y, al ir a apoyar una mano en mi hombro, tiró al suelo una botella de *shoyu*.

*

Durante muchísimo tiempo nuestra familia a duras penas pudo permitirse dos comidas al día. Y luego, con los años, al fin pudimos. Pero solo si era mi madre la que compraba comida, lo que significaba que Eiju de repente no tenía tanta hambre. Rara vez comía algo que no hubiese preparado él mismo.

Sin embargo, cuando Eiju cocinaba, hacía los platos que había aprendido en el restaurante chino y los que preparaba en el

restaurante mexicano y los que hacía en el antro jamaicano, pollo al curri sobre una base de arroz *congee* y huevos cocidos y caldo de bistec y plátano frito con *dumplings* fritos, e incluso en los peores momentos, cuando se bebía todo el efectivo, siempre encontraba lo suficiente para prepararnos una cena decente. Incluso buena.

Los tres nos sentábamos a picotear la comida. Mis viejos no hablaban, pero tampoco discutían.

Una vez, cuando era niño, Eiju y yo estábamos haciendo el vago en el sofá, mirando a la pared donde debería haber habido un televisor. Lo habíamos vendido hacía unas semanas. Ma había estado inconsolable. No había vuelto a dirigirle la palabra a Eiju, ni siquiera a la hora de cenar.

Mirando a la nada delante de nosotros, pregunté a Eiju cómo había conocido a mi madre. Nunca se lo había preguntado. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza hacerlo.

Me miró con cara apesadumbrada.

Dijo que había empezado a llover y, de repente, allí estaba ella.

*

Cosas que he cocinado para mi padre, que insiste en no comer nunca en ningún sitio que no sea su bar: *okonomiyaki, yakisoba, oyakodon, katsudon, mabo don, mori soba, kake soba, kitsune udon, nabeyaki udon, bulgogi, soondubu jjigae, doenjang jjigae, ika-age, takoyaki*, curri de cordero, curri de pollo, crema de bacalao salado, suflé de buey del Pacífico, lenguado escalfado en salsa de tomate, col negra al vapor, judías verdes salteadas con orégano, salmón, carpacho de salmón, crema de langostinos, calamares al horno con ajo, atún a la plancha con ensalada de cebolla roja, tempura, espárragos a la plancha con mantequilla de ajo, crema de zanahoria y pimiento rojo, carne de cerdo estofada con soja, arroz frito, *huevos rancheros, huevos divorciados, carne asada, migas,*[14] rábanos cocidos a fuego lento, atún picante en pan tostado, *congee*, arroz frito, arroz al vapor.

Platos que he cocinado para mi padre y que claramente ha disfrutado:

La siguiente vez que Eiju me preguntó por mis planes habíamos conducido hasta Nakazakicho para reabastecer el bar. Kunihiko solía ocuparse de ello. Hacía el viaje los días libres. Pero esa semana, según me dijo Eiju, Kunihiko no podía ocuparse porque tenía algo que hacer, una cosa u otra, y cuando más tarde pregunté a Kunihiko, dijo:

¿Entonces yo no os acompaño?

Pero no presioné a Eiju sobre el tema. Rodeamos la pequeña camioneta que tenía aparcada detrás del bar. Nunca había montado en ella y le pregunté por qué no se deshacía de ese cascajo, y Eiju me preguntó a su vez si nunca había visto *Godzilla*.

¿Estás de puta coña?

Relájate, dijo Eiju. Uno nunca sabe cuándo necesitará marcharse.

Es lo más idiota que he escuchado.

No lo es. Solo tienes que mirar las noticias.

No recuerdo la última vez que te vi conducir.

¿Estás diciendo que no puedo?

Estoy diciendo que no tengo seguro. Y no tengo intención de morir en un accidente de coche en el extranjero.

A mí me da igual cómo irme.

Y además, añadió haciendo tintinear las llaves, pensaba que harías tú los honores.

No creo que sea una buena idea.

No podría haber una mejor, dijo Eiju.

Y nos pusimos en marcha.

No estaba lejos. Eiju me daba las indicaciones. La mañana era lo bastante tranquila como para ir al ralentí junto a los ciclistas y los ocasionales motoristas que aparecían por allí, pero, sobre todo, no tenía prisa.

Las carreteras eran buenas. Pasamos junto a puestos de ramen y tiendas de alimentación. Cruzamos el puente. Dejamos atrás puestos de venta de pollos, policías, unos tipos que arreglaban líneas telefónicas y otro grupo de tíos rellenando baches. Trabajaban en parejas, luciendo uniforme, llamándose y respondiéndose unos a otros. Eiju silbaba «Little Red Corvette» una y otra vez.

Cuando llegamos al mercado, nuestro proveedor nos esperaba en el garaje. Era un tipo corpulento, con un bigote demasiado grande y los brazos en jarras.

Eiju, dijo tendiéndole la mano.

¿Y compañía?, añadió señalándome.

Antes de poder contestar, Eiju me presentó: Mi hijo.

Evitó mirarme, mantuvo la cabeza al frente.

Oh, dijo el proveedor ladeando la cabeza.

Y entonces, sin vacilar, dijo: No te estás quedando conmigo.

Debe de ser por los ojos, rió.

Y por eso me caes bien, Hikaru. Los demás siempre mencionan las

orejas.

No tardaron en ponerse a hablar de negocios. Hikaru abrió el garaje de su edificio, donde nuestros suministros aguardaban apilados. El nombre de Eiju brillaba en un rótulo en la parte frontal. Tardé unos veinte minutos en meter todas las cajas en nuestra camioneta, ayudado por otro tío -flaco y desaliñado- mientras Eiju y Hikaru continuaron hablando. Entraron en el edificio y volvieron a salir con sendas cervezas, pateando el cemento.

El tipo que me ayudaba a cargar los palés en la camioneta parecía un poco más joven que yo.

Me dijo que era el hijo de Hikaru. Se llamaba Sora.

¿Eres el nuevo Kunihiko?

Para nada. Está enfermo o algo le pasa.

Y tú no eres de por aquí.

No soy de por aquí.

Qué raro, dijo Sora, pero no dijo nada más.

Lo cargamos todo en la camioneta de Eiju sin dejar de refunfuñar. Cada tanto, nos mirábamos de reojo el uno al otro. La carretera murmuraba a nuestra espalda, junto con el tintineo constante de una línea de tren cercana, y el aire de la mañana estaba vacío o, cuando menos, no se percibía nada ni remotamente sexual en el ambiente: simplemente nos mirábamos.

Cuando terminamos de cargar la camioneta, nos sentamos en la parte de atrás. Sora sacó dos latas de cerveza de la sudadera. Me ofreció una, pero yo negué con la cabeza.

No son ni las ocho.

Sora se encogió de hombros y abrió la lata con un chasquido.

Los dos nos quedamos sentados mirando a nuestros padres.

¿El tuyo ha empezado a fastidiarte con el asunto del negocio?, preguntó Sora.

Podría decirse que sí.

El mío dice que necesito empezar a hablar con los clientes, pero luego nunca me da la oportunidad de hacerlo.

Tu padre querrá que seas tú quien tome la iniciativa.

Pues entonces necesita enseñarme.

No dije nada. De momento parecía que el tío solo necesitaba desahogarse.

Puede que tengas razón, dijo al cabo de un rato. Pero cuando por fin me convenzo de que quiere que rompa el hielo, se pone en plan insoportable. Todo tiene que ser como él diga.

El mío es igual.

Y quiere que me case antes de coger el relevo. Darle otro heredero. O eso dice.

¿Y cómo lo llevas?

No lo llevo, contestó Sora dando un buen sorbo a la cerveza. Ni lo voy a llevar.

Eres joven. No es una carrera.

No estoy diciendo que lo sea.

Miré a Sora, pero no dijo nada más.

¿Lo sabe?, pregunté, y lo sentí resoplar a mi lado, vaciando completamente de aire los pulmones.

Luego se miró los zapatos y empezó a dar patadas a los neumáticos.

No, dijo. O eso creo. No lo sé.

Eso está bien, dije. No te corresponde a ti saberlo.

Nunca podremos hablar de ello. Nunca saldrá ese tema a relucir. No tengo ni idea de cómo reaccionaría él.

Puede que lo afronte o que no. No está en tu mano.

Para ti es diferente, dijo Sora. Tú no vives aquí.

Soy de aquí.

Pero no eres de aquí. Puedes irte.

Sora siguió pateando los neumáticos. Yo miraba cómo lo hacía.

Perdona, dijo.

No te preocupes.

No debería haber dicho eso.

No estás equivocado.

Ya lo sé. Pero no debería haberlo dicho.

Entiendo cómo te sientes, dije. Es solo que no tenemos tanto tiempo, ¿sabes? Y odio ver cómo lo desperdicias.

Sora volvió a mirarme. Apretó los ojos. Pero entonces se rió.

Ni siquiera me conoces.

Cállate, dije. Soy mayor que tú. Trato de ser tu mentor.

Joder, dijo el chico cogiendo la otra cerveza.

Le hice un gesto para que me pasara una y abrió la lata antes de hacerlo. Vimos a nuestros padres pegándose junto al garaje, esquivando puñetazos.

Cuando terminaron de hacer el gilipollas, Eiju y Hikaru llegaron hasta nosotros. Después de tres cervezas cada uno, tenían la risa floja y la cara roja como un tomate.

Ahí están, dijo Hikaru. Borrachos a esta hora. Aparentando ser un par de hombres de verdad.

Eiju no dijo nada, solo sonreía. Sora dio un nuevo trago a la lata,

su padre le apretó en el hombro y el chaval me miró con una cara que me desarmó, porque la conocía demasiado bien. Pero no dije nada.

Volvimos al bar unas horas después. Había algo más de tráfico, pero tampoco mucho. De vez en cuando algún coche se nos ponía detrás antes de cambiarse de carril. Eiju iba sentado en el asiento del copiloto, con los labios llenos de migas, y finalmente apoyó las manos en las rodillas y suspiró.

¿Sabes? Hikaru piensa que su hijo también es maricón.

Me quedé callado. Paré en un semáforo y giré a la derecha.

Le he dicho que no se preocupe por eso.

Tú les has dicho que no se preocupe por eso. El hombre que todavía dice maricón.

Mantén los ojos en la carretera.

Quiero decir, ¿qué puede hacer él al respecto? Pero el chico no es como tú. Es una situación completamente diferente. Hikaru tiene que traspasarle su negocio a alguien y eso es un poco difícil si su hijo no tiene un hijo.

¿En qué se diferencian nuestras situaciones?

En el hecho de que yo no soy Hikaru.

Bueno. Sora todavía podría tener hijos.

Bromeas, dijo Eiju, mirándome. Ya no estás en Estados Unidos. Aquí tenemos en cuenta a los demás, no solo a nosotros mismos.

No creo que ningún país tenga el monopolio sobre la consideración hacia los demás.

Ya me has entendido.

Tal vez deberías ser un poco más claro.

Solo porque algo pueda hacerse no significa que se deba hacer.

No es Hikaru quien tiene que tomar esa decisión.

Nos quedamos parados en un semáforo. Eiju tenía un palillo en la boca.

Puede que no, dijo Eiju. Pero en cualquier caso algo está haciendo. La propiedad irá a parar a alguien.

Así que te da lástima.

¿Eso es lo que parece?

Sí.

Bueno. No es mi maldito asunto. Su familia es su familia. Yo ya voy más que servido con la mía.

Nos colocamos delante de un semáforo. Una pequeña tropa escolar cruzó trotando con paso firme.

Si mis manos no hubieran estado agarradas al volante, puede que mis dedos hubieran explotado en mil pedazos.

No le pregunté a qué familia se refería exactamente.

No le dije que lo único que él había hecho con su familia real había sido abandonarnos.

Me quedo callado. Sigo conduciendo.

Pero conseguimos volver.

Una vez aparqué la camioneta en el callejón, junto a los contenedores de basura y reciclaje, Eiju dejó escapar un suspiro interminable. Me preguntó si había pensado en su propuesta. Sobre el bar.

No pasa nada si no lo has hecho.

Sí que pasa.

Bien. ¿Y?

Aún no lo sé.

Aún no lo sabes.

Tengo una vida en Houston.

Tenía una vida en Houston.

Tengo planes.

Los planes cambian.

Para, joder. Tengo pareja. Un tío.

Eiju silbó al oír eso. Un par de adolescentes pasaron a nuestro lado botando una pelota de baloncesto en el cemento.

¿Es como tú?, preguntó Eiju, y me di la vuelta para mirarle la cara.

Japonés, añadió.

Es negro.

Uf.

Miró por la ventana del copiloto. Uno de los chavales botaba la pelota alrededor del otro.

Ya puestos, ¿por qué no llevarlo al límite?, dijo Eiju.

¿Qué cojones quieres decir con eso?

No tengo la menor idea.

Pero, dijo Eiju, es como te dije. Tu vida. Y yo no voy a tratar de convencerte. Eso no funciona con nadie. Pero alguien tiene que quedarse con el bar.

O podrías cerrarlo, dije, y Eiju me lanzó una mirada fugaz, y en su rostro había miedo.

Lo dije para hacerle daño. Me arrepentí enseguida. Mi padre abrió la boca. La cerró. Y entonces abrió la puerta dejando que se colara el aire frío.

*

Todo se ve distinto en función del contexto. Todo.

Esto me lo dijo Ben.

Acabábamos de pelearnos por nada en particular y habíamos hecho todo lo posible por olvidarnos follando. Cada vez que pasaba esto, nuestras relaciones sexuales se volvían prolongadas, frenéticas. Nos mordíamos, nos clavábamos las uñas, llorábamos. Nos exprimíamos el uno al otro hasta que nos faltaba el aliento.

Después nos quedamos tumbados en el colchón. Houston había llegado a sus dos semanas de otoño, una época en la que todo el mundo salía a la calle, botando pelotas, deteniéndose en la entrada de su casa, fumando y hablando demasiado alto y demasiado rato junto a los putos coches aparcados.

Nos habíamos convertido en una diminuta estrella dentro de la constelación del vecindario. Una o dos veces se me había pasado por la cabeza la posibilidad de reventar nuestra burbuja, pero nunca muy en serio. Sencillamente, esa era mi vida en ese momento.

No era lo peor que me hubiera echado a la cara.

No era como con mis padres.

Y ahora las piernas de Ben se apoyaban sobre mi vientre. Me estaba dando un masaje en el cuero cabelludo distraídamente.

Explícame otra vez lo del contexto, le pedí.

¿No lo pillas?

Sí, pero quiero oír cómo lo cuentas.

Por un lado está lo que pasa y luego está la mierda que pasa a su alrededor. Y es igual de importante que el propio hecho.

Pero el hecho sigue siendo lo que pasa cuando pasa. Es su momento.

Fijo, dijo Ben. Pero ese momento pasa. Y todo vuelve a recolocarse. Si pasa el tiempo suficiente, ni siquiera eres la misma persona. El hecho pasa a ser historia. Como ocurre con cualquier suceso. Así que, por principio, lo contemplas de una forma un poco diferente.

De acuerdo, profesor, dije.

Hablo en serio.

Lo sé.

Le rocé la polla con el pulgar, pero Ben no se inmutó.

Los mosquitos aún no habían salido de sus charcos y arroyos. Todavía se podían oír las lamentaciones de los grillos. Hacía un mes habíamos renovado el contrato de alquiler con la chica caucásica -que ahora iba trajeada- y, después, Ben estuvo con cara rara.

Cuándo le pregunté si pasaba algo, me preguntó cómo me sentía. Le dije que estaba bien y entonces me preguntó si eso no me preocupaba.

Ahora tenía la misma expresión.

Volví a rozarlo, pero esta vez me agarró el pulgar. Primero fuerte y luego más flojo.

¿Qué estamos haciendo?, preguntó al cabo de un rato.

Yo aún estaba pensando en mi respuesta cuando sentí que su respiración se había vuelto más relajada.

No sabía si estaba dormido o si seguía esperando a que dijera algo. Pero me quedé debajo de él, muy quieto. Supuse que, cuando despertara, tendría una respuesta para los dos.

*

Ben me dijo en cierta ocasión que todos los hombres con los que había follado coincidían en una cosa.

Sois todos tronchantes. Del primero al último.

*

Sin embargo, las cosas pueden ocurrir de un momento a otro: una noche, estaba fumando un cigarrillo apoyado en la barandilla del bar y, de pronto, de la nada (aunque en realidad nadie aparece de la nada), Tan dobló la esquina.

Lo vi caminar hacia mí, encorvado, con las manos metidas en el bolsillo de la sudadera con capucha. Lo vi detenerse como si analizara algo y, cuando miró hacia arriba, le hice el signo de la paz.

Ey.

Ey.

¿Qué haces ahora mismo, justo en este instante?, pregunté.

Tan me miró. Hizo algún tipo de cálculo mental rápido.

¿Qué tenías pensado?

La madre de Tan vivía a unas cuantas paradas en la línea local, en Doyama. Nos sentamos juntos en el tren, sin llegar a mirarnos, antes de avanzar por la acera, evitando las farolas, por callejones que llevaban al complejo de apartamentos. Estaba oscureciendo. En las esquinas ganduleaban fumadores. Las luces de algún maldito hotel del amor iluminaban una manzana tras otra. Al final giramos a la altura de una tienda de bicis donde un tipo estaba arreglando una rueda defectuosa mientras un par de chavales hacían girar la de atrás.

En el segundo piso de ese edificio, pasados unos buzones y unas escaleras, Tan llamó a su puerta una vez y, después, otra.

Puede que haya salido, dijo, y eran sus primeras palabras desde

que nos habíamos ido del bar.

Una señora mayor abrió la puerta. No se parecía mucho a Tan.

Mantuvieron una conversión en su idioma mientras yo me quedaba detrás de Tan, golpeando el suelo con los pies.

Pensé en Ben, escuchándonos a Ma y a mi hablar en japonés.

De repente, me pareció una idea extremadamente ridícula.

En ese momento la madre de Tan me saludó, sonriendo. Me estrechó la mano.

¡Pasad!, dijo en japonés.

Oh.

Miré a Tan, que se encogió de hombros.

¡Vamos!, dijo la señora con una sonrisa extraordinariamente amplia. ¡Entra! No dejaba de repetir algo y, aunque no me quedaba claro el qué, Tan se sonrojó. Se cubrió el rostro con las manos.

No nos molestará, dijo Tan cerrando la puerta de su habitación.

Está bien, dije. Es tu madre.

Es mi madre.

Despejó el colchón. Quitó de encima un montón de chaquetas. En un escritorio junto a la ventana había un montón de memorias USB iluminadas por el resplandor de una tableta cargándose junto a un par de teléfonos móviles. Había varias cámaras tiradas por el suelo.

Bonito sitio, dije. Es una caja de zapatos. Para unos putos pies bastante tochos.

Mi casa de Houston era tres veces más grande. Salvo por el colchón y la mesa, su habitación estaba completamente vacía. Había un portátil enchufado y unos auriculares colgando de una bandolera. Un petate ocupaba un lado de la habitación, y el contenido estaba esparcido por todo el suelo de madera. No sabía dónde sentarme, así que Tan me tiró del brazo y me dejé caer en su cama.

Llevas una vida ligera, dije.

No hay ninguna razón para no hacerlo.

Aun así. Es diferente.

¿Te habías imaginado otra cosa?

No lo sé, dije limpiándome las manos en el pantalón de chándal.

Dime, dijo Tan, ¿querías que nos acostáramos esta noche?

Me sobresalté, solo un segundo.

Eres directo.

Te has quedado de piedra.

Lo miré para ver si hablaba en serio.

Lo hacía.

Me rasqué la nariz.

En realidad, no, dije.

Sé sincero.

Lo que quiero decir es que no tenemos que hacerlo.

Claro, pero ¿quieres?

Aún no lo sé.

Vale, dijo Tan, y se tiró de espaldas sobre su cama.

Los dos nos quedamos en silencio.

Entonces Tan deslizó una mano por debajo de mi camiseta y empezó a frotarme la espalda. Dejé que lo hiciera.

Tengo a alguien en Texas.

Vale.

Solo quería decirlo. Él me importa.

Nunca he dicho que estemos haciendo nada, dijo Tan, pero no dejó de frotar y me rodeó el torso con los brazos.

¿De verdad eres gay?

¿Tú qué crees?

He aprendido a no dar nada por hecho.

Si estuviéramos en mi país, te mentiría.

Vale.

Dejé caer mi peso sobre la mano de Tan. Me preguntó si me gustaba lo que sentía y le dije que sí.

De acuerdo.

Túmbate bocabajo. Y quítate la sudadera.

Le miré en plan: ¿Por qué?, pero Tan no dijo nada. Aun así, hice lo que me había pedido. Y él también se quitó la sudadera. Maniobró con las piernas para rodear las mías hasta que apoyó la mayor parte de su cuerpo sobre el mío.

Éramos más o menos del mismo tamaño. El colchón de Tan era prácticamente una tabla de madera, una losa de cemento bajo nosotros. Debería haberme sentido como una verdura aplastada, pero no fue así. Él emanaba calor.

Al rato sentí que le crecía sobre mi culo.

Perdona, dijo Tan.

No pasa nada.

Yo también la tenía dura. Éramos dos hombres cachondos tumbados uno encima del otro, sin mantener relaciones sexuales. Pero indudablemente algo estábamos haciendo.

¿Estás bien así?, preguntó Tan.

Sí. Es agradable.

Bien, dijo, y así se quedó.

De vez en cuando se movía sobre mí. Yo me ajustaba bajo su peso. Presionaba la parte superior de mis hombros con los dedos y los

dejaba allí cada cierto tiempo. Escuchábamos la electricidad estática del apartamento y los movimientos silenciosos de su madre por el salón. Y alguna que otra sirena por la calle.

Pero, sobre todo, nos quedamos tumbados en silencio. No sé cuál de los dos se durmió antes.

Cuando desperté, todavía estaba oscuro. Tan ya no estaba subido a mi espalda. Cuando me giré hacia él, parecía aturdido, con los ojos medio abiertos, pero se notaba que había estado mirándome.

Deja que adivine, dijo. Tienes que irte.

Debería.

Pero no me levanté. Tan pestañeó.

Supongo que ya nos veremos, dije.

Quizá, respondió sonriendo.

Pero ahora sé dónde vives.

Ahora sabes dónde vivo.

Ahora tienes algo más que hacer en esta ciudad, dijo Tan.

Al salir, pasé junto a su madre en el salón. Cuando entreabrí la puerta, la mujer pegó un bote con la cara desencajada, pero al ver que era yo, sonrió.

Me saludó.

Yo le devolví el saludo.

Volví caminando al bar. Delante de mí, una borracha iba haciendo eses y se reía sola. Se metió por un callejón. Pero no hubo nada más que ver. El aire se había vuelto un poco más cálido.

Al principio no lo reconocí, pero era Kunihiko sentado en la barandilla. Con la cabeza apoyada en las manos. Tenía un cigarrillo encendido en un puño cerrado; ni siquiera sabía que fumaba.

En cuanto me vio, se incorporó.

¿Dónde coño estabas?

Por ahí. ¿Por?

Deberías haber estado aquí, joder.

¿Qué ha pasado?

Lo hemos enviado al puto hospital. ¿Dónde coño estabas?

A través de las ventanas, el bar parecía vacío. Kunihiko debía de haber echado a todo el mundo a patadas. Estaba cerrado a cal y canto. Me dio por preguntarme si habría fregado los platos antes de chapar.

Entonces respondí a Kunihiko de la forma más sincera que pude: No lo sé.

*

Cada vez que volvía a casa después de mi turno en la gasolinera o de estar follando por ahí, encontraba a Ma junto a los fuegos preparando arroz con sopa de miso o ternera con patatas o champiñones cocinados a fuego lento en *dashi* sobre una base de pollo, siempre después de haber trabajado ella también una jornada completa. No me dio la nota para ir a la universidad y, por supuesto, no teníamos dinero para matricularme sin nota. En una ocasión Ma intentó ponerse en contacto con Eiju para pedirle algo de dinero, después de que yo le dijera que no lo hiciera, después de que arrojara una taza a la otra punta de la cocina en señal de protesta, pero ella contestó que nadie me había dado vela en aquel entierro, que Eiju me lo debía y que no podía rechazarlo, pero también dijo que probablemente no nos contestaría y que, aunque lo hiciera, probablemente no dispondría de fondos, así que, teniendo eso claro, por qué no intentarlo, y Ma tenía toda la razón porque no nos contestó una puta mierda.

Así discurría nuestra vida: yo me dedicaba a follar. Vendía cigarrillos, chicles, cervezas en bolsas de papel marrón y bolsas de hielo. Ma vendía joyas. Yo follaba un poco más. No me daba cuenta, pero Ma aguardaba su momento. Y me esperaba después del trabajo y comíamos juntos a la mesa, sin hablar mucho de nada, golpeando nuestros pies por debajo, apenas rozándonos los talones, pero aun así. Después yo fregaba los platos. Y al día siguiente, vuelta a empezar.

Nuestra constelación, aunque brevemente, había sido restaurada.

Ma y yo vivimos así hasta que yo me mudé, justo antes de que ella se marchase. Hablábamos cuando podíamos, pero yo no podía quitármelo de la cabeza: se había ido, me había abandonado para volver al puto Japón.

*

Un día, justo antes de que volara a Osaka, en una de nuestras peores peleas, le dije a Ben que el mundo no le debía una mierda. Nada. Ni una puta cosa.

Para entonces solo nos tocábamos el uno al otro para follar: él me ponía una mano en el hombro o yo me inclinaba sobre él en la cocina y lo hacíamos allí mismo, sin hablar, con brusquedad y, en cuanto terminábamos, cada uno regresaba a la mierda que hubiera estado haciendo hasta entonces. No es que no supiera lo que estaba pasando

ni que quisiera que lo dejáramos, pero era como la gravedad: sentía estar hundiéndome poco a poco en algo que al final acabaría pasando de todas formas y no sabía cómo detenerlo, darle la vuelta ni nada.

Estábamos en lados opuestos del salón. Ben agarraba el pomo de la puerta como si estuviera dispuesto a arrancarlo de cuajo para arrojármelo.

Eres basura, dijo.

Genial. Muy loable por tu parte.

Saliste de la basura y siempre serás basura.

¿Y en qué coño crees que te convierte eso?

Es mi error, dijo Ben sonriendo. La he cagado contigo.

Tienes razón, dije. Y ahora volverás a tu puta casa, ¿verdad? ¿A Katy? ¿A tu puto dinero? ¿Es ese tu plan? ¿Tienes siquiera un puto plan?

Que te jodan, Michael. Vete a tomar por culo.

Debería. Así por lo menor alguien podría hacerlo como a mí me gusta.

En serio. Que te jodan.

Y evidentemente tú eres el mejor juez en este caso, ¿verdad, Benson? ¿Sobre con quién follar y con quién no? A ti te ha ido muy bien.

Nunca hablábamos de la condición de seropositivo de Ben. Era simplemente algo que él tenía. Se tomaba la medicación con el desayuno, yo lo veía y eso era todo. Pero aquello bastó para poner fin a la discusión. Se tragó sus palabras de inmediato, otra novedad entre nosotros.

Ben parecía dolido, y yo sabía que le había hecho daño. Quería abrazarlo, disculparme, pero no podía, y no lo hice.

Lo vi avanzar por el pasillo, despacio. Le oí cerrar suavemente la puerta del dormitorio.

Esa noche, dormí en el sofá. Ben durmió en nuestra cama.

A la mañana siguiente, ninguno de los dos sacó el tema y no volvimos a hacerlo.

A la semana siguiente, me marché del país.

No lo sé -de verdad que no lo sé- qué habría pasado si lo hubiéramos intentado.

En cualquier caso, no intenté averiguarlo.

Me fui.

Imaginé que él estaría allí a mi regreso.

*

Luego supe que el motivo por el que Eiju se había derrumbado había sido el agotamiento. Había vomitado en la parte de atrás del bar. Kunihiko se dio cuenta de lo que pasaba. El chico había llamado al 119, pero antes de que mi padre perdiera el conocimiento le dijo que mejor llamara a Taro y el médico se presentó diez minutos después, en pijama y abrigo.

Eiju pasó las noches siguientes en la clínica de Taro. Yo me quedé con él. Kunihiko acudía de vez en cuando de visita. Le dije que no se preocupara por el bar, ni por mantenerlo abierto ni por nada, pero él insistía en, como mínimo, limpiarlo.

Por la mañana salía de la habitación de Eiju para que el personal de enfermería realizara los distintos controles. Cuando volvía lo encontraba desinflado y con gesto de dolor.

Finalmente, se presentó Taro. Pregunté si podía quedarme en la habitación, Eiju se limitó a encogerse de hombros. Entonces el doctor nos dijo que el cáncer de Eiju no había aumentado pero que, para ser exactos, tampoco se había reducido. Todo lo que había pasado era el tiempo. El cuerpo de Eiju aflojaba el ritmo. Continuaría perdiendo peso. Las náuseas irían a más, también el vértigo. Síntomas que el tratamiento habría hecho lo posible por reducir. Pero lo único que ocurría era exactamente lo que él -lo que nosotrossabíamos que pasaría. Aquí estaba. Ocurriendo. La única sorpresa del final fue lo rápido que llegó.

Así que estoy en el tiempo de descuento, dijo Eiju.

Estás en tu propio tiempo, repuso Taro.

Ya estoy muerto.

Sigues aquí. Pero necesitas estar cómodo. Ocuparte el bar es una mala idea.

Ahora apenas va por allí, apunté.

Es hora de cortarlo de raíz, dijo Taro.

¿Me estás diciendo que no debería trabajar o que no puedo trabajar?, preguntó Eiju.

Te estoy diciendo que trabajar te matará más rápido de lo que ya lo está haciendo.

Eiju miró a Taro. Se miró su propio regazo. Entonces emitió un sonido que nunca antes le había oído, una especie de silbido que era al mismo tiempo un rugido, un grito y un gemido.

Fui a levantarme para acercarme a él, pero Taro me frenó poniéndome una mano en el hombro. El pecho de Eiju subía y bajaba. Se sacudía. Resollaba.

Al cabo de un rato se calmó.

De acuerdo, dijo. Está bien.

Sabíamos que este momento iba a llegar. ¿Verdad?

Así es, dijo Taro.

¿Es lo que hablamos?

Efectivamente.

De acuerdo, dijo Eiju.

Entonces, está bien. Me quedaré en casa.

De todas formas, necesitas pillarle el tranquillo a cómo llevar un negocio, dijo volviéndose hacia a mí, sonriendo.

Y en ese mismo instante supe, de forma visceral, primitiva, que simplemente podría haber dicho: No.

Podría haber destrozado a aquel hombre allí mismo.

No habría necesitado mucho.

Miré a Eiju a los ojos. Lo entendí todo.

De acuerdo, dije.

*

Una vez, hace años, antes de Ben, estaba a punto de metérsela a un chico caucásico que había conocido en el Grand Prize. Nos conocimos en la mesa de billar y cuando llegamos a su casa se puso a tirar de mis pantalones cortos hasta que consiguió quitármelos y entonces se quedó completamente quieto. Incluso dejó de respirar.

Cuando le pregunté qué pasaba, el chico caucásico dijo que simplemente no era lo que esperaba.

Cuando le pregunte qué quería decir, sonrió, porque imaginaba que yo lo sabía, aunque, sinceramente, en aquel momento estaba pensando en cualquier cosa menos en mi polla.

Y entonces dejó de sonreír. Y todo cobró sentido.

Cuando, mucho tiempo después, le conté esta historia a Ben, se rió en mi cara. Algo muy poco habitual en él.

Que te jodan.

No seas borde.

Yo nunca me río de tus historias.

Tienes razón. Lo siento.

Qué menos.

Pero no me reía porque fuese gracioso, dijo Ben. No es gracioso. Nunca lo es. Pero tengo una pregunta.

Dale.

¿Eso te impidió follar con él?

Ben tenía esa sonrisita. Pensé en la respuesta antes de abrir la boca.

No.

¿No, qué?

No.

Y nos miramos fijamente.

Pues eso, dijo Ben.

*

Varias cosas en las que Eiju, incluso estando enfermo, al borde mismo de la muerte, sigue sin creer: desayunos normales, calcetines para andar por el apartamento, lavarse las manos con jabón, dormir ocho horas enteras.

Fumaba por las mañanas.

Yo le recordaba las órdenes del médico.

Eiju me recordaba que tenía cáncer, joder, no Alzheimer.

Yo le decía que así solo conseguía agravar las cosas, empeorar su situación.

Él replicaba que el resultado final iba a ser el mismo, que si lo tomaba por un puto idiota, que por qué se lo recordaba.

Me llevé el futón a su dormitorio. Por las noches, mi nariz rozaba su hombro. Nos lo había recomendado Taro, pues pensaba que, en el peor de los casos, mi reacción podría ser más rápida. No lo suficiente, pero sí más rápida.

Taro nos dijo que lo fundamental en ese momento era minimizar riesgos, que de eso se trataba, y Eiju refunfuñaba mientras acondicionábamos su apartamento a prueba de sustos.

Cuando limpié los suelos tal como había sugerido Taro, Eiju dijo que por qué no nos deshacíamos directamente de todos los muebles, para minimizar riesgos.

Cuando preparaba la comida recetada por Taro, Eiju decía que por qué no nos saltábamos directamente todas las comidas, para minimizar riesgos.

Cuando apoyaba la cabeza en la almohada junto a la de él, aplastando mis orejas contra el cojín, Eiju decía que por qué no dormíamos directamente en el mismo futón, para minimizar riesgos al máximo.

Crees que es un juego, dije. Pero no lo es. Para nada.

Eiju apoyó la cabeza en mis pies, con los ojos cerrados sobre la madera.

No lo pillas, dijo. Eso es exactamente lo que es. Todo esto no es más que un juego. Es una partida perdida.

Y nadie gana, dijo Eiju. Todos perdemos. Ese es el tema.

Llamé a Kunihiko para decirle que el bar permanecería cerrado una semana.

Hasta que supiéramos que íbamos a hacer.

Se quedó callado tanto tiempo que llegué a preguntarme si se habría cortado la llamada.

¿Y qué vamos a hacer?

Le dije que no lo sabía, con la voz más sincera que pude.

Eso ya lo has dicho, dijo Kunihiko.

¿Qué?

Que no lo sabías. Pero no importa. Lo entiendo.

Y entonces colgó.

Una mañana, Natsue nos hizo una visita en el apartamento. Trajo un desayuno bento sellado con un envoltorio de plástico. Cuando fui a abrir la puerta, Eiju todavía dormía, así que nos quedamos en la puerta de su dormitorio, viendo cómo subía y bajaba su pecho.

Gracias, dije, y Natsue me miró.

Es un amigo muy querido. Uno de los más antiguos que conservo.

Sí, dije. Pero no solo por eso. Por no flipar conmigo. Siendo su hijo.

Ah.

Sonrió, solo un poco.

Siempre lo he sabido.

¿Ah, sí?

Pues claro. Eiju no podría guardar un secreto ni a punta de pistola.

¿Lo sabe alguien más?, pregunté, pero Natsue se encogió de hombros.

Creo que todo el mundo sabe exactamente lo que necesita saber.

Nos llevamos la comida al sofá. Yo iba en pantalones de chándal. Natsue se estiró la chaqueta. Sentados con las piernas cruzadas en el

sofá, me preguntó cómo lo llevaba.

Está bien, dije. Teniendo en cuenta su situación.

No me refería a tu padre, dijo Natsue. Sino a ti.

Estoy bien.

¿Solo bien?

Solo bien. No soy yo el que está enfermo.

Eso no quiere decir que estés bien.

Lo estaré.

Claro, dijo Natsue. Más te vale

Pero aquí me tienes si no lo estás.

Una tarde, Takeshi y Hiro aparecieron por el apartamento. Sana se había quedado en casa con sus hijos, pero sus amigos aparecieron con unas cervezas del 7-Eleven. De pie en nuestro apartamento, se quitaron los zapatos y se familiarizaron con el salón de Eiju mientras él dormía, contemplando embobados las paredes primero y después el sofá. Parecían un par de críos.

Las cervezas son para ti, dijo Takeshi.

No sabíamos si Eiju podía beber, dijo Hiro, pero nos imaginamos que tú podrías necesitarlas.

Les pedí que se quedaran un rato para tomarnos las cervezas en el salón. Al principio dijeron que no, con vehemencia, antes de sentarse y terminar bebiéndose tres cada uno, rajando, riéndose y haciendo tanto el gilipollas que yo apenas tuve que hablar.

Y entonces, esa noche, nos visitó Kunihiko.

Había esperado que se diera alguna situación incómoda entre nosotros, y así fue cuando entró por la puerta. Era la primera vez que iba a casa de Eiju. Kunihiko se estiraba los dedos. Le dije que no se hiciera tanto el sorprendido y trató de fruncir el ceño. Fue de aquí para allá por el salón y luego entró en la cocina dando grandes zancadas. Me miraba y parecía que iba a decir algo, pero no lo hacía. Y yo no estaba por la labor de ayudar a que se sintiera cómodo. Y justo en ese momento, cuando la situación empezaba a volverse ridícula, Eiju salió del dormitorio.

Miró a Kunihiko. Le preguntó qué cojones pasaba.

Nada, contestó Kunihiko.

Exactamente, dijo Eiju. Nada. No pasa nada, así que quita esa cara de susto.

Vale, dijo Kunihiko, y me miró. Yo me encogí de hombros.

Los tres nos quedamos de pie en el salón. Eiju se rascó el culo.

¿Qué os parece si hacéis algo útil, joder, y preparáis un poco de

arroz para todos?, dijo tirándose en el sofá.

Y eso fue lo que hicimos, Kunihiko y yo, de pie, en silencio, junto al fregadero.

Cuando volvimos al salón, Eiju roncaba. Así que Kunihiko y yo nos sentamos en el suelo uno enfrente del otro, llevándonos pequeños bocados a la boca.

Yo cocinaba para Eiju. Limpiaba el apartamento. Daba vueltas a la manzana, deambulaba por los alrededores del mercado Kuromon, almorzaba en el sitio de curri que había detrás del complejo, iba en la línea local hasta Umeda y un día no cogí el tren de vuelta, decidí que regresaría caminando al apartamento. Osaka no es grande. Habría tardado como mucho un par de horas. Pero hacía un frío del carajo. Mis zapatillas de deporte no estaban hechas para caminar sobre esas aceras. A mitad de camino me di por vencido y entré en una estación, pero me equivoqué de andén y me puse a esperar en uno que iba en dirección contraria. Me di cuenta después de haberme subido, pero estaba agotado, jodidamente fatigado, y en menos de quince segundos me quedé inconsciente en el asiento.

Al despertarme ya había cruzado media ciudad. Enfrente de mí se sentaba un tipo gordo en pantalones cortos y zapatillas Jordan que me miró un tanto asustado al ver que me despertaba. Durante el resto del trayecto fingimos que no nos estábamos dando un repaso el uno al otro, hasta que al final él se bajo lanzándome una última mirada, y entonces me quedé solo.

Al final de esa semana, Eiju y yo estábamos comiendo un curri que había preparado yo cuando de repente empezó a temblar. Los dos habíamos tomado una cerveza, y luego yo había seguido con una segunda, una tercera, una cuarta. En la pantalla descolorida y apelmazada del televisor de Eiju estaba la retransmisión de la repetición de un partido de los Tigres de Hanshin, que en ese momento estaban apiñados en el campo.

Y entonces aparecieron los temblores.

Primero en los hombros y después en las rodillas.

En los dedos.

Le pregunté qué pasaba.

Menuda puta cara puso.

Nada.

Y entonces rompió a llorar.

Me quedé allí sentado con mi cerveza y el curri mientras Eiju se agitaba y temblaba ligeramente, haciendo muchísimo esfuerzo por no

moverme.

Cuando pasó aquel episodio, Eiju tosió. Le di una de mis servilletas de papel. La cogió, se limpió la boca, se aclaró la garganta y preguntó si me quedaba alguna cerveza en la nevera.

*

La última conversación que mantuve con mi padre antes de que se largara de Estados Unidos fue en el salón de casa. Él se paseaba por el apartamento en calcetines y sudadera. Yo me iba al colegio. Cuando volviera a casa esa tarde, no lo vería, ni esa noche, ni a la mañana siguiente. Para entonces, se habría evaporado de mi vida, pero aquella mañana yo no lo sabía y él se tomó su tiempo con los zapatos.

Antes de salir por la puerta -con unas Nike y un jersey inmenso, como de costumbre- Eiju me agarró del hombro. Me dijo que me colocara a su lado. Lo hice y dio algunas vueltas hasta que se plantó delante de mí, respirando en mi cara. Olía a vida y fue lo más cerca que habíamos estado en mucho tiempo; era plenamente consciente de su cuerpo. Nuestros pechos casi se tocaban.

Eiju no necesitó bajar la mirada. No podía mirarme desde las alturas. En esa época yo ya era tan alto como él. Sus ojos se encontraron con los míos.

Me cogió las manos.

Entrelazó nuestros dedos.

Entonces sonrió.

Casi me has alcanzado, dijo.

Casi.

Pronto, dijo, y salí para coger el autobús y cerré la puerta al salir y no volvería a oír la voz de Eiju en más de quince años.

O puede que esté mintiendo: no era lo más cerca que había estado de él, pero eso fue cuando yo era niño.

Una vez, Eiju estaba en alguna de sus juergas. Una de las primeras en Houston. No le vimos esa noche ni a la mañana siguiente y yo me quedé tirado junto a la puerta y, cuando Ma intentó moverme, me puse a dar patadas y a gritar y ella terminó arrastrando las sábanas por la moqueta y durmiendo a mi lado en el pasillo.

Antes de irme a la cama, solía dar un beso a mi padre en la frente. Eiju no era un hombre sensible, pero él hacía lo mismo, justo en las orejas. Yo no podía dormirme sin ese beso y él nunca se olvidaba. Ni siquiera cuando empezó a beber. Antes de que las cosas se pusieran feas. Si no estaba, me quedaba despierto con Ma y ella intentaba

hacerlo por él, pero no era lo mismo y terminábamos esperándolo.

Cada vez que Eiju reaparecía de sus andadas, oliendo a alcohol y a humo, lo primero que hacía era darme un beso en la frente. Luego en mi oreja derecha y después en la izquierda. Y luego, una sola vez, en el puente de mi nariz.

*

Kunihiko y yo reabrimos el bar al cabo de unos días. La mañana de del día anterior pregunté a Eiju si le parecía una buena idea, y todo cuanto hizo fue responder con una mueca.

Estábamos repanchingados en el salón, en pijama, separados por sendos cuencos de pepinillos encurtidos sobre la mesa. Esa vez en la pantalla centelleaba un partido de rugby entre Australia y Corea del Sur. Había conseguido conectar el partido desde mi portátil.

¿Importa algo lo que yo piense?

Por supuesto que importa. Es tu bar.

Empezó a toser. Delante de nosotros, un grupo de hombres con las rodillas dobladas se encerraba en una melé.

Esperé a que terminara. Le pasé una servilleta de papel. La aceptó. Aquello se había convertido en nuestro pequeño ritual.

De acuerdo, dijo Eiju. Claro que importa. Maldita sea.

Así que Kunihiko y yo limpiamos las barras y los taburetes, e hicimos un inventario del alcohol. Él no me dirigía la palabra y yo hacía todo lo posible por no darle demasiada importancia. Solo nos comunicábamos cuando era absolutamente necesario. Yo asentía y él señalaba y yo gruñía en señal afirmativa.

Pensé que no era muy diferente a estar otra vez en casa con Ben.

Y entonces pensé en cómo había salido aquello. O en cómo no había salido.

Pero aquel silencio era imposible de mantener. Yo lo sabía y Kunihiko también tenía que saberlo.

Así que esperé hasta que él se agachó junto al fregadero y le di en el culo con la punta del dedo del pie.

Kunihiko se levantó de golpe, muerto de vergüenza.

Ey, dije, no está tan mal.

Kunihiko me miró largo y tendido. Entonces volvió a agacharse para fregar un panel que había debajo. Yo me quedé allí de pie, mientras Kunihiko intentaba ignorarme, pero al final volvió a levantar la cabeza.

Todavía estás aquí.

Aquí sigo.

Sé que esto es difícil para ti, añadí, pero no es ninguna sorpresa.

Para mí sí que lo ha sido.

Vale, dije, lo lamento.

Me lo podríais haber contado, dijo Kunihiko. Él me lo podría haber contado. Los dos me habéis mantenido a oscuras.

Se apoyó en el mostrador agarrándose una muñeca con la otra. Yo me rasqué el hombro.

Mira, dije. Veo a Eiju todos los días. Él sabe lo que está haciendo. Y lo que le espera.

No he podido ayudarlo, dijo Kunihiko.

Ese no es tu trabajo.

Ahí te equivocas.

Kunihiko se puso de pie, con las manos detrás de la espalda. Nuestras frentes casi se rozaban. Yo debería haber estado allí, dijo. En el hospital. Cuando descubrió que estaba enfermo. Por muchos motivos. Porque yo he estado con él todo este tiempo. Y tú también deberías haber estado ahí. Ese es el problema. El problema es que tú te fuiste.

El aliento de Kunihiko olía a cerveza. Ahora respiraba sobre mí, con los antebrazos apoyados en la barra.

Podría haber muerto, dijo Kunihiko.

No exageres.

Ahórratelo. Podría haber pasado. ¿Y entonces qué habrías hecho?

Creo que ya es suficiente, dije. ¿Has bebido?

No. Puede. Pero ¿dónde estabas exactamente? Dime la verdad.

No es de tu maldita incumbencia, Kunihiko.

Seguro que estabas por ahí follándote a tíos. Mientras tu padre se asfixiaba en su lecho de muerte.

Hay un fenómeno que se produce algunas veces -aunque, si uno tiene suerte, no demasiado a menudo- y que consiste en que alguien a quien crees que conoces dice algo sobre tu homosexualidad que no te esperabas bajo ningún concepto. Ben decía que era como un pequeño terremoto. No creo que fuera desencaminado. La cuestión es que te desestabiliza. La intensidad con la que lo haga depende únicamente de dónde se origine el temblor, de las líneas de falla.

En fin. Eso es lo que sentí.

Esperé para ver si Kunihiko volvía a romper el silencio, pero no lo hizo.

No es asunto tuyo.

Apuesto a que piensas que soy un idiota.

No, pero creo que estás siendo un puto ridículo.

¿De verdad crees que Eiju nunca me lo contaría? ¿A mí?

Lo que creo es que me estás cabreando, Kunihiko.

Bien. Eso está bien. Deberías estarlo. Debería importarte, joder.

Kunihiko, dije, y le agarré por el cuello de la camisa.

Fue muy rápido, y aquello pareció un baile más que otra cosa. Kunihiko no podía escapar a ninguna parte, de modo que ahí estábamos, ingle contra ingle, y cuando intentó moverse, le cerré el paso colocando un pie a cada lado.

¿Estamos?, dije. ¿Estamos?

Bien, dijo Kunihiko. Suéltame.

No. Escúchame bien, le dije. Te voy a contar un secreto.

Mi padre se va a morir. Tiene un pie fuera ya. Y cuando se vaya, ¿quién crees que va a decidir qué pasa con este puto garito? ¿Y cómo crees que me hará sentir esta conversación después de que eso ocurra? ¿Crees que ayudará a tu situación?

¿Eso es una amenaza?

Es una promesa, Kunihiko.

Así que ahora te crees mi puto jefe.

No, dije. Lo que sé es que trabajas para mí. Hasta que yo diga lo contrario.

Kunihiko abrió mucho los ojos. Pero dejó de intentar zafarse. Nunca lo había visto tan enfadado.

Y entonces, a nuestra espalda, la puerta del bar se abrió.

Era Sana, en pantalones de chándal y abrigo, con una joven a su lado. Sonreía desde la puerta, pero la sonrisa se evaporó en cuanto nos vio a Kunihiko y a mí, y la mujer solo acertó a pestañear.

Entonces vi que llevaban a los bebés en brazos.

Supe que Kunihiko también los había visto cuando noté que se relajaba.

Los dos nos llevamos las manos a la espalda y nos apartamos el uno del otro.

Espero que no estemos interrumpiendo nada, dijo Sana.

De ninguna manera, dije.

¡Tus hijos!, exclamó Kunihiko.

Sí, dijo Sana. Y ella es mi mujer, Erka. Justo pasábamos por aquí.

Tal vez hayamos llegado demasiado temprano.

No, dije. Habéis llegado perfectamente. Kunihiko os iba a servir la bebida.

Yo no iba a hacer una mierda.

Claro que sí.

No, dijo Kunihiko, pestañeando nervioso, quieto.

Tienes razón, dijo. Si me quedo aquí, trabajaría para ti. Lo pillo. Pero no tengo que quedarme.

Y con las mismas, salió de detrás del mostrador. Al hacerlo tropezó y tuvo que enderezarse. Cuando Sana fue a ayudarlo, Kunihiko se quedó quieto un instante y luego le apartó encogiéndose de hombros antes de pasar junto a Erka y salir por la puerta.

Nos quedamos los cinco en el bar.

Los gemelos bostezaron.

¿Es así todas las noches?, preguntó Erka.

Sana me miró. Les indiqué que se sentaran en los taburetes. Ambos tomaron asiento haciendo malabares con los niños y yo encendí la radio.

Les pregunté si tenían hambre. Todavía no había preparado gran cosa, pero podía ponerme a ello.

Eiju nunca cocina tan temprano, dijo Sana.

Lo sé, dije abriendo el grifo, lavándome las manos.

*

Lenta, lentamente y, de pronto, de golpe.

Eiju limitó su actividad a una fórmula fija: se levantaba, bajaba caminando despacio por la carretera hasta la estación. Se montaba en la línea local para ir hasta la panadería que le gustaba en el vecindario colindante. Se tomaba un café, compraba unos pasteles y, algunos días, volvía con ellos. Otros, se los comía allí. Pero una vez terminaba, se marchaba, se sentaba en un banco y se fumaba un cigarrillo en el parque. Cuando volvía al apartamento, volvía a tumbarse. Miraba la televisión, se dedicaba a cambiar de canal. Se preparaba el almuerzo y, luego, cuando yo me levantaba, me lo preparaba a mí. Justo antes de salir hacia el bar, se fumaba un último cigarrillo y apoyaba la cabeza para dormir.

Cuando yo volvía por la mañana, él quitaba el cerrojo a la puerta. Un nuevo día volvía a comenzar.

*

Envié un mensaje a Ben.

Nada salvaje. Un simple hola.

¿Qué conversaciones tiene uno cuando siente que no quiere decir

nada?

Dejé el teléfono y su respuesta llegó de inmediato.

Ben me pedía que le enviara una foto.

Era media tarde. Le envié una foto del cielo.

Respondió enseguida, más rápido de lo que lo había hecho nunca:

Reconocí la gasolinera que había al lado del apartamento. Los cables de teléfono junto al Pizza Hut. La forma en que las letras se desvanecían por los bordes.

Había enviado una foto de su propio cielo.

Después, sin ningún motivo en particular, le envié fotos de lo que me rodeaba.

La estación de tren. Unos viejos en un banco. Una cerveza caliente en el bar. Unos niños cualesquiera tirando y fallando triples junto al McDonald's. No le decía nada sobre cómo estaba ni cómo había estado. No podía decirse que aquellas imágenes revelaran información de ningún tipo. Pero era una forma de hablar, más o menos.

Y Ben me envió fotos del trabajo en las que salía Ximena. Nuestro porche de delante. Nuestros vecinos. En una, los chavales de la puerta de al lado hacían el signo de la paz con su gato en brazos.

¿Cómo llegamos a ese momento crucial entre nosotros?

En silencio, supongo. Los grandes momentos nunca son tales en el instante preciso en que suceden.

Pero mejor repasemos la escena: una noche habíamos salido a dar una vuelta a la manzana. A veces aún lo hacíamos. No era una súper producción ni nada parecido, aunque para entonces Ben siempre terminaba soltando mierda cada vez que discutíamos. Y anda que

discutir no se había vuelto habitual. Yo no solía responderle cuando se ponía así. O simplemente le llamaba mimado. Un puto privilegiado. Aun así. Después o, a menudo, antes, terminábamos recorriendo la manzana de extremo a extremo. Si no hacía demasiado calor, doblábamos la esquina y volvíamos a casa. Y un día, al borde de la carretera, Ben me preguntó si quería seguir adelante.

Sí, dije. Creo que sí. A menos que quieras ir más lejos.

Al ver que no decía nada, me volví para mirarlo.

Estábamos hablando de cosas distintas. Pero no rechazó mi sugerencia. Vio la comprensión en mis ojos. De repente, hablábamos el mismo idioma. Y nos dimos media vuelta juntos.

Ninguno de los dos dijo nada al volver. Esa noche no follamos. Pero Ben me cogió la mano hasta que se quedó dormido. Me fijé en la forma en que sujetaba mis dedos y traté de memorizar el gesto para el recuerdo.

Decidí romper con él a la noche siguiente. Sería lo mejor para ambos.

Cuando Ben se dio la vuelta, roncando, traté de apresar también ese recuerdo.

Pero entonces, claro, me llamó Ma para contarme lo de Eiju.

*

Preguntas que me ha hecho mi padre desde que estoy en Japón: ¿Dónde vives ahora en Houston?, ¿Qué?, ¿Por qué ahí?, ¿No pudiste encontrar mayor basurero?, ¿De verdad crees que es un comentario racista?, ¿Me tomas el pelo?, ¿De verdad piensas que has sufrido?, ¿Vives solo?, Bien, ¿y él que hace,? ¿Y te dejó marcharte sin más?, ¿Para venir aquí?, ¿Para verme?, ¿Y crees que de verdad le importas?, ¿Crees que realmente le importas a alguien?, ¿Crees que le importamos a alguien?, ¿Por qué dices que has vuelto?, ¡Relájate, no es para tanto!, ¿No aguantas una pregunta pero estás convencido de has tenido que soportar alguna puta mierda?, ¿Qué había de cenar?

Una noche, Takeshi y Hiro convencieron a Sana para que dejara a su familia en casa y aparecieron por la puerta después de haberse bebido ya seis cervezas en alguno de sus juegos. Estaban más que borrachos y tuve que pedirles un poco de calma.

Tonterías, dijo Hiro.

Tú no eres Eiju, dijo Sana.

Exacto. Lo que significa que puedo echaros de una patada en el

culo.

En ese momento, todos me miraron. Como si hubiera roto alguna puta regla sagrada. Pero no dijeron nada: simplemente hicieron lo que les había pedido.

Más tarde, después de aquello, me dijeron que en aquel momento me había parecido mucho a él. Que había sonado igual que él.

En otra ocasión, Takeshi se pasó él solo por el bar. Solía ser el más ruidoso de la pandilla, pero aquella noche no estaba muy hablador. Entre nosotros había un silencio cómodo. Él bebía y se fumaba un cigarrillo tras otro y yo me mantenía ocupado detrás de la barra. Antes de marcharse, dejó demasiado efectivo debajo del posavasos. Pero cuando lo llamé por su nombre me dijo adiós con la mano y volvió a adentrarse en la noche.

No podía decirse que las mañanas fueran demasiado radiantes cuando volvía caminando al apartamento. A veces, a la altura de la estación, pasaba junto al mismo grupo de chavales que bailaban al ritmo de Missy Elliot en sus teléfonos. Bailaban *pop and lock* junto a las escaleras mecánicas, deteniéndose cada tanto para observarse unos a otros, pero nunca se paraban al verme. Me dejaban que me quedara por allí y seguían haciendo sus movidas.

Una mañana, fui con la camioneta al muelle para recoger un pedido. Entregué la lista a Hikaru, que estaba fumando y me echó todo el humo en la cara. No preguntó por Eiju. Se comportaba como si él ni siquiera fuese un proveedor. Y una vez entró, no volvió a salir. Pero entonces apareció Sora para ayudarme a cargar las cajas, quejándose una y otra vez de sus rodillas. Después el chaval me pasó dos cervezas y una vez más nos sentamos a beberlas en la parte de atrás de la camioneta, sin abrir la puta boca.

Servía la cerveza, preparaba las bebidas, cocinaba el arroz, fregaba los platos.

Darte cuenta del instante en que las cosas empiezan a cambiar provoca algo extraño en tu cabeza.

Al principio, una pausa, mientras los clientes habituales se adaptaban a la nueva realidad. A que su nueva realidad era yo. Tardaban un poco más en pedir que les rellenara el vaso. Demostraban una mayor consideración en sus conversaciones. Ahora solo tenían que lidiar con una persona, con dos pies corriendo detrás de la barra en

lugar de seis.

Una noche, Natsue me preguntó cómo iba todo, y le dije que todo iba bien.

¿De verdad?

De verdad.

De acuerdo, dijo, y pidió otra cerveza levantando un dedo.

Con el tiempo, retomaron sus expectativas. El escenario cambió.

Solo pasó una vez: un día, Hiro pidió cerdo salteado con *kimchi*, y me salió igual que como lo hacía mi madre, como yo se lo había estado preparando a Ben. Era completamente distinto al de Eiju. O al de Kunihiko. E Hito abrió la boca para decirlo: Esto no sabe a como lo habría hecho Eiju.

Natsue y Hayato torcieron el gesto.

Solo pude asentir.

Pero, dijo Hiro, no está tan mal. Puedo vivir con esto.

Una noche, Mieko se inclinó sobre la barra y me tocó en el hombro.

Esto no me lo has oído a mí, susurró, pero conozco al chico perfecto para ti.

*

Una tarde, después de un chequeo, pregunté a Taro qué esperar de cara al futuro. Para entonces había empezado a hacer visitas de cortesía diarias a Eiju. Tuvimos la conversación sobre los cuidados paliativos una sola vez y, cuando sugerí a Eiju la posibilidad de conseguir un poco más de ayuda, me espetó: ¿Para qué coño crees que te he mantenido cerca?

Después de los chequeos, Taro y yo hablábamos fuera, en la barandilla. Él fruncía los labios antes de contestar, considerando hasta el último detalle.

Y ahora, ¿qué?, pregunté, y juro por Dios que casi se encoge de hombros.

Nada, contestó Taro.

Me refiero a qué puedo hacer.

Sé lo que quieres decir.

Todos piensan que pueden hacer más, cuando en realidad muchas

veces ya lo están haciendo.

Eiju, claro está, no quería oír esa mierda.

Ahora tardaba en levantarse de la cama.

Tardaba en cagar.

Tardaba en sentarse en el puto sofá.

Tardaba en salir a estirarse al puto patio.

Ahora, cuando volvía del bar por las mañanas, yo preparaba el desayuno para los dos mientras él miraba desde el sofá. A veces daba un solo bocado. Otras, terminaba su plato.

A veces lo vomitaba todo al cabo de un rato, y normalmente le daba tiempo a llegar al cuarto de baño, a menos que, accidentalmente, no llegara ni de coña.

Pero siempre intentaba comer todo lo que le preparaba.

Cuando Eiju preguntó por el bar, cómo iba, cómo estaba la clientela, le dije que aún me estaba adaptando. Que yo no era él.

No me digas, dijo. Pero no te he preguntado eso.

Va bien. Todavía aprendiendo.

Es más fácil cuando tienes algo de ayuda. Kunihiko es un buen aprendiz.

No le había contado lo de Kunihiko, que no le había visto desde que se fue.

Te acostumbrarás, dijo Eiju.

Y, a pesar de todo, le dije que lo haría.

*

Cuando las cosas empiezan a irse, lo hacen todas a la vez.

La siguiente caída de Eiju es a lo grande. Se cae al suelo de forma espectacular, en la cocina, tirando de paso la tabla de cortar y los cucharones.

Después, el colapso de su cuerpo se produce de forma tranquila, natural. Simplemente cae.

Si yo estaba por los alrededores cuando ocurría, le ayudaba a levantarse.

Pero quién sabe qué sucedía cuando no estaba.

Una mañana, en la cocina, le pregunté eso mismo. Acababa de

volver del bar. Estábamos comiendo en el suelo, donde él no podía caerse, y Eiju hizo una mueca.

Levantarme me proporciona algo que hacer cuando te has ido.

No seas estúpido, dije. Deberías tener un botón de alarma para casos de urgencia.

¿Para que venga todavía más gente dando el coñazo? Vete a la mierda.

Creo que te referías a más ayuda.

No, dijo Eiju. Estoy bien. Como diría tu madre: Vuelvo a la tierra. Además, es demasiado pronto para estar teniendo esta conversación.

En cualquier caso, dijo Eiju, no quiero un entierro. Lanzadme al océano, por todo Kansai. Me da lo mismo. No me importará. Y tampoco a Mitsuko.

No digas eso.

Es la verdad.

Pero no tienes que decirlo.

A ver quién está siendo ahora poco realista.

No le importará una mierda, dijo Eiju. Y no debería.

Solo prométeme que no esperarás para contárselo. Deja que Mitsuko lo sepa en cuanto me haya ido. ¿Estás hablando con ella?

No te preocupes por eso.

Muy bien.

Prométemelo.

De acuerdo.

Dilo.

Lo prometo.

Bien.

Tengo muchas otras cosas por las que preocuparme, dijo Eiju. Trata de no darme muchas más.

Observaba a Eiju para ver si desmoronaba. Si es que pasaba algún día. Pero nunca lo hizo.

Estaba sentado en el suelo de madera a su lado. Me permití apoyarme en sus piernas y, tras comprobar que no se ponía tenso, cerré los ojos.

Esperé para ver si su respiración se calmaba. Cuando no lo hizo, me dejé llevar por el sueño.

Tal vez esa sea la cuestión, dijo Eiju tan pronto como pensó que me había quedado dormido.

Quizá todo vuelve a su lugar, le oí decir, medio dormido.

*

Un recuerdo: Eiju y yo en casa, en Houston. Estamos esperando a Ma. Ha cogido un avión a Tokio, donde sus padres la repudiarán de forma oficial. Es una visita muy breve y tardará décadas en volver a su país.

Durante su ausencia, Eiju y yo nos hacemos muecas el uno al otro. Nos tapamos con una sábana. Los vecinos de al lado se están peleando, o follando, en cualquier caso es algo que hace ruido y que se cuela por la pared del apartamento.

Primero, Eiju es un fantasma.

Luego es un trompetista.

A continuación, un perro.

Yo tengo seis o siete años.

En un momento dado, Eiju se mueve a mi alrededor en círculo, tocando mi hombro con su zarpa, a cuatro patas, mientras yo le agarro el pelo. Nunca he sido más feliz.

Otro recuerdo: Ma aún no ha vuelto. Eiju y yo estamos comiendo en el restaurante chino. Me ha llevado con él al trabajo porque evidentemente no puede permitirse un canguro o ni siquiera sabría dónde encontrar uno. Pero su turno ha terminado y estoy sentado en la barra mientras me da de comer fideos con un cucharón. Cada vez que me resbalan por la cara o se me escapan entre los dientes, él los recoge y se los enreda en los dedos para comérselos.

Despacio, dice, dejando que le cuelguen de los labios.

Un recuerdo: Eiju y yo vamos en coche al centro de Houston, conducimos sin rumbo de noche. Nadie le espera en casa, yo soy la única persona a la que necesita ver. Hemos alquilado un coche con el salario de esa semana, un derroche que Ma nunca aprobaría. Estoy sentado al lado de mi padre mientras él va nombrando las calles con voz sonora, pronunciado cada sílaba. Habla buen inglés, pero se trastabilla en las avenidas con nombres españoles y vietnamitas.

Cuando nos detenemos en un semáforo, me coge la mano y señala con mis dedos la luz de las farolas.

Ahí vivirás tú, dice cada vez que pasamos por un edificio iluminado, cuyas luces brillan para nosotros.

*

Y entonces, una tarde, Kunihiko se presentó en la puerta de Eiju, sin mayores preámbulos, explicaciones ni justificaciones.

Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta sin mangas. Era lo más informal que le había visto nunca. Traía una bolsa de tela llena de comida en un brazo y una de papel llena de verduras en el otro.

Sin decir nada, entró pasando a mi lado y las dejó en la encimera. Eiju le miró primero a él y luego a mí, pero no dijo nada.

Callado, Kunihiko tanteó el armario de la cocina en busca de cacerolas. Fue palpando hasta que encontró palillos, una cuchara y un vaso medidor. Yo me apoyé en la encimera a su lado, observando, y de vez en cuando me miraba.

Al final dije: ¿Cómo sabes dónde está todo?

Todos los japoneses equipan sus cocinas de la misma manera, repuso Kunihiko.

No lo sabía.

Nadie esperaba que lo supieras. ¿Dónde está la espátula?

Donde la guardan los verdaderos japoneses.

La verdad es que no tienes ninguna gracia, dijo Kunihiko.

Lo sé. Pero, oye, ¿de qué coño va todo esto?

Kunihiko solo frunció el ceño. Sacudió la cabeza.

Nada, dijo. Solo he venido a ayudar.

¿De verdad?

De verdad. Igual que siempre.

No. No es así de simple.

Pero puede serlo, dijo Kunihiko, suspirando, mirándose los pies. Si tú lo permites, puede ser así de simple. Puedo estar aquí. Ayudando.

Es la salida más fácil.

Tienes razón, dijo Kunihiko. Asintió. Luego me tendió la mano.

¿Amigos?, preguntó.

Realmente era como un niño.

¿No debería preguntártelo yo a ti?

Fui un gilipollas. No estuvo bien.

Sí que lo fuiste.

Hablo en serio.

Y yo.

¿Podéis cerrar los dos la puta boca?, dijo Eiju. Creía que ya tenías un maldito novio, Mike.

Kunihiko volvió a ponerse con los huevos, a cortar tomates, cebollas y tofu, añadió una cucharada de almidón de patata y lo batió todo hasta conseguir una especie de *frittata*, antes de meterlo en el horno. Nos tumbamos y nos quedamos dormidos frente al televisor. Eiju refunfuñaba por el doblaje de mierda de *Hora punta* Veinte

minutos después nos habíamos olvidado de la puta cazuela y se había quemado entera, pero aun así nos la terminamos.

*

Otro recuerdo: Estamos cargando hasta los topes el coche antes de conducir hasta California para ver la costa. Eiju levanta en volandas a mi madre y la deposita en el asiento de atrás. Ella grita, riéndose, y una vecina negra que vive al lado se asoma a través de la cortina. Cuando ve que se trata de mis padres, nos saluda a los tres con la mano.

Otro recuerdo: El viaje a San Francisco es largo y solo hacemos una parada, en un motel. La señora de la recepción es color café. Cuando sonríe se le ven todos los dientes. Mi madre nos pide que traigamos un poco de hielo de una máquina que hay al final del pasillo y Eiju me lleva con él, medio dormido. Me sube a sus hombros y esprintamos a toda velocidad mientras yo cargo con el cubo, gritando.

Otro recuerdo: Nuestra primera noche en la habitación del motel. Hace tanto calor que no puedo dormir. El aire acondicionado no funciona. No consigo estar cómodo en mi cama improvisada con las sábanas en el suelo y las cambio por la moqueta. Cuando no doy con una postura cómoda en la moqueta, me quito la camiseta y después los calzoncillos. Al verme llorando, Eiju sale de la cama que comparte con mi madre para dormir en el suelo a mi lado. Por la mañana, Ma me encuentra arropado por él y pregunta si de verdad pensábamos que así tendríamos menos calor.

Otro recuerdo: Eiju está pasando fotos en el suelo y me pregunta si me parezco a su padre o al padre de mi madre. Me encojo de hombros, porque no lo sé. Me dice que alguien lo decidirá si no elijo pronto.

Fíjate en las orejas, dice tirándome de ellas.

Otro recuerdo: Mi madre intenta dar la vuelta a una tortita en el hornillo de la habitación del motel y aterriza en el suelo de baldosas. La de cucarachas que hemos visto corretear por allí en el último par de días. Mi madre no despega los ojos de la tortita y, de pronto, Eiju aparece desde la habitación contigua, la despega del suelo y se la traga entera.

Otro recuerdo: Mis padres, bañados de sudor y despatarrados en la

moqueta, sintonizan una emisora donde suena D'Angelo. Eiju, que está tumbado a mi lado en el suelo, se levanta de un brinco y agarra a Ma por los hombros, pero a ella el inesperado movimiento no la sorprende lo más mínimo: su cuerpo se activa medio segundo antes de empezar un baile lento. Eiju canturrea el estribillo de «Brown Sugar». Al final me incluyen en su serenata formando un círculo a mi alrededor y nos caemos, riendo.

*

Un día, estaba tumbado en el sofá, medio dormido, y Eiju se quedó mirándome. Le pregunté qué miraba.

A mi hijo.

Déjalo.

Vale, dijo, y supe que me arrepentiría de haber dicho eso el resto de mi vida.

Un día encontré otro cuaderno junto a la cama de Eiju. Estaba lleno de listas medio garabateadas en inglés, como el que había en el cuarto de baño. Volví a dejarlo donde lo encontré. Luego cambié de opinión y lo metí en mi bolsa de lona.

Un día, Eiju me pidió que lo acompañara caminando hasta el santuario sintoísta que quedaba a unas manzanas del apartamento.

Sin ánimo de ser un cretino, dije, es un poco tarde para la religión.

El sintoísmo es para todos, dijo Eiju. Cretino.

Íbamos a paso lento, como la propia tarde. Los ciclistas circulaban a nuestro alrededor. Los peatones ni siquiera nos miraban. Una vez llegamos al santuario, subí las escaleras con mi padre agarrándole del codo, hacia la campana y el podio, y cuando me paré justo detrás de él, se volvió hacia mí.

¿Qué demonios haces? Sube.

Quise decir algo, pero no lo hice. Me uní a él.

Allí, a su lado, vi lo pequeño que era. Mi padre había encogido. Eiju se había vuelto débil.

¿Sabes qué hay que hacer?, preguntó, y le dije que no.

Antes sabías. Te encantaba venir al santuario.

Me enseñó el procedimiento: nos lavamos las manos, hicimos nuestras ofrendas.

Nos inclinamos dos veces.

Aplaudimos dos veces.

Volvimos a hacer una reverencia.

Ahora, dijo Eiju, pide un deseo y toca la campana.

¿Por qué la tocamos?

Para que los dioses puedan oírte, explicó, y no me miraba a la cara mientras la hacía sonar.

Se hizo a un lado mientras yo agarraba la cuerda.

Un tipo grandote como tú, dijo. Seguro que te escuchan.

Así que la toqué.

Pensé en pedir un deseo, pero me quedé con la mente en blanco.

Tocaba y tocaba y tocaba.

Algunas noches, Kunihiko se quedaba a dormir en un tatami extra junto a la puerta, y otras no. Eiju lo llamaba el gran sueño húmedo de Kunihiko. Y la primera vez que el chaval lo oyó, se puso completa y furiosamente rojo, pero no lo negó.

Ahora, las luces estaban apagadas. Desde el dormitorio de Eiju nos llegaban flotando sus ronquidos. Kunihiko y yo estábamos tumbados cabeza con cabeza, con los brazos cruzados.

Mike, dijo, y miré hacia arriba.

Todo saldrá bien, dijo Kunihiko. De verdad.

Sí, repuse. Estás haciendo un gran trabajo.

Mike.

De verdad. Te lo estás tomando muy bien.

No me refería a eso, dijo Kunihiko.

A la mañana siguiente, desayunamos huevos sobre una cama de arroz. Kunihiko y yo cocinamos uno al lado del otro. Y después, Eiju asintió cuando Kunihiko se encerró en el baño.

Este chico es tonto, dijo.

Pero deberías escuchar lo que dice, añadió.

Entonces soltó un eructo explosivo, monstruoso, que hizo temblar todo el salón.

Puso una cara de lo más estoica. Y entonces empecé a reírme, y luego Eiju empezó a reírse, y Kunihiko salió corriendo del baño preguntando qué había pasado, qué demonios había ocurrido.

Más tarde, Kunihiko y yo estábamos sentados en el suelo frente a Eiju cuando el chaval preguntó si alguna vez había pensado en casarme.

Kunihiko me miró. Yo me encogí de hombros.

Antes de poder contestar, Eiju dijo: Yo no.

Pero la madre de Mike me hizo cambiar de opinión.

No digo que tengáis que hacerlo, ni que debáis.

Esto va para los dos, dijo Eiju. Hay gente ahí fuera que os hará cambiar de opinión.

Finalmente, Kunihiko se quedó dormido. Eiju y yo mirábamos su pecho subiendo y bajando junto a nosotros. De vez en cuando al chaval le daban espasmos desde los hombros a los gemelos, pero no abrió los ojos en ningún momento. Volvía a quedarse quieto.

Estaba asustado, dijo Eiju poco después.

Creía que se había quedado dormido.

Por eso.

¿Por eso, qué?

Ya lo sabes.

Estaba asustado, así que me fui por patas. Por eso vine a casa.

Le observé los dedos de los pies. Me quedé mirando sus muslos.

Me lo podrías haber dicho antes.

Habría sido demasiado difícil de comprender, dijo Eiju. Yo no lo entendía. Y tú eras un bebé.

Un adolescente no es ningún bebé.

Eras un bebé.

Podrías haberlo intentado.

No, repuso Eiju. Pensamos que era mejor que no lo hiciera.

En plural, dije.

Fue idea de Mitsuko.

De los dos.

Y ella tenía razón, dijo Eiju. Como siempre.

Nos dijimos a nosotros mismos que sabríamos cuándo explicártelo, dijo Eiju. Cuando fuera el momento propicio, lo sabríamos.

Pero nunca lo hicisteis.

Te lo estoy contando ahora, dijo Eiju, mirándome. El momento es ahora.

*

Y también la noche en la que los tres estábamos en el muelle en San Francisco. Lo habíamos conseguido. Lo único que podíamos permitirnos Ma, Eiju y yo era dar vueltas por ahí, así que eso es lo que hacíamos, y Eiju reunió todo el dinero suelto que encontró en sus bolsillos para comprar tres perritos calientes. Cuando resultó que se había quedado corto, mi padre nos dijo que esperáramos allí mientras él volvía al coche. Yo iba de acá para allá sin despegarme de mi madre, que sonreía al vendedor, un tipo blanco. Él no le devolvió la

sonrisa.

Cuando Eiju regresó, el hombre blanco le dijo que todavía le faltaban diez centavos y lanzó con desprecio las monedas sueltas de Eiju por el mostrador de madera.

Me habían contado que, en Japón, mi padre había sido luchador. He ahí a un hombre que boxeaba a la mínima ocasión, que alzaba los puños ante cualquiera.

Pero ese día Eiju solo sonrió. Recogió el cambio y se llevó sus dos perritos calientes.

Ma y yo caminábamos tras él. Ella me miró y sus ojos me ordenaron que me callara la puta boca. Así que eso hice, y llegamos a un banco en el muelle. Mi madre dio un bocado a uno de los perritos calientes y yo al otro.

Ma ofreció un bocado del suyo a Eiju, pero mi padre sacudió la cabeza, como si la mera idea le resultase inconcebible.

Así que yo también levanté el mío hacia él, confiando en que el resultado fuera el mismo. Ni se lo pensó.

Abrió la mandíbula de par en par y se llevó un pedazo enorme por delante. Estuvo a punto de acabárselo de un solo mordisco, junto con mis nudillos.

*

Y entonces y entonces y entonces.

Una noche, me levanté a hacer pis y escuché el silencio.

Por supuesto que sabíamos que pasaría.
Yo sabía que pasaría.
Y él sabía que pasaría.

Y así fue.

Kunihiko no estaba allí cuando lo encontré, pero fue la primera persona a la que llamé.

Entonces llamé a Taro.

Entonces me senté junto a mi padre.

No estaba tan frío. Se había marchado mientras dormía. No sabía que de verdad la gente hiciera eso, que realmente pudiera pasar así.

Antes de que llegara Taro, llamé a Ma. Salí. El sol brillaba en el balcón. Unos niños hacían rebotar una pelota en el callejón. En Houston debía de ser última hora de la tarde.

Cuando mi madre contestó, casi sonriendo al aparato, pensé en que todo estaría bien, que saldríamos adelante, y estuve a punto de guardarme la muerte de mi padre para mí, porque hacía mucho que no escuchaba esperanza en su voz.

Pero pensé en Eiju.

La promesa.

Ma no gritó. Se quedó sin aire un instante. Y luego volvió a hablar en un tono normal, comedido.

Preguntó si yo estaba bien y le dije que sí.

Preguntó dónde estábamos y le dije que había ocurrido en el apartamento, mientras ambos dormíamos.

Bien.

Bien, repetí.

Podría haber sido peor.

Abrí la boca y salió un sonido seco.

Escúchame, dijo. Quédate con él. No necesitas avisar a nadie más. Llama a alguien si necesitas ayuda, pero yo me encargaré del resto. Lo importante es que te quedes con él, mientras puedas.

No volverás a tener un momento como este. ¿Me oyes? Es la última vez que podrás hacer esto y te preguntarás por qué pensabas en tantas otras cosas. Te digo esto porque lo sé. ¿Comprendes?

Comprendo.

¿Estás seguro?, preguntó en japonés. ¿Michael?

Lo estoy, dije, en japonés. Estoy bien.

Bien, dijo Ma. Yo me haré cargo de todo lo demás.

Cuando mi madre colgó, me quedé mirando a mi padre.

Me tumbé a su lado y apoyé la mano en su pecho.

Su brazo estaba relajado y lo pasé por encima del mío. Me quedé ahí tumbado, en brazos de mi padre, diez minutos, quince, hasta que oí golpes en la puerta, gritos para que los dejara entrar.

*

Ma se ocupó de todo cuanto pudo desde donde estaba. Se puso en contacto con la familia de él, con su hermana y con la otra parte de la

familia de la hermana. Taro se encargó de las autoridades. Pero resultó que Eiju, el príncipe del caos, había dispuesto todo lo demás.

Había planificado dónde quería que lo incineraran y qué quería que se hiciera después con sus cenizas. Una tercera parte para su familia en Kyushu. Otra tercera parte esparcida por Osaka. Y la última para su hijo, si las quería, y, si no, podían ir a parar a cualquier parte.

Todo estaba controlado. Yo solo tenía que lidiar con ello.

Kunihiko atendía el bar. Ni siquiera preguntó.

Solo avísame cuando vuelvas a estar preparado, dijo. Yo estaré aquí.

Sí, dije.

No tengas prisa por volver. Tómate todo el tiempo que necesites.

Sí.

Taro me ayudó con todo el papeleo, con toda la parte administrativa. Natsue me ayudó con todo lo demás. Dijo que no quería ver el cuerpo, que no le hacía falta. Había conocido a Eiju lo bastante bien.

Tenía seis meses para traspasar el bar, como él había dicho. El alquiler estaba pagado hasta entonces. Después, podía mantener el contrato de alquiler o traspasarlo.

Hagas lo que hagas, ganarás dinero, dijo Natsue.

Eso no importa.

Natsue fue lo suficientemente educada para no responder de inmediato, pero lo hizo al cabo de un rato.

Por supuesto que importa. Él se ha ido. Pero tú aún estás aquí.

*

Eiju no quería una ceremonia en el templo ni ninguna mierda de esas, así que no hubo ceremonia. Su deseo explícito era que todo siguiera con normalidad.

Hubo una especie de algo en el bar, y Kunihiko fue el anfitrión, pero yo le dije que no asistiría, que no me esperara, y no le decepcioné.

Esa fue mi primera noche solo en el apartamento. Tan se presentó con una bolsa de la tienda de alimentación.

Le pregunté cómo me había encontrado y me dijo que se lo había dicho Kunihiko.

Comimos *karaage* y arroz en el sofá, bebiendo cerveza, sin hablar gran cosa. Le pregunté por su madre y Tan me dijo que estaba bien. Habló de su trabajo. Habló del tiempo. Hablaba y hablaba para llenar el vacío y no preguntó cuáles eran mis planes ni dónde tenía pensado ir ni qué tenía pensado hacer y, cuando dejó de hablar, le dije: Pasaré un tiempo fuera.

De acuerdo, dijo Tan.

Antes de irse, me puso una mano en la cara y me rascó.

Hasta luego, dijo.

Sí.

¿Sí?

Creo que sí, dije. Sí.

Vale.

Vale.

Reservé mi vuelo.

Llamé a mi madre.

Envié un mensaje a Ben.

Me senté en el apartamento de Eiju. Aspiré todo cuanto pude de él por la nariz. Lo sostuve contra mi cuerpo y traté de no exhalar, de no volver a sacar el aire. Mi padre se había marchado por segunda vez. Mi padre había intentado quedarse. Mi padre no había intentado quedarse. Él no había tenido la culpa. Mi padre no iba a volver. Mi padre no iba a volver.

*

Pero unos días antes había estado rebuscando en el armario de su habitación para ver si daba con algún yen suelto, un lápiz o nada en especial, examinando la mierda que mi padre había acumulado a lo largo de los años en ese apartamento. Llevaba por lo menos una semana sin pisar esa habitación; pasó los últimos días pegado al sofá del salón. Yo le había sacado toda su ropa para facilitarle las cosas, la había doblado y la había dejado a su alcance. Me había sentado fuera mientras él se bañaba y había hecho oídos sordos cuando él lloraba. Y fue en un cajón donde encontré una foto en la que salíamos los dos.

La sudadera con capucha que llevo me queda demasiado grande. Mi padre todavía tiene una buena mata de pelo y le cae un poco sobre los hombros. Su sonrisa es demasiado amplia para el rostro que tiene, mete las manos por debajo de mis brazos y yo estoy sentado en su regazo con el océano, el muelle y el país entero detrás. No sé si yo sonreía porque me habían dicho que sonriera o porque estaba feliz, pero la expresión de mi padre es completamente inequívoca.

La foto debió de hacerla Ma cuando estuvimos en Cali. No recuerdo aquel momento, pero supongo que eso es lo que pasa: llevamos nuestros recuerdos con nosotros allá donde vamos, y lo que queda son los que permanecen con nosotros, y así es como se construye una vida.

Así que decido que me llevaré esa foto conmigo.

Diré que eso es lo que pasó.

Será todo lo que quede cuando suba al avión.

Y cuando aterrice en la pista, de nuevo pisando suelo, por increíble e inconcebible que pueda parecer, me llevo a mi padre a casa, lo llevo de vuelta, él me seguirá adonde cojones quiera que acabe, hasta el día en que me muera.

BENSON

1

Mike deshizo las maletas y durmió toda la noche, que al final se convirtió en un día entero, lo que nos obligó a Mitsuko y a mí a ir de puntillas por todo el apartamento. Como si hubiéramos alcanzado el acuerdo tácito de dejar que el oso hibernara. De que se recuperara del cansancio. De ignorar el problema que había creado, aunque, por supuesto, no lo hubiera creado él, y volví al trabajo sin apenas haberlo visto.

Los niños dejan toda la moqueta manchada de barro. Están impacientes por las vacaciones de primavera. Nerviosísimos. Barry y yo nos desplomamos sobre el mostrador viendo cómo Ethan y Xu se tocan las narices.

¿Has tenido noticias de nuestra chica?, pregunta Barry.

No.

Ximena ha volado a Ámsterdam para conocer al resto de la familia de Noah. Ha insistido con vehemencia en que esa no es su luna de miel, porque esta solo podía celebrarse en Oaxaca, junto al resto de su familia.

No suena mal, tío, dice Barry. Tenía clarísimo que nos iba a dejar tirados con los niños.

Acaba de casarse, tío.

Y está genial, dice Barry. Pero cuando yo lo hice vine a trabajar.

No digo nada. Barry solo sonríe, satisfecho de su argumento. Margaret se une al alboroto que arman Ethan y Xu y yo levanto la cabeza para mirar a Ahmad, que está coloreando crucigramas sobre la moqueta.

Al cabo de un rato le pregunto que por qué hace eso. El chaval ni siquiera me mira. Pero entonces me pongo a cuatro patas, para estar a su altura, y Ahmad rueda hacia un lado.

Sabes que las casillas son para poner letras, ¿verdad?

No siempre, responde.

Bueno, digo, por lo menos una parte importante del tiempo.

Qué va, dice Ahmad, suspirando y rodando sobre su estómago, poniendo fin a nuestra conversación.

Solo hay que rellenarlos, añade, y sigue garabateando.

Vuelvo al apartamento y encuentro a Mike en el salón.

Está sentado con su madre. Mitsuko está trasteando con la tableta. Entre ellos hay una urna, que no se ha movido de ahí en los últimos dos días, y yo no he preguntado qué hay dentro porque ya lo sé.

Están haciendo preparativos. Mitsuko está completamente despeinada, pero su postura es siempre elegante, perfecta. Su hijo y ella no podrían ser más diferentes y, aun así, son clavados. Hace solo unas horas Mitsuko ha reservado su vuelo a Tokio y ha elegido un asiento junto a la salida de emergencia. Había decidido que era hora de marcharse y Mike no se había mostrado en desacuerdo.

Imagino que no habrá un mejor momento para decírselo.

Ey, ¿tienes un minuto?

Cuando Mike mira hacia arriba, en su rostro, más allá de la sonrisa, advierto algo nuevo. Desde que aterrizó no ha hecho otra cosa que sonreír, pero es una sonrisa falsa y me pregunto si soy el único que se da cuenta. Hemos pasado demasiado tiempo juntos como para no advertirla. En realidad, lo que se ve bajo esa sonrisa es que está agotado. Pero si Mitsuko también lo ve, no lo demuestra.

¿Ma?, dice Mike.

Mitsuko ni siquiera parpadea. Si acaso, se chupa el dedo para pasarlo por la tableta.

No, dice, estamos ocupados.

Solo será un segundo, insisto.

Ma, dice Mike.

¿En serio?, dice Mitsuko. ¿Tiene que ser ahora mismo? ¿Con todo lo que está pasando?

A continuación le dice algo en japonés a Mike, pero lo hace mirándome a mí, y yo solo puedo sonreír.

¿Qué pasa, Ben? pregunta Mike.

¿Sabes qué? Que sí que puede esperar.

No queda otra, dice Mitsuko quitándose las gafas, moviendo su cuerpo hacia mí.

Ma, dice Mike, y cuando su madre suelta un gemido, añade: Deja que hable. Ahora somos todos de la familia. Ya os conocéis.

Cualquier sentimiento de pérdida que pueda sentir Mike está justo ahí, en su voz.

Mitsuko deja su tableta bocabajo en la mesa. Me mira primero a mí y luego a Mike.

Chicos, dice, no he hecho ninguna pregunta. He estado de acuerdo con todo. Michael se fue y no dije nada. Me quedé con un joven a

quien no había visto en mi vida por un tiempo indeterminado y no dije nada. Pero ahora, de todos los momentos posibles, me estás diciendo que espere. No.

Espera tú, dijo Mitsuko. Solo por esta vez. No te dolerá. Michael ha vuelto. Pronto lo volverás a tener todo para ti y podrás contarle todo lo que quieras durante todo el tiempo que quieras. Pero en estos momentos tenemos cosas que hacer. Ahora mismo, estamos ocupados.

Y con las mismas, Mitsuko vuelve a coger la tableta.

Yo miro a Mike, que frunce los labios.

De modo que digo: Está bien.

Y cierro la puerta al salir.

Pero me da tiempo a oír con toda claridad el entrecortado gruñido de Mitsuko: Jesús.

En cualquier otra circunstancia, habría enviado un mensaje de inmediato a Ximena, pero no llegó a pillarse un plan de móvil internacional y paso de que me llegue una puta factura de un billón de dólares.

Enviaría un mensaje a Mike, pero él está sentado en el centro del sol.

Enviaría un mensaje a Omar, pero está en el extremo opuesto del sistema solar.

Así que acudo a mi hermana.

La primavera en Houston es aceras abrasadoras y moscas borrachas de sol. Es hierba muerta y tormentas a mediodía. No es el principio ni el final de nada, tan solo un prolongado *impasse* en el tráfico constante de la I-45.

Mike había vuelto, pero yo todavía usaba su coche. Conduzco al parque que hay a varias manzanas de casa y me siento en silencio con mis pensamientos. Todos se preparan para el sol. Los residentes de Third Ward están recostados en los escalones delanteros de las casas, abanicándose, medio pendientes de sus hijos. La hija de la familia que vive a nuestro lado lanza hierba a un gatito que parece perdido, lo atrae con palabras en español. Por una vez, la humedad es inapreciable, algo que ocurre muy pocas veces al año, pero cuando han salido todos y el clima finalmente se vuelve civilizado, la manzana parece menos un lugar gentrificado que un puto vecindario que respira.

Al cabo de un rato, el coche de Lydia se acerca despacio hacia el mío. Sale en pantalones cortos y sudadera, con un vapeador en la mano. Llegamos hasta un columpio arrastrando los pies, fumando al tiempo que las cadenas tintinean a nuestro lado.

Más vale que sea importante, dice. Anda que hacerme conducir hasta aquí.

No está tan lejos.

Podrías haber venido tú adonde yo estaba.

Podría. Mike ha vuelto.

Es suficiente para que Lydia suelte un silbido. Se apoya en el columpio y me pasa el vapeador.

¿Eso es bueno?

Es algo.

Lo siento, *bubba*.

No hay nada que sentir.

Lo sé, pero aun así lo siento.

Le pregunto cómo está y responde encogiéndose de hombros. Ha estado viviendo con nuestro padre tres días a la semana. En las fotos que me envía, a veces él tiene un aspecto absolutamente miserable. Pero la cuestión es que está presente y que ella está allí con él.

Le digo que es bonito y Lydia se burla.

Vivir con un puto viejo no tiene nada de bonito.

A mí no me importaría. Si encontrara a alguno que me diese un techo.

Tú ya tienes a un simpático señorito.

Quizá no. Puede que eso esté a punto de cambiar.

Lydia me mira. Se gira hacia mí cruzando las piernas.

Todo cambia. Los cambios no son ni buenos ni malos. Son simplemente cambios.

¿Se supone que eso debería animarme?

No se supone que deba hacer nada. Solo lo dejo ahí.

Pasar página no es malo, dice Lydia. ¿No crees? Simplemente es algo. Y le pasa a todo el mundo. Tanto si queremos como si no. La cuestión es si tú quieres.

No lo sé.

Pues claro que no, dice Lydia. Si te sirve de ayuda, Mike me gusta. Pero me gustas más tú.

Gracias, hermana mayor.

De nada, hermanito.

Lydia me aprieta el hombro y me lo masajea un poco. Pasa una nube y después otra, nos protegen del resplandor. Le digo a mi hermana que, en el peor de los casos, es posible que necesite quedarme un tiempo en la casa, y se vuelve hacia mí frunciendo el ceño, y entonces exhala una bocanada de humo y empieza a reírse.

No pasa nada, dice sonriendo. Pero yo ya me he pedido tu habitación.

Cuando regreso al apartamento, Mitsuko está dormida en el sofá. Hay platos en el fregadero y Mike los está fregando sin prisa. Pero antes de poder decir nada, se lleva un dedo a los labios, se seca las manos y me hace un gesto para que vayamos al dormitorio.

Casi no nos ha dado tiempo a cerrar la puerta cuando me rodea con los brazos.

Mi primera reacción es estremecerme.

Y entonces me doy cuenta de que es un simple abrazo.

Lo único que ha hecho Mike es abrazarme. Abro la boca y me hace callar con un shhh.

Le haremos frente, dice. Lo arreglaremos.

Pero vamos a quedarnos así un minuto, por favor, y no recuerdo la última vez que le oí usar esa palabra.

Así que hundo mi cabeza en su hombro. Mike cierra los ojos. Tiemblo.

Cuando me despierto es más de medianoche. El salón está en silencio. Imagino que Mitsuko duerme profundamente. Mike escribe en el móvil y no estoy seguro de si me ve o no.

Así que le pido que me pase una almohada. Le digo que dormiré en el suelo.

No seas un puto ridículo, dice Mike, y me coloca sobre su estómago.

Nos quedamos tumbados un momento, respirando el uno sobre el otro.

Así que te fuiste a Osaka.

Así es, dice Mike. Y ahora he vuelto.

Y tu padre, digo, pero me arrepiento nada más pronunciar esas palabras. Mike se rasca el puente de la nariz.

Le paso los dedos por el pelo. Sus hombros se relajan.

He estado viendo a alguien.

No sé qué espero que pase, pero me preparo.

Mike pestañea una vez, y luego otra.

¿Viendo, viendo? ¿O solo folláis?

No lo sé.

Vale, dice Mike, y su cuerpo se relaja todavía más.

En ese caso, yo también he conocido a alguien.

Me mira a los ojos al decirlo.

A pesar de todo, no siento nada.

No es nada serio.

Ya.

Nos acabamos de conocer.

Pero sí lo bastante como para que saques el tema.

Mike se humedece los labios al oír eso. Sopesa lo que sea que va a decir a continuación antes de abrir la boca.

Se llama Tan. ¿Cómo se llama tu chico?

No es mi chico.

Está bien. La persona con la que te ves.

Esta conversación es de locos.

Quizá, dice Mike. Pero háblame de él.

Preferiría no hacerlo.

Antes has estado a punto de soltarlo.

Para.

Se llama Omar.

Omar, repite Mike. Es un nombre bonito.

No seas gilipollas.

Lo digo de verdad. Es un nombre bonito.

Vale.

¿Te g usta?

No. Y enseguida añado: Puede que me guste.

Pero no lo sé. No sé qué estamos haciendo.

Me tumbo con las manos metidas en el pelo de Mike, que no las aparta.

Supongo que dejamos nuestra situación en el aire, dice Mike.

No, digo. Tú te fuiste.

Yo me fui, dice Mike.

Nuestro calefactor hace lo que puede por encima de nuestras cabezas y oímos cómo flexiona sus músculos. Llega un estornudo desde el salón. Ninguno de los dos lo comenta.

Puede que vuelva a irme, dice Mike.

Estás de coña.

No, dice Mike. Una sorpresa por otra. Ahora estamos empatados.

Eso no es ni remotamente parecido.

Ben, dice Mike, mi padre está muerto.

Se ha ido, prosigue. Y es lo que hay. Pero me ha dejado algo. Y creo que debería aceptarlo, por lo menos durante un tiempo.

Algo.

Un negocio. Es un poco complicado.

Un negocio.

Sí, dice Mike.

Los dos doblamos los dedos de los pies. Se rozan accidentalmente.

O sea que ni siquiera sabes si te gustará.

No, dice Mike. No lo sé. Y, sinceramente, podría odiarlo. Puede que ya lo odie. Pero creo que me gustaría descubrirlo.

Nuestros vecinos cierran la puerta de la mosquitera de golpe, pero ninguno de los dos se pega un susto. Un reguero de frases en español se cuela por la ventana, seguido de carcajadas y el tintineo de botellas.

Bueno, digo, yo solo no puedo pagar este piso.

Si estuvieras ganando más dinero, dice Mike, esta conversación sería muy diferente.

Déjate de gilipolleces, digo, y Mike apoya su barbilla en mi hombro.

Nos quedamos en silencio otros cinco minutos.

Se convierten en diez.

¿Así que ni siquiera vas a pedirme venir?, dice Mike.

¿A Japón?

Ya sabes dónde.

Le miro a la cara. Ya no sonríe. No le veo la gracia.

¿Me estás pidiendo que vaya?

¿Eso cambiaría tu respuesta?

¿Qué coño haría yo en Japón?

Ya lo averiguarías, dice Mike. La gente es capaz de averiguar cualquier cosa. No serías el primero.

Personas como yo, no.

¿Porque eres negro?

Porque aquí tengo una vida, Michael.

Lo dices como si yo no la tuviera. Como si toda mi gente no estuviera aquí. Todos los que me importan, joder. Como si no fuera también mi vida.

Sí que la tienes. Pero es diferente.

Es lo puto mismo, dice Mike.

No. Tú tendrías a tu madre, el negocio ese. Yo no tendría a nadie.

No tendría una mierda, dice Mike. Has pasado más tiempo tú con ella en las últimas semanas que yo en los últimos años.

Si acaso, dice, estoy perdiendo a dos personas. Las dos personas a las que realmente les importo una puta mierda, a las que mi vida les importa una puta mierda. Esa es mi puta situación.

Nunca he visto a Mike así de tenso. Pero su tono no deja de ser tranquilo. Hace crujir los nudillos sobre su estómago, así que apoyo las palmas de mis manos sobre su barriga para hacer que pare.

No me perderás, digo. Aunque te vayas. Pase lo que pase.

Todo el mundo dice eso.

Yo no soy todo el mundo. A mí no me perderás, ¿vale?

Fijo.

¿Me crees?

Vale, dice Mike.

Pues vale.

Digo: Entonces…

Digo: ¿Crees que si decido irme contigo viviremos felices para siempre?

Mike frota sus palmas sobre las mías. Las amasa despacio, como si estuviera alisando las arrugas.

Al final, dice: Eso no existe.

Podría.

Podría, dice Mike.

Ahora soy yo el que le aprieta los nudillos. Crujen como si fueran petardos.

Pero no, dice Mike. Realmente no lo creo.

Y de repente, me relajo del todo.

Y le digo a Mike que yo tampoco lo pienso.

Y una vez pronuncio esas palabras, siento que son verdaderamente ciertas.

Entonces, ¿qué vamos a hacer hasta…? Ya sabes.

¿Hasta?

Hasta que te hayas ido.

Me mudo, dice Mike. No me muero.

Ya me entiendes.

Mike agita las manos en el aire. Veo cómo refulgen, lo absorbo todo.

Creo que resistiremos.

¿Sí?

Sí.

Y después de eso ninguno de los dos dice nada más.

El aire del calefactor es extremadamente cálido. Estamos sudando, los dos, en su cama, y nuestros cuerpos no se tocan. Entonces alargo el brazo para cogerle la mano, otra vez, y Mike tarda un minuto en apretarla, pero termina haciéndolo. No entrelazamos nuestros dedos. Simplemente resistimos.

Y entonces.

Y entonces.

Y entonces, lentamente, de repente, estoy dormido y cuando despierto son las seis de la mañana.

Mike ronca. El sonido se mezcla con los susurros de su madre que

llegan flotando desde el salón. Habla por teléfono en japonés, con una voz amable y resuelta. Cada tanto hace una pausa y prácticamente puedo oírla asentir con la cabeza. Si se aguza bien el oído, ambos ruidos se armonizan, Mitsuko y su hijo, elevándose y descendiendo al mismo tiempo, como si dirigiesen su propia orquesta diminuta.

2

Puedo contar con dos manos las veces que nos hemos dicho Te quiero el uno al otro. Ni siquiera tendría que usar todos los dedos.

La segunda vez habíamos salido, estábamos en el coche. En mitad de un atasco apacible. Atrapados entre vehículos deportivos utilitarios. No recuerdo adónde íbamos, solo que no nos dirigíamos a ningún sitio en particular. Entonces el coche empezó a soltar aire caliente, cada vez más caliente, hasta que dejó de salir aire.

Fui a bajar la ventanilla, pero el botón no se movía.

Mike intentó el de su lado y también estaba atascado.

¿Así es como va a ser a partir de ahora?, pregunté.

Supongo, dijo Mike.

Espero que no sea una señal ni nada.

Ojalá, dijo Mike.

Y entonces lo dijo.

Avanzamos en silencio. Empapados en sudor. El tráfico era cada vez peor.

Fue una de esas veces en las que las palabras salen de la boca de alguien y rebotan en tu oído, una y otra vez, yendo y viniendo.

El camión que teníamos delante no se movía. Las ventanillas del coche de Mike no podían abrirse. Echó el freno de mano, reclinó su asiento y cerró los ojos.

La vez siguiente fue durante una cena absurda en mitad de la noche. Me había entrado hambre y Mike roncaba en la cama. Tropecé con su muslo al ir a prepararme algo en la cocina. Nuestra nevera siempre estaba llena, pero eso de poco sirve cuando no sabes qué hacer con lo que hay dentro. Puse una sartén al fuego, casqué un huevo en la encimera y la alarma no tardó ni cinco minutos en activarse.

No reparé en Mike hasta que le vi agitando los brazos para apartar el humo. Entonces, sin mediar palabra, en silencio, puso un wok al fuego. Me frió dos huevos, se preparó otro par para él y comimos en la encimera, balanceando las piernas contra la madera.

Lo dijo muy bajito, entre bocado y bocado, con la alarma todavía sonando. Era demasiado escandalosa, pero él lo articuló perfectamente.

La cuarta vez me estaba follando. Lo dijo justo antes de correrse.

3

Varias horas después me despiertan unos golpes. Mejor dicho, me levanto y Mike no está a mi lado. No responde cuando lo llamo.

De repente siento un puto escalofrío en todo el cuerpo.

En mi teléfono hay un mensaje de Omar. Una simple carita sonriente.

Hay otro mensaje, de Mike: Mitsuko y él han salido a dar un paseo. Volverán pronto.

Y luego hay una llamada de mi hermana y otra y una tercera.

El mensaje que hay a continuación solo dice: aviso, están de

Justo después de que Lydia se fuera de casa y yo continuara viviendo con mi padre, una noche me quedé a dormir con ella en Sul Ross.[15] Caminamos hasta la Shell para comprar cerveza y nos emborrachamos en el aparcamiento. Volvimos a su apartamento dando tumbos. Pasamos junto a unos adolescentes que daban patadas a una pelota de fútbol en el parque, gritándose unos a otros en español, así que nos sentamos en el césped para mirarlos hasta que el más seguro de sí mismo llegó saltando hasta Lydia.

Le pidió su número, así, sin más.

Ella pidió que la dejaran unirse al partido.

Le dije a mi hermana que no me parecía inteligente por su parte. Lydia me dijo que no me preocupara. Los chicos al principio no la atacaban, pero después de que hubiera marcado dos goles se empeñaron en hacérselo pasar mal. El que había querido ligar con ella le daba patadas en los tobillos. Cuando ella le hizo caer de bruces al suelo, el chico escupió en el barro. Y entonces ella volvió a marcar.

Aun sí, Lydia terminó dándole su número. Él lo sujetaba como un trofeo, bailando con sus amigos. Al finalizar el partido, los pantalones cortos de mi hermana estaban llenos de barro, también las zapatillas, y seguía estando un poco grogui y no podría haber sonreído más.

Supongo que lo que quiero decir es que realmente lo da todo.

Y entonces están en la puerta.

Mi hermana, mi padre, mi madre.

Mi familia. Lydia arruga la nariz y mi madre frunce los labios. Pregunta si mis invitados están en casa.

Es igual, dice mi padre. Puta humedad, déjanos pasar.

La última vez que estuvimos todos sentados en la misma habitación todavía vivíamos juntos en la antigua casa y estábamos picoteando lo que había hecho mi madre. Unos días antes nos había anunciado que se marchaba. Aquella cena parecía un premio de consolación. Había preparado empanadas de carne y Probamos un bocado e hicimos todo lo posible por no disfrutarlo, pero volvimos a la cocina para repetir hasta tres y cuatro veces.

En un momento dado, estábamos los tres de pie con una empanada en cada mano, esperando a ver quién se quedaba con la última. Sin embargo, la mano que finalmente se abalanzó sobre ella fue la de mi madre, que limpió el cuenco con los dedos.

La miramos comer a través de la textura hojaldrada, despacio, y después se levantó y nos dejó.

Ahora mi familia está sentada en el sofá. Apiñada como dónuts en una cesta.

Tu padre quiere compartir algo con todos nosotros, dice mi madre.

No es nada importante, carajo, dice mi padre.

Estoy yendo a terapia, dice. Sorpresa.

Mi madre se seca la frente. Mi padre estornuda. En la tenue luz del apartamento, es como si todos tuviéramos un filtro. Enfermizo.

Miro a mis padres con los ojos entrecerrados y no tienen pinta de estar bromeando.

¿Qué?, me pregunta mi padre.

Sí que es una sorpresa, dice mi madre al ver que no respondo.

Papá está haciendo un esfuerzo, dice Lydia. Eso es bueno.

¿No crees, Benson?, pregunta mi madre.

Es genial, digo. Precioso. Maravilloso. Muy bien.

Pero ¿qué coño tiene que ver conmigo? ¿Por qué cojones habéis tenido que venir hasta aquí para contármelo?

Todos se revuelven nerviosos en sus asientos. Mi padre flexiona los dedos del pie.

¿Vas a decirlo?, quiere saber mi madre dando un codazo a mi padre.

Es evidente que no quiere oírlo, dice mi padre.

Eso forma parte del proceso, insiste mi madre. ¿Te acuerdas?

Cuando se me escapa una mueca, mi padre dice: Guillermo cree que es importante compartir.

Guillermo.

El terapeuta, aclara mi padre. Dice que mis éxitos son los éxitos de mi familia y que vuestros éxitos son mis éxitos.

Guillermo tiene razón, dice mi madre.

Aunque llega nueve o diez años demasiado tarde, dice Lydia.

Entonces suelto: Guillermo suena a puto timador.

Los tres me miran. Pero en realidad se están fijando en el apartamento. Buscan algo que pueda explicarme, pistas sobre mi vida, o eso creo, pero poco van a encontrar.

Sigo sin entender por qué no me lo podíais haber dicho por mensaje.

En serio, dice Lydia.

En serio, joder. Podríais haber llamado.

Hemos llamado, dice mi madre.

Y de todas formas, añade, no habrías contestado.

La luz de la habitación cambia de un azul sucio a un rojo turbio. Adquirimos un tono más oscuro. Mi madre cruza las piernas.

Hemos venido a ver tu mundo, dice mi padre.

Solo querías quitarte la presión de encima.

Benson, dice Lydia.

Es la verdad. Él sabe que es verdad. Por una vez las cosas se ponen candentes para ti e intentas desviar la atención.

No estás siendo justo, dice mi padre.

Tú no haces otra cosa, joder. ¿Te lo ha dicho ya Guillermo?

Y tú no eres mejor, le digo a mi madre. ¿Por qué te preocupa? ¿No tienes que estar en alguna parte? ¿No deberías estar ocupándote de otra familia?

Ben, dice Lydia, no seas imbécil.

¿Y si tú dejas de ser una puta cómplice? Estoy aquí soportando toda esta carga y tú mientras ¿qué haces?, ¿estar tranquila?, ¿seguirles la corriente?

Cada vez tengo más calor en la zona de los ojos. Es un poco como la gravedad: sé que debería desacelerar, pero las palabras siguen llegando.

¿Sabéis cómo me hizo sentir el hecho de que no dijerais una mierda cuando di positivo? ¿Cuando me abandonasteis? ¿Cuando me dejasteis en la calle como a una mierda y tuve que lidiar con esa puta mierda yo solo? No me he sentido peor en mi vida. Ni siquiera puedo deciros cuánto. ¿Y de verdad ahora venís hasta aquí en busca de un poco de compasión y franqueza por mi parte?

Lydia y mi madre me miran fijamente. No parecen enfadadas. Ni siquiera agotadas. Pero mi padre tiene esa mirada de quien parece guardar algún gran secreto en el pecho. En un pequeño desliz, se le escapa una sonrisa.

¡Dilo!, grito. ¡Habla de una puta vez!

Hijo, dice mi padre, esto es lo máximo que te he oído hablar en no sé cuánto tiempo.

Este tal Mike sí que debe de estar haciéndote daño.

Suenas a niñito enamorado.

Lydia contiene una carcajada. Mi madre se muerde las mejillas por dentro. Parece que los cuatro estamos atrapados en un bucle, como si ya hubiéramos atravesado antes este momento. Y antes de poder insultar a mi padre, de poder desahogarme de verdad, la puerta principal se abre y aparecen Mike y su madre.

Mitsuko es la primera en hablar.

Otra vez no.

Hola, saluda mi madre.

Ey, Mike, dice Lydia.

Mi padre se queda ahí sentado con la mirada perdida. Hace un ruido con la garganta.

Mitsuko está de pie con los brazos cruzados y una mochila al hombro. Va vestida con ropa de Mike, una sudadera SUPREME que le queda inmensa y pantalones de baloncesto. Los dos huelen a cigarrillos. Mike va en camiseta de tirantes y carga con una bolsa de comida en un brazo. La expresión de su rostro es completamente indescifrable y no tengo ni idea de si me toca hablar a mí o qué.

Pero no sé qué podría decir.

Así que no digo nada.

Y entonces abro la boca.

Y solo acierto a decir: Bueno.

En ese momento Mitsuko cruza el salón. Se sienta en el sofá enfrente de mis padres. Mi padre abre mucho los ojos y Mitsuko ni se inmuta. Mi padre dice: He oído hablar mucho de usted a mi hija.

Usted también es bastante infame, dice Mitsuko.

Oigo a Mike dirigiéndose a la cocina con la compra y está claro que me ha dejado tirado. Pero unos segundos después regresa al salón y se coloca a mi lado.

Aprieta la mano de mi madre y dice: Encantado de al fin conocerla, señora.

Se inclina para abrazar a Lydia y le susurra algo al oído.

Se pone delante de mi padre, un poco más ancho, un poco más bajo.

Y mi padre, por la razón que sea, se levanta para mirarlo de frente, casi imponiéndose.

Mitsuko suspira. Lydia se ríe. Mi madre le da un codazo en las costillas.

Entonces, de manera inexplicable, mi padre le tiende la mano.

Soy el padre de Ben

Lo sé, dice Mike.

Bien.

Y yo soy el novio de tu hijo.

Eso he oído, dice mi padre.

Añade: Me alegro de conocerte, y Mike le suelta la mano.

Mike nos mira a todos. Me mira a mí.

Pregunta si alguien tiene hambre. Dice que estaba a punto de empezar a preparar la cena.

4

El quinto Te quiero llegó en mitad de la noche. Había empezado a vivir en casa de Mike. Hubo un golpe en la puerta, una especie de portazo frenético, casi como una súplica, y yo me desperté primero. Di un codazo en el hombro a Mike hasta que al final gimió, sacudiéndome la mano, y entonces le apreté el puente de la nariz.

Pero ¡¿qué coño?!

Y entonces él también oyó la puerta.

Mike salió de la cama sin molestarse en ponerse una camiseta. Atravesó el pasillo a trompicones. Le pedí que no hiciera nada, pero, por supuesto, no me hizo caso y encendió las luces del vestíbulo y abrió las tres cerraduras de la puerta principal con el codo.

Los que llamaban eran un par de chavales universitarios que vivían al final de la calle. Morenos, sudorosos y fumados hasta las trancas.

Cuando vieron a Mike empezaron a reírse. Uno de ellos le dijo que estaban cocinando. Necesitaban un poco de mantequilla y pimentón, las palabras les salían entre ataques de risa. Tenían que apoyarse el uno en el otro para mantenerse erguidos.

Pero de todas formas Mike les dio dos barras de mantequilla y un frasquito de especias. Les pidió que volvieran sanos y salvos a su casa.

Rodó sobre mí al volver a meterse en la cama, me dio una palmadita en el estómago y me susurró las palabras al oído.

La séptima vez fue en una fiesta. Mike me rescató de una conversación con una madre medio borracha. Yo había bebido, pero estaba lúcido, y se le escapó como a veces ocurre con las palabras. Y esa fue la primera vez que yo se lo dije también a él.

5

En la cocina, con mi familia en el salón, Mike me dice que quiere conocer a Omar. No respondo, estoy ocupado con tres huevos, me muevo por la zona de los fuegos. Mike ya ha preparado una especie de cazuela de arroz con pollo, tofu y zanahorias, está cociendo a fuego lento tres trozos de bacalao con cebollas blancas esparcidas por encima y prepara el *dashi* en otra olla. A pesar de todas las veces que le he visto cocinar, nunca le había observado de verdad. Su cadencia es clavada a la de su madre, hasta en la forma de arrastrar los pies.

Yo estoy pelando patatas a su lado, después las hiervo y ahora estoy salteando cebollas y cerdo en una sartén en el otro extremo. Mike me mira una vez y luego otra. Cuando empiezo a añadir las patatas al sofrito, me pregunta qué estoy preparando, y le digo: *Korokke* de patatas.

Pestañea una vez.

¿Korokke?

Sí.

¿De verdad? ¿Croquetas de patata?

Eso es lo que he dicho, contesto, y sigo mezclando.

Entonces abre la boca una tercera vez, pero no dice nada. Vuelve a darse la vuelta.

Al principio, Mike me mira moverme por la cocina, observa lo que voy usando, agitando, cortando. Al final se une a mí, con cuidado, pendiente de su cuerpo alrededor del mío. Nunca hemos cocinado juntos, pero actuamos como si lleváramos años haciéndolo. Hay momentos en los que sé que podría decirme cuatro cosas sobre cómo he cortado algo o acerca de cómo he mezclado lo de más allá, pero no lo hace. Mike simplemente observa y está a lo suyo, complementándome.

Me pregunta una segunda vez por Omar y después una tercera, hasta que le digo que es inapropiado, que nunca pasará, joder, y entonces es cuando cae el primer huevo al suelo, seguido de un par más.

Al cabo de una hora más o menos, nuestras familias se sientan a

comer. Masticamos el contenido de la cazuela, sorbemos la sopa. Mike, Lydia y yo estamos en suelo y mis padres se sientan junto a Mitsuko en el sofá, haciendo lo que pueden con los palillos y las cucharas. Miro de reojo a la madre de Mike, que está mordisqueando una croqueta, y, cuando me mira, guiña un ojo.

La comida en general es sencilla y contundente, pero aun así no creía que fuera a funcionar. Nunca había visto a mi padre dar más de un sorbo a un plato de sopa de tomate y mucho menos meterse en la boca algo totalmente desconocido.

Sin embargo, ahora come en silencio.

Los seis comemos en silencio.

Los únicos que hablan son Mike y Lydia. Se hacen preguntas el uno al otro, haciendo bromas de mierda y riéndose. Mike no menciona su ausencia, ni a su padre, pero dice algo que va dirigido al mío y contesta Lydia y Lydia dice algo que va dirigido a Mitsuko y en su lugar contesta su hijo y, en un momento dado, Mike pregunta a mi madre cómo está la familia -su otra familia- y, antes de que pueda patearle las pelotas, ella dice que están todos bien.

Saludables y felices, dice mi madre.

Genial, dice Mike.

Cómodo.

Me alegro.

A Tyler y a Teju todo se les queda pequeño.

Los años hacen eso, dice Mike. Ben siempre lo dice.

Pronto pararán, digo. Todos terminan creciendo.

Pero es precisamente eso, dice mi madre. Que no quieres que pare.

Sabes que lo hará, dice. Con el tiempo. Pase lo que pase. Así que tratas de prolongarlo. Cada progenitor es su propio mago. Y simplemente intentamos demorar esa distancia todo cuanto podamos. Y el truco está en hacerlo sin estropear a tu hijo.

Al decir esto, la voz de mi madre es luminosa, a diferencia del rostro.

Echo un vistazo a Lydia, luego a mi padre. Mi hermana no le quita ojo de encima a mi madre. Mi padre se peina el pelo del antebrazo.

Es fútil, dice Mitsuko, suspirando. Es lo que hay.

Pero aun así tenemos que intentarlo, dice mi madre.

No me imagino volviendo a hacerlo, dice Mitsuko.

Yo tampoco podría, dice mi madre, riéndose. Y realmente no sé cómo pude hacerlo en su momento.

Estoy segura de que lo hiciste lo mejor posible.

Todo el mundo lo hace lo mejor que puede, dice mi madre. Es lo que tenemos que decirnos a nosotros mismos.

Bueno, dice Mitsuko, señalándome, con este de aquí lo hiciste bien.

Me ha cuidado.

No se lo he puesto fácil, dice Mitsuko, pero Benson no se ha quejado.

Mi padre levanta la cabeza. Mi madre pone una cara que hacía mucho que no le veía. Por una vez, soy el centro de todas las miradas.

Salvo por Mike.

Vuelve a tener esa gesto reflexivo suyo.

O por lo menos no se ha quejado mucho, dice Mitsuko. Solo lo razonable.

Es lo mínimo que podría hacer Benson, dice mi madre. Fíate de mí.

Ojalá él pudiera decir lo mismo de mí, dice mi padre.

Pero ¿qué probabilidades hay de que dos buenos chicos se encuentren?

Mi padre asiente hacia Mike y, por primera vez, mi pareja, a quien nunca he visto ponerse nervioso, está rojo como un tomate.

¿Quién lo habría pensado?, dice mi padre.

Espera un momento, dice Lydia. Soy yo la que te ha hablado de él.

Y todos se lamentan.

El cielo se nubla y adquiere un tono ámbar brumoso. Acompaño a mi familia hasta los coches.

Mi madre me aprieta la mano antes de meterse en su furgoneta.

Mi padre dice que ya nos veremos y cierra de golpe la puerta del coche de Lydia.

A mi lado, Lydia se demora en nuestro patio.

Dice que deberíamos repetir esto a menudo.

Sonrío.

Espero que lo hayas disfrutado, porque no volverá a pasar.

Lydia empieza a reírse hasta que me ve la cara, y la risa entonces desaparece. Pero vuelve a enseñar los dientes, despacio, sonriendo. Me acaricia la mejilla.

Hermanito, dice Lydia, realmente nunca aprendes.

Y ahora: Mike y yo estamos de pie en cocina. Él friega los platos y yo golpeo la encimera con el pie. Mitsuko está en el salón cambiando de canal. Al final sus ronquidos se imponen al sonido machacón de la tele.

Pregúntale sin más, dice Mike. No tengas miedo.

No tiene nada que ver con el miedo. Es un puto fastidio.

Qué va.

¿De verdad quieres discutir sobre esto?

No, dice Mike. Así que pregúntale. Vamos.

Le digo a Mike que no pienso hacer tal cosa, y solo gruñe.

Perdona.

Déjate de tantas disculpas, joder, dice Mike frotando a conciencia, colocando los platos en el estante.

Veinte minutos después, envío un mensaje a Omar. Por puro capricho. Esa mañana se había comunicado conmigo y había dejado su mensaje sin leer.

Sinceramente, aún no éramos nada. No había nada decidido. Pero habíamos vuelto a follar, en su casa y luego otra vez y otra y, después de que ambos nos corriéramos dos veces, le pregunté qué quería y Omar me dijo que no estaba seguro.

Mis dedos tamborileaban en la parte inferior de su espalda. Estábamos en la cama de Omar. No veía su cara, solo las manos, que jugueteaban con una almohada.

Dime tú, dijo.

Te he preguntado a ti.

Ya lo sé, dijo Omar. Pero también sé que tú tienes ciertas, eh, restricciones que yo no tengo.

Esa es una forma de llamar a mi novio.

Perdona, dijo Omar, y le apreté un trozo de culo.

No te preocupes, dije. Soy yo el que está aquí. El que está complicando las cosas.

Bueno, dijo Omar. Lo has dicho tú. No yo.

¡Oye!

¡Lo has dicho tú!

Pero mira, dijo Omar.

Cambió de postura en el colchón para mirarme de frente. Los dos estábamos desnudos, relajados sobre las sábanas.

Esto puede ser todo lo serio que tú quieras, dijo. O no. No estoy diciendo que vayamos a adoptar un cachorrito ni nada de eso.

Ya lo sé.

Bien, dijo Omar. Sin presión. Esto irá como tú quieras que vaya.

Pero me gustas, dijo Omar. Y creo que podrías seguir gustándome. Así que supongo que solo quería que lo supieras.

Y desde entonces las cosas habían sido fáciles.

Me quedo mirando el móvil, contra mi propia voluntad, deseando que aparezca un mensaje.

Amor de juventud, dice Mike al entrar en el dormitorio, y le mando a la mierda.

¿No deberías estar haciendo las maletas?

No te emociones tanto con mi marcha, dice sonriendo, aunque sin sonreírme de verdad.

Mike se sienta en el suelo a reordenar su ropa. Hacía meses que no estábamos en la misma habitación sin hablar. Sé que debería pronunciar alguna disculpa, alguna declaración de afecto o aprecio.

Pero no lo hago. No sé por qué.

Hasta que el momento de hacerlo pasa.

Al cabo de unas horas, Omar responde. El mensaje está plagado de emojis.

Dice: Suena divertido!!!!

6

El octavo *Te quiero* llegó después de una pelea, la más grande que tuvimos antes de que Mike se marchara.

Yo había lanzado una vela contra la pared. Mike la recogió y volvió a tirármela. Me dio un empujón en el hombro y acto seguido yo le agarré del brazo, tirándonos al suelo, y él se aferró a mí mientras yo le abofeteaba la cara. Al final dejé de retorcerme y Mike dejó de presionar y yo le estiré la camisa y él tiró de mis pantalones cortos. Se deslizó por mi cuerpo, agarrándome el pelo, y después nos quedamos sobre el parqué, sudando, pestilentes, sin hablar, durmiéndonos.

Al despertar vi que Mike barría los trozos de la vela que quedaban. Iba en calzoncillos y nada más, se inclinaba sobre la escoba. Le miré barrer en silencio, con la luna iluminándole la espalda, y en ese momento supe, creo, tan claro como la luz del día, que lo nuestro tarde o temprano terminaría.

Y también me di cuenta de que no quería eso.

Y me pareció bien no quererlo.

Y quizá estaba bien que no terminara en ese preciso momento.

Pero tenía que pasar.

Probablemente.

Y entonces Mike pisó un cristal roto. Gritó y se puso a dar saltos.

Para, dije, solo vas a conseguir que sea peor.

No me lo estás diciendo en serio, joder.

Le dije que se sentara. En el cuarto de baño teníamos algunas gasas. Limpié la zona del empeine con alcohol y cogí un cuchillo de la cocina, el más afilado que encontré, y a Mike le brillaron los ojos al verme acariciarlo, así que le pedí que se relajara, y Mike me dijo que no me lo tendría en cuenta si le cortaba.

Pues yo sí, dije.

Cada vez que me temblaban las manos, descansaba. Movía la hoja despacio, poco a poco. Fueron diez minutos, pero conseguí sacarle todo el cristal.

Luego le limpié el pie con un antiséptico y lo envolví con la gasa y, cuando levanté la cabeza, mi pareja se había quedado literal y

totalmente dormido.

No sé si me oyó decirlo, pero su cuerpo se tensó, se relajó, se tranquilizó.

7

Dos mañanas antes de que Mitsuko abandone Estados Unidos, la encuentro lavando arroz en la cocina. Me hace un gesto afirmativo con la cabeza, sin sacar las manos de la olla, y me siento en un taburete frente a ella, que vuelve a fijar su atención en lo que tiene entre manos.

Mike está fuera organizándose con sus compañeros de trabajo. No me ha contado qué va a explicarles, pero sé que no va a ir bien.

Cuando Mitsuko termina de lavar los granos, pone la olla al fuego. Se cruza de brazos y se queda mirando al techo.

Así que Mike se va a casa, digo, y Mitsuko me mira.

También podrías decir que la deja.

Pero estarás contenta de tenerlo más cerca, ¿no?

Siempre estoy feliz de ver al hijo que he tenido.

Durante quince minutos, ninguno de los dos se mueve. Veo cómo Mitsuko pasa el arroz de la olla a la sartén con huevos. Le ha añadido boniatos, queso cheddar, un rábano y ajo, y va doblando la tortilla hasta que envuelve toda la mezcla. El *omurice* se cuece a fuego lento y, así, poco a poco, estamos ante lo que parece el comienzo de una comida.

¿Esperabas algo más?, pregunta.

No. Me voy.

Pero si no has comido, dice Mitsuko cogiendo un bol.

Coloca uno en la mesa para mí.

No podría.

Claro que podrías, dice Mitsuko. No vas a poder disfrutar de muchas más.

Siempre podría prepararme yo una.

Si tú lo dices, Benson.

Me siento delante de Mitsuko y ella se acomoda frente a mí.

Lo siento, digo.

¿El qué?

Ya sabes, digo, y entonces es cuando empieza, el llanto inunda mis mejillas. No sé de dónde caen las lágrimas hasta que van

desapareciendo. Tiemblo un poco y luego mucho. La silla bailotea bajo mi peso. Mi boca emite sonidos, ruidos de animales que no reconozco, y a medida que trato de tragármelos se convierten en otra cosa. Tengo las manos apoyadas en la mesa. Diez dedos que forman dos puños. Me clavo el pulgar en la palma de la mano, quiero hacerme sangre y entonces la mano de Mitsuko se posa sobre la mía y la abre despacio.

Benson, dice Mitsuko. Mírame.

Mírame, repite, y me cubro la cara.

Lo sé, dice Mitsuko.

No, no lo sabes.

Sí que lo sé. No has hecho nada malo. Nada.

Eso es lo que Mike dice que le dijo su padre, digo enjugándome la cara.

Seguro que sí, dice Mitsuko. Es algo que mi marido habría dicho.

En algún momento dejo de temblar. Mi respiración se calma. Vuelvo a mirar a Mitsuko y ahora ella mira cómo la miro.

Coge la cuchara y unta kétchup en mi tortilla.

Finalmente, levanto la cuchara.

Comemos.

Deberías hablar con mi hijo, dice Mitsuko mientras come.

Ya lo hemos hablado.

Siempre ha sido un poco raro, dice Mitsuko. Desde que era un niño. Me decía una cosa, la empezaba y se decidía por otra. O era muy estrecho de miras.

Mitsuko se queda mirando su cuenco, removiendo los huevos con la cuchara. Vuelve a servirse kétchup, lo amontona sin prisa en un extremo del plato antes de volver a cogerlo y redistribuirlo por todas partes.

¿Cuántos años tenías cuando empezaste a atarte los zapatos?, pregunta Mitsuko.

¿Cómo?, digo limpiándome los ojos.

Me pediste que te contara una historia. ¿Cuántos años tenías?

No lo sé. Mierda. ¿Seis?

Michael tardó once años, dice Mitsuko. Necesitó todo ese tiempo para metérselo en la cabeza. Simplemente no creía que pudiera hacerlo. Los cordones se le resbalaban de las manos. Yo le enseñaba cómo se hacía, y también su padre, y él lo intentaba por su cuenta, pero luego se rendía. Casi cuatro mil días de vida. Tuvo que llevar zapatillas de velcro hasta secundaria.

Mitsuko está removiendo su comida. Sigue sin mirarme.

¿Y qué pasó?

Lo que pasa siempre con mi hijo, dice Mitsuko, sonriendo ligeramente. Lo resolvió. En un momento dado, tomó la decisión de hacerlo y lo hizo. Igual que mi hijo ha resuelto que necesita gestionar este bar, o lo que sea que es aquello, en Osaka. Igual que se dio cuenta de que necesitaba acompañar a su padre hasta el final.

Pero tú ni siquiera querías que se marchara.

Así es, dice Mitsuko. No quería. No era la decisión que quería que tomara mi hijo.

Pero necesitaba hacerlo. Y sabía que lo necesitaba. Así que de vez en cuando Michael puede ver más allá de lo que tiene delante de las narices. Parece que ha mejorado un poco. Y aunque no se lo diga nunca -y tú nunca le dirás que te lo he dicho- estoy orgullosa de él por eso. Porque veo que toma decisiones, decisiones importantes; me enorgullece. Pero no creo que esta sea una de esas veces.

Mitsuko se cruza de brazos, apoyándose en la mesa. Por fin levanta la cabeza y me mira.

¿Ves adónde quiero llegar?

No estoy seguro.

Estoy diciendo que si le dejas a su aire, Michael al final entrará en razón. Lo hará. Pero puede que para ti sea demasiado tarde. A mi hijo le gustas.

Yo también le quiero.

Exacto, dice Mitsuko. Así que díselo. Con esas mismas palabras.

¿Y entonces cambiará de parecer?

No lo sé. Podrían ocurrir muchas cosas. Pero será entonces cuando tome la decisión que quiere tomar, en lugar de la que cree que debe tomar. O la que en realidad es la salida fácil.

Estaréis bien, dice Mitsuko. Todo estará bien. Te lo prometo.

Si tú lo dices.

Yo lo digo. Estás hecho de buen pasta, dice Mitsuko, y antes de salir de la cocina, apoya la palma de la mano en mi cuello.

Cuando veo a Ximena en la guardería, no tengo muy claro qué esperaba de su primer día de vuelta, pero está hojeando una revista antes de que el centro abra al público.

Me guiña un ojo al verme.

Esta mañana Noah ha dejado la casa hecha un cristo.

Esposa feliz, vida feliz.

Cállate, dice Ximena. Es un guarro. Tazas en la mesa y de todo. Dice que lo hará mejor, pero ahí le tienes, liándola.

Son las pequeñas cosas.

Y una mierda. No soy una puta criada.

Qué poco ha durado la luna de miel. Bienvenida.

Eso no tiene nada que ver con nada, dice Ximena. La boda ha terminado.

Pero mira, dice, y me enseña su moreno. Su piel ha adquirido un vivaz bronceado desde los hombros hasta la punta de los dedos.

Literalmente reluzco, dice Ximena.

Esa es la diferencia, añade. Lo que importa.

Podrías haberlo conseguido sin él.

No me jodas, Kierkegaard. ¿Crees que no lo sé?

Pero, dice Ximena guiñando un ojo, la cuestión es que quería que él también se pusiera moreno.

Hoy los chavales están como locos. Cuando pido a Marcos y a Lorraine que se tranquilicen un poco y dejen de correr, lo que hacen es hinchar los carrillos y acelerar todavía más. Cuando pido a Silvia que se esté quieta con los lápices de colores, va y parte un par por la mitad. Pido a Xu y a Ethan por enésima vez que me hagan el mayor de los favores y dejen de pegarse y los hermanos pestañean a la vez antes de seguir haciendo exactamente lo mismo, solo que ahora a cabezazo limpio.

Mierda, dice Barry. Realmente es el fin del mundo.

Imagínate, dice Ximena.

Los niños simplemente se encogen de hombros. Hacen sus cosas.

Pero, seamos sinceros, no tenemos nada que reprocharles. Ellos no tienen la culpa. Nosotros a su edad hacíamos lo mismo y volveríamos a hacerlo si pudiéramos.

Al final del día, cuando Barry y Ximena empiezan a pasar la aspiradora, la fregona y a limpiar, me siento con Ahmad junto a la puerta. Es el último niño al que vienen a buscar y espera tranquilo, con las manos en el regazo. Por la mañana ha estado coloreando en un cuadernillo de dibujos -el que me dijo que le habían regalado sus padres- y por la tarde ha jugado a baloncesto en la pista. Primero con Barry. Luego con Ethan y Xu. Después con Thomas, Margaret y Silvia, hasta que solo quedó él.

Ahora sigue coloreando. Los tonos pastel se funden unos con otros formando pequeños y brillantes sistemas solares.

Le pregunto si aún está de huelga.

La huelga ha terminado, dice Ahmad. Llegas tarde.

Bueno, al lo menos por fin te has cortado el pelo.

Me queda bien, dice Ahmad.

Cien por cien.

Me lo recomendó Daliah.

Daliah.

Es una niña de mi colegio.

Muy bien. Cinco puntos para Daliah.

Es la persona más inteligente que conozco, dice. Casi siempre.

¿Casi siempre?

Sí, dice Ahmad mordiéndose el labio y pensándolo bien.

Ximena también es bastante inteligente.

Mira, dice, y entonces me enseña lo que ha estado dibujando, doblando el cuadernillo sobre mi rodilla.

En la página hay un planeta verde enlazado con un montón de estrellas sueltas. En el centro ha dibujado dos hombres. Es más que evidente que uno de ellos es su hermano. El otro necesita desesperadamente un corte de pelo.

¿Puedo preguntar qué es?

¿No lo ves?

Normalmente es de buena educación preguntar.

El universo, dice Ahmad con toda naturalidad.

Y también, dice, señalando a los dos hombres. Ya sabes.

Omar finalmente viene a recoger a su hermano. Ha cambiado la ropa quirúrgica por una sudadera con capucha y unos pantalones cortos.

¿Sigue en pie la cena?

Ahmad deja que su hermano le acaricie la cabeza. No se parecen en nada, pero encajan el uno con el otro.

La gente decía lo mismo de mi padre y de mí, también de mi padre y de mi hermana.

Lo mismo es aplicable a Mitsuko y a Mike.

Y también podía decirse lo mismo de Mike y de mí.

Sí, digo, a menos que hayas cambiado de opinión.

Qué va, dice Omar tocándome el hombro, puedo soportarlo.

Al salir, veo a Ximena y a Barry mirándonos. Se restriegan el uno contra el otro, sacando la lengua y riéndose de mí. Empiezo a decirles que se piren con la mano, pero Ahmad me pilla y no lo hago.

El chaval no dice nada. Solo pone los ojos en blanco.

Omar nos conduce a los tres por Montrose, precipitándose hacia el aparcamiento del Burger Shack. Por los altavoces del coche suena Beyoncé, aunque no se le entiende muy bien, hasta que Ahmad arrebata el teléfono a su hermano y cambia a una especie de K-pop,

algo con demasiados sintetizadores. Se da la vuelta para preguntarme si lo conozco. Le digo que no.

La letra es fácil, dice Ahmad. Ya te la aprenderás.

Quiero decir algo, pero Omar me lanza una mirada por el retrovisor y, una vez más, me guardo las palabras para mí.

Cuando lo vemos, Mike está bebiendo de una botella de agua. Lleva gafas de sol y pantalones cortos. Hace un calor de pelotas, el principio de la estación infernal del Suroeste, y los ventiladores que hay dispuestos por el patio tratan de llegar al conjunto de cuerpos que hay debajo de ellos. Omar camina precavido hasta la mesa y, cuando se traba al saludar, apoyo la mano en la parte inferior de su espalda, y no sé cómo, sin darme cuenta, este gesto se convierte en una especie de caricia. Ahmad ni siquiera parpadea, está contando el dinero que Omar le ha dado para pagar nuestras hamburguesas.

Mike da un palmadita en el banco a su lado, pero cuando voy a sentarme me expulsa con la mano.

Este es para nuestro nuevo amigo, dice Mike.

Ni siquiera os conocéis.

De ahí esta pequeña reunión, dice Mike. Venga.

Omar muerde el anzuelo. Me deslizo al lado de Ahmad, que ha vuelto con una bandeja con cuatro trozos de carne.

Estos dos hombres que tengo delante podrían ser las caras A y B de mi vida.

¿No hay cerveza?, le pregunto a Mike.

No hay cerveza, dice sacudiendo la cabeza.

Y bien, dice Omar, ¿qué tal tu día?

Ya sabes, dice Mike. Tomando decisiones. Saldando cuentas.

Benson me ha dicho que dentro de poco te vas de la ciudad.

Imagínate. Ben está haciendo todo lo posible para deshacerse de mí.

No es verdad, digo.

Vale, tienes razón, reconoce Mike.

Le pregunto qué tal en el trabajo y hace un gesto con la cabeza. Una sombra le cruza rápidamente la cara, pero tal como viene se va.

Bien está lo que bien acaba, dice Mike.

Empiezo a decir algo, pero en ese momento Ahmad me tira de la manga. Me enseña algo en el teléfono. Una nota que ha escrito.

Dice: Tas bien?

Me quedo mirando al chico. Le cojo el móvil.

Escribo: Sí

Cuando vuelvo a levantar la cabeza, Omar y Mike están hablando

entre ellos.

Los observo.

Me vuelvo a girar hacia Ahmad.

¿Y tú cómo estás?

Sin desviar la atención de sus patatas fritas, Ahmad me deja ver sus dientes.

Finalmente entre nosotros se instala una especie de silencio cómodo. A nuestro alrededor flotan las conversaciones de la peña blanca y un partido antiguo de los Astros da la murga en una pantalla situada detrás de nosotros. Si se presta atención, el tráfico de Montrose desaparece, pero el ruido ambiente se funde en una sola cosa: un vacío que nos engulle por completo.

Ahmad mira a su hermano y pregunta cuánto tiempo más van a quedarse. Cuando Omar le dice que no sea maleducado, el chaval le hace una mueca.

Pero si es que no estamos haciendo nada.

No todo tiene que ser una película de acción, dice Omar.

Estamos disfrutando de la compañía de los demás, dice Mike apoyando sus manos sobre su estómago. Fuera se está bien. Estoy engordando un poco.

No estás gordo, le digo.

Eres precioso, dice Omar, y todos nos volvemos hacia él. Su semblante es completamente serio. Por segunda vez en dos días, Mike parece realmente desconcertado.

Se lo dice a todo el mundo, dice Ahmad enfrascado en el teléfono de su hermano.

Pues te aseguro que ha sido muy estimulante escucharlo, dice Mike.

Solo intenta caerte bien, digo.

No, dice Omar, con firmeza, mirándome. Es la verdad.

Vuelve a reclinarse en el banco cruzado de brazos.

Quiero decir, miradnos, dice Omar extendiendo los brazos. ¿No es asombroso que hayamos terminado todos aquí?

Y, un poco aturdidos después de esas palabras, los tres nos quedamos mirando la marquesina de madera que hay sobre nuestras cabezas.

Os lo digo en serio, dice Ahmad. Se lo dice a todos.

Ninguno consigue terminar su comida. Dejamos restos de hamburguesa. Ahmad prepara la suya para llevar, junto con las patatas fritas que le han sobrado a Omar. Todos nos ponemos de pie,

sin saber muy bien qué hacer con las manos, hasta que al final Omar abre los brazos y Mike lo abraza.

Entonces yo abrazo a Omar.

Luego Mike me abraza a mí.

Entre medias, cada uno de nosotros aprieta la mano de Ahmad y este sacude la cabeza mirándonos a todos.

Le dice a Omar si pueden irse ya, por favor.

Le digo a Omar que nos vemos pronto, y él asiente, sonriendo. Esbozo una sonrisa, a mi pesar. Y no me doy cuenta de que sigo sonriendo hasta que Mike me lo dice en el coche.

Le digo que no es nada.

Nada es nada, dice Mike. Se te ve feliz. Me alegro por ti.

Y le gustas, añade.

Cállate.

No. Es importante. Y a ti te gusta, ¿verdad?

Miro hacia delante, a la carretera. Estamos a primeros de marzo, pero el asfalto ya empieza a brillar. Cuando nos queramos dar cuenta volveremos a estar en verano. Y ninguno de nosotros lo habrá visto venir.

Todavía no lo sé.

Me parece justo, dice Mike.

Pero podría gustarte.

Digo que bueno.

Sí. Creo que sí podría.

No puedes pedir más, dice Mike girando a la izquierda, y no le miro a la cara porque no quiero pensar en lo que probablemente termine encontrando en ella.

De camino al apartamento, somos víctimas de una jugarreta: desde el otro lado de la calle, un monopatín se dirige hacia Mike y está a punto de chocarse contra su tobillo. No está prestando atención, ni siquiera parece que esté en este planeta, pero, aun así, lo detiene con el talón y sonríe a los niños que pretendían atropellarlo.

Tras una ligera dilación, aparecen todos a la vez. Son nuestros vecinos. Se disculpan. Preguntan a Mike si está bien, y al mismo tiempo nos piden que no se lo contemos a su padre.

Romperá el monopatín, dice el más mayor como si nada.

Por favor, por favor, por favor, por favor, *por favor, por favor*[16], por favor, por favor, dice el más pequeño.

Mike frunce los labios como si se lo estuviera pensando. Entonces se sube de un salto al monopatín, delicadamente, con cuidado. Apoya su peso en un extremo y luego en el otro y ante nuestros ojos ejecuta

un pequeño salto. Cuando los niños se dan cuenta de lo que está pasando, empiezan a sonreír y a reírse y entonces aplauden y gritan de pura alegría y yo también estoy llorando y aplaudiendo.

8

Mi padre: ¿No es eso lo que dicen? ¿Que tal como los consigues, los pierdes?

Le pregunto a qué se refiere y me pide que le pase el sirope. Estamos comiendo en una cafetería al otro lado del Loop[17]. Las demás mesas están ocupadas por polis y todos nos ignoran. He dejado que Mike y su madre pasen solos el resto de la tarde. Ella se marcha mañana y unas semanas después la seguirá su hijo. Todavía no hemos averiguado cómo, pero Mike me ha dicho, más de una vez, que su padre le dejó algo de dinero también para eso.

El terapeuta de mi padre le ha recomendado que pruebe sitios nuevos, para volver a introducirse en el mundo, y mi padre se queja a medida que da bocados a las tortitas, pero sé que en realidad es lo que quería escuchar. Ha vuelto a dar clases particulares a grupos reducidos. En otoño tendrá algunas más, cuando vuelvan a empezar las clases.

Ahora está sentado a la mesa con las piernas cruzadas, una taza de zumo de naranja en la mano y una montaña de exámenes a un lado llenos de comentarios en verde y algunos en azul.

Le pregunto por Lydia y refunfuña.

Tu hermana piensa que soy un pelma.

Lo que pasa es que le gusta ir a su rollo.

A todo el mundo le gusta ir a su rollo, dice mi padre. Pero eso no significa que no puedas compartir tu tiempo.

Se ha mudado contigo, papá, digo, y por la manera en que sorbe el zumo sé que lo aprecia y que quiere que yo sepa que lo aprecia.

Mi madre y él se han comprometido a quedar a tomar café de vez en cuando. Cuando le digo que de vez en cuando suena bastante impreciso, mi padre dice que esa era precisamente la cuestión según mi madre.

Está convencida de que así me veré obligado a ser yo el que proponga algo.

Es cierto.

Eres hijo de tu madre.

Lo soy, admito. Pero también soy hijo tuyo.

Las tortitas no están mal. Pedimos otra jarra de sirope a nuestra camarera, una señora negra algo más mayor. Mi padre está convencido de que seguirá la recomendación de su terapeuta de probar hasta la última cafetería ubicada en el perímetro de la 610.

Es un tipo majo, dice mi padre. Joven. Mexicano, creo. Por lo menos tiene la bandera en la mesa. Al principio temí que fuera un cantamañanas, porque, ya sabes, en ninguna escuela que yo conozca enseñan nada sobre viejos negratas.

La verdad es que no lo sé.

Sí que lo sabes.

Estás siendo un intolerante.

Eres el pesimista más optimista que conozco.

Me preocupan tus estudiantes.

Estarán bien, dice mi padre. Tú has salido bien.

Pero puede que mi médico, dice mi padre, sea, ya sabes. Como tú.

Como yo.

Ya sabes.

Dilo.

Gay, dice mi padre.

Pestañeo. Él se encoge de hombros.

Y es cuando se levanta y arroja con fuerza un billete de veinte en la mesa, cuando caigo en lo que realmente está diciendo mi padre, su mensaje hace clic en mi cabeza como una alarma de coche.

No necesito que me organices una cita con nadie.

Nunca se sabe, dice mi padre.

No lo hagas.

Le he dicho que serías perfecto para él.

De momento estoy bien.

Seguro. Pero a veces el momento pasa.

Salimos fuera con las manos en los bolsillos. Mi padre inclina la cabeza y se mete en su furgoneta sin decir una palabra. Detrás, la autopista se enreda en un sinfín de puentes. El aire desprende un ligero olor a petróleo, a galletas, a Houston.

Mi padre ajusta el retrovisor, se abrocha el cinturón y le veo cruzar el aparcamiento. Antes de incorporarse a la autopista, se gira y me saluda.

De camino al apartamento, hago una parada para cortarme el pelo. Nada demasiado extravagante. Lo suficiente para sentir que algo en mí ha cambiado, básicamente. Corto la misma mierda de siempre.

Y entonces estoy en mi porche.

Y entonces estoy en la puerta.

Y Mike está plegado sobre la maleta de su madre, totalmente apoyado en ella tratando de cerrar la cremallera.

Le digo que parece un dibujo animado.

Por qué no te callas la puta boca y me ayudas, gruñe.

Le pregunto dónde está Mitsuko y señala hacia nuestro dormitorio.

La puerta está cerrada con pestillo y oigo el agua del grifo del lavabo, pero por encima distingo unos sollozos reprimidos. Miro a Mike, que está concentrado en la maleta. Sudando, como si quisiera alejarse de las lágrimas de su madre.

Así que me pongo de rodillas. Me inclino a su lado para hacer fuerza. La maleta no cede un ápice, y estoy a punto de rendirme cuando siento que Mike se desplaza, se me echa encima y me abraza por la tripa. Dejo las manos en la maleta -porque si no explotará- y Mike no dice nada. Solo me aprieta.

Pero hay algo ahí. No quema lo suficientemente como para llegar a escaldar, pero podría hacerlo, si yo quisiera, y me sorprende el hecho de cuestionármelo.

Me dice al oído: Todavía puedes cambiar de opinión.

Permanezco arrodillado un instante.

Y entonces digo: Podría.

De acuerdo, dice. Eso es todo. Siempre y cuando lo sepas. Y siempre y cuando yo sepa que lo sabes.

Lo sé, digo.

Y en ese momento se abre la puerta del baño, y Mike se pliega sobre mí para cerrar el resto de la maleta, y lo consigue.

Mitsuko tiene la cara enrojecida. Está totalmente despeinada. Lleva un chándal y se enjuga las mejillas. No puedo evitar pensar en lo guapa que es, incluso en los momentos de desesperación.

Dice que está lista si hemos terminado de hacer el estúpido.

Le pregunto a Mike a qué se refiere, pero solo se encoge de hombros. Me dice que tienen que ir a hacer un recado. Y que si de verdad insisto, puedo acompañarlos.

Es posible conducir de un núcleo de Houston a otro y acabar sintiendo que estás en un país totalmente distinto. De Bellaire a Sugar a Katy a la periferia del centro de la ciudad al centro a River Oaks a Montrose a los Heights al East End a Third Ward al Warehouse District y vuelta.

Sin embargo, a veces, ni siquiera hay ni que alejarse, y es ahí adonde vamos, cruzando un puente hasta Wheeler. Tomamos la avenida hasta que da paso a Elgin, que se convierte en Studemont, que hace una curva en Memorial. Mike detiene el coche delante del

parque, justo por encima del *bayou*, y su madre y él salen a la vez, como si lo hubieran ensayado.

Avanzamos por el camino que conduce al parque. Es un día entre semana, por lo que no hay mucha gente. Un par de sin techo están tumbados en la hierba con las piernas cruzadas. Cerca de ellos, una pareja blanca joven toma el sol sobre una manta, con un bebé y una botella de vino.

Nos detenemos frente a un paso elevado junto al *bayou*. Mitsuko se pone unas gafas de sol. Mike me mira y entonces saca algo de la mochila: la urna. Observa la parte superior un instante, y me estremezco cuando la besa, porque es el beso que se da a algo que sabes que nunca volverás a ver, algo con lo que has estado en conflicto durante décadas, toda tu puta vida, y entonces Mike entrega la urna a Mitsuko, que ni se lo piensa, la agita, la abre y las cenizas salen despedidas en todas direcciones.

Vemos cómo se disuelven en el aire. Se mueven por el cielo, todas a una. Y algunas se van tamizando hasta que se vuelven demasiado pequeñas para el ojo humano, atrapadas entre los listones de madera del puente, en el río o en la nada más absoluta, hasta que nosotros somos los únicos que sabemos que alguna vez llegaron a existir, hasta que terminemos perdiendo también esos recuerdos, aunque es probable que, incluso entonces, sigan estando en algún lugar. No es muy agradable.

Mitsuko se quita las gafas de sol. Me giro hacia Mike, y cierra los ojos. Su madre se agarra a la barandilla del puente, de puntillas, y entonces con todo su cuerpo grita: ¡JODER!

Mitsuko dice que no piensa ponerse a cocinar en su última noche en el país, así que conducimos hasta un restaurante Tex-Mex tremendamente anodino a la vuelta de la esquina.

El ambiente es demasiado festivo para nuestro estado de ánimo. Suena música salsa por encima del estruendo de la peña blanca que se está dejando los cuartos en la *Happy hour*. Un tipo joven en esmoquin nos guía hasta nuestra mesa, echándonos un buen repaso, seguido de otro. Después nos deja en manos de una camarera que es imposible que tenga más de quince años.

Pero no se le escapa nada, apunta las tres comandas y todos los extras de Mike, además de hacer preguntas y sugerencias, y desaparece después de repetirnos toda la orden.

Mike termina pidiendo agua para empezar. Yo me agencio una cerveza. A Mitsuko le han puesto delante una margarita del tamaño de su cabeza, y ninguno dice nada mientras las distintas mesas gritan a

nuestro alrededor.

En la mesa de delante, pillo a un niño mirándonos por encima del hombro de su madre. Le miro con los ojos entrecerrados para que deje de hacerlo, pero el niño ni siquiera pestañea.

Después de dar un par de buenos sorbos con la pajita, Mitsuko deja su margarita a la mitad.

Y bien, dice, ¿qué planes tenemos?

Tu vuelo es a las seis, dice Mike. Te llevaremos allí a las cinco.

No, dice Mitsuko haciéndolo callar con una mano y volviéndose hacia mí.

¿Qué pensáis hacer el uno con el otro?

Benson, dice Mitsuko, ¿te ha dicho mi hijo lo que quiere?

Me vuelvo hacia Mike. Está mirando a su madre, pero tampoco sé leer esta expresión.

No vamos a hablar de esto ahora, dice.

Por supuesto que sí, dice Mitsuko. ¿Benson?

Mike se va, respondo. A Osaka. Y yo me voy a quedar aquí.

¿Y ya está?, dice Mitsuko.

Creo que sí.

Ya veo, dice Mitsuko, y se termina de golpe lo que le queda de margarita.

Cuando nuestra camarera pasa volando por la mesa rellenando bebidas, Mitsuko le pide otra ronda.

Ma, dice Mike.

Querido, dice Mitsuko.

Mira, dice una vez le han servido. ¿Te he hablado alguna vez de mi primera cita con Eiju?

Yo había ido a vivir a Osaka por un tiempo. Él sugirió que fuéramos a un bar. Lo que es totalmente original. Nadie lo ha hecho antes. Y yo no pienso Soy mejor que esto. No pienso que en realidad él solo quiere pasar un buen rato. Ni siquiera pienso en sus intenciones, porque por aquel entonces yo tenía novio. Uno bueno, estable. Lo cierto es que era el primo de Eiju. Y yo entonces no tenía ni puta idea, pero Eiju me dijo dónde podría reunirme con él, y le dije que me parecía bien. Y cuando llegué al local un poco antes, le eché un vistazo. Parecía un lugar perfectamente normal. Pedí algo para beber y esperé.

Pasaron tres horas antes de que me marchara. Ciento treinta y ocho minutos. No apareció. Nunca apareció. Yo estaba muy enfadada y también muy aliviada porque era la clase de cosa que debería haberme esperado, pero así también desaparecía cualquier posible elección que hubiera tenido que tomar. La tarde siguiente vi a mi novio y nunca se lo conté, y pensé para mis adentros que había sido

un acto de Dios. Que Él había corregido el curso de mi vida.

Nuestra camarera regresa seguida de otro tipo. Colocan tres bandejas de pescado frito, frijoles y arroz amarillo. El tipo nuevo sirve tortillas en un cuenco con un cucharón, y se queda mirando un momento a Mike, pero el hijo de Mitsuko ni siquiera levanta la cabeza, solo tiene ojos para su madre.

Mitsuko coge un tenedor y empieza a partir su comida sin llegar a meterse nada en la boca.

No vuelvo a ver a Eiju hasta la semana siguiente. Llama a mi puerta hasta que la abro. Y cuando lo hago, veo que lo han molido a palos. Tiene los nudillos vendados. La cara llena de moratones. Su aspecto es tan horrible que tengo que preguntar qué ha ocurrido, y ¿sabes lo que me dice? No es de tu incumbencia. Y de golpe y porrazo, para él solo soy *alguien*. O nadie. No soy más que esta chica que sale con su primo. Le cierro la puerta en las narices.

Pasamos meses sin hablarnos, aunque él siempre está en casa de mi novio, fumando en el sofá. Pero al cabo de unas semanas uno de los amigos de mi novio me cuenta que fue mi novio el que le había dado la paliza a Eiju. Por la mañana del día de nuestra cita o la víspera por la noche. Había ido a su apartamento, se había sentado en el sofá y después había procedido a pegar una paliza a su primo. Al principio no lo creí y, cuando se lo pregunté a mi novio, lo negó. Pero yo sabía que mentía. La verdad salió a la luz. Me dijo que había estado demasiado avergonzado para contármelo. Temía perderme, me quería tanto, y le dije que lo que fuera que hubiéramos tenido había terminado.

Dejé de ir al apartamento de mi novio, así que era Eiju el que tenía que buscarme. Y finalmente lo hizo. En mitad de la noche. Vestía traje y chaqueta, parecía un payaso. Le pregunté si había bebido y me dijo que claro, pero que quería llevarme a un sitio. Para entonces ya estaba mejor informada, pero supuse que era lo mínimo que podía hacer. Le dije que no iríamos demasiado lejos, así que me cambié, me puse unas zapatillas de estar por casa y una chaqueta y fuimos al sitio de curri que había al otro lado de la calle.

Eiju se pasó toda la comida hablando de lo bueno que era el curri. Pero yo había crecido comiendo curri. Llevaba años comiendo allí siempre que iba a Osaka. Pidió un cuenco, después otro y le pregunté que por qué no me había dicho que le había pegado mi novio. Y, Michael, tu padre me miró, con la boca de llena de comida, y dijo: Para empezar, no me habrías creído. Habrías pensado que estaba soltando mierda. Pero esa clase de tíos al final se quedan con el culo al aire, y él te gustaba demasiado. Te habría jodido que dijera algo, no descubrirlo por tu cuenta.

Mitsuko deja de cortar su comida. Se queda mirando el espacio que

nos separa en la mesa.

Le dije a Eiju que me había dolido más enterarme de esa forma, y dijo que no era lo mismo. Ni por asomo. Dijo que a veces es preferible descubrir algunas cosas por nuestra cuenta. Él no quería ser quien que me lo contara. No quería que pensara eso de él.

Y eso fue todo, dice Mitsuko. Eiju me acompañó a casa. Ni siquiera me invitó a comer. Apenas tenía dinero para pagar lo suyo.

Ahora Mitsuko ha terminado de trocear la comida. Lleva tres margaritas y está jugando con la rodaja de lima. Detrás de nosotros, un cuarteto de adolescentes se ha vestido de mariachis y se dispone a tocar una melodía de cumpleaños. La destinataria de la serenata sonríe debajo de un hiyab. Sus amigos la acompañan y aplauden mientras los adolescentes tocan.

Bueno, dice Mike, ¿qué pretendes decirme con todo esto?

¿Como que qué pretendo decirte?, dice Mitsuko.

Qué quieres decir con esta historia.

¿De qué estás hablando?

Lo que quiero decir es que así es como llegaste a existir. Pasó una cosa, y luego otra. No pensábamos en si funcionaría o no. Simplemente lo hicimos.

Lo que dices no tiene ningún sentido.

Lo que pasa es que no quieres verlo.

No, dice Mike dejando los cubiertos.

Unos días antes de morir, papá me habló de cómo te había esperado. Ni siquiera se lo pregunté. Me lo contó él.

Papá voló a Japón, dijo Mike, y se supone que nosotros debíamos seguirlo. Pero tú te aseguraste de que no lo hiciéramos.

Miro a Mitsuko. Miro al salero que hay sobre la mesa. El ruido ambiente parece disminuir de golpe.

No me extraña que Eiju te contara eso, dice Mitsuko.

Porque es la verdad, dice Mike, ¿o no?

Papá me contó que se suponía que íbamos a seguirle a Japón, dice Mike enjugándose los ojos. Por eso se marchó. Él fue primero y se supone que nosotros íbamos a ir después. Pero no lo hicimos, porque tú no querías. No querías que volviéramos a estar juntos.

Mike mira a su madre fijamente a los ojos, pero ahora está sollozando. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Intento darle la servilleta que tengo en el regazo, pero él la deja caer, y Mitsuko está ahí, a su lado, aunque en realidad parece que ya no lo ve. Da un nuevo sorbo a la margarita.

Mira, dice Mitsuko.

Digamos, hipotéticamente, que no vas desencaminado, dice Mitsuko.

Si tuvieras razón, dice Mitsuko, eso cambiaría algunas cosas. Significaría que Eiju en realidad no es un monstruo, como te he estado repitiendo los últimos dieciséis años. Hipotéticamente, significaría que la culpable soy yo. Que fui yo la que rompió la familia. A pesar de todos sus defectos, eso me convertiría en una persona peor que él.

Mitsuko se toca un pendiente. Golpea el lateral de su vaso de margarita.

Pero, dice, imagina lo que me habría costado tomar esa decisión. Alejarte de tu padre. Piensa en todas las vueltas que le habría dado. En cómo me habría devanado los sesos. Significa que habría hecho un balance de la situación y habría decidido que crecer sin él era mejor que crecer con el hombre en el que habría podido convertirse tu padre, en lo que se habría convertido al marcharse. Eso significaría que yo creía en nosotros -en ti y en mí- más de lo que creía en lo que tu padre, tal vez, algún día, pudiera convertirse. Y tendría que vivir con las consecuencias de saber que podía estar equivocada. Y si me equivocaba, nunca podría dar marcha atrás. Si me equivocaba, me llevaría esa decisión a la tumba.

Mitusko se gira para mirar a los adolescentes que tocan su canción hasta que terminan, y entonces rompe a aplaudir con un entusiasmo desmedido. Nos miran. Uno de ellos levanta un puño.

Cuando vuelve a aparecer nuestra camarera, pregunta a Mitsuko si quiere otra margarita. Mitsuko asiente y Mike sacude la cabeza. Le dice a su madre que ya está bien.

Menuda tontería, dice Mitsuko.

Ma, dice Mike, todavía llorando.

No me vengas con Ma. Yo te di a luz.

No has probado ni un solo bocado.

Benson. Díselo.

No creo que sea mi papel, dice.

Ese es tu problema, dice Mitsuko cruzándose de brazos. El de los dos. Justo ahí está vuestro problema.

Tomaré una más, dice Mitsuko volviéndose hacia nuestra camarera. Y creo que quiero toda esta comida para llevar. Creo que me la tomaré más tarde.

Mike vuelve a casa por el camino corto, pero todavía da algo de tiempo para contemplar el cielo. Al llegar, aparca mal y rápido, sale del coche sin mirarnos a ningunos de los dos, camina todavía más deprisa hasta la puerta, pasando de los vecinos que le saludan. Espero a Mitsuko, que sale del coche, con cuidado, antes de ir hasta el porche y dejarse caer en los escalones.

Mitsuko abre la caja de comida para llevar, saca el cuchillo y el tenedor. Y cuando empieza a comer, me mira. Me siento a su lado.

Por encima de nosotros, las luciérnagas zumban bajo la luz solitaria. Un tono dorado lo impregna todo. La madre venezolana de la casa de al lado también está sentada en su porche, y saluda a Mitsuko, que responde levantando su plato.

Nos quedamos ahí sentados, sudando, sin decir nada. Mitsuko se abanica con la mano que tiene libre, observa el vecindario con los ojos entrecerrados, se quita los zapatos.

Todo lo que digo es que vosotros estáis bien, dice Mitsuko.

Vale.

Estaréis bien. Os daréis cuenta. No es un desperdicio, eso es todo cuanto digo. No hay desperdicios. O bien nada es un desperdicio o todo lo es. Pero ambos podrías hacer algo peor que estar en la vida del otro. ¿Entiendes?

Entiendo.

Así que no te sientas mal.

No.

Promételo, dice Mitsuko.

Lo prometo.

Bien, dice Mitsuko llevándose el tenedor a la boca.

Nos sentamos fuera, mirando el tráfico, hasta que solo podemos distinguir al otro, pero no tenemos que ver todo lo que nos rodea para saber que está ahí. Y, finalmente, Mike abre la puerta mosquitera para decirle a Mitsuko que debería irse a la cama, antes de que ella le diga que ya lo sabe, qué se piensa, ¿que nunca ha cogido un avión?

9

La primera vez es un recuerdo que ha quedado reducido a lo esencial: estamos, creo, paseando por el vecindario. Le digo a Mike que me encanta, o que podría aprender a que me encantase. Levanta la cabeza demasiado rápido, pero ya es tarde, porque ya he visto su sonrisa. Sin embargo, justo ahí, en el momento culmen de una posible catástrofe, Mike señala una casa y me dice que le encanta la inclinación que tiene. Yo señalo un gato que está tomando el sol bajo una farola y le digo que me encanta su forma de estar en el mundo. Mike señala las flores silvestres que crecen junto a la carretera. Yo señalo el farol sobre nuestras cabezas. Los dos señalamos detrás, debajo, en las esquinas, por las ventanas de las casas por las que pasamos, a todas partes menos el uno al otro, aunque, por supuesto, hace tiempo que me he dado cuenta de que eso también era una confesión.

10

A la mañana siguiente, me despierto y miro el móvil. Hay un mensaje de Omar: un montón de corazones.

Hay un mensaje de Ximena: un selfi sonriente, en un avión, con el niño en el regazo y Noah acariciándole el codo.

Hay un mensaje de mi madre: pregunta qué tal estoy.

Hay un mensaje de Lydia: quiere saber cuándo estaré libre para ir a comer.

Y hay un mensaje de Mike: una serie de fotos.

Debió de hacerlas cuando yo no miraba. En la primera salimos su madre y yo. Y luego hay otra solo de mí. Y otra de nuestro porche delantero.

Y después hay una de mi culo, con filtro y aumentada. Y finalmente una de Mike, sonriendo a cámara.

Pero es una sonrisa verdadera. Y sé que es la que recordaré. Independientemente de lo que pueda pasar. Esa es la que guardo.

Mike ya está despierto, tumbado a mi lado mirando al techo.

Cuando terminamos de vestirnos, encontramos a Mitsuko sentada en el salón. Lleva lo mismo que cuando fuimos a recogerla, la misma chaqueta y las mismas gafas de sol.

El trayecto al Aeropuerto Intercontinental de Houston es corto. El tráfico pone a Mike de mal humor, incluso a una hora tan temprana. Mitsuko me mira por el retrovisor, una vez y luego otra, y es lo bastante pronto como para poder contar las malditas estrellas que aún quedan en el cielo. La Luna es de un feo color púrpura, una tonalidad que solo he visto en esta ciudad, pero estoy seguro de que no existe en ninguna otra parte, y sé que la buscaré allí donde vaya.

Cuando nos detenemos en Salidas, Mike y yo ayudamos a Mitsuko con el equipaje. Su hijo hace un amago de decir algo, pero se calla. Entonces le dice que la verá pronto. Mitsuko le pregunta si será más o menos pronto y, antes de que Mike pueda contestar, su madre se inclina sobre él para susurrarle algo en el oído. Y en ese momento la cara de Mike se resquebraja y se pone a berrear, otra vez, con la boca un poco abierta.

Entonces Mitsuko se inclina sobre mí para susurrarme algo en mi oído.

Pero en lugar de palabras, lo que recibo es un beso.

La miro coger su equipaje. No se da la vuelta al entrar en el aeropuerto. Dobla la esquina para ir a por su billete, gira hacia las escaleras mecánicas y asciende lenta, grácil, beatíficamente, hasta que se ha ido a casa.

AGRADECIMIENTOS

Arlena y Gary.
Alison y Patrick.
Adam y Rachel y Sanda e Isaac.
Thu.
Alex.
Joanna.
Rhonda.
Paul.
Allegra.
Nicole.
Kuniaki y Yuji.
Ryosei.
Hiroyuki y Shinji.
Aja.
Szilvia.
Lou.
Ashley y Min Jung.
Laura.
El equipo Riverhead.
Danielle.

NOTAS

[1] En español en el original. (*N. de la T.*)

[2] El acrónimo equivale a «Desaparecida en combate». (*N. de la T.*)

[3] En español en el original. (*N. de la T.*)

[4] En español en el original. (*N. de la T.*)

[5] Alimento milenario procedente de Japón que resulta de la fermentación de la semilla de la soja. (*N. de la T.*)

[6] Equipo profesional de fútbol americano con sede en Houston (Texas). (*N. de la T.*)

[7] En español en el original. (*N. de la T.*)

[8] Caldo ligero de pescado. (*N. de la T.*)

[9] En español en el original. (*N. de la T.*)

[10] El acrónimo equivale a «Me parto la caja». (*N. de la T.*)

[11] Término informal para identificarse como seropositivo. (*N. de la T.*)

[12] El acrónimo equivale a «En carne y hueso». (*N. de la T.*)

[13] Profilaxis preexposición: fármaco administrado a personas seronegativas con riesgo de contraer VIH. (*N. de la T.*)

[14] Estas últimas palabras están en español en el original. (*N. de la T.*)

[15] Nombre de la universidad estatal de Texas. (*N. de la T.*)

[16] Las palabras en cursiva están en español en el original. (*N. de la T.*)

[17] La Interestatal 610 (I-610) es una autopista que forma un bucle de 61 kilómetros que rodea el centro urbano de la ciudad texana de Houston. Es conocida coloquialmente como The Loop. (*N. de la T.*)